

# FORJANDO UN MUNDO LIBRE

Ricardo Mella

A todos los anarquistas que he conocido en mi vida y que me honraron con su amistad.

V. M.

La Anarquía, expresión acabada de la Libertad, afirmando necesariamente la Igualdad económica y social de los hombres, es, pues, el resumen y compendio de todas las aspiraciones humanas.

Ricardo Mella.

## PRÓLOGO

Presentamos al amigo lector un libro sobre la Anarquía y escribimos esta palabra en mayúscula, como lo hacemos a lo largo del libro (por nosotros antologizado y anotado) con las palabras Libertad y Solidaridad; entendiendo que en el fondo todas quieren decir lo mismo; a saber, la Anarquía se debe comprender como la Libertad y la Solidaridad.

Bien comprendemos que la palabra Anarquía (y sus derivados anarquismo, anarquista, etc.), no es así comprendida por mucha gente y, entre ésta y de un modo especial, por personas que se han «doctorado» en las aulas universitarias. Podríamos citar multitud de ejemplos al efecto; pero nos limitaremos a unos. En la Enciclopedia médica familiar, por el doctor Justus J. Schifferes (versión al español del doctor José Thomasa-Sánchez, Nueva York, 1961, Press Service Ed., 352 p.), en el vocablo «Cáncer» puede leerse: 1. «El cáncer incluye, pues, un grupo de enfermedades, todas ellas caracterizadas por el crecimiento *anárquico* y exagerado de ciertas células del cuerpo». 2. «A veces, por razones desconocidas, una célula o un grupo de ellas rompe la armonía que rige su evolución y empieza a actuar en forma *anárquica*». 3. «Cuando estas células *anárquicas* se han reproducido en cantidad suficiente», etc. Lo subrayado es nuestro. Es decir, que estos dos doctores entienden que Anarquía es sinónimo de catástrofe, desorden, etc. Exceptuando los libros propiamente libertarios (o anarquistas), la inmensa mayoría de los que no lo son presentan el vocablo Anarquía como nuestros dos «doctores» citados.

Gramaticalmente, ambos galenos deberían haber escrito (lo subrayamos): *arquico*, *arquica*, *árquicas*, y entonces, sí estarían en lo cierto; pero el prefijo **an**, que es privativo, indica lo contrario, es decir, que es un *an-árquico* (anti-desordenado); *an-anarquica* (anti-desordenada), *anarquicas* (anti-desordenadas), etc., de modo que gramaticalmente la *an-anarquía*, además de los significados ya señalados en el primer párrafo, significa armonía, orden, etc. Nuestros dos

---

\* *Recuérdese que este libro fue escrito (1889-1922) y editado (1947) en tiempos pasados.* Digitalización: KCL. Las Notas al pie de página son de Vladimiro Muñoz.

doctores, por no comprender el verdadero significado de la palabra *Anarquía*, se presentan como consumados «arquistas», partidarios del desorden secularmente existente en la sociedad humana. Sin salir por ahora de la gramática y de ésta, de su etimología u origen de las palabras y asimismo de su significado; en este aspecto, habría en la sociedad humana dos clases de personas: una poca cantidad de «an-arquistas» convencidos y una multitud de «an-arquistas» intuitivos o que se ignoran; y una gran mayoría de «arquistas». Entre los primeros están todos los partidarios de una sociedad libre o libertaria; y entre los segundos, los conservadores de la presente sociedad esclava o autoritaria.

Si deseamos saber cómo se hace un par de zapatos, naturalmente que no se lo preguntamos a un oficial panadero y sí a un oficial zapatero. Si deseamos saber que es la Anarquía, por cierto que no hemos de preguntarlo a los «arquistas» que por ignorancia o mal intencionados desinforman o desfiguran la realidad; consultaremos al efecto a un anarquista. En el campo anarquista abundan los ejemplos significando a la Anarquía como sinónimo de orden. Por ejemplo, para Pierre Joseph Proudhon (el más prominente anarquista francés). «La Anarquía es la madre del orden», y para el gran geógrafo anarquista Elisée Reclus, «La Anarquía es la más alta expresión del orden».

Los anarquistas desean la realización de una sociedad sin clases sociales, sin cuestión social, donde los hombres alcancen la máxima libertad y practiquen una fraternal solidaridad. Para ello entienden que debe desaparecer la «autoridad del hombre por el hombre» y naturalmente «la explotación económica del hombre sobre el hombre». La sociedad anarquista solamente podrá surgir al desaparecer la sociedad autoritaria que desde los tiempos remotos ha estado viviendo la Humanidad.

Este carácter «futurista» de la sociedad anarquista, hace que algunas personas que han leído tal o cual libro anarquista, frecuentando tal o cual medio libertario, o conocido a tal o cual anarquista, entiendan al «Anarquismo» como algo *utópico*. Veamos un ejemplo. En el artículo «Nuestra posición» (Montevideo, quincenario *Lucha*, segunda quincena de junio de 1949, número 6, página 1, columna segunda) se lee: «No somos anarquistas por muchas causas; las primordiales, que no creemos que el hombre haya llegado a tal perfección que pueda vivir sin Estado que lo agrupe y que haga que cada cual cumpla con sus deberes y que a cada cual se le respeten sus derechos. Evidentemente la doctrina anarquista -si bien es bien intencionada- es utópica y como tal, inaplicable».

Los redactores de *Lucha*, por supuesto, entendían «utopía» como algo que no era factible, algo así como un «sueño» o si se quiere un «ensueño» sin base práctica. Aquí erraban. Sabemos bien lo que es una utopía. Si bien las que, relatadas en libros, presentaban «mejores sociedades» que la sociedad autoritaria que nos rige, no se tradujeron nunca en la realidad, pues siempre «vegetamos» o «vamos tirando» en esta infeliz sociedad «arquistas» de amos y esclavos, con «dioses y tiranos» y con la libertad encadenada; cabe decir que ciertas utopías sombrías, que presentan esta sociedad actual con tintes totalitarios y ultra-despóticos, van emergiendo a la realidad. El último tercio del siglo XX sería, pues, una ratificación de lo expuesto por George Orwell en su tan famoso libro 1984.

Ahora bien: si se entiende que los anarquistas son «utópicos», ¿podría ofrecerse un ejemplo resaltante y evidente de que los «arquistas» no lo son? Hasta ahora está por verse qué régimen autoritario ha conseguido el bienestar social y económico de la Humanidad. ¿Qué monarquía o qué república lo ha hecho? ¿Qué Estado lo ha conseguido? La inmensa mayoría de los autoritarios, sea en períodos electorales o en discurso de monarcas o presidenciales, «se han llenado la boca» con pura palabrería para «conseguir la felicidad de la patria, el bienestar del pueblo», etc. Baste un solo ejemplo para ratificar lo dicho. Los «comunistas» rusos (edición de octubre de 1917 hasta el presente y que de «comunistas» sólo tienen el nombre) han desembocado en el régimen más bárbaro y antihumano que ha conocido la Humanidad en los

tiempos modernos, siendo ello «deslumbrador» ejemplo el relatado por Alexander Soljenitsin en su obra *Archipiélago Gulag*. No le faltaba razón a este autor cuando aseveró en reciente visita a España que, comparada con la «dictadura del proletariado» (tradúzcase: dictadura para el proletariado rural y urbano) rusa, el régimen de España era mucho más benigno (postrimerías de la época franquista).

Una propaganda bien orquestada (hoy diríamos una eficaz publicidad) logró hacer creer a las gentes que Anarquía era desorden, cuando en el campo del anarquismo surgieron personas violentas que utilizaron la «bomba» y la «dinamita» para «propagar por el hecho» (¡y qué hechos!). Cayeron algunas «testas coronadas» y hubo otros asesinatos; se «dinamitaron» ciertos lugares, etc. Entendámonos y a nuestro modesto juicio y parecer. ¿Eran anarquistas quienes así actuaron a últimos del siglo XIX? No lo creemos. Por la sencilla razón que los anarquistas no pueden emplear los medios de los «arquistas» sin dejar de ser automáticamente anarquistas. Es lamentable que tales hechos hubieran ocurrido en el seno del anarquismo; pero era inevitable, pues en todos los campos sociales y se infiltra y crece la mala hierba. Sin embargo, poco significaran aquellos aislados *hechos anarquistas* (como así aún lo entienden multitud de «arquistas»), si los comparamos con los *hechos autoritarios* que por millares existieron antes y por millares han seguido existiendo hasta el presente. Sería una exageración aseverar que aquellos desviados «anarquistas» (a escala mundial) «eliminaron» a mil personas y, en cuanto destrucción de bienes materiales, destruyeron, por ejemplo, una ciudad. Si nosotros nos tomamos la molestia de leer las «crónicas policiales» en los diarios cotidianos, observaremos que todos los días en el mundo se cometen crímenes debido al régimen autoritario imperante. Y, quieren decirnos los señores militares de todo el mundo; ¿qué significaron aquellas irrisorias y escasas «bombas caseras» de los «anarquistas», comparándolas con sus arsenales repletos de bombas poderosas? ¿Las que lanzaron sobre Hiroshima y Nagasaki son ahora «juego de niños» con las siempre perfeccionadas bombas nucleares de que disponen? Naturalmente, ya lo hemos dicho más arriba, pero por si no se nos hubiera entendido bien, lo ratificamos una vez más: aquellos «anarquistas dinamiteros» desprestigiaron a la Anarquía; pero ¿quiénes son los señores «autoritarios» para «pedir cuentas» y hacerse los «santitos»? Si la sociedad autoritaria que impera está basada en el *crimen* (no es un exabrupto esta palabra que subrayamos, no la hemos escrito en un momento de ofuscación y sí con total serenidad), en el *crimen* legalizado, con sus *guerras* estatales periódicas. ¿Es que acaso las dos guerras mundiales no fueron obra de ellos?, ¿es que acaso la guerra de Vietnam no fue obra de ellos?, ¿la guerra religiosa de Irlanda del Norte?, ¿la guerra religiosa del Líbano?, etc. Acabemos con este párrafo: si los anarquistas fueron, o para los señores autoritarios son, «lanzadores de bombas», entonces, queridos amigos autoritarios, ustedes, con sus ejércitos aéreos que han pulverizado ciudades enteras y asesinado a mansalva (en verdaderas hecatombes con los «bombardeos»), y valga el humorismo, serían «super-anarquistas»...

Nosotros aquí y ahora, al presentar al amigo lector un libro sobre la *Anarquía*, hemos escogido a una figura representativa del anarquismo español, Ricardo Mella (1861-1925). Lo hemos hecho debido que, a nuestro juicio, es una persona que define cabalmente el significado de la Anarquía. Por supuesto, hemos procedido correctamente, pues desfiguraríamos la verdad y la realidad, si para presentar al amigo lector un libro sobre la Anarquía (cual la entienden y la definen los anarquistas), hubiéramos escogido a personas que con mentalidad «arquista» no saben lo que dicen. Si se nos preguntara: ¿qué libros podría usted citarnos para estudiar la Anarquía en España cual los anarquistas la entienden? Responderíamos que hay dos obras y que son las siguientes: 1. *La Ideología política del anarquismo español*, por José Álvarez Junco, Madrid, 1976. Siglo XXI Ed., 660 p.; 2. *La Premiere Internationale en Espagne (1868-1888)*, por Max Nettlau, Dordrecht, Holanda, 1969, D. Reidel Ed., 683 p. El primero de estos libros es sumamente importante (no es una «apología» del anarquismo ni ha sido escrito por un anarquista, pero sí por una persona veraz y desprejuiciada), debido a que trata de las «diferentes ideas» del anarquismo español, en la época más floreciente del mismo, como fue la

del siglo XIX. En su carta del 10 de junio de 1976, su autor nos comunica: «En efecto, como usted dice, lo que yo he querido es hacer un esclarecimiento, una *puesta a punto* ante la confusión que reina sobre el tema anarquismo. Que la gente sea anarquista o que sea ‘arquista’, pero que cuando se pronuncien sepan de lo que hablan». El libro del máximo historiador del anarquismo, Max Nettlau, historia más bien, al movimiento del período y complementa admirablemente a la fundamental obra del profesor José Álvarez Junco.

Nosotros no presentamos al amigo lector una antología de las ideas del anarquismo español, sino que nos hemos limitado a una sola persona y para ello, reiteramos lo hacemos con Ricardo Mella, a quien los mismos anarquistas españoles han considerado como su más lúcido teórico y expositor del ideario anarquista en España. En breve cronología al final del libro narramos algunas fechas fundamentales de la vida de Ricardo Mella. No existe aún una biografía de este anarquista español. Podría aseverarse asimismo que tampoco existe de las otras dos figuras más representativas del anarquismo español: Anselmo Lorenzo y Fermín Salvochea. Aquí tienen tema y tarea los jóvenes historiadores para escribir estas biografías que son tan necesarias para la cultura española. También en el apéndice final incluimos una breve bibliografía de Ricardo Mella, citando las primeras ediciones, sin mencionar las reediciones. Quienes por el momento deseen «algunos datos más» sobre Ricardo Mella, pueden consultar nuestra antología histórica intitulada por los editores *Antología ácrata española*, por Vladimiro Muños (Barcelona, 1974, Grijalbo Ed., 202 p.). Nuestro título en el original: *Anselmo Lorenzo y Ricardo Mella. Antología Histórica*.

Hemos escogido varios trabajos de Ricardo Mella numerándolos en diez capítulos, presentando a Mella como anarquista, articulista, conferenciante, colectivista, crítico, ensayista, folletista, historiador, prologuista y utopista. Cada capítulo va subdividido y numerado si contiene uno o más trabajos de Ricardo Mella. Como la numeración ordenada nos corresponde la hemos puesto entre corchetes cuadrados, para que no interfiera con los textos de autor. No lo hemos hecho así al final, en el apéndice, por ser ya obra nuestra. Tampoco numeramos esta introducción y hemos pensado que el índice debe ir al principio y no al término del presente libro. Como los textos escogidos datan ya de muchos años, hemos pensado que la anotación era conveniente para aclarar ciclos vitales y hechos dudosos para los lectores contemporáneos.

Ricardo Mella no fue un escritor profesional que «vive de la pluma». Sus escritos fueron más bien «obra de conciencia» realizada al margen del trabajo cotidiano para ganar el sustento de su familia. No siempre tenía «tiempo para escribir», y cuando le solicitaban como apremio escritos para la prensa libertaria, echa mano a escritos suyos ya impresos, los revisaba y, los mejorándolos, los enviaba para una nueva publicación. Esto se debe tener en cuenta el día que definitivamente se emprenda la redacción y publicación de sus «obras completas», tarea a la que está llamada también la juventud. Por lo dicho, bien puede ser que se tropiece en este libro con alguna «repetición» que sabrá pasarse por alto y tolerarla con indulgencia.

Tampoco somos nosotros escritores profesionales y, luego de la estructuración y finalización del libro, hemos visto que cometimos un error (¿quién no lo comete?). Al presentar por orden alfabético los capítulos, el número cuatro debería haber sido colocado donde está el número tres, y viceversa. Pero el error no es tan grave si se considera que está entre la *n* y la *l* de la tercera letra del alfabeto, la *c*. Estamos seguros que de no haber hecho esta «confesión», el error habría pasado inadvertido. No obstante, pensamos, debemos sincerarnos ante el amigo lector.

En cuanto a los escritos de Ricardo Mella en sí, son de diferentes épocas y no han sido catalogados en un orden cronológico y sí alfabético. Por tanto, alternan escritos de juventud con los de madurez. En los de juventud como en el último capítulo, se observará que Ricardo Mella emplea ciertos modismos «religiosos», pues no debemos olvidar que el hombre se debe al medio y que, procedente de un medio saturado de religión como lo era la España promediando

el siglo pasado, se «le escapan» ciertas palabras que en su madurez no hubiera empleado. Ejemplaricemos esto: como cuando emplea palabras como, «bendecido», «reverenciado», etc., en su capítulo *La Nueva Utopía*.

Digamos algo sobre el título. No nos pertenece. Cuando en 1969 se fundó en Porto Alegre (Brasil) la Editorial Proa, ya desaparecida, nos escribieron para que le enviáramos algunos originales para su publicación. El primero que enviamos fue publicado. Fue el siguiente: *Hacia una nueva Humanidad*, por Erico Malatesta, prólogo, cronología y selección Vladimiro Muñoz, Porto Alegre (Río Grande do Sul), Brasil, 1969, Proa Ed., 257 p. Este libro antologizaba los famosos «diálogos» malatestianos, *Entre campesinos*, *En el café*, *En tiempo de elecciones*; y, además, *La Anarquía y nuestro programa*. En la página final, los editores anunciaban la otra antología (esta vez de Ricardo Mella) que debía prepararles: «Próxima edición (en idioma español). Colección Biblioteca de Cultura Libertaria. *Forjando un mundo libre*, de Ricardo Mella». Digamos aún que la edición que les preparé no estaba estructurada como la presente, ni contenía su mismo material. Se trata de un nuevo libro. ¿Por qué no llegó a publicarse en Brasil? Porque surgió entonces una nueva «ley» prohibiendo la libre emisión del pensamiento en aquel vasto país, e, incluso, la Editorial Proa, que era libertaria, tuvo que cesar en sus actividades. En esto los autoritarios no tienen razón: el pensamiento siempre respetuoso de los otros pensamientos siempre debe emitirse libremente. Si los «autoritarios» desean «combatir» las ideas pues que lo hagan con otras ideas y no con hechos «arquistas» como es éste tan inhumano de «prohibir» que los seres humanos puedan exponer (que no es imponer) sus libres ideas a sus semejantes.

Cuando el amigo lector vea alguna catalogación bibliográfica como las fichas de libros presentadas en esta misma introducción, sepa que nos hemos basado en una que consideramos sencilla y de fácil comprensión; primero damos el título del libro, luego el autor, a continuación viene la ciudad donde se ha editado, el año y la editorial, para finalmente indicar el número de páginas, primero con los números de las mismas, a los que adosamos una sola *p*, significando «páginas».

Esperamos que luego de la lectura de este libro sepa el amigo lector a qué atenerse sobre el ideal anarquista, esté o no de acuerdo con él. Y para ello le invitamos a leer detenidamente las páginas que siguen, escritas por el anarquista Ricardo Mella, paradigma humano que, más que con sus escritos, *propaga con su conducta*.

Vladimiro Muñoz.

# CAPÍTULO I

## MELLA, ANARQUISTA

### LA ANARQUÍA<sup>1</sup>

#### **Su Pasado. Concepto general de la evolución. Desenvolvimiento de la libertad. Origen del principio anarquista.**

Asistimos a una revolución universal de las ideas. El libre examen y la crítica son las características de nuestros tiempos. Las revelaciones de los dioses, las dogmáticas sentencias de sus profetas, las místicas concepciones y las apocalípticas catilinarias de los intérpretes de la divinidad, las metafísicas lucubraciones de los sabios, las abstrusas ideas de la teología, de la moral y de la política imperante hasta nuestros días, allá van en confuso tropel, en informe aquelarre al montón de los vetustos errores, de los anacronismos fatales, producto de la ignorancia y de la maldad en torpe consorcio. La palabra de dios, el signo del profeta, el axioma del sabio -teólogo, filósofo, moralista o político- que servían indistintamente para levantar pomposos sistemas, han sido abandonados por los hombres y por las ciencias, y hoy la investigación toma rumbos opuestos, más en armonía con la Naturaleza y la realidad.

El principio generador de la evolución se enseñoorea de todas las ciencias. Naturalistas, físicos, químicos, matemáticos, filósofos, sociólogos y moralistas van a buscar en ese gran principio el origen, el fundamento y desarrollo de la universalidad de las cosas, de los hechos y de las ideas. Lamarck<sup>2</sup> primero y Darwin<sup>3</sup> después, más completamente, establecen el origen de las especies, las sucesivas transformaciones de los seres y las leyes generales de la vida y del proceso animal. Lubbock<sup>4</sup>, continuador de Darwin, nos da a conocer las maravillas de algunas comunidades animales y patentiza la realidad de una inteligencia, frecuentemente asombrosa, en los seres de la escala zoológica inferiores al hombre, hasta el punto de echar las bases de una psicología animal, según las que el orden de las especies habría de ser casi por completo invertido. En las ciencias físico-químicas, Rumdorf<sup>5</sup>, Melloni<sup>6</sup> y Tyndall<sup>7</sup> son la admiración del mundo en sus portentosos trabajos acerca de la luz, del sonido, del calor y de la electricidad como modos diversos del movimiento que anima al Universo. Se producen novísimas teorías que dan en tierra con viejos errores, se reproduce en el gabinete la atmósfera y los brillantes colores que llenan el espacio, se estudia la materia en todas sus formas, y sólo resta ya penetrar decididamente en el secreto de la constitución etérea, sutil, impalpable, a través de la cual la vida, en sus infinitas variaciones, circula sin cesar. Y, finalmente, Spencer<sup>8</sup>, Morgan<sup>9</sup> y otros hombres, de verdadera ciencia, aplican a la filosofía, a la ética, a la historia, a la

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el II Certamen Socialista, celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, el 11 de noviembre de 1889. Respondiendo al tema *Anarquía. Su origen, progreso, evoluciones, definiciones y futuro de este principio social*. Ricardo Mella obtuvo el primer premio, consistente en un «Cuadro de rico y esmaltado marco con un artístico grupo de los retratos de los Mártires de Chicago, ofrecido por el grupo *Avant*».

<sup>2</sup> Jean Baptiste Antoine Pierre Monet de Lamarck (1744-1829).

<sup>3</sup> Charles Robert Darwin (1809-1882), naturalista inglés.

<sup>4</sup> John Lubbock (1834-1913), naturalista inglés.

<sup>5</sup> Benjamín Thompson Rumdorf (1753-1814), químico estadounidense.

<sup>6</sup> Macedonio Melloni (1798-1854), físico italiano.

<sup>7</sup> John Tyndall (1820-1893), físico inglés.

<sup>8</sup> Herbert Spencer (1820-1903), sociólogo inglés.

<sup>9</sup> Conwy Lloyd Morgan (1852-1936), geólogo y zoólogo inglés.

sociología, a la teoría del positivismo moderno, el principio de la evolución, y dan el golpe de gracia a las añejas opiniones de la teología, de la metafísica y de la filosofía trascendentales.

Primeramente nuestro sistema cosmogónico se reduce a los falsos principios bíblicos. La Tierra está inmóvil en el centro del Universo y es completamente plana. El Sol y las estrellas giran a nuestro alrededor sin más objeto que alumbrarnos y embellecer el trono de Dios. Más adelante la ciencia niega las conclusiones de la biblia. La forma de la Tierra es elíptica. Se rechaza también su quietismo. Nuestro planeta está animado de dos movimientos, el de rotación y el de traslación. El Sol es el centro de todo el sistema planetario. Últimamente se agrega un tercer movimiento a los de la Tierra, el de *cabeceo*, y el mismo Sol se mueve a su vez, y quizá, con todo su sistema planetario, gira alrededor de otros sistemas y de otros planetas.

Así la Astronomía, apartándose de la rutina creadora, escudriña los espacios inconmensurables donde millones y millones de astros se mueven con rapidez vertiginosa formando sistemas y sistemas de sistemas; donde las distancias son tan enormes que, para medir lo que nos separa de nuestros vecinos más próximos, son insignificantes el kilómetro y el miriámetro, y se hace necesario apelar al *año lumínico*, que es el recorrido de las ondas luminosas en uno de nuestros años comunes, a razón de 308.000 kilómetros por segundo; donde se verifica que, a pesar de esta portentosa velocidad de la luz, si en este momento preciso desaparece del firmamento la estrella Polar, guía de nuestros navegantes, continuaría alumbrándonos durante un período de tiempo de 31 años; así, digo, esa ciencia de las maravillas escudriña los espacios y nos muestra cómo las masas ígneas, rodando por cantidades inconcebibles de tiempo, se modifican y se transforman en virtud de la evolución de la materia; cómo las leyes de la mecánica del cosmos se armonizan y se resuelven en las etéreas amplitudes de una sustancia única, universal y constante. Y siguiendo a la astronomía, la geología toma a nuestro planeta desde el momento que se desprendió de la nebulosa solar, entra luego en el estudio de la evolución, de sus transformaciones sucesivas y señala el tránsito del estado gaseoso al líquido y de éste al sólido, determinando los diversos períodos de la formación de la corteza terrestre, el levantamiento de las masas sólidas, islas y continentes, las direcciones costeras de los terrenos primitivos, las cristalizaciones de rocas, la formación de las montañas con la orogenia y la constitución y origen de las aguas esparcidas en nuestro planeta con la hidrogenia, hasta el punto que puede hoy seguirse atentamente, a través del tiempo y del espacio, el desarrollo total de este átomo insignificante en la inmensidad del Universo, de este grano de arena que llamamos Tierra. A su vez la antropología, burlándose de la hipótesis del hombre de barro animado por el soplo divino, como origen común de la especie humana, halla en los datos suministrados por la geología la prueba irrecusable de nuestra presentación en el mundo animal, no ya en la época cuaternaria, sino también en la terciaria, separada de aquella por una inmensidad de siglos, llega al conocimiento de las primeras razas y determina la simultaneidad de la aparición del hombre sobre la Tierra y la pluralidad de idiomas primitivos como prueba eficiente de sus conclusiones. La física, la química y la mecánica siguen asimismo el moderno impulso, destruyen la falsa hipótesis de los fluidos imponderables, mantenidas por titanes como Newton<sup>10</sup>, demuestran la identidad sustancial de los mundos orgánico e inorgánico, puesto que en los tejidos de los animales no hay sustancia que no derive primitivamente de las piedras, del agua y del aire; explican la naturaleza y la combinación molecular hasta sus últimos límites, establecen nuevas leyes en relación con el equilibrio y los movimientos de los cuerpos, y, finalmente, avanzan ya resueltas en el secreto de la Creación, exponiendo clara y sencillamente las evoluciones infinitas de la materia cósmica, como variantes de una cantidad constante de la energía de la Naturaleza, resolviéndose en una prodigiosa armonía universal y eterna.

Y si en las ciencias exactas y naturales las nuevas investigaciones han promovido una revolución grandiosa, no ha sido en vano, puesto que su influjo se deja sentir poderosamente en las mismas ciencias especulativas. Estas entran a su vez en el movimiento renovador, y los

---

<sup>10</sup> Isaac Newton (1642-1726), matemático inglés.

métodos del positivismo se hacen plaza y arraigan simultáneamente en la historia y en la filosofía. No es ya un axioma afirmado *a priori*, un dogma proclamado enfáticamente, el fundamento de la especulación. La filosofía y la historia, y aun la política, toman como punto de partida las verdades del positivismo científico, estudian la evolución en todas sus variantes, y concluyen afirmando las ideas revolucionarias que en nuestros días se propagan por todos los ámbitos de la Tierra.

Así el principio de la evolución, apoyado en leyes fundamentales e indestructibles, se apodera de las ciencias produciendo un progreso decisivo en los conocimientos humanos. Cuando se ve que por la evolución de las especies se explica racionalmente el origen del hombre; que por la evolución de la materia se deducen del mismo modo los fenómenos moleculares y planetarios, generalización de los minerales, los vegetales y los animales; cuando por el concepto evolutivo se observa como ley constante en los diversos órdenes de la Naturaleza, material, moral e intelectual, un movimiento único de composición y descomposición que tiende al mejoramiento, a la heterogeneidad orgánica, como signo indudable de más perfectos mecanismos vivientes, es necesaria afirmar que el principio de la evolución, que la evolución general de la Naturaleza es la ley universal que preside la armonía de todos los movimientos, a la combinación de las fuerzas y de los cuerpos, al desenvolvimiento y progreso de órganos, funciones, ideas y sentimientos.

Generalizándose, pues, este principio tan ampliamente, se impone a nuestra razón y nos arrastra con fuerza irresistible a sus dominios, como si el concepto de la verdad absoluta estuviera al término del afanoso e incasable movimiento que lo supone.

En el terreno verdaderamente científico es irreprochable. Si algún defecto puede imputarse es a los hombres que siguen en sus estudios aquella teoría. Precisamente necesita el principio de la evolución salir de la esfera contemplativa a que la han llevado los hombres de ciencia. Domina en ellos un resto de preocupación y son ajenos a los sacudimientos pasionales de los hombres activos. Por esto se limitan a señalar el desenvolvimiento evolutivo sin entrar para nada, como dice muy oportunamente Kropotkin<sup>11</sup>, en la determinación científica de la curva de la evolución, y mucho menos en el estudio de las violentas sacudidas revolucionarias que no son más que una fase, un accidente del progreso evolutivo. La evolución surge siempre en un medio que le es contrario; en él se desarrolla y en él perece si las agitaciones bruscas no modifican aquel medio. Pero la evolución no puede detenerse, y mucho menos perecer. Ella misma produce esas sacudidas, esos cataclismos, esas rupturas necesarias. Así la tormenta atmosférica modifica las condiciones del ambiente; el cataclismo geológico cambia y trastorna la situación del suelo y sus cualidades; las masas meteóricas promueven terribles revueltas en el espacio. La revolución, ya se le considere en el orden natural, ya en el humano, es el elemento indispensable para que la evolución pueda llegar a la plenitud de su desarrollo.

La evolución<sup>12</sup> es un absolutismo inevitable, un absolutismo de las leyes naturales, sin el cual el progreso sería un concepto vacío de sentido. En medio del mar surge de pronto una montaña, una erupción volcánica por un absolutismo de la Naturaleza, por una revolución de la materia. Por revoluciones semejantes cambia también la sociedad sin que pueda evitarlo fuerza ni obstáculo alguno. En la vida humana se justifica, pues, plenamente la verdad de que las renovaciones son una necesidad de la ley general de la evolución, son fases accidentes de la evolución misma que al hacerse consciente rompe todas las trabas, todos los impedimentos que se le oponen y completa el desenvolvimiento libre de las sociedades.

---

<sup>11</sup> Pyotr Alekseyevich Kropotkin (1842-1921), anarquista ruso.

<sup>12</sup> Puede consultarse el libro *La Revolución a través de los siglos*, por A. Hamon. Buenos Aires, 1943, Tor Ed., 126 págs.



Puede decirse asimismo que las revoluciones son los puntos culminantes que determinan la curva de la evolución, las diversas altitudes que marcan el paso de dicha curva rompiendo la monotonía del plano. A todo sacudimiento brusco precede un rápido período de iniciación que es como el término de la curva evolutiva, como el final de la trayectoria recorrida en ondulaciones múltiples. La revolución determina el máximo de altura de perfeccionamiento, de progreso, de desarrollo. Ella rompe las últimas capas resistentes a la evolución, ella aniquila todas las fuerzas opuestas al progreso, ella, en fin, hace posible y variable el adelantamiento humano.

Así, lo que no realizan los hombres de ciencia, lo hacen los hombres de partido, los que se apasionan por el ideal, los que no sólo ponen su inteligencia, sino también su fuerza al servicio de las aspiraciones modernas, lo cual constituye un nuevo aspecto de la evolución, el más importante seguramente, pues que por tal medio se torna ésta consciente y revolucionaria, probando una vez más nuestro aserto de que las revoluciones son accidentes necesarios de la evolución.

Tal, por lo menos, se deduce del estudio de la misma ley en su concepto más amplio.

Afirmado, pues, en toda su universalidad aquel principio, no podemos sustraernos a someter a él todas nuestras investigaciones. Siguiendo paso a paso los desenvolvimientos parciales de la Naturaleza o de la Humanidad, se halla siempre en cada uno de ellos una confirmación tal de la excelencia de procedimiento, que obliga a la razón a reconocer la semejanza, la completa paridad de todos los modos de desarrollo y perfeccionamiento. Sea cualquiera el orden de examen, siempre se encuentra que el proceso marcha de lo simple a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo particular a la general.

La historia humana lo comprueba por modo harto terminante. En un principio las sociedades son sumamente rudimentarias. Poco a poco se complican en su mecanismo, al propio tiempo que sus necesidades se hacen cada vez más complejas. El desarrollo biológico comprende en un mismo conjunto las formas orgánicas, las necesidades individuales y la calidad de las actividades puestas en acción. Los mismos propósitos que determinan las acciones son en un principio muy limitados e incoherentes. Paulatinamente se hacen más amplios y extensos. En la escala de los animales sucede otra tanto. Los seres más rudimentarios se distinguen por la incoherencia de sus propósitos y de sus actos. Los más desenvueltos, por la coherencia y la distinta finalidad de sus ya más generales propósitos y acciones.

Veamos, pues, de seguir a través de la historia el desenvolvimiento de la libertad humana.

El hombre primitivo vive en sociedades muy reducidas y deficientes. De pocas necesidades, le basta con la caza y las frutas silvestres. Las agrupaciones tienden más bien a dividirse que a extenderse. La vida nómada es preferida con apasionamiento. Más tarde, sin embargo, las necesidades se multiplican, las actividades individuales se desarrollan inesperadamente y las pequeñas comunidades empiezan a engrandecerse. La Libertad individual es sacrificada en parte a las necesidades de una más fuerte cooperación para el trabajo y para la guerra. El estado de lucha permanente en que viven las agrupaciones provoca la tendencia a la sumisión. Surge naturalmente el principio de autoridad, y a medida que las comunidades o sociedades se hacen más poderosas, más y más se impone y se acrecienta el régimen del despotismo persona. En el tránsito de la libertad nómada a la cooperación societaria, la soberanía del hombre pierde terreno. Su sacrificio proviene directamente del carácter guerrero de las colectividades constituidas. Sin embargo, estas ya más complejas comunidades no son jamás ajenas a las revueltas. Con frecuencia la naciente autoridad tiene que luchar con los rebeldes y suprimirlos para no perecer. Y entre las dos fuerzas opuestas, en permanente vaivén, van desenvolviéndose estas primitivas sociedades. La autoridad y la rebelión surgen a un mismo tiempo en lucha abierta.

Las necesidades sociales continúan en aumento, al par que el estado de guerra echa más hondas raíces. Merced a la tendencia de absorción individual llegan a formarse grandes grupos, y la autoridad se encarna en el rey dios. Las supersticiones religiosas y guerras se unen a un solo fin, y así llega la Humanidad a postrarse ante el rey de origen divino. A pesar de la mayor fuerza y preponderancia del poder, las rebeliones se suceden uno y otro día, y da comienzo la era de las guerras religiosas. Las naciones ya constituidas quieren imponer a todo el orbe sus leyes, sus ideas, sus cultos.

Durante este largo período de guerra se arraigan poco a poco en los hombres las ideas de sumisión y obediencia, tanto por adaptación necesaria al medio social como por herencia fisiológica. Pero al mismo tiempo la evolución, consciente de las ideas, hace su camino, y en el mismo seno de las religiones se levantan los espíritus reformadores a corregir los viejos sistemas. Buda<sup>13</sup>, Confucio<sup>14</sup>, Cristo<sup>15</sup>, dan nuevos ideales que otra vez encienden la guerra entre los pueblos. Sociedades y civilizaciones que se habían engrandecido a la sombra del politeísmo, se derrumban, apenas en el horizonte se dibujan nuevos y más humanos ideales. Los grandes pueblos, los imperios soberbios, la antigua Grecia y la conquistadora Roma, juntamente con las invasiones de la gente del Norte, preparan el advenimiento de una nueva era. Los chispazos revolucionarios, principalmente religiosos, revisten, por momentos, más pronunciados caracteres políticos y económicos.

Hace su propaganda el Cristianismo, desmoronándose los antiguos poderes y se inicia lentamente el elemento negativo de la autoridad absoluta. El rey y el dios, antes unidos, se hacen antagónicos. En religión surgen numerosas sectas disidentes. En política pretende también emanciparse el hombre. En las últimas evoluciones de la idea religiosa, se inicia el comienzo de la evolución política. El movimiento de la reforma trae consigo el libre examen, y la filosofía ocupa su puesto en las entonces modernas contiendas. Proclamada la libertad individual, la soberanía de la razón en materia religiosa no podía hacerse esperar un hecho semejante en el orden político. Ya no se acata ni a Dios ni al rey, sino a la soberanía popular, y una formidable explosión revolucionaria estalla impotente.

En el pasado, mares de sangre riegan los campos y las ciudades. Millares y millares de hombres son sacrificados por tal o cual idea, por tal o cual capricho, por tal o cual rencor. Superstición, fanatismo, tiranía, esclavitud, son otros tantos factores de la guerra permanente en que viven los pueblos. Un torrente, un océano de fuego pone término a la evolución de la libertad en los transcurridos siglos. Parece que la Humanidad se emancipa definitivamente, que rompe las cadenas que la aprisionan, que recobra la libertad de la conciencia, la libertad del pensamiento, la libertad de acción.

No es ajeno tampoco este movimiento grandioso a la evolución económica. El desarrollo inmenso del trabajo hace que los hombres comiencen a rechazar el estado de lucha en que viven... «Mientras el estado de guerra prevalece, la obediencia se hace indispensable y se tienen como virtudes la fidelidad y la sumisión de esclavos. A medida que la guerra va desapareciendo de nuestras costumbres y la vida del trabajo y de la cooperación se desenvuelven, los hombres se habitúan más y más a defender los derechos propios, respetando a la vez los ajenos, la fidelidad al jefe se debilita y se acaba por negar la autoridad.

---

<sup>13</sup> Buda era un sobrenombre de un reformador político, a quien se identifica también como Siddharta y Sakya Muni (siglo V a. de J.). vivió en Asia.

<sup>14</sup> Kong Fu Tseu (Confucio), sabio y reformador chino (551-479 a. de J.).

<sup>15</sup> Cristo (Jesús), personaje legendario bíblico, nacido en Belén (Asia), en el reinado de Augusto (753 o 749) y muerto en el año 33 de nuestra era, que lleva su nombre. Para los anarquistas, Cristo es un ser mítico e irreal: puede consultarse el libro *Jesús es un mito*, por George Brandes, traducción de Eloy Muñoz, prólogo de Federica Montseny, Barcelona, s./f., La Revista Blanca Ed., 182 págs. A lo sumo, para los anarquistas, es un personaje poético: puede consultarse el libro *El quinto evangelio*, por Han Ryner, traducción de Elizalde Sabadell, 1927, Crisol Ed., 201 págs.

Entonces llegan a desafiarse las leyes del Estado, y no tarda en mirarse la libertad de los ciudadanos como un derecho que es virtuoso defender y vergonzoso abandonar».<sup>16</sup>

Los primeros tiempos pertenecen, en el orden económico, a la esclavitud; en el político, al poder absoluto y religioso. Los tiempos medios corresponden al feudalismo y al poder personal, respectivamente.

De un modo simultáneo, la evolución de la libertad se verifica en la religión, en la política y en la economía. La revolución que nos da el libre examen y la libertad política produce asimismo el proletariado.<sup>17</sup>

A partir de la Revolución Francesa<sup>18</sup>, el constitucionalismo se apodera del mundo llamado civilizado y el régimen industrial viene a dar nuevas formas de la esclavitud. Ni aun en sus comienzos vive en paz el nuevo orden de cosas. Las ideas federativas, por un lado, y las aspiraciones comunistas, por otro, ponen de manifiesto que los pueblos se aprestan a luchar por su emancipación, no sólo política, sino también económica. En el mismo seno de la revolución surge el nuevo concepto de la libertad en su forma rudimentaria, y la negación de la propiedad individual, rotunda y amenazadora.

La revolución se reduce, al principio, a la emancipación de la conciencia. Más tarde que trata de emancipar la conducta, y llega en conclusión a la libertad y a la igualdad total ante la ley. Todo eso no basta. A medida que el feudalismo industrial y parlamentario adquiere poderío, las ideas socialistas van propagándose rápidamente, y las reivindicaciones del pueblo se renuevan a cada momento. El aspecto económico de la evolución, oscurecido al principio, empieza a revelarse prepotente. Al fin se llega a comprender que la libertad es nula sin la igualdad social y económica. Nuestro siglo es el siglo del socialismo.

Todas las formas imaginables de organización han sido vanamente propagadas y aún ensayadas. Se hizo una revolución en la misma Francia, ensayo y descrédito del socialismo de Estado, y después de tantos y de tan fatigosos cambios, la idea de libertad se determina en toda su magnífica amplitud.

Formas de gobierno, principios de legislación, poderes constituidos, todo es negado. La libertad total, la libertad religiosa, política, económica y social, es el grito de guerra de nuestros tiempos, es la esencia de la evolución en nuestros días.

Así nace y se produce el principio anarquista.

Cuando los pueblos llegan a comprender claramente que bajo las formas de constitucionalismo, monárquico o republicano, son tan esclavos como en el régimen absoluto o en cualquier otro fundado en el principio de autoridad y en la desigualdad económica, la negación terminante de todo lo existente *la ANARQUÍA*, se les impone como principio revolucionario y garantía de sus derechos.

---

<sup>16</sup> Spencer. (Nota de R. Mella). Puede consultarse el libro *El individuo contra el Estado*, por Herbert Spencer, traducción de Siro García del Mazo, Sevilla, 1885, José M. Ariza Ed., 227 págs. Y la reedición mejorada *El hombre contra el Estado*, introducción y notas de Francisco Ayala, La Plata-Buenos Aires-Tucumán, 1945, Yerba Buena Ed., 230 págs.

<sup>17</sup> Puede consultarse el libro *El proletariado militante*, por Anselmo Lorenzo, Barcelona, s./f., [1901], Antonio López Ed., 446 págs. Y la edición mejorada, incluyendo el segundo tomo, *El proletariado militante*, por Anselmo Lorenzo: prólogo, notas, cronología y bibliografía de José Álvarez Junco; Madrid, 1974, Alianza Editorial Ed., -AU número 87-, 490 págs.

<sup>18</sup> Puede consultarse el libro *La Gran Revolución (1789-1793)*, por Pedro Kropotkin, traducción de Anselmo Lorenzo, Barcelona, s./f., [1912], Maucci Ed., volumen reuniendo el t. I. de 418 págs., y el t. II. de 406 págs.

Se engañan un momento, y buscan en el Estado y en el socialismo de cátedra o en las aspiraciones democráticas la garantía económica de su existencia. Mas pronto reconocen que en la negación del gobierno y de la autoridad se comprende también la negación de la propiedad individual.

Por eso dice muy bien Kropotkin cuando afirma que la ANARQUÍA tiene un doble origen. Es la síntesis de la evolución política y de la convicción económica.

En todos los tiempos se ha mezclado a las revoluciones políticas una cuestión de pan. En nuestros días, todos los partidos se han desgajado ante el incremento del socialismo, y aún los más reaccionarios se ven obligados a hacer algo por acallar a las muchedumbres. El [18]48, en Francia, fue una revolución socialista más bien que política. La revolución del [17]93, se vio amenazada por la conspiración de los iguales, preparada por Babeuf<sup>19</sup> y sus amigos. En la misma Roma hubo guerras esencialmente sociales<sup>20</sup>, sobre todo en los tiempos de los Gracos. Grecia dio también su contingente a las luchas económicas. El cristianismo es comunista por excelencia, y algunas sectas como la de los anabaptistas y los moravos<sup>21</sup>, lo defendieron y establecieron.

¿Cómo negar, pues, que todas nuestras luchas por la libertad lo son también por la igualdad?

Simultáneamente afirma la ANARQUÍA una y otra vez.

El principio de que los términos correlativos se implican mutuamente, viene en nuestro apoyo. Así como no puede pensarse en un superior sin pensar al mismo tiempo en un inferior, en el soberano sin el súbdito, en el todo sin la parte, así también no se puede pensar en la libertad sin pensar inmediatamente en la igualdad. No puede existir aquélla donde falte ésta.

La ANARQUÍA, expresión acabada de la libertad, afirmando necesariamente la igualdad económica y social de los hombres, es, pues, el resumen y compendio de todas las aspiraciones humanas.

La historia, la filosofía y las ciencias mismas lo comprueban.

### **Su Presente. Generalización del principio anarquista. Sus modificaciones progresivas en la evolución socialista. Su importancia actual. Definiciones.**

Hemos seguido paso a paso la evolución de la libertad en la historia y en la revolución de las ideas, llegando hasta el origen de la ANARQUÍA.

En el orden cronológico apenas se remonta a la época de la segunda Revolución Francesa, allá por el año 1848. Dos grandes genios la han preconizado por entonces: Proudhon<sup>22</sup> y Bakunin<sup>23</sup>. Uno y otro, por caminos distintos a los seguidos por los filósofos evolucionistas, llegaron antes y mejor que ellos a la afirmación de nuestro modernísimo ideal revolucionario. El gran movimiento

---

<sup>19</sup> François Noel Babeuf, conocido en la Gran Revolución Francesa como «Gracchus Babeuf» (1760-1797), revolucionario francés.

<sup>20</sup> Como la que orientó el gladiador Espartaco en 73-71 a. de J. Puede consultarse el libro *Espartaco*, por Rafael Giovagnoli, traducción de Juan Planella, Barcelona, s./f., Cervantes Ed., 386 págs.

<sup>21</sup> Pueden estudiarse estas sectas en el libro *Historie Mondiale de l'Anarchisme. Les origines, aux sources de l'Anarchie*, por Louis Louvet, París, 1951, Contre-Courant Ed., 128 págs.

<sup>22</sup> Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), el más prominente de los anarquistas franceses.

<sup>23</sup> Mikhail Aleksandrovich Bakunin (1814-1876), el más prominente de los anarquistas rusos.

de la filosofía alemana produce al uno, genio eminentemente crítico; el tremendo huracán del socialismo naciente, produce al otro, genio de la acción revolucionaria.

A partir de la inmortal *Asociación Internacional de los Trabajadores*<sup>24</sup>, la idea anarquista toma carta de naturaleza entre los proletarios de todos los países, y su popularización se debe en gran parte a Bakunin, que por medio de la *Alianza de la Democracia Socialista*<sup>25</sup> dio al traste con los planes autoritarios de Marx<sup>26</sup> y con todos los que pululan por los partidos obreros tras la ambiciosa pretensión de sentarse entre la burguesía legisladora.

Hoy el Principio Anarquista ha triunfado definitivamente en el campo socialista, y su generalización toca los límites del más puro ideal.

Veamos cómo se verifica esta generalización.

Del mismo modo que hemos llegado a establecer en el orden físico la verdad de que «las moléculas tienen movimientos que les son propios, *en tanto que forman un todo*, y sus átomos constituyentes poseen también movimientos igualmente propios y que son ejecutados con independencia de las moléculas, absolutamente lo mismo que los diferentes movimientos en la superficie de la Tierra, que son ajenos a la revolución de nuestro planeta, dentro de su órbita»<sup>27</sup>, así también en el orden sociológico hemos llegado a concebir que las agrupaciones humanas tienen sus fines y sus actividades propias, *en cuanto forman una personalidad o todo social*, a par que sus átomos constituyentes, los individuos, tienen también sus fines y actividades propias que se cumplen independientemente de aquellas otras. Llegamos así a la concepción de la soberanía colectiva coexistiendo con la soberanía individual, y pronto surge en las ciencias político-sociales la indispensable consagración de todas las autonomías.

Para adquirir el dominio de estas conclusiones han debido pasar los pueblos por una penosa y lenta evolución, matizada de brucas sacudidas revolucionarias. Durante mucho tiempo no se resuelven los problemas de la libertad y de la igualdad si no es a expensas una de otra. No se da un paso en dirección de la libertad que no provoque una nueva forma de tiranía económica. No se verifica una aproximación a la igualdad, sin sacrificar y vulnerar las libertades públicas.

Pero las ideas de cierta parte de la filosofía alemana, y los principios proclamados por la Revolución Francesa, depurándose y perfeccionándose, en el laboratorio de la crítica, al par que los progresos de las ciencias sociales determinan al fin la solución más acabada de aquellos dos problemas ya mencionados.

Desde el momento que las ideas federalistas se desarrollaron en oposición al cesarismo centralizador y absorbente, el Principio Anarquista germinaba en el fondo de todas las conciencias, y la misma filosofía le abrió sus puertas de par en par. Ensayadas todas las formas de gobierno, aquilatado el error de todos los sistemas políticos y aun sociales, se llega necesariamente a la negación de unos y otros. Las mismas ideas federalistas caen por su base a la sola observación de que no puede existir el pacto verdaderamente libre allí donde la igualdad total de condiciones no es un hecho.

Así pues, en cuanto la filosofía ha demostrado, y la razón humana comprendido que como seres racionales no se puede suponer más capacidad para la justicia en unos que en otros

---

<sup>24</sup> Fundada en Londres en 1864. Puede consultarse el libro *L'Internationale de 1864*, por Hem Day (seudónimo de Marcelo Dieu), París-Bruselas, 1965, Pensée et Action Ed., 158 págs.

<sup>25</sup> Sobre esta realización de Bakunin puede consultarse el libro *Michael Bakounine. Aspects de son oeuvre*, por Hem Day, París-Bruselas, 1966, Pensée et Action Ed., 129 págs.

<sup>26</sup> Karl Marx (1818-1883), sociólogo alemán.

<sup>27</sup> Tyndall. (Nota de R. Mella).

hombres, no se puede atribuir mejor derecho a éstos que a aquéllos, pues la Naturaleza no hace esencialmente distintos a los humanos, siquiera los haga accidentalmente; en cuanto se evidencia, asimismo, que en la razón individual radica todo principio de ciencia y de certidumbre, y la raíz de toda moral y de todo derecho, lo cual la supone autónoma<sup>28</sup>, desde este momento, digo, la base de la autoridad y del principio de gobierno, en consecuencia, queda anulada y destruida. En calidad de potencialidad física la relación es, si no igual, equivalente, aunque el ejercicio de las especialidades produzca manifestaciones y aptitudes diversas. A la razón y la justicia, como elemento de lógica aquélla, y como elemento de conciencia ésta, les basta lo primero para apreciar en todos los hombres la misma capacidad para gobernarse a sí propios, la misma conciencia para obrar moralmente, la misma inteligencia para dirigir sus actos y pensar con rectitud, la equivalencia de su fuerza física para producir por sí o colectivamente en reciprocidad de utilidades. Así pues, afirmada la igualdad entre los hombres y la autonomía de la razón individual, cada uno de nosotros ha de ser necesariamente su dios, su rey, su todo.

Los fundamentos de la ANARQUÍA tienen, además, firme apoyo en la evolución social. Hecha abstracción de la legalidad dominante, observamos que en el hogar o en la calle, en el trabajo o en las relaciones sociales, cada vez es mayor el círculo en que nos conducimos con arreglo a nuestros designios, sin tener para nada en cuenta ni la autoridad ni las leyes. Vamos y venimos, nos movemos, contratamos a cada momento con el comerciante, con el industrial; con el amigo, sin el menor inconveniente, sin echar de menos una intervención; obramos, en fin, y en cierto modo, libremente. ¡Cuán dolorosos son los *molestos* trámites a que a veces las leyes y las costumbres nos obligan apenas abandonamos aquella esfera de acción! Por otra parte, aumenta de día en día el número de las asociaciones consagradas a tal o cual independiente de la influencia de los gobiernos, y no son pocas las que se organizan sin fórmulas autoritarias ni legislativas. En el comercio, en las relaciones internacionales, en el mundo científico, el gobierno, si interviene directamente, es para lastimar siempre intereses, para hollar derechos. No es menos cierto que la tendencia social ha sido constantemente la misma: mermar la autoridad, discutirla, limitarla y, en conclusión, suprimirla. Todo lo que se limita, se niega, ha dicho no sé quién, y la autoridad viene negada desde que el primer hombre se rebeló contra ella, arrancándole en sus esfuerzos sucesivos, hoy un atributo, mañana un elemento, al día siguiente una función. Luzbel<sup>29</sup>, el sublime rebelde, llega a encarnarse en todos los hombres, y a triunfar.

Generalizar lo que en la evolución social se verifica, romper las trabas que impiden a la generalización verificarse, anular la presión que en todo sentido se ejerce sobre el hombre, ya se llame coacción religiosa, ya social, moral o política, devolverle a la libertad y reintegrarle en sus derechos, tal es el moderno ideal que sintetiza la ANARQUÍA como negación terminante del pasado y del presente, y afirmación categórica del provenir.

¿Qué es, pues la ANARQUÍA, en toda generalidad? La ANARQUÍA es sencillamente la libertad total: libertad de pensamiento, libertad de acción, libertad de movimientos, libertad de contratación, basada en la más completa igualdad de condiciones humanas, tanto económicas como jurídicas, políticas y sociales. La libertad y la igualdad son dos afirmaciones fundamentales. Se obtiene la primera por la supresión de todo gobierno. Se alcanza la segunda por la posesión en común de toda la riqueza social. Se consagran una y otra por el espontáneo funcionamiento de todos los individuos y los organismos mediante el pacto.

Le falta todavía firmeza en el terreno de las afirmaciones orgánicas, pero no tarda en abarcar en una sola idea el problema político y el problema económico. Vacila, no obstante, sigue las corrientes que la impulsan hacia una u otra idea, y suprimiendo en definitiva cuantas

---

<sup>28</sup> Pi y Margall. (Nota de R. Mella).

<sup>29</sup> Luzbel o Lucifer, personaje bíblico: «príncipe de los ángeles rebeldes».

aberraciones contienen las fórmulas económicas, afirma resueltamente la esencialidad del principio igualitario de las condiciones humanas, y la libertad general e ilegible para todos los individuos y agrupaciones.

Estos breves progresos se han realizado dentro de la evolución de las ideas socialistas en el corto espacio de medio siglo<sup>30</sup>, y muy principalmente después de disuelta la famosa *Internacional de los Trabajadores*. Estas evoluciones son producto del proletariado militante, que en su espíritu revolucionario tiende siempre a purificar y concretar sus ideales.

Las masas, caminando más deprisa que la filosofía, aunque por ella empujada, han determinado con cierta precisión la solución del problema social tan tenazmente perseguido durante muchos siglos para la especie humana.

Este hecho es precisamente el que caracteriza la importancia que en los momentos actuales tiene el Principio Anarquista. Representa éste la revolución, no sólo dentro de la legalidad o legalidades constituidas, sino también dentro del campo socialista. El rompe con las rutinas de la vieja política, y rechaza las amalgamas del socialismo contemporizador y autoritario: niega todos los sistemas imperantes y repudia las disquisiciones de los que quieren modificar la sociedad con un triste plagio de su estado actual. Ha matado por completo a los partidos democráticos que no ha mucho seducían al pueblo, y emancipa diariamente a muchos trabajadores de las preocupaciones religiosas, políticas y proletarias. Las clases jornaleras, o no creen en nada o son anarquistas. En la misma organización de los llamados partidos obreros hay más de ficticio que de real. De hecho el Anarquismo ha ganado todas las conciencias, y determinadas circunstancias han de venir a poner de manifiesto de modo evidente que el pueblo es anarquista, sabiéndolo o sin saberlo. La mayor importancia de nuestro principio consiste en que, más o menos, lo profesan millares de hombres de todas clases, después de haberse desengañado de las farsas políticas.

Es indudable que al paso que la idea anarquista ha ido de día en día perfeccionándose y alcanzando importancia más decisiva, se ha definido también mejor cada vez.

ANARQUÍA, *sin gobierno*, tal es su expresión primitiva, a la cual nada puede oponerse, pues es el significado real de la palabra y de la idea. Los diccionarios han dado, después de algún tiempo, entrada en sus páginas a aquella palabra y la definen comúnmente y con cierta diferencia como estado o sistema social sin gobierno o jefe. Se supone, pues, y no sin razón, un organismo subsiguiente, un organismo producto de la libertad misma, o sea, *la libre asociación de los trabajadores libres*. La ANARQUÍA ha llegado a suponer, en su expresión más alta, el libre funcionamiento de los individuos y de las agrupaciones de los pueblos y de las razas, funcionamiento espontáneo ajeno a toda regla, a toda ley que no resida en ellos mismos como parte integrante de la naturaleza que por ella se rige.

Reduciendo, pues, estas ideas a términos breves y sencillos propios de una definición, debemos establecer que *la ANARQUÍA es el funcionamiento armónico de todas las autonomías, resolviéndose en la igualdad de todas las condiciones humanas*.

Quedan así comprendidos en una sola expresión los dos grandes principios que la ANARQUÍA implica: la Libertad y la Igualdad.

---

<sup>30</sup> Recuérdese que esto fue escrito en 1889 y que por tanto han pasado muchos años desde entonces.

**Su Porvenir. Realización del Principio Anarquista. Certidumbre de su posibilidad. Su importancia en la vida de la especie humana.**

No es posible ya la duda respecto a un mejor estado de la vida social. La Humanidad, desenvolviéndose progresivamente, nos suministra la prueba de que caminamos hacia el mejoramiento de las condiciones de la existencia: apenas se atreven a negarlo los partidos más retrógrados. Lo que de más avanzados se precian pretenden contener nuestras legítimas aspiraciones a pretexto de que sólo serán posibles en una sociedad más instruida y mejor preparada para la libertad. Esto significa que carecen de fuerza y de lógica para combatirnos. La instrucción de que ciertamente carece, no sólo el pueblo, sino también gran parte de las clases llamadas directoras, no puede obtenerse sin romper antes todas las ligaduras con que oprimen al hombre las dominantes preocupaciones de la religión y de la política. Mientras el Estado tenga sometida la enseñanza, mientras la Iglesia se introduzca en las escuelas, mientras las condiciones de desigualdad social principalmente no sean destruidas, es imposible que la instrucción se generalice y llegue a todos por igual. Para que sea integral o enciclopédica, lo primero que se necesita es emancipar por completo la enseñanza y facilitar a todos los hombres iguales medios de adquirirla, colocarlos en igualdad de condiciones económicas y sociales, lo cual sólo es hacedero después del triunfo definitivo de la ANARQUÍA. Por otra parte, los pueblos no pueden prepararse para la libertad si no es ejercitándola, y en tanto cuanto se les prive del más insignificante de sus derechos a pretexto de la incapacidad o de imaginarios peligros, podrá adaptarse a la tiranía más o menos poderosa que estos significa, pero no a la libertad que necesita. A menos de acudir a la rebelión no puede el hombre educarse en la libertad, y esto, prueba en último término que únicamente en la libertad completa halla aquél su más lata expresión como miembro social.

Soñar con que la evolución se complete en un medio que le es totalmente opuesto, es una locura. Para completarse aquélla, lo repetimos, es indispensable modificar antes el medio circundante, provocar la revolución, y entrando entonces en el uso de todos los derechos, consagrar por la práctica y la experiencia el imperio de la libertad.

Es indudable que en el tránsito de una a otra forma se producirán perturbaciones, pero ¿acaso faltan en ningún periódico de transición? Hoy mismo, después de un siglo<sup>31</sup> de sistema constitucional, las perturbaciones son el pan de cada día. Pasarán, pues, las alternativas y vaivenes de los primeros tiempos, y la sociedad anarquista entrará en su desarrollo total, sin sacudimientos bruscos, sin cataclismos terribles, sin nada de lo que caracteriza a nuestros días, porque no estarán allí para provocarlos ni el principio de autoridad ni el privilegio de la apropiación individual.

¿Y cómo, se dirá, va a realizarse todo eso?

Después de la revolución, generalizada la propiedad y sometidos a libre uso la tierra y los instrumentos de trabajo, los productores se asociarán conforme a sus fines, sus aptitudes, sus necesidades, y mediante pactos libres, procederán organizadas la producción, el cambio, el consumo, la instrucción, la asistencia y cuanto requieran en el nuevo estado social en que se encuentren. La libertad, la más amplia libertad presidirá la formación de estos organismos, la distribución de los productores y la retribución del trabajo.

Cuanto hoy se gasta en mantener ejércitos formidables, iglesias llenas de parásitos y oficinas atestadas de vagos; cuanto hoy se acumula en manos de señorones ociosos y consume el vicio, refluirá sobre la sociedad en general y circulará en beneficio común para mejor conllevar el mantenimiento de todas las necesidades y de todos los goces físicos, artísticos, morales y científicos.

---

<sup>31</sup> Igual que en la nota anterior, téngase en cuenta que desde que esto fue escrito ha pasado casi un siglo.



No habrá un Estado que mande e inicie, pero habrá millones de iniciativas individuales y corporativas, y los hombres contratarán libremente, emancipados ya del mandato atentatorio a sus derechos.

¿Dudan de esto? ¡Pues qué! ¿Acaso no se debe lo mejor de nuestros adelantos a la iniciativa privada? ¡Pues qué! ¿Acaso hoy hace el Estado algo más que estorbar nuestros progresos? ¿Acaso el Estado es el factor de la industria y del comercio? ¿Acaso interviene en los progresos de la ciencia y del arte como no sea para torcerlos y anularlos? ¿Acaso hace algo que no sea perturbar la existencia de multitud de asociaciones que viven fuera de su esfera? El Estado no es médico, no es mecánico, ni es industrial, ni es comerciante, ni es productor; el Estado no es nada. ¿Para qué sirve, pues?

Se creará, no obstante, que sin el nudo del Estado se desatarán todas nuestras pasiones y se romperá la unidad de la especie humana. No teman, no, espíritus preocupados, que tal suceda; no teman que se alcen los unos contra los otros. «Cual en la Naturaleza, -ha dicho Castelar<sup>32</sup>-, existen leyes de diversificación que producen los individuos, existen leyes de unificación que producen las especies y las colectividades. Cual hay entre las moles del cielo fuerzas centrífugas que a cada cual en sí misma la contienen y las fuerzas centrípetas que las armonizan unas con otras, hay leyes de independencia que reconocen a cada pueblo -y a cada individuo, debiera añadir-, su autonomía y leyes de atracción que los juntan en una obra universal humana. Como el espectro solar prueba la unidad del Universo material, el sentimiento de solidaridad prueba la unidad del género humano».

Si no bastan las necesidades individuales y sociales a probar la posibilidad de la ANARQUÍA, si no bastan el gran desarrollo industrial que alcanzamos y el nivel superior que intelectualmente hemos conquistado, si no bastan la multitud de ejemplos de sociedades que hoy viven sin autoridad constituida, si no basta todo esto a probar nuestra afirmación, el sentimiento de Solidaridad pone fin a todas las observaciones y a todas las dudas.

Dejemos obrar a las leyes naturales. Los individuos y los pueblos son socialmente autónomos, y esta autonomía rechaza toda autoridad, pues lejos de perderse sin ella en el laberinto de sus pasiones, posibilita la vida armónica de todos los seres, ya que la soberanía de unos ha de ser equilibrada por la de otros, a la manera de las diminutas partículas libres en el espacio, encuentran en sus mutuos choques, limitaciones también mutuas, y forman, por relaciones de afinidad o de atracción, otros cuerpos llamados moléculas, en lugar de destruirse o aniquilarse, toda vez que la ley de la conservación excluye la aniquilación. La solidaridad, la atracción, la afinidad, el espíritu de conservación, hacen, por tanto, innegable la asociación voluntaria de todos los hombres.

El principio de autoridad no ha podido durante muchos siglos conseguir el cumplimiento de estas dos leyes. Ni ha consagrado jamás la autonomía individual ni puede consagrarla. Ni ha conseguido nunca unir en un solo haz a la Humanidad entera, ni lo conseguirá. Lo que no ha alcanzado la autoridad, lo obtendrá la libertad; lo que no la fuerza, lo conseguirá la voluntad, libre de todas las trabas. Dejen que la libertad y la solidaridad obren en consorcio admirable todos sus prodigios, y verán cómo sobre esa magnífica mecánica social, la ciencia, emancipada de las influencias perniciosas del presente, rutinario y preocupado, se desenvolverá ampliamente, alcanzando el grado más alto de su completa organización progresiva, para determinar con la estadística el movimiento económico de los pueblos; con la higiene, las prescripciones de la salud para el individuo y para el grupo; con la física, los diversos secretos de los elementos naturales para que el hombre los explote; con la química, diversas

---

<sup>32</sup> Emilio Castelar (1832-1899), escritor español. Puede consultarse el libro *El socialismo y los socialistas*, por Emilio Castelar, Madrid-Barcelona, s./f., [1906], Ibero-América Ed., 189 págs. *El socialismo y los socialistas*, solamente hasta la página 76, pues a continuación contiene otros ensayos.

combinaciones de esos mismos elementos para producir lo útil y lo maravilloso; con la mecánica, los medios de suprimir en el hombre la última partícula de la animalidad primitiva, sustituyendo al esfuerzo muscular la fuerza motriz del agua, del aire y de la electricidad<sup>33</sup>, que en la magnífica gradación de las verdades científicas puede y debe hallar el hombre cuanto necesita para dirigirse y gobernarse por sí mismo.

Al mandato estúpido de la autoridad, sustituirá así el consejo ilustrado de la ciencia.

Nuestros ideales redentores son de realización inmediata, y la certidumbre de su posibilidad, cosa por demás evidente.

Queremos vivir libres, trabajar los unos para los otros, ayudarnos, fraternizar en el esfuerzo común para el bien universal, luchar juntos para el goce de una vida tranquila donde todos comprendan que lo mejor para cada uno y para los demás es obrar el bien, practicar el bien y realizar el bien.

En la vida de la Humanidad tiene esta próxima evolución una importancia decisiva.

Suprimidos todos los privilegios y todas las autoridades, las pasiones humanas serán menos excitadas, pues que la ambición del poder, el afán de las riquezas, las necesidades de las rebeliones, todo esto habrá desaparecido naturalmente. Los progresos que hasta el día tienen que luchar con la oposición de los poderes y de los intereses creados a la sombra del privilegio se verán libres de toda traba, de todo obstáculo. Funcionando libremente todas las iniciativas, hallando todos los propósitos expeditos los caminos de su realización, nada habrá que perturbe la marcha general de las sociedades.

La ANARQUÍA habrá acabado con todas las hecatombes hoy tan comunes. Cada modificación, cada reforma se realizará expansivamente, y las luchas de nuestros días, crueles y sanguinarias, no volverán jamás a repetirse.

El imperio de la fuerza, las luchas de la fuerza, el triunfo de la fuerza, habrán sido eliminados, porque donde la libertad domine, nadie intentará sojuzgar a nadie, nadie tratará de sobreponerse a nadie por una mayor fuerza o poder físico. Luchas de inteligencia, emulaciones de trabajo, de saber y de bondad, serán las verdaderas agitaciones del porvenir; agitaciones grandiosas, nobles y pacíficas; agitaciones y luchas de hombres, no de fieras, no de bestias.

La ANARQUÍA, en fin, habrá cerrado el terrible período de las revoluciones violentas, la cual constituye la más grande apoteosis de aquel principio.

Multitud de asociaciones industriales, agrícolas, científicas, artísticas, etcétera, librarán la batalla de la vida en fraternal consorcio, en admirable competencia de solidaridad universal. Multitud de asociaciones atenderán a la enseñanza, a la asistencia, a la higiene y cuanto hay tuerce, por mezquindad de intereses, el rumbo de las ciencias, no cabrá en el seno de aquella sociedad emancipada, redimida.

¿Qué sucederá necesariamente? Que los productos abundarán por todas partes mediante un trabajo individual mucho menor que el presente; que las relaciones de los hombres se extenderán prodigiosamente; que la mayor parte de nuestros males físicos desaparecerán, y muchos otros serán vencidos por la medicina; que los entuertos de la ignorancia se reducirán a su mínima expresión; porque trabajando todos los hombres, con menos esfuerzo personal, podrán producir más que lo suficiente para la subsistencia general; porque eliminadas las artificiales fronteras políticas y suprimidos los inconvenientes de la distancia y el dispendio de

---

<sup>33</sup> Hoy también la energía nuclear. Mañana posiblemente la solar y otras energías.

los gastos de transporte, nada estorbará que todos los hombres se entiendan; porque emancipada la medicina del egoísmo individual acudirá a todas partes solícita, y a la postre la constancia de combatirlas desterrará muchas enfermedades; porque, en fin, llevada la instrucción a su grado máximo de desarrollo, la ignorancia será un verdadero fenómeno rarísimo y excepcional.

El progreso humano ha de verificarse, pues, mediante el planteamiento de la ANARQUÍA, de una manera armónica, espléndida, deslumbradora.

Tal es nuestra aspiración, confirmada por aquel dicho célebre que recordamos a nuestros impugnadores:

«El paraíso está adelante, no detrás de nosotros».<sup>34</sup>

Las asociaciones, libre y espontáneamente constituidas, suplirán con creces a todo el complicado mecanismo gubernativo y económico hoy imperante.

Mientras las grandes sociedades explotadoras van suprimiendo la pequeña industria para dar lugar a la socialización del trabajo, el socialismo se coloca a la cabeza del movimiento y reclama la inmediata posesión común o colectiva de la riqueza para toda la Humanidad.

Mientras las iniciativas individuales y corporativas van pasándose son el gobierno y aun haciéndolo innecesario, ese mismo socialismo moderno pide de una vez la cesación del ejercicio del principio de autoridad y de las funciones gubernamentales.

Por eso proclama, en resumen, la ANARQUÍA.

A los que todavía dudan, puede argüírseles que nuestras aspiraciones están legitimadas por la filosofía y por las ciencias. Aun partiendo de puntos distintos una y otras concuerdan en la afirmación de las modernas ideas. Mientras Proudhon afirma que todo problema se reduce a una antinomia cuya solución radica en el punto de equilibrio de los términos contrarios, y funda así la filosofía popular y la teoría anarquista de la libertad, viene la física a demostrar que el punto en el cual la fuerza de atracción y la de repulsión son iguales, es la posición de equilibrio de los átomos. Así como se verifica que los intereses individuales son en principio opuestos y contrarios y, sin embargo, se armonizan por el sentimiento de la solidaridad y la necesidad de la cooperación que los atrae y los junta, así también los átomos, como primer elemento de los cuerpos, se rechazan mutuamente y no se niegan, sin embargo, compañía mutua, porque en ellos obra, además, la fuerza de atracción. Asimismo, los filósofos evolucionistas llegan a idénticas conclusiones que Proudhon, pues mientras aquéllos procuran demostrar que en la sociedad todo se reduce a la idea de *movimiento*, de la misma manera que en la Naturaleza, éste prueba que el principio del progreso humano no es otra cosa sino esa misma idea del movimiento que para realizarse necesita libertad general, y rechaza, por tanto; toda coacción política, religiosa, o social y económica. Siguiendo estas ideas, Spencer deduce la consecuencia necesaria de la proximidad de un estado social, en el que la obligación, como elemento de la conciencia colectiva, desaparecerá, y en la que los individuos se guiarán únicamente por los sentimientos morales como hoy se guían por las sanciones. «Está demostrado -dice a este propósito- que los individuos son el resultado de adaptaciones al medio en que viven. El salvaje se caracteriza comúnmente por la crueldad como resultado de la lucha permanente en que se agita. Esta crueldad, si bien no desaparece, modifica sus formas a medida que el medio social cambia y las relaciones son más pacíficas. Hoy hay muchos hombres que practican el bien con verdadera ternura, y se comprende que, al paso de las cosas se modifiquen por el progreso y la civilización, la bondad reemplazará a los sentimientos rudos y

---

<sup>34</sup> R. M. C. Iniciales de Ricardo Mella Cea.

cruces». La evolución continua de la Humanidad nos fortifica, pues, en la creencia de una sociedad despojada de todos los atributos legados por los tiempos primitivos. El hombre, adaptándose cada vez más a obrar libremente y a respetar por propia voluntad a sus semejantes, cosa hoy presente a la observación, asegura la generalización inmediata de nuestro principio, porque es indudable que la persistencia en cumplir cualquiera de nuestros deberes, acaba por convertirse en un placer, y por tanto, toda coacción, a más de irracional, se hace innecesaria.

La idea anarquista sufre también sus oscilaciones y va cada día concretándose y afirmándose mejor en un principio; surge como un simple grito de protesta, de guerra, y es la bandera aún no bien definida de la revolución. Lentamente verifica sus progresos y se manifiesta ya como negación terminante de toda forma de gobierno.

Ricardo Mella

## **CAPÍTULO II**

### **MELLA, ARTICULISTA**

#### **DE LA SOLIDARIDAD<sup>35</sup>**

Problema siempre planteado y jamás resuelto prácticamente, la armonía de los intereses continúa siendo el objetivo de las escuelas reformadoras y revolucionarias. Los mismos partidos doctrinarios no dejan de intentar la solución del conflicto permanente de los antagonismos sociales. En el propósito, siempre que se trata de hombres de buena fe, hay que reconocer la justicia de todas las ideas.

Así, en el fondo de las diversas doctrinas que agotan el mundo, es necesario hallar una característica común a todas las aspiraciones. Cuál sea ésta al tratarse de oposición y lucha de intereses, no es fácil determinarlo. Armonizar elementos opuestos, poner de acuerdo fuerzas antagónicas, sumar lo que por su diferente naturaleza tiende a destruirse, no hay medio de conseguirlo como no sea por un régimen cualquiera de más o menos amplia solidaridad social. Toda organización establecida y todo plan de organización futura lo supone necesariamente, pues asociarse por la vida común, juntarse en un propósito general de comunes desenvolvimientos, sea el que fuera el principio generador de la comunidad, equivale a declarar establecido o necesario el establecimiento de la solidaridad humana. Es, por tanto, evidente que la característica común a las aspiraciones de los hombres es la necesidad reconocida de un régimen solidario de convivencia social.

Pero al punto que la divergencia de las ideas surge y la multitud inmensa de teorías y principio en radical oposición solicita las preferencias individuales, se diluye como por ensalmo en el seno incognoscible del humano cerebro la común característica que a los hombres liga fatalmente por encima de todos los particulares intereses y de todos los egoísmos hereditarios. La divergencia se trueca en lucha, y para sumarnos comenzamos destruyéndonos mutuamente, como si la guerra fuera el hecho real que eternamente hubiera de negar el hecho idea la

---

<sup>35</sup> De la *solidaridad*, por R. Mella, Gijón, agosto de 1916, revista «Renovación», núm. 1.

solidaridad humana. El bruto, es imposible maridaje con el ser moral, produce aquel dualismo entre la realidad y la idealidad del hombre. El egoísmo animal, en consorcio singular con la generosa aspiración del pensamiento que forja el idilio de una vida feliz imperecedera, nos trae a cada instante la evidencia de un antagonismo siempre creciente y siempre pujante.

La multitud se divide, se fracciona. Dos corrientes poderosas solicitan las opiniones, y cada cual, según su mentalidad particular, sigue o se deja arrastrar por los elementos que con él concuerdan. A un lado se dirigen los egoísmos del bruto. Al otro lado las generosidades del hombre. Los que creen en la animalidad eterna se separan de los que afirman un constante proceso de humanización. Los unos piensan en organizar un mundo de animales. Los otros, un mundo de hombres. La reconciliación es imposible.

Por esto, cuando los doctrinarios nos hablan de solidaridad, es a reserva de mantener en pie todos los antagonismos, todas las oposiciones y todos los intereses en lucha. Pretenden sumar cantidades algebraicas de signos contrarios, y la suma se convierte en una sustracción. La subordinación entre los hombres, la lucha continua entre sus opuestos intereses, sancionada a toda hora por los teorizantes de los hechos consumados, es como de orden natural cosa indestructible que el espíritu de solidaridad apenas lograr amenguar en sus manifestaciones más brutales. La solidaridad se convierte para los doctrinarios en la sanción reglamentada del combate sin fin entre los humanos.

¿Se engaña la Humanidad en sus anhelos? ¿Tienen razón los defensores del código de la guerra?

A poco que se reflexione, toda duda desaparecerá. Los hombres propenden cada vez más entenderse. Vencida a cada paso su inmensa mayoría, se da cuenta de la notoria necesidad de la asociación para la lucha por la vida. Cada uno se encuentra insuficiente para pelear solo. Quiere sumar sus fuerzas a otras fuerzas y conquistar para sí por la comunidad lo que individualmente no podría lograr. Su vecino no es un enemigo; es un asociado. De todas partes inmenso clamoreo demanda un cambio radical en las formas de la vida colectiva. Las ciudades, como las naciones, son grandes comunidades en que cada individuo es enemigo de todos los demás. Se pretende convertirlas en comunidades de hermanos. Se quiere que la solidaridad efectiva de los intereses identifique al individuo con el grupo, que el interés de uno sea el interés de todos, que el interés de todos sea el interés de cada uno.

Las propias actuales agrupaciones de hombres son la plena confirmación de la posibilidad de un régimen verdaderamente solitario. Desaparece el trabajador aislado y surgen multitud de asociaciones industriales. Los gremios renacen fuertes. El mismo capitalista no se arriesga solo a los vaivenes de la fortuna. El obrero se asocia también para luchar colectivamente contra la explotación de que se le hace objeto. La solidaridad alienta en todas partes. Es una tendencia evidente de los tiempos nuevos.

¿Será una realidad en el porvenir?

Si el provenir pertenece al socialismo, la solidaridad será un hecho real.

La amenaza de una próxima Revolución está en el ambiente. La igualdad de condiciones económicas es su lema. Ninguna de las escuelas socialistas que se disputan el dominio de las masas prescinde de aquel principio. Todas lo proclaman. Y como si esto no fuera bastante, del campo de la filosofía y del positivismo y aun del campo de la política salen voces de sinceridad que proclaman que la igualdad de condiciones económicas es la expresión terminante de la justicia.

Igualdad de condiciones económicas y comunidad de vida son una misma cosa. La solidaridad es el término que expresa más claramente la identificación de los intereses, la comunidad de medios y de fines. La solidaridad, por tanto, es todo el próximo porvenir por el cual luchan sin tregua las masas obreras y hacia el que concurren poco a poco las simpatías de la mayoría de los hombres. Sobre todo de aquellos que no corrompido una riqueza desproporcionada o un poder excesivo.

Ciertamente que el mundo social carece de hábitos de solidaridad; que la asociación resulta efímera unas veces, dañosa otras; que el egoísmo individual, sostenido por la educación, tiene todavía demasiado arraigo en los corazones. Pero el hábito se adquiere con el ejercicio; la cooperación se afirma cuanto más se identifican los intereses, y el egoísmo se amortigua cuando llega a no ser necesario. Vivimos todavía en plena guerra y es necesario que el espíritu de conservación individual se sobreponga a toda otra consideración. Los intereses son demasiado antagónicos para que la cooperación sea sincera. Y, en fin, nacemos y crecemos y morimos en un ambiente de odio bastante arraigado para que los bellos sentimientos de la solidaridad hayan podido manifestarse aun bajo la máscara de la compasión caritativa.

Mas esos sentimientos viven en nosotros y corroboran principios e ideas que lentamente van triunfando de los prejuicios tradicionales; la fraternidad se hace cada vez más viva, más sincera, y el mismo instinto de conservación personal se amplifica y comprende que la conservación colectiva y la conservación individual se dan la mano, no pueden existir separadamente y se confunden en un solo y mismo principio de persistencia universal. La evolución de las ideas acompaña a la evolución de los sentimientos y ambas hacen su camino.

¿Qué falta? Remover los obstáculos sociales que impiden la transformación inmediata del mundo. Establecer nuevas condiciones de existencia que permiten el ejercicio de la solidaridad, la práctica de la cooperación, la manifestación libérrima de los altruismos nacientes. Falta un sacudimiento social que nos devuelva a la igualdad, que es la justicia, que coloque a todos los humanos en condiciones equivalentes de desenvolvimiento, que renueve el ambiente empobrecido en que actualmente vivimos para que en un proceso de adaptación, más o menos largo, se haga habitual lo que en principio será simplemente concierto voluntario de todos los hombres aptos para el trabajo y dispuesto por su propio interés y por el de los demás, a concurrir a la obra común de organizar el nuevo mundo de la solidaridad.

Porque no pretendemos que en un solo día, y por arte de magia, se realice el programa amplísimo del socialismo revolucionario. La derrota del orden actual de las cosas no supone la realización inmediata del ideal. La obra de la Revolución será trabajosa y larga. La comunidad de los medios de producir será establecida en mayor o menor extensión en todas partes; la libertad, más o menos amplia, decretada, por así decirlo, en multitud de villas y ciudades; el socialismo triunfará por doquier y comenzará a desenvolverse todo el contenido de su doctrina. El socialismo puramente anarquista, vencedor en las calles, será de hecho la obra del tiempo, tanto más lenta cuanto menores sean las disposiciones de los hombres para el ejercicio de la libertad y de la igualdad. Así la solidaridad, tal como la concebimos, no será probablemente realizable de golpe. Mas bien resultará de conciertos parciales entre individuos y entre colectividades, limitada aquí, más amplia allá, no bien entendida en muchas partes. La enorme suma de las preocupaciones y costumbres heredadas constituirá el mayor obstáculo a su desenvolvimiento. Pero por el ejercicio se adquiere el hábito, y en el transcurso del tiempo llegará a ser completamente habitual lo que en principio no habrá de ser más que fruto de contratos en que el deseo de justicia se hallará en parte neutralizado por el egoísmo hereditario no bien desterrado de los corazones.

La solidaridad es, pues, un fin; la meta hacia la que camina el humano linaje sin descanso. Empujado por la imponente ola del socialismo, llegará rápidamente a ensayarla. La igualdad económica y la libertad social, lo más amplia posible, iniciarán el ensayo. La práctica total de la

solidaridad pertenece a la evolución del porvenir, a un mundo nuevo en que, ante el espíritu creciente de abnegación, retrocederán todos los egoísmos primitivamente animales y socialmente tradicionales.

La tarea de nuestros tiempos consiste en allanar el camino del porvenir. Difundamos sin cesar las ideas nuevas y preparemos por la propaganda y por el ejemplo a las venideras generaciones para la práctica del más bello de los sentimientos humanos: la solidaridad.

Ricardo Mella

## LA HIPÉRBOLE INTELLECTUALISTA<sup>36</sup>

### OBREROS INTELLECTUALES Y OBREROS MANUALES

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra *intelectual* aplicada a literarios, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aun de anarquistas se llaman a sí mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, *intelectuales*. Piénsenlo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario, de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabreja, ¿a título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede del todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad humana? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustenten, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquéllos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no es en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo, y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las costumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material: que, más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdónese me la palabra?

---

<sup>36</sup> *La hipérbole intelectualista. Obreros intelectuales y obreros manuales*, por Ricardo Mella, Barcelona, octubre de 1903, revista «Natura».

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo inminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquellos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del hombre; no son los de la cepa de los que escriben «Germinal» y «Trabajo»<sup>37</sup>, no son de los que desde la altura de un Fourier<sup>38</sup> tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlos a la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Se quiere la distinción bien marcada entre la semi-holganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etc.) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, se traza fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia. Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos la que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo que, a ser sinceros, confesarían lo más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos, tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, si no iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza a los *señoritos*, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador o de escritorio, odia colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Mas, ¿no desprecian éstos a aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean o no *intelectuales*, desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almibarado hortera hasta es más conspicuo burgués, todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico o las páginas del libro, a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¡Cuántos no se sentirían molestos, casi deshonrados, si en la vía pública les detuviera uno de esos desarrapados a quienes dicen defender!

Entre el odio y el desprecio preferimos el odio; lo preferirá toda persona de mediano sentido. El odio es un sentimiento de igual a igual; el desprecio, un sentimiento de superior e inferior. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunden, anonada.

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aún cuando no la confiesen.

Mas, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y de la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

---

<sup>37</sup> Libros de Emile Zola (1840-1902), escritor francés.

<sup>38</sup> François Marie Charles Fourier (1772-1837), socialista francés.



Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualesquiera que sea su profesión de fe, arcaica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero revelarán a seguida que no se sienten ni se piensan iguales ni aun al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con el *fumiste*<sup>39</sup>: «¡También yo soy hombre de oficio!»

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan iguales a los demás hombres y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero éstos no se pagan de hiperbólicos dictado ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Si examinamos la actitud de los intelectuales con relación a los obreros militantes del socialismo y del anarquismo, veremos que la divergencia se hace más profunda.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian o rechazan su concurso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo, genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otro. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.), son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aun si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran asimismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

No es menester citar nombres. Españoles y extranjeros, son muchos los de excepcionales condiciones conocidos como socialistas y anarquistas. Insistir, pues, en la supuesta prevención hacia los obreros intelectuales, nos parece perfectamente inútil.

Es evidente, por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se les reverencia demasiado. Porque, en fin de cuentas, es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por el pueblo. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aun sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal hablan, que no se conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de

---

<sup>39</sup> *Fumiste*, voz francesa: deshollinador.

partida del socialismo en Fourier, Cabet<sup>40</sup>, Proudhon, Marx, Bakunin, etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos se debe a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido a sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aun los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conozcan todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, se debe, no a los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que *experimentalmente* han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora a ir a remolque de aquéllos? Las mismas *leyes protectoras* que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas *leyes malvadas*; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia, el *domicilio coatto*<sup>41</sup>. ¿No fueron la resultante de inicuas campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Vivieran los intelectuales de nuestros días la vida del socialismo obrero, y no formularían opiniones que revelan a un mismo tiempo sus pretensiones y su ignorancia. Todas sus lecturas de autores antiguos y modernos no pueden darles la aproximación siquiera de la realidad socialista. A lo más tendrían noción de lo que es el socialismo como la tendría del mar quien lo contemplara en un buen cromo. Pero es menester embarcarse, asomar cuando menos a la costa para admirar el grandioso espectáculo que ignoran las gentes de tierra adentro.

Acérquense al obrero sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se le discuta; pretenden que se les escuchen y se les siga sin crítica; pero el obrero, que no está para aguantar tan molestas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alce la aristocracia de las plumas.

Si hay hombres de fe sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales -que sí los habrá-, que trabajen generosamente por lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no sólo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tienen necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí y para sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipérbole intelectualista, a más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni motes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

Ricardo Mella

---

<sup>40</sup> Etienne Cabet (1788-1856), utopista francés. Puede consultarse el libro: *Viaje por Icaria*, por Cabet, Barcelona, sin fecha, Lux Ed., en un volumen, t. I, de 332 págs., y t. II, de 282 págs.

<sup>41</sup> *Domicilio coatto*, frase italiana: detención domiciliaria.

## LAS DOS ESPAÑAS<sup>42</sup>

No voy a hablar, naturalmente, a título de patriota; pero como pudiera parecerlo, allá va una pequeña digresión a tal propósito.

Sustituir una preocupación a otra preocupación, un prejuicio a otro prejuicio, nada resuelve ni nada corrige. La afirmación de la patria, estado de fuerza o de derecho, nada o poco tiene que ver con la afirmación de la patria, estado afectivo. Se puede sentir hondamente las cosas de la tierra y ser tan cosmopolita como se quiera. Para negar las patrias, expresión de antagonismos irreductibles, no es menester que demos de bruces en el exclusivismo que halla bueno, excelente, todo lo distante; y malo, más bien pésimo, todo lo próximo, por la sola razón de referirse a la patria propia. Es esta una manera de ser patriota al revés, es decir, patriota de las otras patrias. Para tratar desapasionadamente cualquier asunto que con la idea o la realidad de la patria se refiera, hay que estar curado de esos dos prejuicios, igualmente dañosos.

¿Puede, en ese supuesto, hablar un anarquista de cualquier país, así haya nacido en él, y examinar, sin *parti pris*<sup>43</sup>, las condiciones recomendables o censurables del mismo? Creo que la respuesta no es dudosa

Parezca lo que parezca, así se me tache de patriotero, amparado en una razón y en un derecho, que tengo por indiscutible, voy a decir, a renglón seguido, lo que pienso de ciertos juicios y de ciertas afirmaciones referentes a España.

Anda por ahí una leyenda que nos pinta como país absolutamente ignorante, degenerado por la tauromaquia y el flamenquismo, sometido servilmente a la más dura tiranía, atenuado por el atavismo inquisitorial. Aquí, por lo visto, llevan todavía las mujeres la navaja en la liga, perdura el derecho de pernada, subsisten los señores feudales y la sopa de convento, se mata el hambre arañando rabiosamente las cuerdas de la guitarra, y entre cañas y toros, juergas y rezos, el pueblo español está tan embrutecido ogaño como antaño. Los demás países de Europa y América nos miran como bichos raros y nosotros mismos parecemos complacidos de que se nos tenga por anacrónicos.

Dije leyenda y no rectifico. Porque España, a la hora presente, guarda sin duda reminiscencias del tiempo viejo (¿cómo negarlo?); conserva acaso demasiados restos del dominio inquisitorial y del despotismo político; anda sin pulso, en crisis innegable de transición; persiste en su idiosincrasia singular, en costumbres y hábitos que tal vez arraiguen en el carácter y en el temperamento; pero la España actual tiene también otras condiciones que la alejan definitivamente del tiempo pasado. Desconocerlas, vale tanto como negar la evidencia y empeñarse en galvanizar un cadáver. Esto pretenden, sin duda, los que desde fuera o desde dentro gritan, pintan y exageran cosas que fueron y callan cosas que son.

Cierto que el mundo oficial, religioso y capitalista se nutre en la historia de tiranías y crueldades bárbaras; cierto que nuestro llamado progreso político es mera apariencia, máscara el constitucionalismo, farsa el parlamento; cierto que no hay ni respeto ni garantía para la independencia y el derecho personal, que gobierna el capricho y la nulidad, que reviven a ratos castigos infamantes, torturas y suplicios, y que, por poco más de nada, se persigue y se encarcela a todo el que disiente del cómodo pensar de los que mandan. Pero, ¿dónde, cómo y cuándo se vive fuera de los atavismos políticos y religiosos? ¿Qué país ha roto con su pasado de sangre y de negrura? ¿Dónde está el edén en que no sea farsa el parlamento y máscara la

---

<sup>42</sup> *Las dos Españas*, por Ricardo Mella, Buenos Aires, 23 de octubre de 1909, periódico «La Protesta».

<sup>43</sup> *Partis pris*, frase francesa: preconcepto, cosa resuelta, etcétera.

constitución? ¿Cuál es la tierra de promisión de las leyes inflexibles, iguales para todos, donde no gobiernen los granujas, los prevaricadores y los concupiscentes?

La republicana Francia tiene a su cuenta las leyes de excepción contra los anarquistas, la cuestión Dreyfus<sup>44</sup>, los fusilamientos de huelguistas, los procesos escandalosos en que se pretendió englobar a escritores revolucionarios con delincuentes comunes. Las asechanzas policíacas contra nuestros amigos, no han tenido hasta ahora semejanza en parte alguna. Se les asediaba hasta arrojarlos de los talleres y de las viviendas, acorralándolos solapadamente. El Congreso socialista revolucionario convocado cuando la Exposición, se habría, seguramente, reunido en España, y no pudo reunirse en París porque lo prohibió aquel gobierno republicano<sup>45</sup>. El lema Libertad, Igualdad, Fraternidad se ostenta en todas partes fanfarronamente y es allí, como en cualquier nación, burla grosera con que se insulta al pueblo.

Las leyes de represión del anarquismo son en España copia de las francesas, como los destierros actuales son una pésima traducción del *domicilio coatto* de Italia. Si aquí tenemos los tormentos de Montjuich<sup>46</sup>, la muy republicana y muy federal América del Norte<sup>47</sup> tiene las horcas de Chicago; su expulsión de anarquistas, la muy libre Argentina.

Estos son apuntes a la ligera y muy someros. Puesto a *documentar* este artículo, no bastaría un volumen para las pruebas mil de que en todas partes cuecen habas.

¿Diremos una perogrullada afirmando que hay otra España que no es rufianesca, que no es despótica, que no es servil, que no es ignara; que hay, en fin dos Españas, como hay dos Francias, dos Italias, etc.?

Pues sí, hay otra España que no se quiere conocer, de la que por acá mismo no se tienen muchas noticias. Socialmente hay una España opuesta a la chulapería y a los toros, una España que estudia y labora por un mejor estado; que desarrolla y extiende la cultura, fomenta las artes y moraliza las costumbres.

Principalmente en Cataluña, y conste que no es catalán el que habla, la clase obrera y la burguesía modesta podrían y deberían servir de modelo a otros países que nos juzgan mal porque nos desconocen. La afición a la música y al canto son generales. Las diversiones favoritas son los teatros, los conciertos, las conferencias, las excursiones al campo. La moderación de las costumbres es tal, que difícilmente se ve en un borracho en las calles. Guardo grata memoria de una de esas excursiones a que fui invitado por algunos amigos. Mi sorpresa fue grande, no obstante los antecedentes que ya tenía, cuando observé que en aquella reunión de veinte a treinta hombres y sus familias, en la que se hizo música, se cantó, se bailó y comió y bebió bien, no hubo ni una sola nota discordante, ni el menor indicio de embriaguez, ni el más pequeño choque, nada que pudiera hacer torcer el gesto al más exigente.

¿Y qué decir del Norte y Noroeste de España? Bien conocidos y ponderados son los hábitos morigerados, la bondad de trato y de costumbres de aquellas gentes.

---

<sup>44</sup> Alfred Dreyfus (1859-1935), militar francés.

<sup>45</sup> A este Congreso que no pudo celebrarse en París acudió Ricardo Mella, representando a grupos libertarios españoles, con su memoria *La cooperación libre y los sistemas de comunidad*, que fue traducido al francés. Se puede leer en las páginas 23-32 del libro: *Ideario*, por Ricardo Mella, prólogo de José Prat, Gijón, 1926, Obras Completas de Ricardo Mella Ed., tomo I, de 334 págs. Y en reediciones posteriores de este libro.

<sup>46</sup> Puede consultarse el libro: *Montjuich. Notas y recuerdos históricos*, por I. Bo y Singla, Barcelona, 1917, La Escuela Moderna Ed., 203 págs.

<sup>47</sup> *Lapsus*, por Estados Unidos de Norteamérica.

Se dirá que Andalucía es atrozmente ignorante y miserable y vive aún en plena Edad Media. ¡Desdichada región que por rica, es pobre; ella da la nota, a un tiempo, penosa y risueña, de la España clásica! Y sin embargo, el ingenio, la viva imaginación, la riqueza de sentimientos y la alegría de vivir de aquellos escuálidos y depauperados campesinos, para sí las quisieran los misántropos que los denigran. Allí se canta, se baila y se ríe porque la Naturaleza toda, aire, luz, sol, canta, ríe y baila. Cabrillea en los cerebros el fulgor de la vida plena, difundido en el ambiente espléndido, magnífico, insuperable. Cosquillea en los nervios el impulso vigoroso, el hábito fecundante y cálido de la Naturaleza que allí briba fortísimo como en parte alguna. Y la alegría de vivir salta y brinca en el *frou frou*<sup>48</sup> de las faldas femeninas y en el aroma de las flores con que adornan su cabeza y en los vivos colores de sus pañuelos mantones. Ello no impide ni impedirá que Andalucía progrese, que sus campesinos vayan entrando en los dominios de la cultura general. El obstáculo feroz, obstinado, es la riqueza acumulada, la explotación escandalosa que auxilian autoridades bárbaras. Pero el obstáculo será vencido porque hay una España que lo arrollará, una España sin manolas y chisperos, que estudia, rinde culto al arte y ambiciona la ciencia.

¿Somos, por todo lo dicho, mejores o peores que otros? Ni peores ni mejores; somos como somos y los otros son como son. Y los que quieran conocernos que se den una vuelta por acá y en lugar de colarse de rondón en las plazas de toros y en los degenerados cafés cantantes, donde sólo obtendrán la caricatura de España, que se tomen la molestia de estudiarnos. Y a su vez los que del lado de acá, cargados de bilis, vociferan sus pesimismo, que se den una vuelta por Europa y América, y si no se reducen a visitar museos y bibliotecas, verán que en ninguna para se atan los perros con longaniza.

Políticamente, la España actual, la otra España, ajena al oficialismo, distinta y opuesta al Estado, contraria a la frailocracia, nuestra mayor calamidad, reñida del todo con la tradición de que la leyenda arranca, es quizá menos conocida que la España social. Esta otra España es la del federalismo insurgente, del socialismo y del anarquismo activos, una España de ideas netamente progresivas, fautora, no simple recipiente de ideales y aspiraciones generosas. Esta otra España es la de los centenares de escuelas neutras<sup>49</sup>, clausuradas ahora por la reacción, sin duda para hacernos conocer lo que ni nosotros mismos conocíamos en toda su magnitud; es la de esa gran obra de educación y cultura que revela la existencia de un pueblo capaz de todas las empresas, lleno de energía y constancia y de firmeza. Al lado de esos centenares de escuelas que se abrirán de nuevo, los mil centros políticos, sociales, de cultura, las asociaciones progresivas, los sindicatos y las cooperativas obreras, ponen bien de manifiesto que en todas direcciones labora una España nueva por la regeneración total del país, más aún, de todos los países.

El alzamiento de Cataluña entera, más algunas ciudades del resto de España, en Julio de 1909, caso no igualado hasta el día, ¿no demuestra, *con hechos*, que la España de la leyenda es una España falsa, amasada con convencionalismos y mentiras negras o rojas?

No obstante los reiterados acuerdos de la Internacional obrera sobre la guerra, nadie hizo, ni el pueblo francés cuando lo de Casablanca, protesta tan vigorosa como la realizada por este pueblo español que no obedece acuerdos, pero sigue valientemente impulsos propios.<sup>50</sup>

---

<sup>48</sup> *Frou-frou*, voz francesa: crujir de las hojas, de la seda o de la lana en las faldas de las mujeres, etc.

<sup>49</sup> Ricardo Mella era partidario de la «Escuela Moderna». Puede consultarse la última edición de su folleto *El problema de la enseñanza*, por Ricardo Mella, Toulouse, 1958, Cenit Ed., 31 páginas. A partir de la página 20, incluye «Nuestras ignorancias», por José Prat.

<sup>50</sup> Puede consultarse el libro *La revolución de julio, Barcelona, 1909*, por Leopoldo Bonafulla, Barcelona, s./f., t. Taberner Ed., 228 págs.

Cuidado que no hago comparaciones para establecer supremacías y menos para mortificar. No hago tampoco patriotismos. Constató hechos para fijar ideas y condiciones y me defiende y defiende a mis camaradas de lucha, demostrando que estamos donde está todo el mundo progresivo.

Hay, pues, una Francia que no es la España de Torquemada<sup>51</sup>, como hay una Francia que no es la de la hiena Thiers<sup>52</sup>.

Los tormentos de Montjuich<sup>53</sup> no se repetirán, no se repiten ahora mismo, a causa de la acción constante de esa España nueva, pues digan lo que quieran amigos o adversarios, aquellos que no pueden vivir sin forjar novelas, la reacción actual no osa dar la batalla de frente. Reta con las palabras, es cruel e hipócrita en los hechos, pero también cobarde con relación a sus ansias de exterminio contenidas por la amenaza de mayores males que presente y rehúye.

Lo que ocurre, en realidad de verdad, es que los reaccionarios de acá hinchaban el perro revolucionario, con los fines que son de suponer, y los revolucionarios de allá inflan el perro reaccionario con los mismísimos fines, pero en sentido contrario. Y me dan ganas de gritar: ¡embusteros todos! De esta reacción, no blanda ciertamente, ni rastro quedará dentro de unos meses. Se abrirán las escuelas clausuradas, se reanudarán las propagandas, se reorganizarán centros y sindicatos, se creará nueva prensa y acaso, acaso, ni aún presos quedarán en las cárceles. ¿De qué nos servirá, si no, esta indómita independencia y esta testarudez indómita que nos distingue de otros pueblos?

Quedan unos cuantos Torquemadas, pero son a millares los rebeldes. Yo me río cuando veo a gentes graves organizar campañas truculentas alrededor de un simple nombre cuando aquí tenemos algún millar de nombres de encarcelados a su disposición. Yo me río de las notas conminatorias que parecen declarar nuestra impotencia revolucionaria. Y me reiré locamente, por no indignarme, si se repiten las amenazas de algunos de los nuestros en otra campaña reciente, amenazas de apelación a los gobiernos extranjeros formuladas por circunspectos internacionalistas. ¿Es que la libertad, el respeto al ciudadano, las garantías del derecho, la humanidad, la equidad, se dan en los gobiernos, en la magistratura, en el capitalismo y en las iglesias del lado de allá de los Pirineos y de las costas ibéricas?

Bien está la solidaridad internacional, pero que no se trueque en compasión y limosna, que no se convierta en mentira que deprime y molesta. La España nueva va donde vayan todos los pueblos renovadores y brinda su solidaridad espontánea a cuantos de ella tengan necesidad, y no sólo acepta, sino que reclama, ahora más que nunca, la solidaridad de cuantos luchan por la emancipación humana.

En las horas de combare huelgan los distingos. Combatamos sin tregua, con la verdad, que es lo que interesa por encima del fárrago de preocupaciones que anidan aún en nosotros mismos, radicales, socialistas y anarquistas de todos los tonos.

Cuando no sea esto, es pisar los talones a nuestros enemigos, siguiendo su propia ruta de mentiras, de engaños, de iniquidades. Y, ciertamente, para tal viaje, «no se necesitan alforjas».

---

<sup>51</sup> Tomás de Torquemada (1420-1498), prior del monasterio dominicano de Segovia y fundador del Santo Oficio de la Inquisición, del que fue «primer inquisidor», empezando en 1483 su despiadada obra.

<sup>52</sup> Louis-Adolphe Thiers (1797-1877), gobernante francés que se destacó en la cruel represión de la «Commune» de París, en 1871. Puede consultarse el libro: *Mis recuerdos de la Comuna*, por Louise Michel, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, 1973, Siglo XXI Ed., 454 págs.

<sup>53</sup> Víctima de dichos sucesos fue el célebre pedagogo libertario Francisco Ferrer. Puede consultarse el libro de su hija menor: *La vie et l'oeuvre de Francisco Ferrer. Un Martyr du XX<sup>e</sup> Siècle*, por Sol Ferrer, prefacio de Charles-Auguste Bontemps, París, 1962, Fischbacher Ed., 239 págs.

## **CAPÍTULO III**

### **MELLA, CONFERENCIANTE**

#### **EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN<sup>54</sup>**

El tema de que voy a ocuparme es de innegable importancia, no sólo bajo el punto de vista exclusivo de un partido o escuela, sino también en un sentido general para todos los que profesan ideas más o menos avanzadas.

Divídanse generalmente los partidos de ideas progresistas en evolucionistas y revolucionario, y entiendo yo que tal visión es absurda de todo en todo porque si se conforma con los hechos ni se justifica y explica por la lógica. Trataré, por tanto, de probar la completa identidad que entre los términos evolución y revolución existe.

Es para mi el principio de la evolución completamente cierto; es para mi la revolución un, un modo, un aspecto de la misma evolución, y evolución y revolución se contemplan y son inseparables por consecuencia.

¿Qué es y qué significa la evolución? ¿Qué es y qué significa la revolución?

Evolución es el desenvolvimiento general de una idea, de un sistema de una serie de sucesos, de un orden de cosas cualquiera hasta su complemento e integración; es un movimiento constante en virtud del cual todo se modifica y cambia hasta alcanzar su total desarrollo. Revolución es y significa en el sentido más lato de la palabra una transformación o una serie de transformaciones, un cambio o serie de cambios en las ideas morales, en los sistemas políticos, en las creencias religiosas, en la organización de las sociedades, ya afecte a sus costumbres, ya a sus formas gubernamentales, jurídicas o económicas.

Y si la revolución es un cambio o modificación, ¿no es evidente un momento necesario de desenvolvimiento evolutivo, no es sin duda un instante preciso de la evolución que se verifica?

Examinemos sino la evolución en la historia.

Tres modos principales del desenvolvimiento humano comprenda toda la evolución histórica: el religioso, el político y el sociológico.

Las primeras ideas religiosas, la concepción que de la divinidad se formaron los primeros hombres, fueron grotescas creaciones de la ignorancia ya inspiradas por el miedo a fenómenos naturales inexplicados, ya por la necesidad de un ente superior que encarnara las ideas de justicia y de fuerza, entonces sinónimas. Pero a medida que se fueron explicando aquellos fenómenos y a medida también que el elemento humano fue venciendo a la animalidad primitiva, las ideas religiosas se transformaron adquiriendo aspectos más naturales y más

---

<sup>54</sup> Conferencia de Ricardo Mella en el Círculo Federal de Vigo, en 1891.

estéticos. La evolución religiosa, pasando por el politeísmo, el panteísmo y el monoteísmo, produjo al fin la encarnación de la idea divina en un ser con todos los atributos del hombre, y el dios de las venganzas, el terrible Jehová<sup>55</sup>, resultado del espíritu guerrero de esos tiempos, presidió los humanos destinos hasta que el Cristo determinó con sus doctrinas una mayor aproximación al hombre mismo. Pero también esta última idea levantó protestas y rebeliones. La evolución religiosa debía llegar hasta la emancipación definitiva de la razón, y bien pronto se inició un movimiento general que llevó el principio del libre examen. Desde entonces la filosofía abrió novísimos horizontes al pensamiento; y, como último término del desarrollo evolutivo, proclamó la moral sin sanción<sup>56</sup> y la justicia humana sin las sombras en que se la envolvía como atributo de la divinidad. Así, los que ya no creen en una existencia ultramundana y los que en ella aparentan creer por conveniencia o por hipocresía o por miedo, rinden de hecho, allá en el fondo de su conciencia, culto debido a la nueva idea, y practican, por su propia inspiración, el bien y viven por los movimientos espontáneos de su naturaleza psíquica en las relaciones de la moral universal subordinando todos sus actos a ese sentimiento innato en el hombre que le arrastra irresistiblemente a defender la débil contra el fuerte aun a riesgo de su propia vida. La idea de justicia se nos presenta hoy pues, emancipada de la teología y nos arrastra con potente imperio hasta el punto de lo que hicimos un día por pueril temor a lo desconocido, lo realizamos hoy por identificación con el bien, por el imperativo mandato de la conciencia, por los impulsos de los más bellos y de los más bondadosos sentimientos, obteniendo aquí en la tierra la glorificación que durante mucho tiempo hemos buscado en los supuestos cielos de ignotos espacios.

¿Pero es qué esta evolución de los siglos se ha realizado sin esos grandes sacudimientos que llaman revoluciones?

Nadie de entre nosotros lo ignora: luchas terribles, cruentos sacrificios han sido necesarios para conseguir la emancipación religiosa. Revolución promovió el Cristo, revolución promovió Lutero<sup>57</sup>, revolución promovió la filosofía: la evolución religiosa no llegó a interrogarse en la fórmula final sino a cambio de tremendos sacudimientos revolucionarios, sin los cuales no habríamos salido todavía de la primitiva esclavitud.

Si de igual modo examinamos la cuestión en su aspecto político, llegaremos a conclusiones semejantes. En un principio rigen los destinos de los pueblos, ya constituidos en grandes agrupaciones, reyes absolutos de derecho divino y nada significan ni nada valen los derechos de todos los hombres. Uno sólo tiene el privilegio de gobernarnos, de disponer de nuestras vidas y haciendas a su leal saber y entender. La tiranía despótica de los reyes halla más tarde un límite en el constitucionalismo. Es entonces necesario que los reyes se asesoren de las necesidades populares por medio de representante y así se origina el parlamentarismo. Más no basta esto. Se da también en tierra con los poderes hereditarios y a la soberanía indiscutible de los reyes se opone la soberanía de los pueblos. La forma republicana y democrática encarna en un nuevo aspecto de la evolución y llega a constituir un ideal novísimo del progreso humano. Y como esté no se detiene jamás, como no se detendrá nunca el movimiento constante que da vida al universo, los pueblos han llegado finalmente a una concepción amplísima del principio de gobierno. Significado de hecho el absolutismo, el constitucionalismo y la república, a un mismo tiempo, la subordinación de unos a otros, de todos a uno o de uno a todos, proclamándose a la par que la soberanía colectiva, la soberanía individual armonizándose ambas soberanías, siempre coexistentes, por medio del contacto o pacto, base primera del principio federativo. El gobierno de cada uno por sí mismo es la última fórmula de la evolución

---

<sup>55</sup> Jehová o «Jahvé», el dios de los hebreos.

<sup>56</sup> Puede consultarse el libro *Esbozo de una moral sin sanción ni obligación*, por J. M. Guyau, traducción de Leonardo Rodríguez y Arturo Cesares, «abogados del ilustre Colegio de La Coruña», Madrid, s./f., Viuda de Rodríguez Sierra Ed., 254 págs.

<sup>57</sup> Martin Luther (1483-1546), reformador religioso alemán.



política. Eliminando y limitando el principio de autoridad por sucesivas transformaciones, lléguese a la generalización de la libertad, y hoy no aspiran los hombres a nada que no vaya derechamente a la consagración de todas las autonomías, que no comprenden en un todo la libertad completa del pensamiento, de conciencia y acción.

Así como la evolución religiosa termina en la negación de la divinidad, la evolución política termina en la negación del poder y del gobierno, del estado, en fin. La libertad plena y sólo la libertad ha de ser el instrumento indispensable para la realización de todos los fines humanos. Mediante el pacto libre, completamente libre, ha de organizarse no sólo los pueblos y las naciones sino también la producción, el cambio y el consumo, la vida, en fin, en sus múltiples variantes, para que llegue un día en que la humanidad formando una harmónica federación universal realice por la libertad el ideal supremo de vivir sin gobierno, la ANARQUÍA.

La generalización de estas ideas modernísimas se ha obtenido por la filosofía y por la política simultáneamente. Mientras los revolucionarios franceses se declaraban anarquistas por boca de Proudhon, negaba la república Pi y Margall<sup>58</sup> y afirma el positivismo inglés que la humanidad tiene irresistible a la supresión del gobierno, y estas enseñanzas, popularizándose de día en día, determinaran muy pronto el momento revolucionario de la total emancipación de los hombres.

Pero cabe ahora como antes preguntar ¿acaso esta laboriosa humanidad ha llegado a sus últimos límites sin esos grandes sacudimientos que se denominan revoluciones?

Nadie tampoco lo ignora. Han sido necesarias explosiones tan formidables como la de fines del siglo XVIII en Francia; han sido necesarias tremendas revoluciones en Europa y América, febriles movimientos de los pueblos en todas las naciones y en todos los tiempos. La conquista de la libertad ha costado y ha de costar aún más raudales de sangres, millares de víctimas, montones de ruinas, porque la evolución sin estos necesarios sacrificios, no llegaría jamás a realizarse en toda su plenitud y extensión.

¿Y qué he de decirles de la evolución sociológica? ¿Qué he de decirlos del movimiento económico contenido en ella? La organización de las sociedades primitivas se fundó en la subordinación del individuo al grupo, y a la medida que las necesidades sociales e individuales fueron haciéndose más complejas, creció también su espíritu guerrero y su tendencia al despotismo. ¡Cuántos esfuerzos no hubieron de hacerse para llegar al estado actual en que todavía el militarismo agobia y nos empobrece! La evolución va no obstante, siguiendo la línea de menos resistencia, a la sustitución del militarismo y de la cooperación forzosa por el industrialismo y la cooperación voluntaria, como ha hecho ver claramente Spencer. Ya en nuestros días se realizan muchos actos de la vida dentro del nuevo círculo de acción. El gubernamentalismo es ajeno a gran parte de los negocios de los ciudadanos y cuando interviene se ve forzado a transigir. La evolución supone aquí como en todo, la negación del punto de partida.

Y si a la esclavitud ha sucedido la servidumbre y a esta el proletariado ¿no es esperar así mismo que el actual estado de cosas, sustancialmente idéntico a aquellos otros, desaparezcan también dejando paso a la sociedad de los iguales, así bien como en el orden político lo dejará a la de los hombres libres? ¡Si así no fuera habría que declarar falsas todas nuestras ideas, erróneos nuestros principios, inciertos los hechos de experiencia, absurdas nuestras más legítimas aspiraciones! No, no puede limitarse la ley del progreso, y es necesariamente el fin de la evolución social y económica la total igualdad de condiciones para la vida, es necesariamente

---

<sup>58</sup> Francisco Pi y Margall (1824-1901), escritor español e ilustre político federalista. Puede consultarse la obra *Pi y Margall y la política contemporánea*, por Enrique Vera y González, Barcelona, 1886, Evaristo Ullastres, Ed., t. I, I de 1022 págs., y t. II, de 1024 págs.

la tendencia actual suprime privilegios y monopolios a fin de llegar a la universalización del goce de los medios de producir. Lo dice bien claro el carácter de las luchas de nuestros días, lo dice bien claro ese tremendo problema social que ya nadie niega y que reviste hoy más formidables caracteres que nunca, lo dice bien claro la actitud de las clases jornaleras que reclaman a cada paso y cada vez con más fuerza la satisfacción de sus perentorias necesidades.

La evolución social no comprende solamente las formas políticas y religiosas, sino que abarca también las formas económicas, y por tanto la llamada institución de la propiedad, causa y origen real de todas nuestras luchas. ¿Quién desconoce hoy que la apropiación del suelo se debe a la guerra y a la conquista? ¿Quién desconoce hoy que la obra inmensa de todas las generaciones se halla monopolizada por una minoría privilegiada? ¿Quién desconoce hoy que en suma la propiedad es la expoliación que ejercen unos cuantos sobre todos los demás miembros sociales? Pues si la teoría de la evolución, en cuyo nombre quieren justificarse toda clase de barreras y de injusticias, ha de probarse en los hechos y cumplirse, sería a condición de que el suelo sea libre para el agricultor y la herramienta y la máquina y el taller por el obrero industrial; será a condición de que la propiedad, generalizándose, llegue a ser del dominio de todos sin exclusión alguna.

Y qué, repito, ¿acaso la revolución social que nos hace concebir la posibilidad de un mundo mejor donde la ignorancia y la miseria, los dos terribles azotes de la humanidad, hayan desaparecido, acaso se han desenvuelto sin esas revoluciones tan temidas por posdefensores de los intereses creados? La historia nos demuestra que merced a esas revoluciones precisamente, revoluciones que registraron ya la antigua Grecia y el antiguo imperio Romano, la historia nos demuestra, digo, que merced a esas revoluciones, la evolución ha podido ir venciendo las resistencias que se le oponían en todos sentidos. La historia moderna nos lo demuestra aún mejor ¿Qué han sido las últimas revoluciones, políticas en cierto modo, más que revoluciones sociales de hecho? ¿Qué ha sido el imponente levantamiento de los trabajadores de París al proclamar la *commune*, más que un movimiento económico y social?<sup>59</sup>

Ya ven como la evolución religiosa, política, y económica ha comprendido revoluciones tremendas como simples modos de la evolución general y como por consiguiente es absurda la división en evolucionistas y revolucionarios.

Si pedimos a la ciencia -y perdonad que de ciencia hable quien apenas la ha saludado- si pedimos a la ciencia sus irrefutables datos, veremos igualmente como viene a confirmar la tesis aquí sostenida.

El sonido, la luz, el calor y la electricidad, simples modos de movimiento universal que agita a la materia cósmica, Ofrecen en sus desenvolvimientos particulares, fenómenos extraordinarios que son verdaderamente revolucionarios de la materia, y esos fenómenos son parte integral del funcionalismo propio de cada una de esas formas del movimiento.

Si nos imaginamos una fuerza actuando en determinado sentido o dirección y una serie de obstáculos a su paso, ¿no es verdad que esa fuerza vencerá, so pena de anulación, cuanto a su paso se oponga? ¿No es verdad que cada una de esas acciones necesarias para suprimir cada obstáculo tendrán el carácter de verdaderas revoluciones? ¿Y serán las acciones y reacciones bruscas de aquellas fuerzas algo distinto de su acción lenta y continua de cada día? ¿No serán, por el contrario, momentos necesarios del movimiento permanente de la fuerza dicha, obrando y reobrando a cada paso? ¿No serán evolución y revolución una misma cosa?

---

<sup>59</sup> Puede consultarse el libro *Historia de la Commune de París*, por Lissagaray, Madrid, 1931, Cénit Ed., 543 págs.; pero carece de los apéndices. Puede consultarse el original íntegro en *Histoire de la Commune de París*, por Lissagaray, Buenos Aires, 1944, Trident Ed., 517 págs. Asimismo, puede consultarse el libro iconográfico *Les Communards*, por M. Winoch y J. P. Azema, París, 1964, Senil Ed., 186 págs.

Las revoluciones son, por otra parte, tan necesarias en la naturaleza como en la sociedad. En medio de la llanura surge inopinadamente una montaña, en medio del mar lo mismo que en lo más alto de una sierra se produce la erupción violenta que destruye a su paso cuanto se encuentra; en nuestra propia atmósfera estalla la terrible tormenta que asola, mata y aniquila; y esos grandes fenómenos naturales no son más que revoluciones necesarias de la materia, no son más que absolutismos inevitables de las fuerzas latentes que en su proceso de desenvolvimiento vence las resistencias que se le oponen y obran con formidable empuje y todo lo dominan. Y estas revoluciones naturales ¿Quién negará que son manifestaciones propias de las evoluciones de la materia y de la fuerza?<sup>60</sup>

Pues, lo que ocurre en la naturaleza sucede de un modo semejante en las sociedades humanas. Las ideas trabajan un día y otro la razón colectiva, van haciéndose lugar en nuestras conciencias, van minando poco a poco toda la existencia social hasta convertirlas en una necesidad y determinar el momento preciso en que, sin detenerse en reparo ni consideración alguna, se lanzan los elementos populares a esas formidables explosiones de los sentimientos contenidos, a esas grandiosas revoluciones que han conquistado todos nuestros progresos y han de conquistar todavía otros mayores. Y no cabe suponer que siendo las revoluciones producto de la evolución basta cruzarse de brazos y esperar el momento en que fatalmente deben estallar aquéllas. Tanto valdría echar por tierra con un simple sofisma cuando de racional contiene la teoría evolucionista. La evolución social tiene por órgano a los hombres; ellos constituyen el medio en que aquellas se desenvuelven, y así como los fenómenos naturales dependen de las fuerzas en que tienen su origen, así las revoluciones humanas dependen de los seres vivientes por cuya mediación se realizan. Si se centuplica una fuerza cualquiera, claro es que al obrar aquélla centuplicaría o su poder o su rapidez. Pues sí los hombres que trabajan por el progreso centuplican sus nobles esfuerzos y su actividad, es así mismo evidente que el resultado será o cien veces mayor o cien veces más próximo. Es pues, la revolución un momento fatal de la evolución, un momento que se produce a pesar de todos los antagonismos y oposiciones, pero tanto más próximo cuanto más pronto se destruyan aquellos antagonismos y oposiciones. Y ahora permitidme que ante la semejanza y la correlación de los hechos y de las ideas, os recuerde al gran falsificador de la teoría evolucionista, al tributo que un día cantó con inimitable armonía las libertades públicas y hoy es admirado por todos los papanatas enamorados de su palabra y por todos los que tienen o creen tener algo que conservan. Y permitidme también que os recuerde a la vez a esos otros grandes falsificadores de las revoluciones, a esos que en el secreto del gabinete preparan sediciones con el único objeto del poder por el poder, a esos que mueven batallones y generales a su antojo cuidándose bien de maniatar al pueblo y refrenarlo. Las sirenas del orden y de la libertad, lo falsifican todo con tal de acallar el clamor popular y servir finalmente a los poderosos. Los conspiradores de oficio todo lo corrompen pretendiendo erigirse en libertadores de la humanidad, como si obran tan inmensa hubiera de ser exclusiva de unos cuantos y no del concurso total de las fuerzas

---

<sup>60</sup> Puede consultarse el libro *Evolución, revolución y anarquismo*, por Eliseo Reclús, Buenos Aires, 1969, Proyección Ed., 123 págs. Libro muchas veces editado en España, en las tres primeras décadas del siglo XX. Transcribimos su primer párrafo: «La evolución es el movimiento infinito de cuanto existe, la transformación incesante del Universo en todas sus partes, desde los orígenes eternos y durante el infinito del tiempo. Las vías lácteas que aparecen en los espacios sin fin, que se condensan y se disuelven durante millones y millones de siglos; las estrellas, los astros que nacen, se agregan y mueren; nuestro torbellino solar con su astro central, sus planetas y lunas, y en los límites reducidos de nuestro planeta, los montes que surgen y desaparecen, los océanos que se forman y se agotan luego, los ríos que fertilizan los valles y se secan como tenue rocío matutino, las generaciones de plantas, de animales y de hombres que se suceden continuamente, y los millones de existencias imperceptibles, desde el hombre hasta el mosquito, no son manifestaciones de gran evolución, arrastrándolo todo en torbellino sin fin». Y, el ilustre geógrafo anarquista, en el segundo párrafo, escribía: «Comparativamente con este fenómeno de la vida primordial y universal, ¿qué son todos esos pequeños acontecimientos llamados revoluciones astronómicas, geológicas o políticas? Vibraciones casi insensibles, apariencias podríamos decir. En la evolución universal las revoluciones se suceden por millones y millones de miríadas, y por insignificantes que sean, forman parte de ese movimiento infinito».

populares. Los unos trabajan por conservar sus posiciones individuales. Los otros por conquistarlas para sí. Ni unos ni otros quieren ni buscan la verdad.

No, no es la evolución ese lento y rítmico movimiento que nos enseñan los primeros. No, no es la revolución lo que pretenden pequeños Mazzinis<sup>61</sup> de guardarropía. La evolución es lenta o es rápida según las circunstancias, los lugares y los tiempos; la evolución vence todas las resistencias y porque las vence produce las revoluciones de las ideas que entrañan algo esencial, y no esas pretendidas revoluciones que sólo conducen a una mayor agravación del cesarismo omnipotente de los gobiernos. La evolución y la revolución son, en fin, una misma cosa y quien de evolucionista de precio, ha de ser necesariamente revolucionario.

Soy, pues, revolucionario porque soy evolucionista, quiero la evolución con todas sus consecuencias; quiero la revolución, la revolución que modifique sustancialmente las condiciones en que al presente vivamos, la revolución que no dé la libertad, toda la libertad, y la igualdad completa de condiciones económicas; quiero la revolución que dando de mano a todas las formas de poder y de la desigualdad social, permita organizar a los pueblos sobre la base de la solidaridad humana; quiero, en resumen, la revolución que nos emancipe política, social y económicamente, y entiendo, queridos amigos, que esta grandiosa revolución, que es la revolución de un porvenir próximo, debemos quererla todos.

Ricardo Mella

## CAPÍTULO IV

### MELLA, COLECTIVISTA

#### EL COLECTIVISMO. SUS FUNDAMENTOS CIENTÍFICOS<sup>62</sup>

##### Preliminar

No se me oculta la importancia de la ardua cuestión que me propongo tratar. Sé que mi insuficiencia producirá un trabajo incompleto, tal vez inútil. Preferiría, como es natural, poseer los conocimientos científicos, adecuados al objeto, tan perfectamente, que hicieran de la obra salida de mis manos un verdadero foco de radiante luz, portadora o misionera de convencimiento y aceptación universales de la verdad. Mas, no obstante mi escasa capacidad, no me siento con fuerzas bastantes para renunciar un tema de mi particular preferencia.

Socialista revolucionario convencido, como otros muchos, me hallo solicitado por dos tendencias distintas y aun contrarias, y en mis aspiraciones entre la armonía de tales dos tendencias, cada una de ellas es impotente por sí misma para arrastrarme a su bando. Esta resistencia mía no es el resultado de una pasión o preocupación ciega; es, por el contrario, en mi concepto, la resultante de un análisis, si no bastante lógico, por lo menos sincero y honrado.

---

<sup>61</sup> Guiseppe Mazzini (1805-1872), patriota italiano.

<sup>62</sup> Al tema XIV del II Certamen Socialista (Barcelona, 11 de noviembre de 1889), propuesto por el «Grupo Cosmopolita» de Buenos Aires, sobre *Bases científicas en que se funda el colectivismo*, se presentó Ricardo Mella con el presente trabajo: *El colectivismo. Sus fundamentos científicos*, obteniendo el primer premio, consistente en ciento veinticinco pesetas.

Me place por ello en extremo que se haya lanzado al palenque de la discusión aquella idea primordial que sirve de fundamento a una de las soluciones del complejo problema social. Me place mucho más que esa idea sea la misma que en mi sentir establece la armonía de las dos tendencias antes indicadas, y mis entusiasmos por aquella idea o principio me deciden a tomar parte en la contienda.

Con la sencilla locución *Bases científicas en que se funda el colectivismo*, se saca realmente a plaza, si no todo el problema social, la parte más importante de él, como lo es, sin duda, la pavorosa cuestión de la propiedad. Naturalmente, tal cuestión queda prejuzgada, al menos en lo que se refiere a su forma actual, en el contenido del tema sometido a la controversia. Se afirma en él un modo especial, una organización económica completa, opuesta radicalmente a las demás formas conocidas, y se piden nada más que sus bases científicas fundamentales. Eso parece reducir todo el trabajo a una breve reseña, pero en realidad no es así. Sin previa discusión, sin análisis precisos, no podríamos llegar a descubrir metódica y racionalmente esas bases fundamentales, y por tanto, la discusión y el análisis están sobreentendidos en dicho tema.

Otro punto importante queda sobreentendido también, según mi parecer. Me refiero a la base indispensable de todo organismo humano: la libertad. Presuponer un orden de cosas equitativo fuera de la libertad más completa sería una contradicción, una aberración incomprensible, y así trataré el asunto sujetándome en absoluto a esa condición de libertad ilimitada, sin que entre, no obstante, si no es por accidente, en el examen de condición tal y tan necesaria.

Hoy es ya en el campo de la ciencia, tanto como en el de la especulación filosófica, cosa por demás evidente que a las diversas formas de subordinación social debe sustituir el procedimiento libérrimo de la asociación. La crítica de los sistemas políticos está ya hecha definitivamente, y, quién más quién menos, todos afirman la libertad como condición *sine qua non*<sup>63</sup> del organismo social. Le falta frecuentemente a la ciencia y a la filosofía el complemento indispensable de la asociación libre, porque sus eminencias no se han atrevido con el problema económico tan decididamente como con el político. Tal complemento es, puridad, la igualdad de condiciones, y, hoy por hoy, está encomendado exclusivamente a la masa trabajadora que, priva de los valiosos elementos de la ciencia, se ve sometida a un trabajo lento y fatigoso de difusión y propaganda.

Un Proudhon y un Spencer, abordando de frente el problema de la propiedad, decidirán la cuestión en el terreno científico y filosófico del mismo modo que la decidieron en cuanto se refiere al problema político. Mucho más firmes ambos filósofos en la crítica del orden social que en la del económico, mucho más poderosos en el análisis del autoritarismo que en el de la desigualdad, produjeron una obra deficiente, debiendo, sin embargo, tener en cuenta que el primero fue, entre todos los publicistas de nuestra época, el que más rudos golpes dirigió a la propiedad y el único que formuló una solución racional del problema dejando a un lado la del comunismo, antigua y desacreditada.

Pero ya que no falta el concurso de los hombres de ciencia, al menos el de los eminentes, debemos tomar con más empeño nuestra obra y suplir su silencio lanzando a los vientos de la publicidad nuestros modestos estudios y nuestros trabajos de propaganda.

Mi justificación radica precisamente en lo dicho en el párrafo anterior.

Bien sé que entre nosotros mismos he de luchar con la oposición de los que reputan, desde el punto de vista del comunismo libre, de poco radical, nuestra solución del problema económico,

---

<sup>63</sup> *Sine qua non*, locución latina: sin la cual no.

o conforme a ciertas tendencias, de harto sistemática nuestra idea del colectivismo. Bien sé que ambas escuelas, tanto en España como en el exterior, cuentan con grandes elementos e inteligencias superiores que nos llevan, naturalmente, bastante ventaja en la propaganda. Mas esto, si acaso, es un aliciente que nos inclinamos con mayor empeño a la contienda debido a nuestro convencimiento y nuestro amor a lo que creemos más justo y más en armonía con la libertad y la naturaleza humanas.

Grande es, por tanto, la empresa que tenemos a nuestro cargo; insignificante y sin valor el que intenta acometerla.

¡Audacia, audacia y siempre audacia!

### **Análisis de la propiedad**

Analizar la propiedad tal como está constituida es tarea poco menos que superflua. Nadie ha hecho todavía su justificación, nadie se atreve a defenderla más que como un hecho necesario. En cambio, los ataques a la propiedad son innumerables. Cuantos publicistas viven fuera del convencionalismo han dado golpes mortales a esa institución. Pocos se atreven ciertamente a combatirla de frente, mas poco a poco se van minando sus fundamentos y sin grande esfuerzo se comprende que pronto vendrá a tierra juntamente con otras instituciones no menos sagradas que aquélla por el momento.

Por nuestra parte observamos que la clase trabajadora se dirige principalmente contra la propiedad. Para nosotros está fuera de duda que la tal institución es un simple despojo organizado por el privilegio contra las clases desheredadas. El monopolio y el exclusivismo son sus caracteres generales. El latrocinio, la explotación y el agiotaje, sus consecuencias inmediatas. Excluye del goce de la riqueza a una parte de los ciudadanos, sin duda la mayor, y esto basta para condenarla.

Todo lo que no tiene carácter de generalidad, todo lo que tiende a la exclusión de la esfera del derecho, es irracional e injusto.

El aspecto científico de la cuestión nos lo probará claramente. La teoría del desenvolvimiento evolutivo es ya una evidencia dentro de las ciencias naturales, y no lo es menos para la sociología. Darwin y Spencer, completándose, han universalizado aquella ley, explicando satisfactoriamente tanto los fenómenos de la Naturaleza como los de la vida por el simple proceso de la evolución. En el orden social el desenvolvimiento evolutivo tiene ese carácter de generalidad de que antes he hablado. El derecho ha ido de día en día popularizándose, y la exclusión ha sustituido la participación universal de sus beneficios y sus goces. La tendencia política es cada vez más favorable a que todos los individuos de la comunidad tengan parte activa en el gobierno, en la designación de representantes, en la administración de la justicia, etc.; evolución que, sin duda alguna, ha hecho visible a nuestra mente el concepto de la libertad completa o autonomía, mediante el cual la generalización llega a su máximun por la supresión del gobierno y la legislación. Del mismo modo, en el orden económico la tendencia se significa en el propósito de extender la propiedad a todos los miembros sociales. Cada revuelta o cambio de sistema va acompañado de una liquidación que entiende y reparte la propiedad. Ciertamente que, por otra parte, el hábito de apropiación se resiste al movimiento y tiende a concentrar la propiedad, pero es, precisamente, la fuerza contraria a la revolución como en el orden político lo es la centralización por el Estado, y nada tiene en contra de las hipótesis que vamos demostrando. El derecho, en su más lata expresión, se desenvuelve en la vida social a fuerza de generalizarse y se extiende a pesar de todas las resistencias. Es, pues, contraria a la marcha de la sociedad toda particularización del derecho, toda exclusión en su goce y es

necesariamente irracional e injusta la propiedad en su forma actual de exclusivismo y monopolio.

¿Pero cabe, por otra parte, formular un juicio condenatorio contra la propiedad *per se*<sup>64</sup> como dicen los filósofos? ¿No será más bien que lo que por propiedad entendemos no se reduce en definitiva a cualidades que se le asignan arbitrariamente?

La palabra propiedad se usa generalmente en su sentido de posesión exclusiva, y ya hemos visto cómo la evolución del derecho va franca y decisiva contra ella. La propiedad, fuera de las cualidades que las ideas dominantes y las leyes le atribuyen, se reduce a la simple posesión de una cosa. Y así como la evolución va contra el exclusivismo de la propiedad, puede afirmarse que por eso mismo favorece la tendencia de la posesión. En efecto, la posesión es para el individuo todo acto mediante el cual entra en el uso de una parte de la riqueza, es para la sociedad la función distributiva de esa misma riqueza, y así no hay ni idea ni escuela que no se vea obligada a reconocer de grado o por fuerza que la posesión es tanto un hecho de naturaleza como un derecho universal para la especie humana. La posesión es un principio común a todos los sistemas económicos. El individualismo deduce de el la propiedad tal como está constituida. El comunismo lo reduce al momento preciso del consumo, pero aun así la posesión existe de hecho y de derecho, porque todo consumo individual supone la posesión absoluta del elemento a esa función destinado.

Si se examina la cuestión fuera de toda clase de sistemas y con arreglo a un principio estricto de libertad y de igualdad de condiciones, entonces la propiedad, en su forma posesoria, se impone a la inteligencia como condición indispensable, sin la cual la integración del derecho resultaría ilusoria. «Negarme -decía un ilustrado colaborador de *The Alarm*<sup>65</sup>- el derecho de poseer lo que haya producido sería una negación subsiguiente del principio fundamental de la libertad y una afirmación rotunda de la intervención o régimen gubernamental».

Es, pues, necesario no engañarse acerca del significado de las palabras. La propiedad en tanto cuanto significa un exclusivismo, un privilegio y un monopolio de las cosas, está fuera del derecho. Lo está mucho más cuando recae sobre lo que pudiéramos llamar riqueza natural y social. La propiedad, en cuanto significa posesión de lo producido, es inatacable; en cuanto se reduce al uso común o general de la riqueza natural y social, es la consagración del derecho.

Así como hay que distinguir entre la propiedad en su sentido actual y la propiedad *per se*, esto es, la posesión, así también hay que tomar en cuenta la diferencia notabilísima que existe entre la apropiación de la riqueza natural y social y la apropiación del producto realizado. De la confusión de estos dos términos nacen todas nuestras diferencias. Es indiscutible el derecho que en *todos* reside el usufructo de la riqueza natural y de lo que ha dado en llamarse riqueza social por su carácter de generalidad. Es incuestionable el derecho de *cada uno* a disponer libremente de su trabajo, de sus productos cómo y cuándo le plazca, so pena de cercenar la soberanía personal. Empeñarse en demostrar la realidad social o la realidad individual aisladamente en intento vano. Las escuelas individualistas y comunistas no hacen más que seguir a la metafísica en sus lucubraciones acerca de la unidad de Ser. El individualismo halla esta unidad en el hombre. El comunismo, más metafísico si cabe que el individualismo, la encuentra en la aglomeración de los hombres, la sociedad, del mismo modo que algunos filósofos reducen el Universo a la calidad del Cosmos o a la unidad de la idea.

Así como en el Universo observaos leyes generales y leyes particulares, fuerzas de atracción y fuerzas de repulsión, movimientos de rotación y movimientos de traslación, así en lo humano

---

<sup>64</sup> *Per se*, locución latina: por sí.

<sup>65</sup> *The Alarm*, periódico anarquista estadounidense, primeramente dirigido por Alber R. Parsons en Chicago (1 de octubre de 1884 a 5 de mayo de 1886), y luego por Dyer D. Lum en Nueva York (5 de noviembre de 1887 a 1889).

coexisten lo general y lo particular, el amor y el desvío, el progreso y la reacción. Con la misma grandeza del todo cósmico se nos impone el todo social, la comunidad. La misma pluralidad infinita del Universo se nos muestra en la pluralidad de los individuos. Si intentan penetrar en este misterio del todo y la parte, la razón se pierde porque sus relaciones como *noúmeno*<sup>66</sup> nos son y nos serán eternamente desconocidas. Sólo el fenómeno es para nosotros accesible. Y el fenómeno en la vida humana nos demuestra que lo individual y lo general, que el hombre y la comunidad tienen esferas propias de acción, de vida, de movimiento; que la existencia particular del uno no supone necesariamente la generalización del otro, que los intereses y los fines y las funciones son, entre ambos órdenes de cosas, esencialmente distintos; que, en resumen, la humanidad como la idea, como el sentimiento, la naturaleza, es antinómica, dualista, y sólo por la armonía de los términos contrarios, necesariamente coexistente, puede llegarse a una solución racional del tremendo problema que suponen.

Esforzarse en demostrar que toda obra individual es en absoluto producto de la comunidad es tan inútil como el intento de probar que toda obra social proviene exclusivamente del individuo. Hay un cierto punto donde nuestros esfuerzos se estrellan. En toda obra individual hay ciertamente participación de la comunidad; toda obra social proviene, sin duda alguna, del esfuerzo, del impulso personal; pero no de tal modo que esta recíproca intervención nos permita decidir el problema en uno u otro sentido. Siempre podremos observar que toda obra individual reviste caracteres personales tanto como sociales, y recíprocamente. Siempre es un individuo el que contra las corrientes dominantes en la comunidad inicia una reforma o afirma una verdad hasta entonces desconocida. Siempre es la sociedad quien nos suministra los conocimientos y los medios de concebir un principio nuevo. El individuo y la comunidad coexistirán siempre dentro de sus esferas propias de acción, recabando cada uno para sí su derecho, su libertad. Reduce el uno al otro y tendrán inmediatamente la rebelión.

«Den a César<sup>67</sup> lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», decía Cristo. Den al individuo lo que es del individuo y a la sociedad lo que es de la sociedad, es el lema del socialismo moderno.

Así la riqueza natural y social es el derecho de *todos*: el producto elaborado es el derecho de *cada uno*. Dejen que la posesión, la propiedad, se verifique dentro del derecho, y el problema queda resuelto.

El principio de la autonomía individual y colectiva, la esencia de la libertad, no exige ni más ni menos.

Contra el privilegio de la propiedad, con todas sus consecuencias de subdivisión y monopolización, se levanta potente el derecho social a recabar su integridad. Contra la usurpación comunal surge rebelde el derecho del individuo que resiste a abdicar de sus prerrogativas.

Y ante este dualismo natural, yo me limito, en interés del principio superior de la libertad, a preguntar:

¿Qué necesita el hombre para ser libre?

Y contesto con las mismas palabras empleadas en ocasión de un estudio semejante:

«Contestaremos resueltamente: el hombre, para ser libre, necesita de la propiedad».

---

<sup>66</sup> Noúmeno: como es, en sí una cosa. En oposición a «fenómeno», según la filosofía de Emmanuel Kant (1724-1804), filósofo alemán.

<sup>67</sup> Caius Julius César (100 o 200 a. de J.), estadista romano.



“Tal vez una exclamación de sorpresa salga de los labios de nuestros lectores al escuchar ésta, al parecer, herejía socialista; pero no hay para qué sorprenderse; procuraremos demostrar nuestra proposición”.

“Todo el fondo de la cuestión social se reduce a reivindicar la propiedad, hoy detentada por los acaparadores y privilegiados. La revolución, de hecho, no está más que en esto: devolver a todos la propiedad de su trabajo. Cada obrero que protesta y reclama, cada socialista que fulmina sus anatemas contra lo existente, cada revolucionario que lucha heroicamente por las nuevas ideas, cada uno y todos a la vez no hacen otra cosa sino batallar porque su producto, su trabajo, no sea robado por nadie. El principio de la reforma, excepción hecha de las parcialidades doctrinales, no es más que esto”.

“Por intuición las masas ven más claro en este asunto, como en todos, que las más firmes inteligencias. La justicia para ellas no va más allá: déjame mi propiedad, piensa, y seré libre; mi propiedad y mi libertad es todo lo que necesito para desenvolverme por mí mismo”.

“El hombre libre quiere tener dominio absoluto sobre lo *suyo*, y este *suyo* lo considera en el orden moral, en el intelectual y en el físico. Sólo así es verdaderamente libre. Si no puede disponer como guste de *sus* pensamientos, de *sus* sentimientos y de *sus* obras, no puede decirse que sea libre: una fuerza extraña, interponiéndose entre el sujeto y el objeto, anularía la libertad. El sujeto es el hombre, el objeto la propiedad, y la solución de este dualismo natural, el hombre y la propiedad en la unidad lógica, filosófica, del ser social en la plenitud de todas sus facultades”.

“Cuando el hombre ama, ama por la posesión del ser amado; cuando el hombre trabaja, lo hace por la posesión de su producto; cuando el hombre estudia es que anhela la posesión de la ciencia. Lo mismo ocurre en la mujer. Sólo poseyéndose mutuamente uno y otra, el amor llega a su apoteosis en la pareja conyugal. Del mismo modo se identifican y poseen el hombre y el producto, el estudiante y la ciencia, confundiéndose en la síntesis de la función física y la función intelectual”.

“Si el hombre moralmente no puede poseer y ser poseído, si no puede físicamente poseer su trabajo y ser poseído por su trabajo, si no puede apoderarse de la ciencia y la ciencia de él, su libertad queda limitada, estaos por decir, negada”.

“En estos tres modos de poseer está comprendida toda la vida del hombre, física, moral e intelectual”.

“El amor le hace dueño del ser amado, la producción del objeto producido, el estudio de los conocimientos adquiridos: su libertad es omnímoda. Que los enamorados resuelvan sus conflictos y diferencias como soberanos, que el productor y la producción se regulen como quieran, que el estudiante y lo estudiado se comuniquen ampliamente. El hombre, ante todo, es un ser libre, soberano de sí mismo, que rechaza toda imposición, y así como únicamente puede serlo”.

“Todavía te asombras. El hombre, propietario de la mujer; la mujer, propietaria del hombre. Dirás: ¡horror!”

“No des nunca a las palabras más valor del que puedan tener. Dos seres que se aman se poseen, y contra este hecho natural nadie puede ir más que los fanáticos que, suprimiendo las palabras, creen suprimir los hechos. Un hombre y una mujer que se amen se crearán siempre el uno del otro, se poseerán moralmente, en el orden de los sentimientos, nunca en aquel otro que les reduzca a cosas apropiables. Aquí la propiedad no es sino una reciprocidad de afectos, y

quien dice reciprocidad, dice principio de la justicia; reciprocidad, por otra parte, libérrima, que no hay ni habrá jamás fuerza capaz de destruir”.

“Así, pues, nuestro argumento queda en pie sin motivos de asombro, que quien bien de palabras se asusta no muestra tener muy levantadas ideas de las cosas”.

“La propiedad es, por tanto, lo que el hombre necesita para ser libre. Si no puede disponer como guste de sus pensamientos y de sus obras, no puede decirse que sea libre. El Principio de la ANARQUÍA no puede declararse libre en cuanto a sus pensamientos y sus sentimientos, y robarle a la vez la libertad de disponer como quiera de sus obras, so pena de caer en la esclavitud económica”».

### **Avance del colectivismo**

Una vez demostrado y afirmado el derecho de posesión, o lo que es lo mismo, la necesidad de la apropiación para el individuo, que viene a integrar sus libertades por cuanto así puede disponer como guste de sus sentimientos, de sus pensamientos y de sus obras, podemos iniciar ya un avance de la idea colectivista.

Ateniéndonos al rigorismo del derecho, afirmamos: la posesión en común de la riqueza natural y social, el usufructo libre de la tierra, el subsuelo, los mares, las máquinas o grandes instrumentos de trabajo, ferrocarriles, etc.; afirmamos igualmente la posesión privada del producto elaborado individual o colectivamente. Y conforme al principio universal de la autonomía, afirmamos, en conclusión, el libre funcionamiento de todas las agrupaciones productoras. Tal es nuestra síntesis.

No creo necesario acumular razones en demostración de la primera parte de esta síntesis. La universalización del derecho por ella realizado basta para que resista a la crítica del individualismo y se identifique con la del comunismo.

En cuanto a la segunda afirmación, no me esforzaré tampoco mucho en comprobarla. Sólo un adversario la rechaza del campo socialista. Y a este adversario preciso es que le recordemos que ante todo y sobre todo el hombre quiere ser libre, y ya hemos visto cómo no lo es realmente cuando su soberanía no va más allá de sus pensamientos y de sus sentimientos. Es necesario que la soberanía se extienda también a sus obras. Esa generalización del derecho que hemos reconocido en el proceso evolutivo de la sociedad y que es una garantía igualitaria de la Justicia, así lo exige. Libre el individuo para producir, podrá asociarse o permanecer independiente, podrá reservarse su trabajo o donarlo a la comunidad. Si reconoce que produciendo y consumiendo en común obtiene verdaderas ventajas, a la comunidad acudirá. Pero así el comunismo se reduce a un procedimiento primitivo para el individuo y para la agrupación, y en este caso nosotros nos guardaremos muy bien de combatirlo. Mas de lo que se trata realmente es de conocer los fundamentos, los principios generales en que ha de descansar la sociedad, y en este caso el comunismo es un sistema, es un dogma inasociable, a nuestro criterio de libertad, porque supone la renuncia universal de un derecho, ya que no su anulación forzosa. Así hemos de limitarnos a decir: he aquí el derecho, no teman los resultados. Y el derecho es que cada productor pueda cambiar o consumir, o donar sus productos cuando y como le plazca, que cada individuo pueda o no reservarse el resultado de su trabajo y entrar así con su propiedad en relaciones de transacción y de amistad o fraternidad.

Y cuenta que no hay para qué ocuparse de tan debatida cuestión del *producto íntegro*. Esta locución es nada más que un grito de guerra con el que el obrero colectivista significa que lo que quiere es que nadie le usurpe parte de sus obras, de tal modo que si el sistema del salario

desapareciera, juzgaríamos hallarnos desde aquel momento en posesión plena del producto de nuestro trabajo.

Por algo y para algo afirmamos el libre funcionamiento de las colectividades. En un estado de libertad no caben fórmulas determinantes *a priori*<sup>68</sup> y por eso rechazamos a un mismo tiempo el principio de que cada uno ha de obtener la remuneración de su trabajo conforme a sus necesidades y el de que ha de recibirlo de un semi-Estado conforme a la unidad de tiempo, la hora de trabajo, o conforme a la unidad de producto elaborado. Nosotros no admitimos que una comisión o administración tase nuestro trabajo. Tanto valdría admitir la intervención de la autoridad, invocar el sistema de gobierno en nuestras relaciones.

Si es necesario valorar la producción, si es preciso determinar el producto del trabajo de cada uno, la libertad es que han de resolverlo. La diversidad de trabajos producirá diversidad de soluciones. En tal otra el individuo preferirá el comunismo. En tal otra, la distribución equitativa e igualatoria. En la de más allá, el reparto proporcional ya exigido por el individuo, ya acordado por la agrupación, o el contrato libre en último término.

Nosotros no podemos darles una teoría del valor tal como pretenden, porque la ciencia no ha llegado a tanto. Pero hoy mismo pueden entrar en los talleres donde sus compañeros les darán un avance de aquella teoría. Ellos calculan, aparte de lo que la explotación se lleva, el valor de cada obra y la participación correspondiente a cada individuo. Pregunten también a los ingenieros y a los arquitectos, y ellos así mismo les dirán que los adelantos modernos les permiten afirmar poco menos que es una teoría completa del valor. Supriman todo lo que impide que la revolución se verifique, y seguramente nuestras diferencias desaparecerán.

En último término, si no contamos con una teoría del valor, esto nada dice en contra del principio afirmado. Hasta el presente no conocemos más que hipótesis acerca de la formación del Universo, y, sin embargo, no por eso nuestra lógica es menor a decidimos contra la teología y sus dioses.

El colectivismo es el avance de una aspiración científica, y la ciencia camina muy despacio para que en un día pueda darnos la solución de todos los problemas. No obstante esto, el principio colectivista resiste los embates de la crítica.

Cuando contra él se arguye por los partidarios del individualismo, es más poderoso en su lógica que el comunismo.

Cuando, por el contrario, los ataques vienen del campo de los partidarios de la comunidad, le basta invocar el derecho y la libertad. Así, ya hemos visto cómo se reducen a la nada esos pretendidos obstáculos en la apreciación del trabajo, porque esto equivale a entrar en el terreno de las aplicaciones y lo que hace falta es demostrar que el principio en sí es erróneo. A los que arguyen, con una ligereza indiscutible, que los enfermos, los inválidos, los niños y los ancianos no podrían vivir según el principio colectivista, basta indicarles que de lo que se trata es de constituir una sociedad de hombres aptos, en la plenitud de todas sus facultades y en posesión de todos sus derechos. Argumentos tales no merecen siquiera los honores de la refutación, porque suponen tan escasa fe en la libertad que, de creerlos, el hombre emancipado sólo habría de cuidar de sí mismo. Por este camino se puede llegar a la negación de la libertad, porque el loco y el idiota supondrían la imposibilidad de vivir sin gobierno. Y no es otra, ciertamente, la lógica de los impugnadores del colectivismo. Confunden lo general con lo particular, la ley con el fenómeno, la regla con la excepción, el derecho con el sentimiento, la justicia con la solidaridad, y así buscan un principio único que lo comprenda todo del mismo modo que el teólogo busca la causa única que todo lo explique.

---

<sup>68</sup> *A priori*, locución latina: por lo anterior, por lo que precede, etc.

Desde el momento que se supone suprimirlo el Estado, desde el instante que la sociedad no es ya fuente de derechos y deberes, sino una simple asociación de hombres libres, la libertad es la que únicamente puede resolver los conflictos de la economía, de la justicia, de la humanidad. Cuanto antes se esperaba del principio de gobierno, hay que esperarlo entonces de la espontaneidad individual y colectiva. Asociaciones de crédito, asociaciones de instrucción, asociaciones de seguridad, asociaciones de mutua reciprocidad, surgirán espontáneas para realizar y completar la obra de la emancipación humana.

Así como en el terreno político proclamamos la ANARQUÍA y en el económico preconizamos el colectivismo, en el orden de los sentimientos humanos, de cooperación universal, propagamos la solidaridad.

¡Qué! ¿Suponen, acaso, que abandonamos al desvalido? ¿Suponen, acaso, que le reservamos la limosna? La operación de crédito, la garantía recíproca de seguridad, la previsión individual que por la asociación se guarece contra lo inesperado, no es pura sensiblería, no es caridad, no es limosna; es manifestación de derecho, fruto de la libertad, consagración de la dignidad.

Hay conceptos que explican perfectamente todo un orden de ideas. Así nuestros impugnadores, creyendo resolver el problema, gritan: «¡Uno para todos, todos para uno!». Y esto significa claramente, en primer término, la subordinación del uno al todo, y en segundo lugar, la del todo al uno, esto es, la reciprocidad de la esclavitud económica. ¡Qué sarcasmo en boca de los defensores de la libertad!

Nosotros, por oposición, decimos de acuerdo con la Naturaleza y la libertad: «Cada uno para sí, todos para todos». Y vemos, en efecto, que así afirmamos en primer lugar la integridad del derecho y la autonomía personal, y en segundo término la solidaridad universal y la generalización de la libertad. La ciencia y la Naturaleza nos aportan elementos precisos de demostración. En el proceso de la vida humana se manifiestan constantemente esas dos fuerzas, esas dos tendencias coexistentes por toda la eternidad: especialización o determinación del yo individual; generalización del yo social; homogeneidad del elemento simple; heterogeneidad del todo compuesto; diferenciación de lo indiviso, integración de lo divisible. En el desarrollo de la vida orgánica, el paralelismo es absolutamente idéntico. Cada organismo se individualiza fuertemente y absorbe toda la savia indispensable para su crecimiento, con exclusión de los demás organismos semejantes. La Naturaleza, por su parte, tiende a la heterogeneidad más completa enriquece su múltiple organismo y condensa su unidad sintética a fuerza de arrebatar parte de la vida de sus componentes simples, organismos inferiores y supeditados a ella por relaciones de necesidad. El Cosmos y el átomo, en fin, son el orden físico, maneras distintas de la individualidad manifestándose poderosa.

¿Cómo separarse, pues, cuando de soluciones científicas se trata, de lo que la ciencia misma pone de manifiesto? ¿Cómo establecer *a priori* principios que están en pugna con la Naturaleza?

El colectivismo, ya lo hemos dicho, es el avance de una aspiración científica. No le pidan, pues, detalles, aplicaciones, fórmulas completas que la libertad rechaza. No dogmatiza, no se erige en sistema. Da principios generales de derecho de acuerdo con la Naturaleza y la ciencia y eso basta. Así caben dentro del colectivismo todas las maneras de la producción, del cambio y del consumo, todas las formas de cooperación, todos los modos de asociación para el goce universal de todas las riquezas y de todos los placeres. La ciencia, el arte, la industria y la agricultura tienen la garantía de su derecho libre dentro del colectivismo, y puede afirmarse, por cuanto dicho queda, que si este principio económico constituye un sistema, es ciertamente el único sistema grato al hombre, porque es el sistema de la Libertad.

## Fundamentos científicos del colectivismo

Cuantos leyeran este trabajo habrán visto en los capítulos precedentes que la solución económica que defendemos está de acuerdo con la naturaleza del hombre y con las enseñanzas de la experiencia. Huyendo de todo exclusivismo dogmático hemos venido a parar a una concepción racional de las cosas y de las ideas, a un positivismo científico del desarrollo biológico de la sociedad. Dando de mano a todas las fórmulas doctrinarias hemos juzgado innecesario resolver los arduos problemas de la psicología, e independientemente de ellos, tomado por única base la realidad del hombre, concluimos determinando las líneas generales de una libre organización social.

Por otra parte el razonamiento lógico, la filosofía del derecho, nos ha permitido describir el principio jurídico en virtud del cual la generalización de la propiedad se nos impone paralelamente a la de la libertad y a la de la solidaridad. El desenvolvimiento simétrico de estos tres modos de la vida social se verifica de tal manera que puede asegurarse es, en su esencia, la realidad del progreso en su más alta expresión.

¿Cabe dudar que este principio, esta idea del colectivismo tenga verdaderos fundamentos científicos, dadas sus condiciones de compenetración con la naturaleza humana y el derecho social?

La filosofía positivista ha podido explicar, como ya hemos dicho, mediante el principio de la evolución, la mayor parte de los fenómenos del Universo y establecer las leyes generales de la vida. Los naturalistas han determinado satisfactoriamente las relaciones y orígenes de los seres, los fines y naturaleza de las especies, y gracias a ello podemos hoy reírnos de las majaderías teológicas con que antes se nos hacía comulgar. Los teólogos, del mismo modo, no suministran datos bastantes para formular la trayectoria de la constitución y desarrollo del planeta. Los astrónomos nos explican asimismo y de un modo racional los sucesivos períodos por que atraviesan los astros, la solución de las nebulosas, la regularidad de los movimientos y la sucesión de los fenómenos atmosféricos.

Así también la sociología comienza a establecer de un modo científico sus principios fundamentales, y de aquí que el principio de la evolución constituya la base primordial, la esencia de la investigación en todas sus formas. El análisis de la evolución social es, por consiguiente, la primera condición de todo conocimiento de las leyes por que se rigen las agrupaciones humanas.

La base científica que en primer tiempo viene en apoyo del colectivismo es precisamente la que nos suministra la evolución social.

A poco que se estudie la historia de la propiedad, un hecho constante se ofrece a nuestras reflexiones. Desde el comienzo de las sociedades hasta nuestros días, la propiedad privada y la comunidad o el Estado han vivido y viven en lucha permanente, pese a las apariencias de una falsa armonía. Cada día la agrupación arrebatada sus propiedades y sus derechos al individuo más y más. Cada día el individuo se esfuerza con mayor empeño en atribuirse el absolutismo del derecho posesorio, y procura arrancar al Estado sus principales atributos. El individualismo y el comunismo viven así en eterna batalla, sin que el tiempo se decida por el uno y por el otro. La propiedad privada se ve cada día más invadida por el Estado, y aun en pleno individualismo hay muchas cosas comunes a todos los ciudadanos. Los bienes comunales se ven, por otra parte, solicitados de continuo por el interés individual, y aun en las cosas de goce más universal, más común, surge la usurpación privada en su forma de exclusión, ya por el individuo, ya por la colectividad. La constancia de este vaivén, de este fenómeno social, habla muy elocuentemente en contra de ambas soluciones. La sociedad, no hallando la expresión de

sus deseos en ninguno de los dos términos, parece encontrarse en ese primer período en que las fuerzas luchan por determinar la resultante necesaria. Pero al fin el progreso material, el gran adelanto de las ciencias y de las industrias, viene a apresurar el momento de iniciación evolutiva, y la sociedad comienza a entrar en una nueva fase. A la producción individual, a la explotación aislada, sustituye la producción en común, la explotación en grande escala. Surgen por todas partes sociedades agrícolas, industriales, comerciales, y el esfuerzo personal es reemplazado por el titánico esfuerzo colectivo. La multiplicación de las asociaciones productoras, la tendencia general a la cooperación para el consumo, la iniciación de sociedades de seguridad y de crédito mutuo, manifiestan que la propiedad esta próxima a un rápido cambio. Sólo falta que la evolución recorra lo que le resta que hacer en la obra emprendida, sólo se necesita que aquélla, haciéndose consciente, determine el momento supremo de la revolución, y el colectivismo será un hecho. La revolución, suprimiendo el agente intermediario y la propiedad exclusiva, o sea, el monopolio de la riqueza, echará por tierra todos los obstáculos que se oponen a que la evolución se verifique en toda su amplitud. En vez del terrateniente que explota al siervo del terruño, en vez de la sociedad anónima que estruja al obrero industrial, en lugar del empresario que aniquila al trabajador, verán aparecer instantáneamente la asociación de agricultores explotando por su propia cuenta la tierra, la asociación de obreros industriales trabajando en sus propias fábricas, la asociación de maquinistas, de mecánicos, etc., usufructuando las vías férreas; los proletarios, en fin, hoy dispersos y desheredados, agrupados con diversos objetos y en posesión de todos los elementos del trabajo.

Quien no vea que ésta y no otra es la tendencia social, quien no vea y comprenda que la evolución es esencialmente colectivista, está ciego o aparenta estarlo.

Y es totalmente colectivista la evolución social, porque nada en ella se descubre que favorezca a la comunidad. Parece como que el individuo, teniendo por cosa indiscutible su derecho, comprendiendo que la integridad de su trabajo es su única y su legítima propiedad, ni siquiera se preocupa de otra cosa que de entrar en la posesión, en el usufructo de lo que a todos corresponde por igual.

Es, pues, uno de los fundamentos científicos del colectivismo la evolución social de la propiedad.

¿Puede explicarse de algún modo que el elemento comunista no entra para nada en esta evolución?

Seguramente. Otro principio científico, debido también a la escuela evolucionista, nos dará razón de aquel fenómeno. Es ley general de los seres vivientes que los organismos todos tengan por condición de su existencia la necesidad de la diferenciación individual. Cada organización particular de la materia se desarrolla, precisamente, por este medio. Al par que se enriquece en sus elementos componentes, que se hace más heterogéneo, se esfuerza en distinguirse radicalmente de sus contrarios acentuando los caracteres especiales de su individualidad. Este hecho de experiencia, comprobable en toda ocasión, tiene su origen en el principio llamado del *combate por la existencia*. En el reino animal se manifiesta este principio de un modo evidente. Aún las especies que viven en comunidad, no se libran de él, puesto que realmente lo que hacen con sus procedimientos de organización, en los cuales entre por mucho la esclavitud, es prepararse mejor, colocarse en condiciones más ventajosas para la lucha.

Este principio que la ciencia ha popularizado, por cuya razón no he de empeñarme en demostrarlo, es el que explica, de una manera clara y terminante, que el elemento comunista no tanga parte alguna en la evolución. Por él tiende el hombre, por naturaleza, a la diferenciación, a la individualidad enfrente de la individualidad. Por él se verifican todos nuestros adelantos, se producen nuestras mejores obras. Sin la lucha por la vida, sin ese sentimiento que nos coloca en la necesidad de sobrepajar al que va al lado o delante, nuestras pasiones dormirían y la

actividad progresiva sería nula, la resultante para el mejoramiento de la sociedad, cero. Es preciso que el hombre entre en lucha con el hombre y con la Naturaleza, es decir, con todo lo que no es su yo, para que el trabajo, la ciencia y el arte se produzcan adornados con todas las maravillas que hoy conocemos. Por eso la invención, el mejoramiento, el adelanto, provienen siempre de la espontánea iniciativa individual; por eso la colectividad, más débil en lo que pudiéramos llamar su conciencia individual, resiste frecuentemente al impulso dado por el individuo a causa de que la ley, el principio del combate por la vida, lo inclina mucho menos que al hombre a la diferenciación.

Así la evolución social no se contagia de comunismo y tiende, por el contrario, a mantener ese otro principio que da origen a todas nuestras manifestaciones activas. El movimiento transformador se verifica, pues, independientemente del derecho individual, y aun se conserva a través de todas las alteraciones del orden establecido. ¿No explica esto de una manera precisa que la sociedad huye por igual de esos dos extremos que la solicitan de continuo?

El colectivismo, consagrado por un lado la generalización del derecho, y por otro la garantía de la propiedad del trabajo, puede enorgullecerse de satisfacer a dos principios científicos: el de la evolución y el del combate por la existencia.

Pero aún hay más. Esta última adquisición de la ciencia se manifiesta y se desarrolla en las sociedades humanas de un modo más acabado que en los demás grupos de la escala zoológica. Los irracionales, y aún hoy los seres humanos, en parte, viven a expensas de esa ley en lucha abierta de destrucción recíproca y total. Sólo algunas especies llegan a comprender la necesidad de la asociación para el combate. Las más tienden a la conservación individual con exclusión de todo sentimiento de reciprocidad que no sea el de la guerra feroz y permanente. Del mismo modo, nuestro actual individualismo no comprende más que la mitad de la ley a que obedecen todos los seres. Es la nuestra una sociedad rudimentaria, donde domina casi exclusivamente el elemento negativo de la Humanidad, el animal. Pero a medida que nuestros conocimientos se multiplican, al par que el desarrollo biológico va adquiriendo el cuerpo, el elemento humano se extiende, y a la guerra salvaje, propia de la bestia, sustituye la noble contienda de la razón, del arte, del saber, del trabajo. Entonces se ve surgir el complemento necesario del principio de la lucha por la vida y a la exclusión que antes lo caracterizaba, sucede la atracción de los combatientes. Comprende el hombre que el principio antes dicho es un elemento negativo del individuo frente al individuo, y piensa en dirigirlo contra la Naturaleza, asociando todas las fuerzas opuestas entre sí. Nace así la idea general de la asociación para el combate de la existencia, y lo que empezó siendo fruto del salvajismo acaba determinando el mayor grado de perfección humana: la solidaridad social. Lo que no puede realizarse si no es de un modo inconsciente entre los brutos, se verifica conscientemente entre los humanos. El sentimiento de la conservación individual, que tan fuertemente nos gobierna, se identifica así con el sentimiento de la conservación social y se hace más poderoso, más inteligente, más sabio. Allí donde no había más que guerra de hombre a hombre, vemos surgir la sociedad frente a frente de la Naturaleza. Sojuzgarla, dominarla es el objeto del hombre. Reúne sus fuerzas, agrupa sus elementos, constituye la asociación cooperativa y encauza la potencia común y la dirige a aquel fin determinado.

El Combate por la existencia y la asociación para el combate, tal es la ley que rige a la sociedad. Individuo y grupo, propiedad y solidaridad, diferenciación y asociación, son términos de la serie lógica, del método científico a que, según aquella ley, se ajusta el colectivismo.

Es inútil reducir los términos, aparentemente opuestos, a la unidad sintética que los destruya. Podrá esto conseguirse en el orden de las ideas por sucesivas abstracciones de la realidad, pero de hecho existirán eternamente, del mismo modo que existirán siempre el neumeno y el fenómeno, la realidad y el ideal, la atracción y la repulsión molecular, la razón y el sentimiento, la unidad simple y la unidad colectiva, lo homogéneo y lo heterogéneo.

El colectivismo está completamente de acuerdo con la ciencia. La tierra libre para el agricultor libre; la fábrica libre para el industrial libre; el elemento de trabajo libre siempre, para el productor libre. Sea la libertad el instrumento universal que resuelva todos los problemas de la vida, así en el individuo como en la sociedad. Sea la asociación o el contrato federativo, por otro nombre, quien resuelva todos los conflictos de la Libertad. Sea, en último término, la solidaridad quien nos defienda contra todas las alteraciones de las leyes naturales. He ahí todo.

Apoyan este novísimo ideal humano:

- I. La tendencia generalizadora del derecho, o sea el paralelismo, la simetría en el desenvolvimiento y la integración de la libertad, de la propiedad y de la solidaridad.
- II. La tendencia de la evolución social.
- III. El principio universal de la lucha por la existencia y su complemento, la asociación para la lucha.
- IV. El dualismo natural de la vida humana, o sea la existencia de la soberanía individual y colectiva.
- V. La necesidad de la diferenciación individual libre de toda traba y de toda ley que no provenga de la Naturaleza o de la ciencia y sea voluntariamente aceptada.

Cada una de estas tendencias, principios o necesidades ha sido examinada ya separadamente y de un modo especial, ya simultánea y alternativamente al hacer el análisis de la propiedad, estudiar el colectivismo y puntualizar algunos de sus fundamentos más esenciales

¿Qué nos resta que hacer, por el momento? Nada absolutamente; pero si algo faltara sería en último término no originado por nuestra incapacidad.

La ciencia positivista y la experiencia, irán demostrando cada día con mayor precisión la certeza de los principios generales aquí establecidos. Tal es nuestra creencia en vista de los conocimientos adquiridos. Pero si así no fuera, como no somos espíritus cerrados a la verdad, depondríamos gustosos nuestros errores y confesaríamos ingenuamente nuestra lamentable equivocación.

Los principios conocidos hasta el día y el estudio de la Naturaleza humana dan, hoy por hoy, base firmísimo a la aspiración colectivista frente a frente del individualismo y del comunismo. Y quien ha dejado a un lado la fe religiosa, la fe política y la fe económica ha de seguir forzosamente a la ciencia y a la Naturaleza. La razón analizando es nuestro único guía:

Venga la luz del análisis, venga del radiante foco de la razón, venga la ciencia resultando de uno y otro, a iluminarnos, a convencernos si estamos equivocados, a fortalecernos si estamos en lo cierto.

En tanto, sigamos propagando y demostrando nuestros principios, sigamos popularizando nuestros ideales, continuemos firmes en la discusión y la crítica del orden social presente, que al cabo la verdad triunfará de todas las nieblas con que el error la envuelve, y la justicia prevalecerá, a pesar de todos los prejuicios, de todos los dogmas de fe y de todas las aberraciones del espíritu humano.



Nosotros, firmes en nuestras convicciones, continuaremos nuestra tarea de mantener, apoyados en la ciencia y en la experiencia, nuestros ideales de libertad política, de libertad económica, de libertad total para el género humano.

La libertad, nada más que la libertad queremos, que lo que la libertad no haga no podrá hacerlo poder ni institución alguna.

Por eso somos anárquico-colectivistas, por eso defendemos la emancipación definitiva del proletariado, y por eso a ella dedicamos nuestros esfuerzos.

Que el presente trabajo sea de alguna utilidad al fin que perseguimos, tal es nuestro deseo.

R. M.<sup>69</sup>

## **CAPÍTULO V**

### **MELLA, CRÍTICO**

#### **LA BANCARROTA DE LAS CREENCIAS<sup>70</sup>**

A mi hermano J. Prat:<sup>71</sup>

La fe tuvo su tiempo; tuvo también su quiebra ruidosa. No queda en pie a estas horas sino solitarias ruinas de sus altares.

Si preguntas lo mismo a las gentes cultas que a las que llevan todavía taparrabo intelectual, y quieren contestarte en conciencia, te dirán que ha muerto para siempre la fe; la fe política, la fe religiosa, hasta la fe científica que ha defraudado tantas esperanzas.

Muerto todo el pasado, las miradas giraron anhelantes hacia el sol naciente. Las ciencias tuvieron sus himnos triunfales. Y sucedió que la multitud se dio nuevos ídolos, y ahora mismo andan los conspicuos de las creencias nuevas predicando a diestro y a siniestro las excelsas virtudes de la dogmática científica. La peligrosa logorrea de encomiásticos adjetivos, la charla sempiterna de los sabios de guardarropía, nos pone en trance de que con razón se proclame la bancarrota de la ciencia.

En realidad de verdad no es la ciencia la que quiebra en nuestros días. No hay una ciencia; hay ciencias. No hay cosas acabadas; hay cosas en perpetua formación. Y lo que no existe no puede quebrar. Si se pretendiera todavía que aquello que está en constante elaboración, aquello que constituye o va constituyendo el caudal de los conocimientos, hace bancarrota en nuestra época, demostraríamos únicamente quien tal dijera que buscaba en las ciencias lo que

---

<sup>69</sup> R. M., iniciales de Ricardo Mella.

<sup>70</sup> *La bancarrota de las creencias*, por Ricardo Mella, «La Revista Blanca», número 107, Madrid, 1 de diciembre de 1902.

<sup>71</sup> José Prat, anarquista catalán, muy amigo de Ricardo Mella. Prat murió en Barcelona, el 17 de julio de 1932.

ellas no pueden darnos. No quiebra la labor humana de investigar y conocer; lo que quiebra, como antes quebró la fe, son las ciencias.

La comodidad de crear sin examen o después de deliberación madura, unida a la pobreza de la cultura general, ha dado por resultado que a la fe teológica haya sucedido la fe filosófica y más tarde la fe científica. Así, a los fanáticos religiosos y a los fanáticos políticos siguen los creyentes en una multitud de «ismos», que si abonan la mayor riqueza de nuestro entendimiento no hacen sino confirmar las atávicas tendencias del humano espíritu.

Pero, ¿qué significa el clamoreo que a cada paso se levanta en el seno de los partidos, de las escuelas y de las doctrinas? ¿Qué es ese batallar sin tregua entre los catecúmenos de una misma iglesia? Es, sencillamente, que las creencias quiebran.

El entusiasmo del neófito, el sano y loco entusiasmo, forja nuevas doctrinas y las doctrinas nuevas creencias. Se anhela algo mejor, se persigue lo ideal, se busca noble y elevado empleo a las actividades, y apenas hecho ligero examen, si se da con la nota que repercute armónicamente en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, se cree. La creencia nos arrastra entonces a todo; dirige y gobierna nuestra existencia entera; absorbe todas nuestras facultades. No de otro modo es como las capillas, como las iglesias, chicas o grandes, se alzan poderosas por todas partes. La creencia tiene sus altares, tiene su culto, tiene sus fieles, como los tuvo la fe.

Mas hay una hora fatal, inevitable, de interrogaciones terribles. Y esta hora luminosa es aquella en que un pensamiento maduro se pregunta a sí mismo la razón de sus creencias y de sus amores ideológicos.

La palabra ideal, que era algo así como la nebulosa de un Dios en cuyo altar quemábamos el incienso de nuestros entusiasmos, se bambolea entonces. Muchas cosas se desmoronan dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificio cuyos cimientos flaquearan. Nos sentimos molestos con los compromisos de partido y de opinión, tal como si nuestras propias creencias llegaran a convertirse en atadero inaguantable. Creíamos en el hombre, y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas, y ya no osamos afirmarlas. Gozábamos el entusiasmo de una regeneración positiva inmediata, y ya no la gozamos. Sentimos miedo de nosotros mismos. ¡Qué prodigioso esfuerzo de voluntad para no caer en la más espantosa vacuidad de ideas y de sentimientos!

Allá va la multitud arrastrada por la verbosidad de los que no llevan nada dentro y por la ceguera de los que se creen repletos de grandes e incontestables verdades. Allá va la multitud prestando con la inconsciencia de su acción vida aparente a un cadáver cuyo enterramiento no espera sino la voluntad fuerte de una inteligencia genial que arranque la venda de la nueva fe.

Pero el hombre que piensa, el hombre que medita sobre sus opiniones y actos en la silenciosa soledad a que le lleva la insuficiencia de las creencias, esboza el comienzo de la gran catástrofe, presiente la bancarrota de todo lo que mantiene a la humanidad en pie de guerra y se apercibe a la reedificación de su espíritu.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las diarias batallas de personalismos, de enconos, de odios y de envidias, de vanidades y de ambiciones, de las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba abajo, no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizáramos en las conciencias de los creyentes, de todos los creyentes, no hallaríamos más que dudas e interrogaciones. Confesarán pronto sus incertidumbres todos los hombres de bien. Sólo quedarán afirmando la creencia cerrada

aquellos que de afirmarlo saquen algún provecho, del mismo modo que los sacerdotes de las religiones y los augures de la política continúan cantando las excelencias de la fe que aun después de muerta le da de comer.

¿Es, acaso, que la humanidad va a precipitarse en el abismo de la negación final, la negación de sí misma?

No pensemos como viejos creyentes que lloran ante el ídolo que se derrumba. La humanidad no hará otra cosa que romper un anillo más de la cadena que lo aprisiona. El estrépito importa poco. Quien no se sienta con ánimos para asistir sereno al derrumbamiento, hará bien en retirarse. Hay siempre caridad para los inválidos.

Creímos que las ideas tenían la virtud soberana de regenerarnos, y nos hallamos ahora con quien no lleva en sí mismo elementos de pureza, de justificación y de veracidad, no los puede tomar a préstamo de ningún ideal. Bajo el influjo pasajero de un entusiasmo virgen, parecemos renovados, mas al cabo el medio ambiente recobra su imperio. La humanidad no se compone de héroes y genios, y así, aún los más puros se hunden, al fin, en la inmundicia de todas las pequeñas pasiones. La hora en que quiebran las creencias es también la hora en que se conoce a todos los defraudadores.

¿Estaremos en un círculo hierro? Más allá de todas las hecatombes la vida brota de nuevo. Si las cosas no se modifican conforme a nuestras tesis particulares, si no suceden tal como pretendemos que sucedan, ello no abandona la negación de la realidad de las realidades. Fuera de nuestras pretensiones de creyentes, la modificación persiste, el cambio continuo se cumple, todo evoluciona: medio, hombres y cosas. ¿Cómo? ¿En qué dirección? ¡Ah! Eso es lo que precisamente queda a merced de la inconsciencia de las multitudes; eso es lo que, en último término, decide un elemento extraño a la labor del entendimiento y de las ciencias: la fuerza.

Después de todas las propagandas, de todas las lecciones, de todos los progresos, la humanidad no tiene, no quiere tener más credo que la violencia. ¿Acierta? ¿Se equivoca?

Y es fuerza que aceptemos las cosas como son y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En un momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás a los moldes de una comunidad determinada, llámese A o llámese B; cuando nos cercioramos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en ese momento decisivo es menester que rompamos todos los cachivaches de la creencia, que cortemos todos los ataderos y resurjamos a la independencia personal más firmes que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el «devenir», el más allá que se refleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más de prisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquellos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquellos que hacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquellos que, puestos a monopolizar en provecho propio, monopolizarían hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hace plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay

levadura de la esclavitud y de la explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales, pululan el charlatanismo y el endiosamiento; el fanatismo, pronto a la intransigencia con el amigo, mas pronto a la cobardía con el adversario; la fatuidad que se empina pavoneándose escudada en la ignorancia general. En todas partes, la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge, con nombres sonoros, en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de héroe, es menester pasar impávido a través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre los maderos que crujen, los techos que se hundan, los muros que se desploman. Y cuando no quede más que cenizas, cascote, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba, no restará para los que vengan después más que una obra sencilla: desembarazar el suelo de obstáculos sin vida.

Si la caída de la fe ha permitido que en el campo fértil del humano crezca la creencia, y la creencia, a su vez, vacila y se inclina marchita hacia la tierra, cantemos la bancarrota de la creencia, porque ella es un nuevo paso en el camino de la libertad individual.

Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado el cepe del doctrinarismo, hagámoslas añicos. Una idealidad suprema para la mente, una grata satisfacción para el espíritu desdeñoso de las pequeñeces humanas, una fuerza poderosa para la actividad creadora, puesto el pensamiento en el porvenir y el corazón en el bienestar común, quedará siempre en pie, aun después de la bancarrota de todas las creencias.

En estos momentos, aunque se espanten los mentecatos, aunque se solivianten todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere: más allá de la ANARQUÍA hay también un sol que nace, que en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto.

Ricardo Mella

## EL ANARQUISMO NACIENTE<sup>72</sup>

Nunca segundas partes fueron buenas. Pero amigos queridos que, juzgando buena la primera, decidieron editarla en folleto, me piden que amplíe la materia un unas cuantas cuartillas más, y no puedo ni quiero negarme.

Escribí «La bancarrota de las creencias» en un momento de dolorosas impresiones por el derrumbamiento de algo que vive en la ilusión, más no en la realidad, que juega a veces con las ideas y con los afectos para darnos el tormento de nuestra propia impotencia y de nuestros errores reconocidos.

No cede la verdad sus fueros a los convencionalismos ideológicos, y los que nos preciamos de rendirla culto, ni aun por sentimiento de solidaridad, mucho menos por espíritu de partido,

---

<sup>72</sup> *El Anarquismo naciente* se publicó a continuación de *La bancarrota de las creencias*, en un folleto editado en Valencia, en 1903, por Ediciones El Corsario.

habíamos de sacrificar la más pequeña parcela de aquello que entendemos está sobre todas las doctrinas.

Quién quiera que haya seguido atento el desenvolvimiento gradual de las ideas revolucionarias, del anarquismo principalmente, habrá visto que en el curso del tiempo llegaron a cristalizar en los cerebros ciertos principios a modo de condiciones infalibles de la verdad absoluta. Habrá visto cómo se han ido elaborando pequeños dogmas y cómo por el influjo de un misticismo extraño se llegó, en fin, a la afirmación de credos cerrados, pretendiendo nada menos que la posesión de toda la verdad, la verdad de hoy y de mañana, la verdad de siempre. Y habrá visto, cómo después de nuestros escauceos metafísicos, nos hemos ido quedando con las palabras, con los nombres, y vacíos por completo de ideas. Al culto a la verdad sucedió la idolatría por la nomenclatura sonora, la magia del efectismo, casi la fe en la fortuita combinación de las letras.

Es el proceso evolutivo de todas las creencias. El anarquismo, que nace como crítica, se trueca en afirmación que toca los linderos del dogma y de la secta. Surgen los creyentes, los fanáticos, los entusiastas del hombre. Y surgen también los teorizantes que hacen de la ANARQUÍA un credo individualista o socialista, colectivista o comunista, ateo, materialista, de esta o de otra escuela filosófica. Finalmente nacen en el seno del Anarquismo los particularismos por la vida, por el arte, por la belleza, por la superhombria o por la irreductible egoística independencia personal. Se parcela así la síntesis ideal y, poco a poco, hay tantas capillas como propagandistas, tantas doctrinas como escritores. El resultado es fatal: caemos en todas las vulgaridades del espíritu de partido, en todas las pasioncillas del personalismo, en todas las bajezas de la ambición y de la vanidad.

¿Cómo poner la llaga al descubierto sin tocar a las personas, sin convertir el asunto en piedra de escándalo, en materia de nuevas acusaciones e injurias?

Que el Anarquismo ha llegado a ser para muchos una creencia o una fe, ¿quién ha de negarlo? Pues porque ha llegado a serlo se han provocado apasionadas contiendas, divisiones injustificadas, exclusivismos dogmáticos, es por lo que, cumplida la evolución, la bancarrota de las creencias, realidad en los hechos, debe ser proclamada sin rebozo por cuantos amamos la verdad.

Cuando el Anarquismo ha ganado más terreno, debía surgir necesariamente la crisis. La iniquidad se manifiesta en todas partes. Libros, revistas, periódicos, reuniones reflejan los efectos del raro contraste producido por el choque de tantas opiniones que se han colado de rondón en el campo anarquista. En pugna abierta los particularismos doctrinales, caen uno a uno en la batalla de las creencias. Ninguna está firme, no puede estarlo, bajo pena de autonegación.

La ilusión de un Anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe inmaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos de momento, en las imaginaciones febriles, ansiosas de bondad y de justicia; pero exhaustas de verdad y de razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal o cual autor, en el amorío con ésta o la otra tesis social o filosófica. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué continuar batallando a nombre de puerilidades pseudocientíficas y semiológicas? La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí a la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano está en formación, estará perpetuamente en formación. Estamos y estaremos siempre obligados a caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el caudal de los conocimientos y se establece la certidumbre.

Es así como el Anarquismo será superado. Y cuando hablo del Anarquismo y digo que bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere, y que se presente más allá de la ANARQUÍA un sol, que nace porque en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto, es del Anarquismo doctrinario, que forma escuela, que levanta capillas, que edifica altares. Sí; más allá de este momento necesario de la bancarrota de las creencias, está la amplia síntesis anarquista que recoge de todos los particularismos afirmados, de todas las tesis filosóficas, de todos los avances formidables de la común labor intelectual, las verdades establecidas bien comprobadas, por cuya demostración toda lucha es ya imposible. Esta síntesis amplísima, expresión acabada del Anarquismo que abre sus puertas a todo lo que llega del mañana y a todo lo que queda firme y fuerte del ayer y se reafirma en el embate de hoy que escudriña lo desconocido, esta síntesis es la negación terminante de toda creencia.

No es menester gritar: ¡abajo las creencias! Ellas perecen a sus propias manos. La creencia es un obstáculo al conocimiento, como la fe. Y en el rebullir inquieto de cuantos nos decimos anarquistas, las creencias fracasan. No lo ocultaremos. Que cada uno arroje de sí la vieja dogmática de sus opiniones, los amores de su predilección filosófica y, lanzando el espíritu por los anchos senderos de la investigación sin trabas, llegue hasta la concepción del Anarquismo consciente, viril, generoso, que no riñe sino con los convencionalismos y con los errores y tiene tolerancia para todas las ideas, pero que no acepta, ni aun a título provisorio, sino aquello que esté bien comprobado.

Este Anarquismo es el que se halla en formación callada, es el que se elabora lentamente en las creencias capaces de sentir la presión de los atavismos que surgen por doquier, es el que me hizo escribir «La bancarrota de las creencias»: un grito de protesta contra la realidad del rebaño anarquista, de aliento para la independencia personal, de expansión para el ideal que cada día vive más fuerte en mí y me anima a la pelea por un porvenir que no he de gozar, pero que será de justicia, de bienestar y de amor para los hombres de mañana. Este Anarquismo es el Anarquismo naciente, capaz de recoger con su seno todas las tendencias libertarias, de alentar todas las nobles rebeldías y de imprimir a los espíritus generosos el impulso de la libertad en todas las direcciones, sin cortapisas y sin prejuicios, con la sola condición de que el exclusivismo no levante murallas chinescas y de que el entendimiento se entregue por entero y sin reservas a la verdad que late vigorosa en las más diversas modalidades del ideal nuevo.

Ya no se dirá a nombre del Anarquismo: ¡no más allá! La justicia absoluta, revivida en el dogma que muere, no será sino la meta indeterminada que cambia según se desenvuelve la mentalidad humana. Y no caeremos de nuevo en el extraño y singular error de fijar un límite, por lejano que sea, al progreso de las ideas y de las formas de conveniencia social.

El Anarquismo naciente proclama el más allá inacabable después de haber derribado todos los valladares del secular absolutismo intelectual de los hombres.

¿No creen que fracasan actualmente todos los particularismos, todas las teorías; que se derrumban todas las fábricas de cascote levantadas torpemente para mayor gloria de dogmas nuevos? ¿No creen que la bancarrota de las creencias es el último anillo de la cadena humana que se quiebra y nos ofrece la amplitud total de la idealidad anarquista pura y sin mácula?

La fe les habrá cegado. Y harán bien en renunciar a la palabra libertad; que se puede ser rebaño aun dentro de las ideas más radicales.

Por nuestra parte nos limitamos a registrar un hecho: anarquistas de todas las tendencias caminan resueltamente hacia la afirmación de una gran síntesis social que abarque todas las diversas manifestaciones del ideal. El caminar es silencioso; pronto vendrá el ruidoso rompimiento si hay quien se empeñe en continuar amarrado al espíritu de camarilla y de secta.

Quien no se haya emancipado por el mismo quedará rezagado con el movimiento actual y será en vano que busque redentores. Morirá esclavo.

Ricardo Mella

## CAPÍTULO VI

### MELLA, ENSAYISTA

#### DEL AMOR. MODO DE ACCIÓN Y FINALIDAD SOCIAL<sup>73</sup>

##### CAPÍTULO I

El imperativo «ámense los unos a los otros», repetido durante siglos, es todavía hoy precepto incumplido sin consecuencia alguna en la vida práctica. Predicase el amor, pregonase a los cuatro vientos la necesidad de que los hombres se emancipen y rediman por la mutualidad de los más bellos afectos, pero la existencia entera es hoy, como ayer, inmenso campo de odios y rencores inextinguibles.

El cristianismo que manda amar al prójimo con igual intensidad que cada uno se ama a sí mismo, tanto como el demócrata y el revolucionario que ordenan la fraternidad humana, mienten sentimientos a que no hacen plaza los bárbaros términos de la lucha por la vida en las sociedades sedicentes civilizadas y engañan con la expresión de un imposible categórico en el mundo social de los que combaten sin tregua por el egoísta exclusivismo individual. Moralista y filosófico, creyentes y ateos predicán la paz en medio del furioso estruendo de la guerra. Son admirables, pero sus predicaciones se asemejan a consejos de templanza y de cordura en una casa de dementes.

En el estado actual, los hombres o son indiferentes los unos para los otros o se odian entre sí, porque opuestos intereses, en lucha abierta, los hacen enemigos y borran todo rastro de humana hermandad. Se irá en vano contra la naturaleza de las cosas gritando fraternidad y amor al que explota y al que se deja gobernar; se predicará inútilmente la comunión estrecha en unos mismos afectos a aquellos que todo monopolizan juntamente con los desposeídos de todo, a los que sólo viven para producir lo necesario al goce de los menos y a los que únicamente gozan en medio de la tortura y del sacrificio de los demás. El amor sería de una parte como el lametón de la fiera que acaricia su presa; sería de la otra como el humillante rastrear del perro que acaricia la mano que le hiere.

No obstante todas las predicaciones fraternitarias, pese a la tendencia de las especie humana a confundirse en estrecho y cariñoso abrazo, la barrera infranqueable del odio se levanta entre los hombres, los pone unos enfrente de otros y los lanza a la lucha desesperada por el mendrugo que falta, por el placer no gozado, por el guiñapo que abriga o engalana el cuerpo. No hay

---

<sup>73</sup> *Del amor. Modo de acción y finalidad social*, por Ricardo Mella, fue el folleto número 2, editado por la Biblioteca Geopolítica de Buenos Aires, en 1900. El número 1 fue *Conferencias populares sobre sociología*, por A. Pellicer Paraire. El folleto de Mella se vendía en España, principalmente, en las sedes de las publicaciones siguientes: «Fraternidad», de Gijón; «La Protesta», de Valladolid; y «La Revista Blanca», de Madrid. En América, en «El Despertar», de Nueva York, y en «Nuevo Ideal», de La Habana.

cuartel en este furioso combate por la existencia, donde, si vence el más fuerte, jamás triunfara el mejor, donde hay laureles para la astucia, para la barbarie, para el crimen, para todo, menos para la bondad; donde únicamente estorba, para ganar la batalla, la hombría de bien. Los hechos de experiencia, brutalmente reales, no harían sino arrojar densas negruras sobre el cuadro.

Que edifiquen cuantas teorías quieran acerca de la selección y del dominio de los más fuertes aquellos que han puesto la ciencia al servicio de los bribones triunfantes: en realidad de verdad, el mundo social pertenece por derecho de baratería a los granujas enclenques, a los astutos de la inteligencia, a los imbéciles con puños de bárbaro y vistas al presidio. El hombre bueno, honrado, capaz de amar y de hacer amar, abnegado y generoso; el hombre en plena salud física y moral, apto para formar la sociedad de hermanos donde la vida individual se identifique estrechamente con la vida de la comunidad, es, en este mundo de odios exagerados por el bandidaje gubernamental y capitalista, la materia prima de la servidumbre, condenado a permanente miseria, siempre vencido en el rudo combate por los goces de la existencia.

Y no levantaremos nosotros ahora teorías frente a teorías, porque allí donde la estrechez dogmática y doctrinaria no haya penetrado, donde la observación desapasionada tenga libre el campo y por encima de los castillos de naipes de los sistematizadores filosóficos, políticos o religiosos se pongan el simple sentido común, un poco de esa razón general no sujeta a reglas, tan desagradablemente a los fatuos de la galiparla científica, brillara con luz clarísima, la certidumbre del imperio de los malvados y la derrota bárbara y sangrienta de los hombres de bien, los verdaderamente fuertes por su físico y por su moral.

La evidencia de la derrota demuestra, al propio tiempo, que la falsedad de ciertas generalizaciones científicas actuales de las predicaciones fraternitarias, y patentiza que no basta no bastará jamás que se decrete el amor desde arriba o se le imponga desde abajo, que se establezca ni como precepto ni como filosofía. No hará el amor la felicidad humana, porque los hombres no pueden amarse. Y así como sería infecundo todo mandato de bienestar común donde algunos tienen lo superfluo y los demás carecen de lo necesario, quedará constantemente incumplido el precepto «ámense los unos a los otros» mientras la común solidaridad, mientras el bienestar de todos no sean establecidos sobre la tierra.

No obstante la realidad abrumadora de los hechos, afirmase una y otra vez la posibilidad de la emancipación por el amor. Reaccionarios o revolucionarios, surgen en todos los partidos apóstoles del amor. La fraternidad es para muchos el medio único de alcanzar la transformación social. Para no pocos el amor es la sola y verdadera finalidad humana. Todos padecen un poco la influencia del espiritualismo cristiano, reavivado en estos últimos tiempos como postrera esperanza de paz entre los hombres.

El amor como medio de acción social es absurdo e imposible. Si quien sienta anhelos de emancipación pretendiera por el amor alcanzar la realidad de sus sueños, se vería muy pronto constreñido a la renuncia de toda actividad reformadora. Cualquier deseo de mejoramiento se estrellaría en la oposición de los intereses que no se someten, que no se han sometido nunca y no se someterán jamás a los mandatos de cualquier clase de efectos. El interés no tiene más regla que el cálculo, no tienen más ley que la inflexible ley de los números. Es extraño a todo género de pasiones, y cuando el provecho particular de un particular interés surge en la contienda humana, el amor se reduce a cero. Si alguien intentara sofocar por el amor la gritería de los egoísmos en lucha, sería prontamente arrollado.

El mundo social vive, se desenvuelve y progresa o retrocede en el materialismo económico. ¿A qué quedaría reducida la acción de los hombres sobre el mejoramiento de la existencia, si el amor se interpusiera en la lucha entablada? ¿Se pretendería acaso ahogar en el amor la acometividad de los combatientes sin destruir la causa principal de la guerra? En fuerza de



amar, la servidumbre persistiría eternamente y la humanidad sería una continua caída. Tal vez piense que por el amor, también la riqueza y el poder renunciarían sus prerrogativas. Diez y nueve siglos de predicaciones fraternitarias y comunistas, diez y nueve siglos de propaganda cristiana, no han producido más que la exaltación de las mayores concupiscencias, la exaltación del afán de riquezas y de poderío, la constitución, en fin, de un poder más, rico y fuerte, el poder religioso. Las comunidades cristianas, en abierta oposición con su doctrina, no se fundan en el amor, descansan en el interés; interés de proselitismo, interés de conquista, de poder civil y moral. En contradicción con sus propios principios de renuncia y de sacrificio, practican el egoísmo, y entre sí debaten más por la conquista de los cuerpos y de los bienes que por la de las almas. ¿No se las ve todos los días disputándose la hegemonía de la iglesia y el dominio exclusivo de la grey católica? La misma iglesia ¿No es una jerarquía incompatible con el amor? ¿No hay en su seno verdaderas castas, proletarios y grandes dignidades, pobreza abajo y ostentación y boato arriba? El catolicismo es un verdadero poder político que ambiciona el dominio total del mundo.

Las sectas cristianas, nacidas de la protesta, son a su vez agrupaciones profundamente egoístas que trabajan para sí, se organizan separadamente y tienen a constituir poderes de exclusión. Luchan, como las comunidades católicas por su sola existencia y su propio y particular dominio. La teoría queda anulada como práctica y como principio. Son precisamente los cristianos los que muestran la imposibilidad del amor, son los que con su conducta pregonan el fracaso total del «ámense los unos a los otros».

Y ¿qué diremos de los efectos de la predicación cristiana, parafraseada por la filosofía de la revolución<sup>74</sup>, sobre el mundo profano? Los Evangelios y la enciclopedia no hicieron por el amor humano tanto como lograron despertar el espíritu bárbaramente sectario que se alimenta de sangrientas represalias. El más manso de los cristianos resucitaría de buena gana los tormentos de la inquisición. El más moderado de los revolucionarios levantaría con agrado de nuevo la guillotina. Por bien de la Humanidad, por amor al prójimo tienen la cabeza llena de ideas crueles, el corazón repleto de bárbaros deseos. Ciegos en su fanatismo, no comprenden la impotencia de todas las filosofías para salvar el abismo de las grandes desigualdades que engendran el odio, el rencor, y hacen de cada hombre un malvado; no comprenden que en tanto no sea destruido todo lo que divide, todo lo que provoca el estado de guerra, el amor, el amor será extranjero sobre la Tierra.

La acción social del amor no es, por tanto, solamente imposible: es también absurda. La experiencia lo ha demostrado a los doctrinarios del tiempo viejo. A los idealistas del tiempo nuevo habrá que recordarles que el amor, expresión del sacrificio voluntario, de la conformidad y del dolor, no puede hermanarse con el deseo del mejoramiento y de bienestar para la Humanidad entera.

Es evidente que el mundo marcha impelido por la acción contraria de sus componentes; que todo mejoramiento no es sino el resultado de la lucha de intereses opuestos, ya que esta oposición existe y sólo cede a las exigencias y a la acción resuelta de los que luchan por el bienestar y por la justicia. Toda reacción social es producto del choque de los antagonismos subsistentes. Si subsistiendo estos antagonismos el amor interviniera, no lograría otra cosa que la paralización de las acciones y reacciones en virtud de las que el mundo se desenvuelve. El amor no es, pues, del reinado del privilegio y de la desigualdad.

Sería necesaria una suprema reacción que extinguiere los bárbaros antagonismos del interés para que el precepto «ámense los unos a los otros» se trocara en hecho.

---

<sup>74</sup> Mella se refiere a la Revolución Francesa.

En la realidad ambiente no caben términos medios; no hay forma de acomodar las verdaderas necesidades del espíritu humano a la brutalidad de los egoísmos en lucha. Nulo es el amor como elemento de acción social, porque la fuerza no se rinde jamás a los halagos del sentimiento; nulo porque el poder y la riqueza ciegan todas las fuentes de la afectividad humana. Pidan al Estado que considere amoroso sus cuitas, y tal vez les dispense una obra de caridad, nunca un acto de justicia. Pidan al capitalismo triunfante una migaja de reciprocidad para sus anhelos fraternarios, y les responderá con la dura ley de su tanto por ciento o les atará más fuertemente a la servidumbre, ofreciéndoles el mendrugo de la participación que en último término le asegura el concurso de su fuerza alquilable y la explotación tranquila de su actividad. Vayan a la fuerza armada con delicadezas de humanidad y sonatas al amor universal y hagan que el plomo de las balas se trunque en fino y suave algodón. Buscarán al hermano y darán de bruces con el asesino. Si no ceden, si no los someten buenamente, la fuerza los obligara, y entonces aprenderán a amar como el perro ama a su dueño, con fidelidad de esclavo, con servilismo de paria. Rebelarse, apelar a la acción resuelta contra un estado social que hace, de los hermanos, feroces enemigos, de los hombres, bestias, es incompatible con las tardías predicaciones del precepto cristiano.

El Estado es órgano necesario de antagonismos irreducibles; existe para mantenerlos y hacer respetar a las multitudes el derecho de una minoría privilegiada a gozar de los dones de la naturaleza y de las ventajas especiales que artificialmente crea una organización adecuada a los fines de su particular interés. El Estado no se rendirá, por tanto, al amor porque no se rendirá a la justicia, condición indispensable de la fraternidad. Si se rinde a la caridad, exige como escuela la obediencia pública, la resignación; y obra más en beneficio propio que por el bien ajeno, aparentando dispensa de favores cuando aleja un peligro inminente o desvanece otro remoto. Las instituciones de beneficencia son, para el común de las gentes, resultado de inpiadoso sentimiento humano; para el Estado no son sino un cálculo, porque carece de facultades afectivas y es la más ruda expresión del interés; porque es una máquina trituradora con engranajes de acero y alma de granito; porque el Estado es el mal.

Estado y Capital son como una sola personalidad de la que el Estado fuera el esquema, y el capital la carne y los huesos del esquema. El estado es la forma artificial y artificiosa, el andamiaje del capitalismo, cuyo brazo ejecutor es la fuerza organizada. El capital da o pega al que pide y al que exige, según su interés del momento. Vence los obstáculos o por la limosna o por la violencia, jamás por el derecho. Si previene a tiempo las dificultades, goza apacible los beneficios de su obra meritísima a la vista de los papanatas que le rinden parias porque bondadoso se digna alquilar sus brazos. Si las dificultades le sorprenden, corta el nudo con su espada y allana prontamente su camino aplastando a la víbora.

Y ¿se pretende que Estado y Capital se amansen por el amor, que rindan un día sus armas, sus intereses, sus privilegios a los pies de la multitud hambrienta y desnuda, por la simple persuasión fraternaria?

Esperen, mas bien echados que sentados, proletarios del mundo; esperad, todos los desposeídos, los miserables, esperen, los que luchan por emanciparse, ansiosos de bienestar, de goces, de instrucción y de amor. No les predicaremos, no, el odio; que harto lo provoca la bárbara división social impuesta por la codicia de unos y soportada por la cobardía de otros; no les predicamos ideas de rencor, que bastantes rencores llevamos almacenados en el fondo de nuestro organismo, diluidos en la sangre que corre por nuestras venas merced a siglos y siglos de crueles martirios, de inhumanas torturas. A ser posible extinguiríamos en todos los hombres hasta el último residuo de esa herencia bestial, de esa herencia de crímenes interminables. Redímanse, sí, por el amor de ustedes mismos y por el amor de los otros; emancípanse cuando pueden de la herencia maldita; háganse buenos, nobles, generosos y justos por ustedes mismos, por su propio respeto y por la humanidad que viene. Limpíen la basura hereditaria; despójense, por las más puras prácticas de la afectividad y más altas de la inteligencia, de los

últimos residuos de la animalidad primitiva; pero cuando quieran amar, amar a todos los humanos con amor inextinguible, se levantará ante ustedes una valla insuperable, la valla de la desigualdad que les hace esclavos, de la miseria que les embrutece, de la ignorancia que los atrofia. Y entonces se les aparecerán los espectros del mal con sus burlas y los sarcasmos provocadores; se les aparecerá el gobernante que dispone de vidas y haciendas, el capitalista que estruja sin piedad sus huesos, el cura que emponzoña nuestro cerebro, el juez que decreta a sangre fría, su suplicio o su muerte, el polizone o el soldado que amenaza con su espada o su fusil, el comerciante que les roba y el curial que los enreda para mejor entrar a saco en el peculio ajeno; y todos juntos, como jauría de lobos, se lanzaran sobre ustedes y a furiosos dentellones les arrancarán la última ilusión, la postrera esperanza de emanciparse por el amor. Y entonces también caerán en la cuenta de que es fatalmente necesario, para emancipar al mundo, la acción perseverante y continua de todas sus facultades, de todos sus sentidos, de todas sus fuerzas, dirigida a vencer a sojuzgar la maldad social, destruyendo definitivamente cualquier forma de explotación, de esclavitud, de subordinación y de desigualdad subsistente; caerán en la cuenta de que al final de esta acción perseverante, tenaz y porfiada, habrán de apelar a la fuerza porque la fuerza sometidos los tiene y porque frente a tu constante acción emancipadora se alzarán arrogante la acción poderosísima de los derechos adquiridos, de los privilegios tradicionales, de las monstruosas desigualdades que hacen imposible actualmente todo acuerdo y toda hermandad entre los hombres. Por doloroso que les sea, por mucho que les repugne la violencia, por terribles que les parezcan sus consecuencias, comprenderán y aceptarán la fatal necesidad de una revolución profundísima que cambie radicalmente los fundamentos anacrónicos del mundo social, revolución que por el establecimiento inmediato de una nueva y libre comunidad, permita el desenvolvimiento armónico de los individuos y de los pueblos.

Si así lo entendieran levántense prontamente y pongan manos a la obra, que el tiempo apremia; júntense en falange poderosa los oprimidos, y por el amor de los demás no se duerman en la contemplación del ideal de justicia, que la acción es el verbo de la revolución social que se avecina.

## CAPITULO II

El pujante avance del socialismo revolucionario, su poderosa acción dirigida contra el estado social presente, ha determinado entre literatos y filósofos una tendencia de reacción hacia las doctrinas del amor cristiano. Algunos, pretendiendo vivir en su tiempo, se han dicho resueltamente socialistas, no sin aportar al socialismo el bagaje de las ideas tradicionalmente burguesas. De ese ayuntamiento extraño ha resultado el eclecticismo imperante que atiborra el cerebro popular de misturas ideológicas y obscurece el horizonte de las aspiraciones revolucionarias.

De todos lados han partido voces de humanidad, de paz y de amor. Se ha proclamado el derecho de los pobres a la vida y a los goces de la vida; se ha reconocido su beligerancia política, ensalzándolos y enalteciéndolos. El arte se ha dignado recordare que hay grandeza en la pobreza. Se poetiza mucho, se discurre poco. Por eso resultan prácticamente nulos los esfuerzos del neomisticismo sociológico; porque se trata de una simple corriente de simpatía, no de una actividad racionalmente dirigida. La eficacia del remedio corresponde a la naturaleza de la sensación del mal. Es necesario que la redención se fíe a la magnanimidad de los poderosos, a la beneficencia organizada y a la instrucción y bondad del pueblo. Es, en fin, preciso esperar a que el amor obre el milagro. Volvemos otra vez y siempre al cristianismo, a la resignación, a la conformidad y al amor.

Todos los sabios de la cátedra, todos los literatos y filósofos que han enarbolado la bandera que el abate Froment<sup>75</sup> plegó con el derrumbamiento de sus infantiles ilusiones de creyente olvidan o quieren olvidar la inutilidad de sus predicaciones para cambiar la naturaleza de las cosas; olvidan o quieren olvidar que hablan a intereses antagónicos, que no se llenan los estómagos vacíos ni se desvanecen los vapores de la hartura con peroratas fraternitarias, que no se modifica al hombre de un cambio necesario. Los sabios de la cátedra, los filósofos y los literatos se han planteado el problema prescindiendo de los datos en función de los cuales únicamente la incógnita puede ser despejada. Han prescindido y prescinden de la propiedad individual, origen de la miseria; del poder organizado, causa de la esclavitud política; de la enseñanza oficial, coeficiente obligado de la ignorancia popular.

La paz, en tales condiciones, sólo es posible mediante la resignación de los de abajo. La caridad de los de arriba no dará más que apariencias de sosiego, paliará el mal, pero carece de eficacia para destruir la desigualdad social.

Se plantea la cuestión, una vez reconocida la existencia del problema, con el propósito de hallar los medios de que todos los hombres entren en el pleno goce de la existencia, de que todos disfruten de bienestar y de libertad; y la cátedra, la filosofía, la literatura responden al estruendo del aldabonazo del pueblo reconociendo la justicia de la reivindicación y la necesidad de satisfacer perentoriamente las demandas de los miserables. Más ¿qué hacen? ¿Proponen el allanamiento de todos los obstáculos? ¿Obran, en consecuencia, trabajando por la destrucción de las causas del mal? ¿Analizan estas causas y establecen la injusticia de la propiedad, del salariado, de la legislación y del gobierno?

Los más resueltos se conforman con puras abstracciones. La igualdad paréceles admirable; la libertad, hermosa; la justicia, el supremo ideal humano. Y a renglón seguido se esfuerzan en meter en el odre viejo de la organización social presente sus ideales del mañana, sin percatarse de que el contenido real de la igualdad, de la libertad y de la justicia es incompatible con ese orden de jerarquías, privilegios y coacciones imperante.

Claman en desierto si piden al Estado leyes protectoras, igualdad en la distribución, justicia en las relaciones sociales. Claman en desierto si a los ricos exigen bondad y caridad, resignación y mansedumbre a los pobres. Claman en desierto si pregonan la necesidad de resolver el conflicto por medio de la amistad entre todos los hombres. Lo repetimos: el concurso del que manda y del que obedece, del capitalista y del jornalero para la obra de la paz es simplemente absurdo. No puede haber entre ellos ecuación de equidad.

El proletariado sabe bien que no puede amar en la sumisión; que no pueden rendirse al cariño, a la fraternidad con que le explota; que no puede considerar como a hermano al que le acuchilla. Sabe que todas las leyes, aun cuando lleven la etiqueta socialista, dejarán en pie la propiedad privada y el gobierno.

«Escribirán en sus códigos cuantas veces quieran la igualdad, la libertad y la justicia; pero como no suprimirán ni al propietario, ni al legislador, ni al magistrado, -dice el jornalero-, continuaré sometido al que manda, al que explota y al que juzga, seré siempre inferior a ellos, condenado antes y después, a la resignación que me esclaviza y a la miseria que me aniquila. No, no podré amar al déspota, y les regalo todas sus lindezas retóricas. Quiero la igualdad positiva de condiciones, la libertad completa de acción, la justicia que me permita y permita a todos la satisfacción de las necesidades reales de la existencia, necesidades de arte. Estoy harto de sus metafísicas, de sus sutilezas teóricas, de sus acomodamientos estériles. Pueden romper sus códigos y sus decretos, que, aún cuando ellos contuvieran el mandato terminante de la libertad, de la igualdad y de la justicia, serían prácticamente tan ineficaces como lo ha sido hasta el día

---

<sup>75</sup> Probablemente Mella se refiere a Nicolas Froment (¿1435?-1484), pintor religioso francés.

el precepto cristiano del amor. Son los hechos y las cosas los que hay que atacar resueltamente, no sólo su representación».

La lógica popular parecerá brutal a la sabiduría de cátedra, pero es hartamente más científica y positiva que sus sofísticos escarceos a beneficio de lo existente porque a *priori* lo supone inmutable y eterno.

Se trata, en efecto, puesto que el mal existe, de indagar sus causas y de establecer para todos los humanos un régimen de bienestar y de independencia. Es elemental que aquellas causas no residen en éstas o las otras leyes, porque con todos los códigos del mundo el mal persiste. La ley misma no es más que uno de tantos productos del radical antagonismo de origen en que la organización de los pueblos descansa. La vida política es a la existencia real de las sociedades como una superficie a capricho modelada que no afecta a la naturaleza interior, que no revela, sino más bien oculta, la entraña misma del cuerpo, del sólido modelable. Es en ella todo aparato, exteriorizar, espejismo. Los graves problemas, los profundos males que a la sociedad agitan, pertenecen a la vida real, efectiva, íntima; pertenecen a la vida del trabajo, de la ciencia y del arte. Los dramas y tragedias de la pasión, de la miseria y de la riqueza, las luchas de la inteligencia, todo es ajeno a la política, que a todo lo ignora en su idiotez incorregible. Quién juzgara por el aparato de la cosa pública la existencia de un pueblo, cometería gravísimo yerro.

En la realidad económica es donde hay que buscar las causas del mal. Y en la realidad económica la propiedad privada, su sistema de explotación, se ofrece a todo espíritu medianamente culto, medianamente recto, como causa primera de la desigualdad y de la injusticia. No entraremos en discusiones superfluas. Hombres de todas las ideas, desde los teólogos hasta los más ardientes revolucionarios, han condenado esa gran inequidad que labra el bienestar de unos cuantos con la miseria del resto de la especie, que ha creado con su completo desenvolvimiento el proletariado, forma atenuada de la esclavitud y de la servidumbre.

No es la propiedad como pretenden sus defensores, el resultado final de la evolución histórica. No es el término necesario de un desenvolvimiento fatal. No es la plenitud del derecho individual, puesto que no es susceptible ni capaz de generalización. Es un producto circunstancial de todos los tiempos, puesto que en todas las épocas han existido con caracteres más o menos exclusivistas. ¿Cómo nace? ¿Cómo se desenvuelve? Por la conquista, por el derecho del más fuerte. Un vistazo a los autores que del asunto se han ocupado llevará el convencimiento al ánimo de los más reacios. Y este paréntesis, en que pondremos a contribución a los Letourneau<sup>76</sup>, aún cuando pertenezca a la *élite* de la cátedra y del saber.

Volveremos prontamente a nuestro tema.

No obstante ser la comunidad la forma de la propiedad generalmente adoptada por los hombres primitivos, buen número de hechos prueban, sin réplica, que la propiedad individual no es en modo alguno el signo o sello de una civilización avanzada. Tales son las palabras de uno de esos autores que no advierten la contradicción en que incurren al asignar a la propiedad individual carácter evolutivo o más bien en presentarla como término de la evolución humana.

Citemos hechos. En la Oceanía diversas razas muestran gran afición a la propiedad individual. En Australia y Nueva Caledonia esta muy generalizada. En general, las razas melanésicas son

---

<sup>76</sup> Probablemente aquí y posteriormente cuando Mella menciona este apellido, comete un lapsus (o bien se trata de una errata de imprenta nunca corregida), por Letourneau, autor del libro *Las pasiones humanas*, editado por F. Granada y Cía., de Barcelona, en la primera década del siglo XX, en la colección «Biblioteca Contemporánea». Y el libro *Ciencia y Materialismo*, editado por Feliu y Susanna, de Barcelona, también en la primera década del siglo XX, en la colección «Biblioteca Roja».

precozmente individualistas. Del mismo modo existe en algunas zonas del África la propiedad individual aún cuando teórica y aparentemente prevalezca la forma comunista. En la parte ecuatorial de este continente, la facultad de cultivar el suelo parece abandonada al capricho de cada uno. Según las ideas musulmanas, el suelo pertenece al soberano; pero prácticamente se quebranta sin escrúpulo la teoría. En Egipto una porción del suelo queda a la libre disposición de los propietarios, y otra es sólo poseída en usufructo por los agricultores, quienes no tienen el derecho de transmitir sus bienes sin autorización del soberano. En la Argelia musulmana existe la propiedad del Estado; la de las corporaciones religiosas, la de las comunidades o tribus y la de los particulares, reservándose la tribu el derecho eminente.

También en la Polinesia hay tres modos de poseer: la comunidad de la tribu, la comunidad familiar y la propiedad individual. Esta última ha alcanzado gran desarrollo en diversas regiones. Existe la organización feudal de la propiedad, basada en la conquista, en las islas Sándwich o Hawai en Taití. En esta última impera el derecho de testar muy semejante a la forma romana, pero coincidiendo con un estado social bien retrasado.

Entre los mongoles nómadas y pastores, los rebaños son poseídos por grandes propietarios, aún cuando todos los individuos del grupo están interesados en la explotación por el reconocimiento del derecho a un mínimo fijado por la naturaleza fijado por la naturaleza de sus necesidades. En éste un buen ejemplo de la *moderna* participación en los beneficios que como panacea ofrecen algunos burgueses civilizados.

La transformación hereditaria, en forma distinta a la Romana, existe también entre los tártaros. Invierten el derecho de primogenitura. Cuando el primogénito llega a la mayor edad abandona la choza familiar con los ganados que el padre tiene a bien concederle. Después los bienes patrimoniales pasan al más joven. Esta costumbre se encuentra también en algunos distritos de la India y ha existido en Inglaterra.

La América anterior a la conquista ha dado asimismo su tributo a la propiedad individual. La organización del imperio azteca descansa sobre el sistema feudal. El dominio eminente pertenecía al emperador, y éste concedía feudos a sus protegidos a cambio de concurso de sus buques armados y de su dinero. Esta organización era bien diferente de la del Perú.

La antigua China estaba dividida en comunidades que se administraban por sí mismas, pero poco a poco los pastores se alzaron con los rebaños, usurparon los jefes las heredades y los soberanos concedieron feudos; y, como en muchas otras partes, surgió la propiedad individual por el robo y la expoliación. La propiedad se individualizó en China a causa de una serie de violencias y usurpaciones a las que no es ajeno el emperador con sus confiscaciones por falta de pago de los impuestos y por los llamados crímenes de Estado.

El origen de la propiedad individual es en el Japón excesivamente brutal, pues descansa por completo en el derecho de conquista. El feudalismo fue establecido en el Japón de una manera asaz violenta por los primeros habitantes mongólicos.

Si venimos a tiempos más próximos y pueblos mejor conocidos, Grecia y Roma nos ofrecen con el ejemplo más palmario de la muerte de las instituciones igualitarias por la depravación de las costumbres y la fiebre de las riquezas que engendra la propiedad individual. *Latifundia perdidere Italian*<sup>77</sup>. La gran propiedad devora a la pequeña hasta el punto de que en ciertas provincias el *ager publicus*<sup>78</sup> es acaparado por algunas familias. La mitad del África Romana

---

<sup>77</sup> *Latifundio perdidere Italian*, locución latina: puede traducirse como «el latifundio causó la ruina de los italianos».

<sup>78</sup> *Ager publicus*, locución latina: tierras anexadas por los romanos y que formaron parte del dominio nacional de Roma. Las tierras de las regiones conquistadas por las legiones romanas, etc.

pertenecía a seis propietarios a quines hizo dar muerte Nerón<sup>79</sup>. Inútil decir que el resto de Europa siguió del egoísmo. El régimen feudal sustituye en la mayor parte del continente a los clanes primitivos, bárbaros, según la nomenclatura corriente, pero más o menos demócratas e igualitarios.

La gran empresa del acaparamiento de los bienes comunes es coronada por el imperio preponderante del derecho romano y por la revolución francesa, punto de partida del actual régimen capitalista-industrial. Y de ahí toda la pretendida evolución del individualismo reducida a una porción pequeña de la Humanidad. Para nuestros clásicos, toda la especie se resume en la raza que puebla Europa y buena parte de América. Toda la historia es nuestra historia, toda la ciencia, nuestra ciencia y todas nuestras prácticas, brutalmente egoístas, son la resultante sabia, sin discusión, de un largo y penoso desenvolvimiento de la humanidad entera.

La gran diversidad de prácticas posesorias en todas las partes del mundo, la multitud de pueblos donde la propiedad individual ha surgido muchos siglos ha y en distintos tiempos por la guerra, por la conquista, por la violencia o por la astucia siempre, dejando, no obstante, grandes soluciones de continuidad, prueban evidentemente que la propiedad individual es, como hemos dicho, un producto circunstancial de todas las épocas y de todos los países. Cuantos hechos hemos citado serán letra muerta para los espíritus *unificadores* que reducen todos los fenómenos de la naturaleza y de la existencia a la uniforme invariabilidad de un solo motivo, de una sola causa. La necesidad intelectual de la abstracción unitaria se convierte para ellos en realidad viviente a cuyo ritmo sujetan *a priori* todas sus investigaciones, principios y fórmulas.

Pero a los hombres despreocupados del dogma, a los cerebros abiertos a la verdad, habrá demostrado la breve excursión hecha por los dominios de la sociología, que la propiedad individual no es ni la característica de un estado de civilización muy avanzado ni el término de una evolución que comienza con la vida nómada de la humanidad.

La propiedad individual se encuentra con caracteres análogos en las sociedades primitivas y en las modernas. La civilización no ha hecho más que codificar la barbarie. Las clases de hoy son las castas de antes. Existe la clase sacerdotal, la clase militar, la clase agrícola, la clase industrial, la burguesía, que ha heredado a la aristocracia; existe, en fin, la clase proletaria, el jornalero a quien se compra de una manera indirecta y sobre cuyo trabajo se vive como antes se vivía del trabajo del esclavo o del siervo. Al feudalismo de los antiguos señores ha sustituido el feudalismo de los grandes fabricantes y banqueros. La civilización ha dado leyes para todo esto, lo ha metido dentro de la monarquía y dentro de la república, y no nos causará gran sorpresa que lo meta también dentro del socialismo. Pero en el fondo de esta codificación subsisten las bárbaras leyes del egoísmo individual, brutalmente expresado por los pueblos incultos; subsiste el principio de la violencia, la consagración de éxito a cualquier precio.

La evolución, señores de la cátedra, es producto abstracto del desenvolvimiento cerebral. Es la razón que se aclara, que se emancipa, que progresa, que formula el porvenir. Los hechos no contienen la evolución, pero el pensamiento la deriva de ellos por necesidad de explicarse la existencia del mal y afirmar la concepción de un mundo mejor desprovisto de los prejuicios, rutinas, injusticias y brutalidades presentes e históricas. Glosando a Colajanni<sup>80</sup> sobre las razas, diremos que la evolución es una concepción del espíritu y no una realidad tangible en las condiciones presentes y en todas las que son conocidas hasta los tiempos prehistóricos.

El único suceso que parece justificar el postulado evolucionista es la aparición constante del feudalismo como nuncio obligado de la propiedad individual. Pero como el sistema feudal no es parte integral de un desenvolvimiento o natural, sino un verdadero *forzamiento* de los hechos en

---

<sup>79</sup> Claudius, Drusus, Germanicus César Nerón (37-68), el último emperador romano.

<sup>80</sup> Calajanni: no disponemos de datos sobre esta persona.

la historia de la humanidad, como es la violencia que rompe arbitrariamente aquí y allá, en un tiempo o en otro, la normalidad de la vida económica y de la vida social para desaparecer más tarde por las represalias de la propia violencia, este modo de la propiedad no explica ni justifica que la propiedad individual sea el término de una evolución uniforme normalmente desenvuelta. En todo caso el feudalismo será la más brutal etapa de la violencia, como la propiedad individual, es en resumen, la más amplia generalización del egoísmo.

Que es el feudalismo y la propiedad son momentos históricos de la organización de los pueblos ¿Quién lo duda? Lo que rechazamos es la absurda reducción a la unidad, el prejuicio de un solo carril sobre el que la humanidad rueda invariablemente como autómata arrastrada por todas las brutalidades de la animalidad.

Es menester repetirlo. Se práctica indistintamente la comunidad y la propiedad privada, el despotismo y la democracia, la vida nómada y la organizada, la libertad y la servidumbre. Existen pueblos salvajes que puedan dar lecciones de solidaridad y de amor a nuestra petulante civilización. No obstante la multitud de pueblos que viven en pleno individualismo, de hecho la comunidad es el sistema preferente en la mayor parte del mundo. La América indígena era y es en gran parte comunista. En el Perú, gracias a la aplicación de ciertos sistemas de socialismo moderno y aunque a cambio del sacrificio de la independencia individual, no se conoció jamás la miseria.

El ejemplo más notable de la práctica comunista hermanada con la independencia personal más completa nos la ofrece Groenlandia. En ninguna parte el dominio de la comunidad ha sido ni es superado. Las reglas por las que rigen los esquimales son bien instructivas, y vale la pena de conocerlas. Su régimen de comunidad comprende los productos de la caza y los bienes muebles, que en casi todas partes son propiedad indiscutible del individuo. Forman entre sí los esquimales pequeños asociaciones que cuidan de fijar bien los límites del distrito que se proponer explotar. Las ballenas, las morsas, los osos, etc., de cualquier manera que sean cogidos, son propiedad común, pues consideran que, en general, el individuo aislado es incapaz de darles caza.

Dos hechos que fijan bien la naturaleza de las costumbres de estas pequeñas asociaciones libres son los siguientes: en caso de pérdida o desgaste de una herramienta tomada a préstamo, el prestario no debe ninguna indemnización al prestamista, pues nunca se presta más que lo superfluo; un esquimal no tiene derecho a disponer más que de dos *Kayaks*<sup>81</sup>, pues si se tienen tres debe ceder el sobrante a un compañero de la comunidad, porque considera lo que utiliza el poseedor no es propiedad particular de nadie.

Su respeto a la libertad individual es tan sincero que reconoce el derecho en todos de separarse de la comunidad y vivir, cazar y pescar a su gusto y a su arraigo. La coacción no entra para nada en la forma de organizarse las sociedades groenlandesas.

Letorneau se admira de hallar en una raza tan poco desenvuelta en muchos aspectos un sistema de asociación tan equitativo, un tan vivo sentimiento de la solidaridad humana unido al más grande respeto a la independencia personal, y agrega que la mayor parte de los europeos, tan afanosos de sus artes, de sus ciencias, de su civilización son, desde el punto de vista de sus aptitudes sociales, seguramente muy inferiores a los esquimales.

Si recorremos continentes e islas, en todas hallaremos al lado del individualismo la comunidad. En la Nueva Zelandia existen pequeñas sociedades que viven en pleno comunismo, sin excluir

---

<sup>81</sup> Cayaks: canoas de los esquimales. En la primera edición de este ensayo y en sus dos reediciones por nosotros conocidas, por errata de imprenta nunca corregida, este nombre común aparece como «cayks».



la promiscuidad. En la islas Paques<sup>82</sup> y en Ulietea hay grandes viviendas comunes, de centenares de personas, semejantes a las colmenas de las abejas, que recuerdan las curiosas construcciones piramidales de los mejicanos anteriores al imperio azteca, cuyo elogio se ha hecho en todas las lenguas por su hospitalidad, su moderación y su práctica estricta de la monogamia no obstante su sistema comunista. En las islas Palaos, el individuo no posee más que su vivienda, sus muebles y su canoa. En las islas Carolina, cada distrito posee una gran casa pública, donde se reúnen los miembros de la comunidad, donde conservan las piraguas, las herramientas, todos los utensilios de la asociación. En Java reina por completo la comunidad en forma muy semejante al *mir*<sup>83</sup> ruso.

El comunismo ha estado y está todavía en vigor en multitud de tribus aborígenes de la India. La dominación inglesa nada ha cambiado.<sup>84</sup> Los indígenas no pueden concebir que se vendan las tierras, y carecen en absoluto de la idea de testar. En Pendjab; la villa es una asociación de hombres libres.

Entre la raza semita es muy antigua la práctica comunista que en algunas islas de la costa de la Arabia feliz adopta por principio «á cada uno según sus obras».

En Europa, antes de la conquista romana, el comunismo existía en mayor o menos grado. Los dálmatas hacían cada ocho años una nueva repartición de tierra. Entre los germanos no se cultivaba dos años seguidos un mismo campo. En la Galia, los dominios comunales eran considerables, y hoy quedan de ellos muchos restos. España es también un buen ejemplo de la tradición comunal.

Y la prueba más determinante de que el comunismo perdura en Europa a pesar de Roma y de la declaración de los Derechos del hombre, es que subsiste entre los vascos franceses la comunidad familiar; el *allmend o mark* (territorio común del clan) en Germania; que en varios cantones de Suiza son todavía numerosos los allmends y que en los países eslavos, principalmente en Rusia, el la comunidad de Villa de conserva en toda su integridad. El *mir* ruso es la forma típica adoptada por 30 o 35 millones de hombres. En las comunas eslavas el trabajo se efectúa en común y los productos se reparten entre los miembros de la comunidad. La comuna o municipio es autónomo.

Lavelaye<sup>85</sup> y Sumner Maine<sup>86</sup> han hallado en el fondo de las instituciones jurídicas europeas una organización de la propiedad completamente comunista, lo que supone esencialmente mutua simpatía, marcada disposición a la confianza y a la fraternidad, condiciones indispensables de todo comunismo análogo (Tarde)<sup>87</sup>.

Letorneau deduce de sus estudios acerca de la propiedad, que en todas las tribus pastoriles o agrícolas que viven o han vivido en estado de comunidad reinan «sentimientos altruistas, probidad instintiva y dulzura de costumbres».

Añadamos, con Tarde, que la comunidad de lugar dondequiera que aún exista excluye esa anomalía monstruosa del individualismo que se llama *el indigente*.

---

<sup>82</sup> Islas Paques. Mella emplea el nombre propio francés de esta isla, célebre en el mundo entero por sus estatuas. En español: isla Pascua. Está situada en el océano Pacífico y pertenece a Chile. Fue descubierta por el holandés Roygeveen en 1722.

<sup>83</sup> Mir: comunidad rural rusa.

<sup>84</sup> Debe leerse: «nada cambio», debido a que la India se descolonizó de Gran Bretaña en 1947.

<sup>85</sup> Emile Louis Victor de Laveleye (1822-1892), escritor economista francés.

<sup>86</sup> Henry James Sumner Maine (1822-1888), escritor inglés.

<sup>87</sup> Gabriel Tarde (1843-1904), sociólogo francés.

Y véase otra vez como en los comienzos de la existencia de la humanidad, como en los tiempos medios y nuestros días se practicó y practica simultáneamente la comunidad y la propiedad privada. Comunismo despótico como el del Perú; comunismo libre como el de la Groenlandia; formas mixtas de comunismo y apropiación individual, puesto que en muchos de los casos citados la casa y el jardín son propiedad individual en los países comunistas, y en cambio se reserva en los países individualistas al uso de la comunidad porciones determinadas de la Tierra, y en las naciones civilizadas paseos, jardines, bibliotecas, etc., a la comunidad pertenecen. La simple posesión que da derecho al uso temporal, la participación en los beneficios directa o indirectamente practicada; la propiedad romana con su rudo derecho al uso y abuso de las cosas; el feudalismo siempre violento; todo existe en la antigüedad y en el presente; todo existe con la barbarie y con la civilización, sin que la diversidad de razas permita cualquier género de clasificación ni consienta sistematizar el desenvolvimiento de los modos de poseer según una tendencia constante e invariable. Ni aún la esclavitud, la servidumbre y el proletariado, tres variantes de un mismo motivo, hacen posible determinar una regla cualquiera de evolución y progreso. Con el comunismo o con la propiedad individual existen o han existido aquéllas en una tan grande variedad de formas que su enunciación llenaría demasiadas páginas de este libro.

¿Dónde está, pues, esta rígida y metódica evolución de la propiedad? Más bien podría establecerse que la humana especie sigue multitud de direcciones, que oscila, retrocede o avanza según diferentes circunstancias de lugar y tiempo; que tiende distintamente a fines contradictorios, antagónicos; y que sólo una evidencia tenemos, a saber: la unidad, la comunidad del móvil, del mismo deseo impulsándonos en tan diversas direcciones. Este móvil, este deseo común, es el de bienestar, la comodidad, el goce de la existencia por la satisfacción de las necesidades y la libertad de las acciones. ¿Quién duda que al salvaje, lo mismo que al hombre civilizado, ahora y siempre mueve este deseo universal de bienestar y de libertad? Quizá se acertaría a dar a la evolución su verdadero sentido, se la contrajera al trabajo cerebral que elimina constantemente las direcciones de la actividad que no conducen eficazmente a la conquista de ese supremo ideal por el que la humanidad lucha sin tregua desde los comienzos de la vida.

Estamos lejos de poder encerrar en una gran síntesis histórica la multitud de hechos con que los hombres demuestran que todavía no han salido del período de los tanteos, probando al mismo tiempo que carecen de una buena orientación de la táctica, aún cuando se orienten bien en los propósitos.

Y no se nos arguya que la propiedad individual surge o se desprende siempre de la comunidad. El individualismo es el producto necesario y fatal de la autoridad. Donde está se constituye brota al momento el privilegio; la comunidad sucumbe. Es el jefe que usurpa a la tribu, que la explota y finalmente la sojuzga. Es el jefe que beneficia a sus favoritos robando a la comunidad. Es el jefe quien despoja a la asociación y constituye el feudo. Así nace el feudalismo, así nace la propiedad individual. La comunidad es tolerada de mala gana por el soberano que goza del derecho eminente, que tiende a la usurpación y se convierte al cabo en el gran propietario, del que se genera la raza maldita de los grandes terratenientes, de los aristócratas, de los sacerdotes, de los guerreros, de los jueces, de los industriales. La propiedad individual existe desde el primer día como hermana gemela de la autoridad. Su génesis es la violencia y el despojo, mientras que la comunidad aparece siempre como producto natural de las necesidades humanas, de la fraternidad de los hombres.

Se ha elaborado una teoría para el despojo y la violencia, y el fetichismo evolucionista desconoce lo único positivo que nos ofrece la historia: que fuera de la violencia, fuera del despojo, fuera del egoísmo individual, ha reinado la paz completa, amor, solidaridad entre los humanos.

Según Spencer, -y repetimos lo que hemos dicho en otra parte-, en las sociedades no desenvueltas donde ha reinado por espacios de siglos paz envidiable, nada parecido existe a los llamados gobiernos, no hay en ellas ninguna organización coercitiva, y son; no obstante, en ellas tan raras las desviaciones de la virtud, que bastan para contenerlas las manifestaciones de la opinión pública en las asambleas de ancianos reunidas de tiempo en tiempo.

Los bechuanas, y los araucanos sólo se guían por costumbres de larga fecha o por convenciones tácticas. Entre los dyaks, la costumbre se ha erigido sencillamente en ley. Los indios norteamericanos como los snakes, carecen de gobierno, y los cipewayas no lo tienen regular, a pesar de lo que respetan la propiedad individual de la caza cogida con redes particulares.

En la Melanesia algunas tribus viven sin gobierno, y sólo en tiempo de guerra se agrupan alrededor de un jefe, al cual, niegan toda autoridad pasado el peligro. En el África austral, cada clan no tiene en tiempo de paz otras leyes que un corto número de costumbres. Los nómadas de Khorassan viven sin gobierno y bajo un régimen de completa igualdad. Constituyese en pequeños grupos que siguen y respetan los consejos de los ancianos. «Somos, -dicen-, un pueblo sin jefes, un pueblo que para nada los quiere. Somos todos iguales y entre nosotros cada uno es su rey» ¡He ahí toda una filosofía sencillamente expuesta por bárbaros turcomanos!

Los pacíficos esquimales, a quienes no se pueden hacer que comprendan la que significa la guerra, no usan armas de ninguna clase ni se explican la necesidad de elegir jefes, por lo que forman frecuentemente, como ya hemos dicho, verdaderas comunidades libres. En las pequeñas repúblicas de Groenlandia todos los ciudadanos son iguales. El sentimiento de solidaridad social corre parejas con su gran dulzura de sentimientos.

Los árabes contemporáneos han hecho una aplicación muy notable y bien conocida del principio federativo. Comenzado por la asociación civil denominada Karouba, que puede dividirse en dos o tres grupos nuevos, se constituyen federativamente las comunas. Cada kabila es un estado independiente. En estas confederaciones, grandes o pequeñas, no existen jefes. Al igual de ciertas tribus melanésicas, aclaman un general en tiempo de guerra, cuyos poderes expiran tan pronto como la lucha termina. La ley kabila o *kanoun* respeta hasta el escrúpulo la independencia individual y autoriza, en consecuencia, todo lo que no lesione los derechos de otro. Según Letorneau, la organización política de las kabilas bajo su forma igualitaria, ingeniosa en sumo grado, es digna de la meditación de los sociólogos.

Y al lado de estos bellos ejemplos de solidaridad, del amor, de la bondad que la comunidad y la independencia política prodigan ¡qué terrible espectáculo del despotismo imperante en todos los confines del mundo! Cualquiera que sea su organización económica, tribus, pueblos y naciones viven envilecidos por la servidumbre, sometidos a pequeños o grandes monarcas, sojuzgando por los guerreros, embrutecidos por los sacerdotes. En África, en Asia, en Oceanía, en América, dondequiera que los hombres forman aglomeraciones incipientes o estados de permanencia social, la autoridad, con sus camarillas privilegiadas, mata todo sentimiento de igualdad, anula toda independencia, deprime y aniquila al individuo. El género humano es un inmenso rebaño bestializado, idiotizado por el narcótico del despotismo y de la miseria y dirigido por una verdadera partida de bandidos admirablemente organizada bajo la salvaguardia de la religión y de la fuerza.

Y aquí en Europa y en América civilizada ¿Qué prodigios ha realizado la supuesta evolución del individualismo? ¿No existe el déspota? ¿No existe el feudo? ¿No existe el esclavo? ¿No existe el militarismo brutal y sanguinario? ¿No existe el sacerdote que atrofia los cerebros? Menos brutal en apariencia, la civilización es el contenido puro y simple de la barbarie, de lo peor de la barbarie.

El egoísmo desarrollado hasta el exceso, tal es nuestro presente desdichado; el egoísmo que se erige en jefe y que roba, confisca y mata; el egoísmo que engendra a un mismo tiempo la autoridad y la propiedad privada. Del barbarismo guerrero brota todo esto, de la pacífica comunidad independiente, y en pleno barbarismo guerrero vivimos, barbarismo refinado por los enormes cañones, por la dinamita asoladora, por los trasatlánticos cargados de piltrafas humanas que esputan pus, por la electricidad haciendo oficios de verdugo.

La causa del mal universal es, pues, la propiedad en digno maridaje con todas las formas posibles de la autoridad constituida. Es la causa en el pasado, es la causa en el presente. ¡Dichosos los pueblos que perduran en la libertad y en la igualdad, porque de ellos, por bárbaros, por salvajes, por ignorantes que sean, es el reinado de la libertad y del amor aquí en la tierra!

Buscad renovaciones doctrinales, buscad soluciones de amor en medio del cruel barbarismo civilizado; buscad remedio en las leyes, en el espíritu religioso, en la atenuación sofística de la ley del más fuerte, que la avalancha del egoísmo ahogará vuestra voz y matará vuestras iniciativas. La ciencia pasa por los cerebros sin conmovellos, como la experiencia de perdurable siglos del despotismo y de la propiedad feudal y del egoísmo individual, nada enseña a la fatuidad dogmática amasada con todos los prejuicios tradicionales de la forzosa resignación del pobre y de la indiscutible superioridad del rico.

Entramos, no obstante, por la razón en el pleno dominio del porvenir. La ciencia y la experiencia nos guían. Ante el triste espectáculo de la humanidad que luchan siglos y siglos por un poco de sosiego y por un poco de amor, sin orientación fija, sin conciencia de solución cierta, el pensamiento rompe bruscamente las ligaduras de la tradición, despedaza el dogma, derriba el inútil andamiaje de la presciencia y proclama la necesidad perentoria de conquistar el bienestar por la comunidad de bienes y por la independencia personal. Es la plenitud del desenvolvimiento mental que triunfa de todos los obstáculos y de todos los prejuicios.

Cualquier acomodamiento, cualquier transacción es imposible. Todas las predicaciones que no encaminen a la novísima visión del porvenir caerán en el vacío, faltas de ambiente.

### CAPITULO III

Recapitulemos. Por donde quiera que se abra un libro de historia, de viajes, de exploraciones ideológicas, de sociología, etc., no se encuentran más que relatos de violencia y de despojos. En todas partes autoridad y propiedad son fuente abundante de injusticias, de miserias, de brutalidades sin nombre. El estudio de la evolución natural de la humanidad es imposible. Su desenvolvimiento queda materialmente ahogado por la repetición continua de estados de fuerza apenas los hombres se agrupan en sociedades más o menos estables. La violencia ha llevado a todos los rincones del mundo, juntamente con el avance de los conocimientos y de los medios materiales de mejorar la existencia, los mismos males, las mismas injusticias que se atribuyen exclusivamente a la barbarie. De hecho la Humanidad no obedece a la evolución, sino a la persistencia de la multitud de tendencias derivadas de causas semejantes con resultados análogos. El mejoramiento de las condiciones materiales de la vida no alcanzan sino a una minoría exigua de la especie, a aquellas que han forzado a fuerzan repetidamente la mano a los sucesos haciendo fluir toda la actividad y toda la vitalidad de los demás hombres en su beneficio particular. Para la mayoría, la esclavitud, la ignorancia y la miseria son hoy como ayer el estado normal de su existencia. Hemos dado muchas vueltas a la noria del mal.

Disgregada la actividad de los hombres en multitud de direcciones arbitrarias, se puede deducir aquí o acullá, en tal tiempo o en tal otro, una tendencia determinada más o menos constante, pero es verdaderamente temerario intentar la prueba de que la Humanidad se haya desenvuelto

o se desenvuelva conforme a una misma ley. Para hacer viable semejante ensayo es preciso suponer *a priori* hechos o juicios que en modo alguno corroboran la experiencia; es necesario suponer, como algunos positivistas, la existencia de *un hombre* primitivo, cruel, caprichoso, imprevisor, holgazán, misoneísta y, sobre todo, impulsivo, como si todos los hombres se pareciesen, según juiciosamente hace observar Tarde, y no hubiese existido y existiera hoy mismo entre las razas y pueblos primitivos hombres bondadosísimos, pacíficos, laboriosos, etc.<sup>88</sup>; es necesario construir artificiosamente un desarrollo uniforme y general que va de la comunidad al feudalismo medieval y de este al industrial moderno, del absolutismo político, despóticamente bárbaro, a la democracia y al federalismo de nuestros días, es necesario forjar la teoría de la regresión para explicar la criminalidad como casa de atavismo (abuelismo, literalmente), buscando con afán semejanzas morales entre los delincuentes, los salvajes, los niños y el proletariado de las sedicentes naciones civilizadas, que en todas partes es lo contrario del supuesto hombre primitivo, laborioso, modesto, económico, tenaz es sus sentimientos y esencialmente pacífico, gracias a cuyas condiciones la barbarie gubernamentalmente y capitalista perdura a pesar de todo; es, en fin, indispensable edificar sobre arena el complicado armatoste de la filosofía eminentemente egoísta al servicio de los intereses creados y la maldad organizada.

Confesemos haber incurrido en el lamentable error de extensión que atribuye a la humanidad entera lo que es producto de un estado mental momentáneo. La evolución no es -lo reiteramos en vista de los hechos de experiencia actual e histórica- más que una operación intelectual necesaria, la mecánica, si así podemos expresarnos, del desenvolvimiento natural de las cosas previsto por la razón, desenvolvimiento del que el pasado y el presente no contienen sino ligeras y no coordinadas indicaciones y al cual el provenir pertenece por entero.

La prueba terminante de esta conclusión nuestra es que, no obstante la persistencia de las instituciones autoritarias y del sistema individualista de poseer que ciertos evolucionistas presenten como coronamiento de tosa la labor humana, muchos sociólogos y filósofos, hombres de estudio y de verdadera ciencia preconizan la solidaridad entre los hombres, cuya traducción obligada es la comunidad, y la independencia personal, cuyo verbo pese a los ridículos espantos de los mentecatos, es la ANARQUÍA. El mismo Spencer afirma la tendencia a la libertad individual contraria al militarismo y a la plutocracia, contraria al privilegio capitalista, a la desigualdad de condiciones y a la coacción religiosa o moral. Y, en fin, en oposición al supuesto contenido del rítmico y uniforme desenvolvimiento de cosas y personas, la afirmación simultánea de la solidaridad y de la libertad como término ideal del provenir se encuentra también en el presente y en el pasado, según atestiguan agrupaciones de distintas razas, de las que mejor ejemplo son los esquimales.

Nuestra aparatosa civilización no puede, pues, justificar ni por la historia ni por la filosofía, es decir, ni por los hechos ni por la razón, la existencia de las instituciones autoritarias ni de la propiedad individual. Condenadas están por la experiencia y por la ciencia; condenadas por sus monstruosos resultados, de los que el más moderno lleva un nombre que espanta: pauperismo.

Reconocidas las causas del mal, ¿cómo no intentar su destrucción? Esperarla de un desenvolvimiento que la experiencia niega, confiado en que las instituciones tradicionales se desintegran por sí mismas o que el amor resuelva en una ecuación de igualdad los términos, es absurdo.

Ninguno de esos dos procesos se adapta a la realidad. Por sí mismas jamás las instituciones del privilegio harán plaza a un régimen de libertad igual para todos, de bienestar para todos. El

---

<sup>88</sup> Puede consultarse la obra *Los Primitivos. Estudios de Etnología comparada*, por Elías Reclús, Barcelona, 1907, F. Granada y Cía., Ed., T. I., de 119 págs., y T. II de 219 págs.

bien y el mal son dos elementos contrarios que se rechazan y tienden a anularse. Se impone o la reducción del bien al mal o la reducción del mal al bien. De cualquier modo, todo proceso que propenda a modificar o modifique el contenido social no se desenvuelve sin la acción continua de los elementos que componen la sociedad. Y el amor no es acción, porque como sentimiento es incapaz de destruir los hechos, de anularlos. Pruébalo que todos los partidarios del amor, como medio de modificar el mundo, son puramente contemplativos y tienen horror a la actividad.

Limitarse a formular la verdad, una vez descubierta, y no concurrir por todos los medios a su más pronta realización, es pensar a medias, saber a medias, sentir a medias, Implica en muchos casos transición cobarde con el error y con el mal, impotencia para vencer los prejuicios adquiridos.

El mundo no vive de homilias fraternitarias. La existencia es actualmente continua lucha por la satisfacción de las más complejas necesidades. Unos combaten por mantener los privilegios que les confieren la exclusiva del goce; otros por la desaparición del privilegio, ansiosos de ganar para sí y para los demás el bienestar y la libertad. Es menester luchar con aquéllos o con éstos, por la continuación del mal o por el triunfo del bien. No pretendemos que cada hombre sea militante de una idea, no tratamos de convertir a cada individuo en luchador político. El combate se libra también en los dominios de la literatura, del arte de la ciencia. Que los que en ese terreno se resuelvan por la verdad no se queden a medio camino. Tenemos el derecho de exigirles que depongan toda complacencia con el mal, que vivían de acuerdo consigo mismos. El conocimiento de la verdad impone categóricamente a la conciencia el correlativo de la idea: la acción.

Evidencia la esterilidad de las predicaciones fraternitarias, demostrado que las causas del malestar social son principalmente económicas y no modificables por el supuesto desarrollo de las facultades afectivas, hemos hecho ver de paso que las instituciones imperantes no son el resultado de una evolución general y uniforme cuya meta es el individualismo egoísta de nuestras días y que, por tanto, los que apoyados en gratuitas generalizaciones científicas y afectadas por el espectáculo del dolor universal<sup>89</sup> quieren modificar lenta y pacíficamente, por obra del amor humano, los términos de la contienda social, pretenden un imposible y se hacen cómplices del mal y del error.

A los hombres del saber que buscan afanosos soluciones transitorias entre los beligerantes, con sus propios libros los que les prueban la imposibilidad de su intento, lo absurdo de una conciliación fuera absolutamente de la realidad. Corren detrás de una quimera y se pierden sus esfuerzos lastimosamente en el laberinto de las ideas infecundas.

A los creyentes, a la fe religiosa, es la experiencia de muchos siglos, es su propia obra la que prueba la ineficiencia del «ámenselos unos a los otros» en un mundo de Caín<sup>90</sup> cuyo brazo arma la misma religión.

Y a los hombres de ideas radicales son sus mismos principios, sus doctrinas de no conformidad las que contradicen sus anhelos de piedad bien sentida, pero nada razonada.

Se ha predicado, se predica y se predicará el amor porque hay ansia de fraternidad, de paz, de bienestar. Pero el amor no brotará en el mundo social del privilegio, porque es éste precisamente el quebrantamiento continuo del desarrollo de las facultades afectivas, brutalmente ahogado por la bestia egoísta apenas iniciado en los primeros días de la humanidad. Si existiera verdadero desenvolvimiento del amor hacia los semejantes, la supuesta

---

<sup>89</sup> Puede consultarse el libro *El dolor universal*, por Sebastián Faure, Valencia, s./f., Estudios Ed., 325 págs.

<sup>90</sup> Caín: personaje bíblico, hijo de Adán y hermano de Abel.

evolución social hubiera sofocado poco a poco el egoísmo, hubiera limado las esperanzas primitivas, hubiera, en fin, coronado su obra con la exaltación de la bondad y de la solidaridad. Ha sucedido en los hechos todo lo contrario, hasta el punto de que, si bien moralmente una pequeña parte de la humanidad se ha emancipado en cierto modo de la animalidad primitiva, permanece prácticamente sometida a la dura ley del egoísmo, a las exigencias del régimen y del ambiente.

Los que amparados en lo ha llegado a ser el gran galeoto de todas las truhanerías, en el medio social, afirman que, no siendo los hombres buenos o malos por su propia voluntad, sino influidos por los sucesos y por la cosas, no es razonable aborrecer al tirano y al explotador, y es, moralmente, obligatorio el amor al prójimo, desconocen que tal doctrina significa la conformidad con el mal; porque si cada hombre es fatalmente como es, sin intervención alguna de su voluntad, no queda otro remedio, llevando la lógica hasta sus últimas consecuencias, que aceptar las cosas como son y acomodarse lo mejor posible a la maldad general. No es, ciertamente, aborrecible el verdugo, odioso el tirano, despreciable el explotador porque sean tales cosas por su libre voluntad. Ninguno en su propia obra solamente: su obra de los demás hombres y un poco también su propia obra misma. Pero es aborrecible el oficio de matar, es odiosa la tiranía, es inicua la explotación. Y como nadie lucha contra simples abstracciones, ocurre naturalmente, que los hombres luchan con los hombres combatiendo las representaciones y los instrumentos de ejecución de dichas abstracciones que, amén de su perversidad originaria, tienen el poder de corromper los elementos de representación y de ejecución. Por esto, aunque el cerebro preceptúe el amor y concede el odio, es invencible la inclinación humana al aborrecimiento en presencia del malvado, del tirano, del explotador. Por esto se levantan en nuestro pecho tempestades de rencor, de odio, de desdén, de repugnancia, cuando la maldad pasa soberbia por nuestro lado desafiando iracunda las maldiciones de la víctima. Por esto obedecemos, más que el cerebro, a la sensibilidad, cuando la infamia de los hombres quebranta la paz, vulnera los principios del bien general o particular, malpara las nobles aspiraciones de un mundo nuevo donde todos gocen del amor y de justicia.

No pidan discernimiento, templaza, al mejor de los hombres en el instante mismo en que la maldad surge brutal y avasalladora. Su primer movimiento será de ira. El instinto de conservación y la idea de la justicia le impulsará a la acción. El amor le hará odiar intensamente.

No querrá tal vez el explotador la miseria de los demás, pero explota, y en la miseria sume a los desdichados víctimas de su explotación; no querrá el tirano quizá la esclavitud de los súbditos, pero ordena y manda y fríamente somete a sus semejantes a la servidumbre, no querrá el verdugo verse en la dura necesidad de matar, pero no mata en cumplimiento de su misión espantable.<sup>91</sup> Pueden cobijarse hermosos sentimientos en el pecho del que explota, del que manda y del que mata. Pero el ejercicio del oficio agotará, matará prontamente sus mejores sentimientos, sus más puros afectos. ¿Los amaremos? Aun sin quererlo nuestro odio será implacable.

La razón podrá explicar el mal, nunca justificarlo. Y lo que haríamos sería precisamente justificarlo, si aceptáramos las fáciles generalizaciones de los teorizantes que quieren encerrar a los hombres en el fatalismo de las condiciones.

Amar al instrumento del mal y amar el mal son una misma cosa. El amor no puede ser más que bondad reciproca, justicia reciproca.

---

<sup>91</sup> Puede consultarse el libro *Como el caballo de Atila*, por Higinio Noja Ruiz, Valencia, s./f., Estudios Ed., 321 págs. «Radiografía» de un verdugo escrita por un autor libertario.

No preconizamos el odio; queremos la posibilidad del amor, ya que el odio existe de hecho sin que puedan destruirlo predicaciones y filosofías que carecen de base. Es necesario saltar por encima de todos los obstáculos, aniquilar el mal, para que el amor nazca, se desenvuelva y progrese. Ni aun en este supuesto lo concebimos como finalidad humana, sino como corolario del bienestar conquistado.

El hombre lucha hoy y luchará mañana por el goce, por la satisfacción de las necesidades todas. En esta lucha corresponde la primacía a las necesidades de nutrición. Sin la garantía de la vida animal, el hombre es menos que una bestia. Es menester, prescindiendo de idealismos nocivos, empezar por esta noción simple que nos considera en los dominios de la fisiología, como un animal más en la escala zoológica. Sin el estómago satisfecho, sin los músculos bien desarrollados, sin el organismo todo nutrido debidamente, las necesidades efectivas e intelectuales no pueden tener al mismo desarrollo y satisfacción adecuados.

Planteada la cuestión en estos términos, cesa toda discusión. Porque no se trata de un problema de derecho político, de una vana especulación, de una filosofía o de una metafísica absurda, como quiere la pretendida ciencia o arte de gobernar a los pueblos, como quiere la economía clasista y aun la misma sociología; sino de un problema de necesidades naturales que requieran satisfacción debida, de un problema que afecta a lo más real que hay en la vida humana y que pertenece a los dominios de la ciencia, especialmente de la fisiología, que no entiende de derecho escrito, de formulismos políticos o económicos, que no se paga de ciudadanías, sino de fuerzas gastadas y fuerzas disponibles, de reposición de energías, de músculos hambrientos y de músculos satisfechos, de sangre rica y de sangre empobrecida. El hombre necesita, ante todo, comer, abrigarse, hacer ejercicio, gastar y reponer fuerzas, prodigar sus energías vitales, almacenar energías disponibles para el concurso previsto. La fatiga de un esfuerzo no guarda relación alguna con el resultado efectivo del esfuerzo. Cualquiera que el resultado sea, persiste la necesidad de alimentarse, de vestir, de reponerse de las pérdidas ocasionadas por el gasto de la actividad productora. Es absurdo buscar la medida de esta reposición en el producto obtenido. No son los hombres máquinas de igual potencia. Con esfuerzos distintos se obtiene productos iguales. Con esfuerzos iguales se obtienen resultados totalmente diferentes. La magnitud del esfuerzo hecho es la medida de la necesidad de reposición, y tal esfuerzo tiene su expresión exacta en el organismo físico, no en las pretendidas leyes económicas, que hacen de los hombres mercancías por la aplicación de la oferta y la demanda, que crean la esclavitud moderna por el asalariado y que santifican la acumulación capitalista por la exaltación del egoísmo individual.

La satisfacción de las necesidades de nutrición es el objeto primordial de toda asociación humana. Se impone como condición previa resolver el problema del pan. La comunidad de los hombres por aquí empieza.

Aparecen en segundo término las necesidades de reproducción. Con ellas nace el amor sexual. La vida efectiva sucede a la vida de nutrición. Nutrirse, sentir, pensar, he ahí todo.

El amor sexual es como una florescencia de la vida. Son sus prácticas tan diversas, tan diferentes sus grados de desarrollo como inmenso en el campo de la afectividad general. Imposible reducir el amor a una definición concreta; imposible determinarlo por condiciones particulares fijas. Nada más variable. Presentase siempre el amor sexual impregnado del sabor peculiar de cada asociación humana sujeto a reglas, formulismo y rituales que varían con el organismo social.

Y, como el amor de los sexos, los demás sentimientos y afectos cambian de aspecto y de expresión según circunstancias de lugar y de tiempo. De hecho la vida efectiva se deriva de las formas adoptadas para la vida común de nutrición. Quién examine, siquiera sea a la ligera, el modo de ser de las diversas razas, sus usos y costumbres, o solamente las de los países



civilizados, se convencerá de ella. El amor, verdaderamente el amor como la formula el pensamiento moderno, no es de nuestros tiempos, no ha nacido todavía, como ha dicho un nuestro amigo.

El amor sexual, desprovisto de ritualismos ridículos, de fórmulas jurídicas, será, una vez resuelto el problema de la nutrición, el primer escalón de un sentimiento nuevo, completamente nuevo: el amor a los semejantes. Será la realización del precepto siempre incumplido. Será el uno como la extensión del otro. Será la obra de generalización afectiva en un provenir cercano.

En una sociedad de hombre libres e iguales por la solidaridad de los intereses, surgirá necesariamente el amor humano, su labor genial y más acabado.

La satisfacción integral de las necesidades intelectuales completa la formula del mañana. La ciencia no puede ni debe ser eternamente el privilegio de unos cuantos. La simple curiosidad del ignorante, como la del niño, es el primer elemento del saber. Es el apetito de las necesidades superiores del organismo que en su total desarrollado demanda igualmente la plenitud de la vida de nutrición, de la vida afectiva y de la vida intelectual.

Sin la realización de estas condiciones, el amor al prójimo, puede existir como excepción. En general es una palabra vacía de sentido o la máscara de los más groseros apetitos. En su acepción más amplia no es el amor al presente sino una fórmula del pensamiento. No es, no puede ser una realidad. Su aparición y su desenvolvimiento pertenecen al porvenir y serán tanto la resultante de la bondad creciente de los sentimientos como del mayor desarrollo intelectual. La bondad afectiva y la intelectualidad están actualmente limitadas por la preponderancia del egoísmo, causa y efecto a un mismo tiempo del capitalismo y de la autoridad. Para emancipar al cuerpo, principio de toda emancipación de espíritu y de pensamiento, es necesario barrer los obstáculos tradicionales, la propiedad y el estado. La comunidad libre es el medio adecuado en el que pensamiento y sentimientos pueden compenetrarse en la amplia síntesis del amor, de que es incapaz nuestro tiempo.

No es, no el amor al prójimo la acción necesaria que producirá la felicidad general. Es el bienestar común el que dará la resultante del amor humano, pregonado inútilmente durante siglos y durante siglos desconocidos.

La humanidad no corre tras este bienestar siempre anhelado. La ciencia no se propone sino la determinación de las condiciones necesarias y suficientes para que el bienestar se extienda por todo el haz de la tierra. El arte no es sino el embellecimiento de la vida, la admirable música de la felicidad soñada.

El amor es una adivinación, es el ideal que se entrevé más allá de la resolución del problema general de la existencia en común. El cerebro decreta el imperativo del amor. La sensibilidad lo presiente. La realidad lo niega. Dadnos las condiciones indispensables, y el amor brotará como brota la flor del tallo cuidado con esmero por mano cariñosa. Dad de comer al hambriento; dad de beber al sediento; abrigad al desnudo; aplacad, en fin, al animal, y el hombre surgiría a la verdadera vida humana y el amor coronará el edificio de la dicha común.

Entretanto, estaremos condenados a la cruel realidad, que pone en nuestros labios la palabra de amor y en nuestros pechos el odio. La Humanidad presente es como la familia condenada a la miseria, donde el rencor hace su nido ahondando las causas de su infelicidad.

A partir del materialismo de la vida, tomando la existencia real en sus detalles y en su conjunto, la idealidad brota natural y espontánea: la idealidad suprema es la emancipación humana.

Pretendemos que no puede una necesidad sin satisfacer para que la obra de humanización se realice en la plenitud del tiempo, libre de todo obstáculo artificial, artificialmente creado. Producto de la humanización del hombre. Sin la que no nos distinguiéramos de los demás animales, será el amor a los semejantes. No es, pues, ni agente de acción social ni finalidad humana.

Tal es nuestra conclusión en los términos de la realidad presente. En los de la realidad futura pertenece a lo desconocido.

Ricardo Mella

## CAPÍTULO VII

### MELLA, FOLLETISTA

#### DOCTRINA Y COMBATE<sup>92</sup>

A los amigos de Renovación Proletaria, en esta hora de confusión ideológico. Fraternalmente.

Ricardo Mella

## CAPÍTULO I

Los camaradas de Revolución Proletaria, en medio del triste espectáculo de nuestros días; en estos momentos en que la mentira pública y privada corroe las entrañas de la sociedad; el vicio corrompe a hombres y a mujeres, a niños y ancianos; la vanidad desvanece el cerebro; y los hipócritas y fariseos, embusteros y degradados, corren tras miserables fines de pasajero goce, hacen labor positiva y de proselitismo revolucionario; y creen completarla mejor con un volumen mío, y a sus repetidas insistencias, no puedo negarme más, porque estamos invadidos por la epidemia del escepticismo más repugnante, en el que se pisotea la conciencia y desprecia la personalidad.

Hemos firmado un compromiso con las apariencias rindiéndonos a la maldad. Nuestra educación política, nuestra educación social, nuestra mentalidad, nuestra efectividad, todo, descansa en ese compromiso.

---

<sup>92</sup> *Doctrina y combate*, por Ricardo Mella, fue el folleto número 13 de los publicados mensualmente por la Biblioteca Renovación Proletaria cuya dirección era la siguiente: Aquilino Medina, San Pedro, 27, Pueblonuevo del Terrible (Córdoba), España. Los folletos, sin fecha de edición fueron publicados en la década de 1920. Fueron publicados los siguientes: 1) *El Sindicalismo en Cataluña*, por Ángel Pestaña y Salvador Seguí; 2) *Brazo y cerebro*, por Higinio Noja Ruiz; 3) *Comentarios al II Congreso de la C. N. T. de España*, por Mauro Bajatierra; 4) *Bocanadas de Fuego*, por Ángel Samblancat; 5) *La Rusia Roja*, por Manuel Buenacasa; 6) *Trazos Sociales*, por Antonio Amador; 7) *En tiempos de batalla (Reflexiones anarquistas)*, por David Díaz; 8) *El sindicalismo frente a la política*, por Valentín de Pedro; 9) *La revolución en Italia (Nuestra opinión por su triunfo)*, por Erico Malatesta; 10) *Frente a la dictadura*, por Rafael Ballester; 11) *Gestas magníficas*, por Eusebio C. Carbo; 12) *Más allá de la política*, por Aquilino Medina. El folleto número 14 anunciado era: *Contra todo y contra todos*, por Luis Zoáis.

No es esto pesimismo de escuela ni pesimismo de tendencia orgánica. Es la expresión de la realidad que se impone por doquier. Contemplamos a un hombre cualquiera, sean las que fueran sus ideas y sus sentimientos, y de pronto salta la mentira, salta el fingimiento, salta la vanidad. Los escépticos declarados se confiesan o se excusan. Quien se excusa se acusa, leí no sé dónde. Los que tienen o parecen tener ideas, aspiraciones, velan lo mejor posible su propia insania. Provóquenlos y les enseñarán más mentiras que verdades, más vanidad que ciencia propia, más hipocresía. La línea recta es el egoísmo estrecho de las más diversas concupiscencias. No faltan los que cínicamente ostentan la perversidad de la moderna vida social.

Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgastados los resortes de la vieja moral, del idealismo trascendente, de la política rancia, todo el mundo se entrega a las más bajas pasiones. La ambición se desborda: ambición mezquina, pobre, deleznable. El egoísmo cristaliza; egoísmo raquítrico, anémico. Todas las cualidades nobles de la personalidad bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia. Se ponen las ideas, los sentimientos, al servicio de la pasión. Es menester «arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de una estaca». «En vano (Dumont) un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer consistir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo; no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente son artículos pasados ya de moda y objeto de un desdén general».

Se miente religiosidad, se miente amor al prójimo, se miente abnegación, se miente sinceridad: la cucaña tentadora, la cucaña política, la cucaña de la riqueza, la cucaña del renombre, la cucaña del aplauso: he ahí todo, hay que trepar aunque sea, arrastrándose como los insectos más repugnantes.

Trepen, pues, hombres del día. Trepen los que aspiran a gobernar, los que quieren dirigir, los que sueñan con brillos de efímero deslumbre; trepen los ambiciosos, los glotones de la riqueza; trepen los que se creen elegidos, predestinados a una hegemonía literaria, política, científica o social; trepen, trepen todos a porfía, que la masa estulta les ayudará placentera, creyendo o aparentando creer en sus promesas de gloria o bienestar o de grandeza, en sus mentidos servicios; en su necia superioridad.

Trepen, que mientras trepan no faltarán voces que clamen desde acá abajo por una vida sencilla, honesta, sincera. Una vida sencilla, honesta y sincera, que vendrá al derrumbarse el mundo que agoniza, que surgirá del estrépito de todas las cucañas al venirse al suelo.

La fuerza de los que cifran su orgullo en su independencia, en su sinceridad, en su sencillez, es la fuerza de un mundo que se adelanta a los tiempos, que viene a todo correr para sanear la atmósfera, el ambiente social, y purificar la conciencia de los individuos dotándolos del heroísmo de la verdad, del valor de ser ellos mismos, netamente ellos, sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía. Esta fuerza pretende que los ciudadanos no vivan del común engaño, que cada uno se confiese tal cual es, bondadoso o indiferente, egoísta o desinteresado, blanco o rojo, sabio o necio; que cada uno pueda estrechar la mano del otro sabiendo que es la mano del adversario o del amigo, la mano del héroe o la mano del sabio, la mano del necio o la mano del egoísta. Cada hombre vale tanto más cuanto más francamente se muestra tal cual es. Necesitamos tener el valor de nuestra propia personalidad.

Mostrémonos como somos. Si abrigamos una ambición personal, no nos finjamos redentores del prójimo; si corremos tras la riqueza, no aparentemos una piedad que no se siente, una religiosidad que no pasa de los labios. Tengamos el valor de ser nosotros mismos.

Y cuando tengamos este valor habremos vuelto a la vida honesta y sencilla, a la verdad simple y neta. No hay mayor gloria que la tranquilidad de ser probo, leal, franco, abiertamente franco y

noblemente desinteresado. Volvamos, sí, a las costumbres modestas, a las costumbres de independencia, de sencillez, de honestidad.

El ambiente de mentiras, de ambiciones, de vanidades, de concupiscencia, corroe las entrañas de la sociedad y corroe nuestras propias entrañas. Estamos en plena peste de embustes, de fatuidades, soberbiamente engreídos de nuestra maldad.

Llamemos a todas las puertas, forcémoslas, si es preciso: que nuestra personalidad se ofrezca a la contemplación pública como entre cristales diáfanos.

Que de todos lados partan voces haciendo un llamamiento vigoroso a la sencillez, a la independencia y a la honestidad. Cifremos en ello nuestro orgullo. Es menester ser sinceros hasta el heroísmo.

Las pestes se vencen a fuerza de higiene. La higiene social tiene un nombre: verdad.

La verdad será el gran reactivo que nos devuelva al dominio de nosotros mismos.

Digamos, impongamos la verdad tercamente, sin arredrarnos por nada, hasta con los puños, si es necesario. Que la verdad sea el cautiverio<sup>93</sup> implacable de todas las llagas que nos apestan, asfixiándonos en una atmósfera de muerte.

La verdad nos emancipará.

## CAPÍTULO II

La organización social y política del mundo civilizado descansa en una variable noción del Derecho. Los pueblos salvajes se rigen todavía por el invariable derecho de la fuerza. Teóricamente, estas dos aspiraciones, que son toda la filosofía y toda la ciencia en boga, se resuelven en una radical oposición que supone como triunfo definitivo de la justicia el régimen perpetuo del Derecho.

Los programas políticos y las tesis filosóficas parten del prejuicio universal de que la realización del Derecho es la finalidad tangible del progreso humano. Los tiempos bárbaros corresponden a la fuerza bruta; los tiempos modernos a la evolución indefinida de la idea de Justicia.

¿Estamos seguros de la legitimidad de esta idea? ¿No será el producto bastardo de un concubinato infame?

Se considera al hombre como miembro social cuyas funciones están dadas de antemano por la ley común. El Derecho es el resultado de una legislación y un producto de la combinación numérica. Los metafísicos sutilizan hasta reducirlo a una nebulosa. Toda irreverencia hacia el moderno ídolo, traducción política del indeciso dios de los idealistas, es gravísimo pecado que la sociedad castiga con mano fuerte.

Admira la facilidad con que una palabra gobierna el mundo ¿Qué es el Derecho más que la misma fuerza organizada? Apenas un pueblo abandona el estado salvaje y se constituye en nacionalidad, se apresura a codificar la fuerza, regulando su ejercicio. Antes la fuerza era el elemento de lucha de que todos disponían a su antojo; es hoy patrimonio conferido a unos pocos, mediante leyes y decretos del poder, creado y mantenido por la fuerza. Todos los reglamentos y códigos no son más que reconocimiento y sanción de actos de fuerza; la

---

<sup>93</sup> Probablemente *lapsus* o errata por «cauterio».

constitución, su ley suprema. Existen ciertamente diferencias, pero más aparentes que reales: consisten en que cada ley o constitución, código o reglamento refleja no el concepto cerrado de la fuerza primitiva, sino aquel otro que cada uno elabora para el gobierno del mundo; consisten también en la diferente manera del ejercicio de la fuerza. La suavidad en las formas, el disimulo al exterior, distingue esta época de las precedentes. Ciertamente que el señor de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, no se parece al panzudo burgués de nuestros días que envenena con los productos que fabrica o vende, o mata por avaricia, o sacrifica en el pozo de una mina centenares de existencias con tal de obtener mayores rendimientos. En el fondo, el burgués, como el señor feudal, se ampara en la fuerza. Hoy se llama a ésta Código, Ley, Constitución. El progreso se reduce a la exaltación del barbarismo primitivo a principio de justicia inmutable.

¿Cómo ha escapado a la crítica de la filosofía y de la democracia este hecho evidente?

La tradición sirve de punto de partida al progreso y, naturalmente, si las causas de la injusticia prevalecen, prevalecerá la injusticia también. Dar a cada uno lo suyo, ¿equivale a instituir una serie de preceptos con arreglo a los cuales pueden morir de hambre millares de personas?

El error es grave. Se dice que el hombre viene al mundo social con derechos y deberes. Mas, ¿no nace en el mundo físico con necesidades que satisfacer?

Por lo menos, en un principio el ejercicio de la fuerza tenía su excusa en la satisfacción de las necesidades. Hoy se pretende escudarlo en una ficción metafísica, estamos por decir teológica. A fuerza de hablar de derechos y deberes, a fuerza de edificar castillos sobre una preocupación universal, a fuerza de sutilizar sobre la naturaleza de esta preocupación, se ha olvidado al hombre como organismo fisiológico, como animal.

El ciudadano no es una individualidad orgánica que siente necesidades reales y efectivas; es un ente de razón, producto de elucubraciones extravagantes. ¡Con qué cómica gravedad se habla de los derechos del ciudadano! ¡Con qué hueera palabrería se encarece la libertad individual! Los derechos del ciudadano son siempre ilusorios, palabras bien sonantes que acarician el oído engañando al oyente. La libertad es el cebo con que se caza a los incautos o jaula de pájaro hambriento. En el orden político, el derecho es la consagración de la esclavitud voluntaria: el ciudadano se somete hasta el punto de elegir sus amos.<sup>94</sup> En lo económico, la libertad es la cábala de la servidumbre: el ciudadano, para vivir, ha de someterse al jornal o sufrir la miseria; ni aun le queda la facultad de valorar su trabajo, puesto que si acomoda al patrón tendrá que cruzarse de brazos. En el social, resumen y compendio de la vida política y económica, el espíritu de casta, todavía poderoso, y la efectiva existencia de clases, son la más completa confirmación de que la fuerza es el único derecho que subsiste a través de los siglos en un mundo semibárbaro que se precia de civilizado. No hablemos del orden religioso. Nacemos y morimos con la envoltura teológica de lo trascendente, sometida la conciencia y la acción a los mandatos y sugerencias de la casta sacerdotal.

Empeñado el idealismo político y filosófico, remedo del religioso, en despojarnos de los atributos de la materia, nos ha convertido y ha convertido las ideas en sutiles abstracciones que sólo viven en las sublimidades inaccesibles de la mente de un puñado de visionarios. A una noción metafísica del derecho, corresponde la metafísica noción del ciudadano.

Pero el hombre de carne y hueso subsiste, vive poderoso con la excitación constante de necesidades físicas, morales e intelectuales. En vano que demande satisfacción a los forjadores de leyes y códigos. El derecho, que es toda la filosofía de éstos, permanecerá insensible, sordo, ciego y mudo ante los aldabonazos de la Naturaleza. La fisiología de las funciones es una

---

<sup>94</sup> Puede consultarse el libro: *La esclavitud voluntaria*. Con cartas de Montaigne relativas al autor, por Estaban de La Boetie, prefacio de A. Vermorel, traducción de Carlos Chies, Barcelona, s./f., Sopena Ed., 153 págs.

nigromancia para los sabios del clasicismo. El estómago, el corazón, el cerebro, ¿qué les importan?

Ellos no ven, no quieren ver en el hombre un animal que come, siente y piensa. Lo prefieren ciudadano que vota, obedece y trabaja. Por eso su lógica es la lógica de la propiedad individual, del privilegio político y de la sugestión religiosa. Su mejor argumento es el fusil.

El principio de la recompensa, de donde se deriva el Derecho, es el alfa y omega de la ciencia social.

En teoría se remunera el trabajo por el gasto de energía que la labor representa. Prácticamente, el trabajo es una mercancía cuyo valor oscila a merced de la oferta y la demanda. Si el gasto de energía no está en relación con las necesidades ni el mercado da un precio suficiente a cubrir aquéllas, ¿qué les importa a los teorizantes? La sociedad, según ellos, no debe hacer más que esto: premiar el mérito, pagar el trabajo, asalariar las actividades disponibles.

La obra comienza en la escuela. Se estimula a los niños con el higuí de un premio y por temor al castigo; correlación necesaria se llama esta figura. Así, la cuna del hombre se mece de la ambición al miedo. Después se entrega el individuo al jornal, aumentando éste a medida que la máquina humana produce más y mejor. Así, el trabajo no es para el hombre ejercicio saludable por cuyo medio subviene a la satisfacción de necesidades que no se tienen en cuenta, sino el potro donde se prueban sus fuerzas para concederle o no un certificado de bestia. Para aquellos a quienes se supone excepcionalmente dotados se reserva el incentivo de la ganancia, del tanto por ciento. Comerciantes e industriales cobran el premio de un latrocinio. Ni aun los artistas y los sabios escapan a esa regla. El aplauso público y el favor oficial agradan porque significan una recompensa positiva inmediata. Sin el acicate de la recompensa no habría, según la tesis, niños aplicados, hombres trabajadores, estudiosos, amantes de la belleza y de la ciencia. Parece que la humanidad tiene sobre la tierra el destino fatal de disputar un premio de un *record*<sup>95</sup> sin fin.

Puede suceder y sucede que con tales enseñanzas se pervierta o se destruya la naturaleza del niño y se condene al hombre al sacrificio de su organismo y de su personalidad en holocausto de organismos superiores, individuales privilegiadas que se degradan por la avaricia o perecen por el hartazgo. El amor al trabajo, al estudio, al arte, se desvía por la bajeza de los más ruines sentimientos. Nadie piensa en la natural satisfacción de las necesidades propias y generales, sino en la orgía de las riquezas, en la bacanal de todos los placeres fáciles. El sabio y el artista, lo mismo que el obrero y el niño, se pervierten por la corrupción que engendra el estímulo, trasunto de un egoísmo insano que divide a los hombres y los lanza a una guerra sin cuartel donde prevalecen la fuerza y la astucia. La Humanidad se cansa ya de tanta ficción. Comienza a comprender que cuando se le habla del derecho de manifestación, debiera hablársele de la necesidad de manifestarse, que nada ni nadie puede destruir; que cuando se le encarece la libertad de pensamiento y de acción, habría de hablársele de la necesidad imperiosa de pensar y de obrar, que nada ni nadie puede cohibir; que cuando se le canta el derecho al trabajo, el derecho a la vida, con música de sirena, debiera simplemente reconocerse la necesidad de trabajar por la necesidad de vivir. Son funciones fisiológicas respecto de las que la política y la filosofía representan una intrusión. Y no es éste un asunto de palabras, sino cuestión honda de la cual las palabras no son más que signos exteriores de divergencia.

El hombre es, ante todo y sobre todo, un animal que come, siente, piensa y habla. Como todo ser organizado tiene necesidades que satisfacer; como animal, necesidades físicas; como hombre necesidades morales e intelectuales. Sin el alimento que mantiene en pie al organismo, las necesidades morales e intelectuales no existirían. La necesidad de alimentarse es, pues,

---

<sup>95</sup> *Record*, voz francesa, empleada aquí como «resultado».

para el hombre, el primer mandato imperativo de la Naturaleza. De este mandato se derivan los demás, como una cadena sin fin. El trabajo es una necesidad más que satisfacer. Los fisiólogos, que saben mucho de lo que ignoran los políticos y los filósofos, prueban que el ejercicio es una necesidad del cuerpo, hasta el punto de que, para los que desdeñan mancharse las delicadas manos con el trabajo material, se ha inventado la gimnástica, los juegos al aire libre, las regatas, las carreras y demás especies de deporte elegante.

¿Qué relación puede establecerse entre las necesidades individuales y las energías gastadas en el trabajo? Juan que es más forzudo que Pedro, llevará a éste ventaja en un trabajo de resistencia. Una misma unidad de obra la hará Juan mucho más pronto que Pedro y, en una misma unidad de tiempo, realizará el primero mayor cantidad de trabajo que el segundo, lo cual quiere decir que siempre Juan ganará más que Pedro. Pero Pedro, por lo mismo que es más débil, necesitará seguramente mayor y más nutritivo alimento, porque en la relación de las necesidades y de las energías gastadas habrá para él un gran déficit siempre. Luego puede establecerse como regla general que las necesidades están en razón inversa de las fuerzas. ¿Condenaremos a Pedro a perpetua debilidad y a consunción eterna? Antonio, más débil que Diego, realizará una obra cualquiera mejor que éste. Pero una mayor habilidad implica la realización más fácil de dicha obra. Entonces, Antonio gastará menos energías, trabajará menos que Diego en una misma unidad de producción. Así Antonio se hallará en el caso de restaurar una menor cantidad de energía gastada. Pero, según la teoría, ganará más que Diego. Luego, cualquiera que sean las necesidades de uno y otro, se paga más al que menos fuerzas gasta. Luego también la retribución del trabajo está en relación inversa de la energía gastada, y como las necesidades guardan idéntica relación con las fuerzas; debemos establecer que se paga mejor al que menos necesidades tiene.

Rosendo, que es más inteligente que Joaquín, aprenderá más pronto que éste cualquier lección o cualquier faena. Luego Joaquín, para aprender lo mismo que Rosendo, tendrá que hacer mayor esfuerzo intelectual. En suma: Joaquín gastará más fuerzas, más energía; tendrá, por tanto, necesidad de reponer una mayor cantidad de fuerza empleada, a fin de devolver a su organismo el equilibrio. Pero, según las dos leyes anteriormente deducidas, Joaquín dispondrá de menos elementos para satisfacer sus necesidades, para reponer sus fuerzas quebrantadas. Luego, finalmente, se condena a Joaquín a creciente incapacidad fisiológica y a progresiva miseria económica.

Resultado: que el principio de la recompensa no estimula ni al más fuerte, ni al más débil, ni al más inteligente; pero sí reduce a impotencia absoluta y miseria perpetua al débil, al inhábil y al torpe. Si para los primeros es más fácil obtener un buen premio, es claro que la promesa de éste no les estimula. Si para los segundos es casi imposible conseguir el mismo premio, y de hecho lo obtienen cada vez menor, es evidente que se les empuja a la desesperación y al suicidio. Se paga, se nos dirá, la aptitud, se retribuye el mérito, se recompensa la inteligencia. Y bien: una mayor aptitud, una mayor disposición para el trabajo, significa siempre menor gasto de energía; por tanto, menos necesidades que satisfacer. Organismos más ricos en propiedades vitales aquéllos, se mantienen más fácilmente que éstos. Dar más al que menos necesita, equivale a colocar lo superfluo al lado de la miseria, en constante oposición.

¿Qué papel desempeña en esta antinomia una noción cualquiera del derecho?

Toda la filosofía idealista se derrumba ante observaciones tan elementales. Ciencia que olvide que el hombre es un animal con necesidades físicas, morales e intelectuales, vendrá forzosamente a tierra. Juristas y abogados, filósofos y políticos, necesitan unas cuantas lecciones de fisiología.

Cualquiera organización social, para ser duradera y equitativa, ha de descansar en el reconocimiento de las necesidades individuales y ha de tener por objeto su mejor y más fácil

satisfacción. Organizar el trabajo es igual a organizar los medios de satisfacer debidamente las necesidades generales. De aquí resulta que la organización de la sociedad se reduce a la del trabajo y la distribución. Los infinitos modos de arribar a este organismo que produce, distribuye y consume, son el objeto de la sociología, nueva ciencia que nace por oposición al empirismo rutinario de la economía política. En vez de historiar los hechos cantando himnos de triunfo al capitalismo y a la explotación, se trata hoy de indagar las leyes naturales que rigen el funcionalismo social, cuál es la tendencia de la evolución económica y cómo se conquistará más rápida y seguramente el bienestar. No se estudia lo que es, sino para llegar a lo que *debiera ser* o, más propiamente, a lo que *será*. El mundo actual se desmorona bajo los certeros golpes de la crítica. El mundo del porvenir asoma en el horizonte sensible del positivismo científico. Nadie más que los politicastos se ocupa ya de la organización de los poderes y de la reglamentación de la vida social. La investigación va por senderos más despejados. Se inquiere afanosamente la forma de organizar la solidaridad humana, haciéndola efectiva. Necesidades de satisfacer, funciones que desempeñar, relaciones mutuas que convenir, propendiendo abiertamente a la libertad total del individuo y a la igualdad de las condiciones, son los verdaderos términos del problema que preocupa a la generación presente. Y en orden tal de ideas novísimas y de aspiraciones generosas, la jerga político filosófica de los derechos y deberes, el aquellarre de las leyes civiles, la grave y sesuda jurisprudencia y el arrogante militarismo quedan descartados por inútiles y por rancios.

El sacerdote, el soldado, el magistrado, el capitalista y el gobernante han sido arrinconados al par que la rutina de pretendidas ciencias. La ciencia nueva se ocupa preferentemente del pueblo en general y de sus necesidades y demandas. Ella no dice ni dirá tal vez en mucho tiempo cómo y en qué forma un próximo porvenir realizará la justicia. La experiencia, por un proceso de selección, irá determinando la forma o formas más equitativas del desenvolvimiento del bello y positivo ideal que implica una amplia satisfacción de las necesidades generales. Nadie intenta ya forjar el mañana con arreglo a moldes de exclusiva invención, porque se ha comprendido que la Humanidad no se ha conformado, no se conforma, no se conformará jamás a los caprichos de los inventores de sistemas sociales. Los decretos lanzados a la posteridad son como burbujas de jabón que se disipan en el aire.

Retrotraer el mundo a las condiciones regulares de un funcionalismo natural es, probablemente, la verdadera solución del problema, ya que todos los artificios han fracasado. El régimen gubernamental, absoluto o parlamentario, personal o colectivo no puede dar se sí más que la pantomima de la libertad civil y la caricatura de la igualdad al par que una anacrónica noción de la justicia arrancada al principio de la recompensa. Por otra parte, el comunismo tradicional, lo mismo que la servidumbre y el proletariado, no producen ni producirán otra cosa que la miseria organizada.

A pesar de todo, los hombres *superiores* continuarán la cantinela de nuestros derechos y nuestros deberes, más atentos, de seguro, a éstos que a aquéllos. Poco importa que todo cuanto se deriva del derecho no haya logrado aumentar en una parte infinitamente pequeña el bienestar de los pueblos; nada dice a los sentidos que no haya hecho más que poner impedimentos a una regular satisfacción de las generales necesidades. Gobernados por la teología primero, por la política después, se nos ha olvidado como hombres para esclavizarnos como bestias. La representación gráfica del derecho es el látigo empuñado por un capataz de ingenio.

Continúen los hombres *superiores* su letanía. Rezan en el desierto, predicán para sordos, pues que nadie les escucha. De nuestra parte, sacudiendo toda pretendida inferioridad, recabamos obediencia a las leyes físicas que la ley civil desconoce; pretendemos reintegrarnos a la Naturaleza anulada por el artificio gubernamental; tratamos de restituarnos a la justicia por la libertad de acción más completa y la más plena igualdad de condiciones económicas para la vida. Seres dotados de órganos adecuados a funciones físicas, morales e intelectuales,



reclamamos la independencia total de nuestra personalidad, condición indispensable a la integración de sus elementos constituyentes. Romperemos todas las ligaduras que no atan y seremos, después de un largo cautiverio como esclavos, *hombres* en la plenitud de sus facultades.

### CAPÍTULO III

Ricos somos en ideas, pobres en hechos. Hasta la razón llegan con bastante facilidad los teoremas de la lógica ideal; mas el rigorismo de la práctica encuentra difícilmente anchos caminos donde espaciarse. Los que dejamos vagar la imaginación por el edén del porvenir soñado, ¡con cuánta frecuencia en la brutal realidad damos de bruces sin percatarnos de la irreductible contradicción de nuestra conducta!

Propagadores de ideales nuevos, ponemos casi siempre manos a la obra sin que acertemos a diferenciarnos, en los detalles mil de la realidad, de aquellos otros que, fieles a la rutina, piensan y sienten y ejecutan al unísono como modelados e inspirados por la más íntima concordancia entre la idea y el hecho. Cristalizan éstos en el pasado; se están formando aquéllos con los jugos del presente y las brisas del porvenir.

Somos el hoy que sueña en el mañana, ¡qué mucho que la contradicción sea flagrante!

Mas en el imperio de la razón, la consecuencia obliga. Hay necesidad de que el idealismo declaratorio, al continuo proclamar las excelencias de un principio, al reiterado pregón de las aspiraciones nuevas, respondan los hechos afirmando con su lógica cerrada aquellos o aquel método, según que la vida futura ha de desenvolverse a la medida de nuestras concepciones.

De todas las *cracias* y de todos los *ismos* que determinan nuestra mentalidad o nuestro ideal, son los más eficaces aquellos que encuentran mantenedores decididos en el terreno de la práctica. Una democracia que gana en jerarquías a los mismos poderes caducos; un socialismo que en materia de disciplina no tiene nada que envidiar al ejército mejor organizado; un anarquismo que, pasando de listo, establece oligarquías disimuladas, podrán vivir saturados de grandes, muy grandes ideas, pero no acertarán jamás a afirmar su grandeza en el ambiente de la vida, no lograrán jamás traducirse en hechos, sugestionando y arrastrando tras sí a la gran masa que carece de tiempo para entregarse a estudios filosóficos.

Hay un libro inmenso, más elocuente que ninguno: el libro de todos, la experiencia de todos. Que vayan unos cuantos a buscar y rebuscar entre las páginas del pobre saber humano la esencia misma de todas las razones; siempre la incontable muchedumbre se quedara a oscuras si esas razones no se les escribe en el libro universal de la realidad ambiente, de la práctica cotidiana.

Caen, pues, las democracias porque el ideal no tiene traducción eficaz en la experiencia, porque la realidad no corresponde a lo soñado, aun cuando aquélla sea fiel trasunto de un principio filosófico bien preciso. Fracasa el socialismo cuando las gentes se percatan de que los adeptos de la buena nueva social no son sino tristes plagarios de las cosas de antaño. Fracasa igualmente el anarquismo cuando, a poco que se hurgue, se encuentra en sus mantenedores, próximo a la corteza libertaria, el material leñoso y el corazón del autoritarismo.

Confiados todos en que el milagro de la transformación se verifique como por encanto, damos rienda suelta a las palabras bellas, a las declamaciones tribunicias, a las ardorosas afirmaciones de la eterna aspiración, sin que en la realidad se produzca ni un solo conato de experiencia del método, de práctica del principio. Y aun para engañarnos, buscamos fáciles

explicaciones a nuestra falta de correlación y creemos haberlo hecho todo cuando nos lavamos de toda culpa en el Jordán<sup>96</sup> del medio ambiente.

En realidad; de verdad, no se afirma así el porvenir. Buenas son las razones que sensibilizan el entendimiento; mejores los hechos que en él se graban para no borrarse jamás. No es suficiente para afirmar la aspiración anarquista aducir razones sobre razones y amontonar las pruebas dialécticas. En este terreno permanecería mucho tiempo como diletantismo de un puñado de innovadores. Es necesario, además, que los adeptos de aquel ideal lleven a la vida ordinaria, sobre todo a la vida societaria, las prácticas, todas las prácticas posibles del método preconizado. Es necesario que vean las gentes cómo sin jerarquías se puede organizar un grupo y cien grupos, una asociación grande o chica y una o más federaciones de grupos, de colectividades, cualquiera que sea su naturaleza y cualesquiera que sean sus fines. Es necesario que vean las gentes cómo sin previos reglamentos y sin imposiciones del número, los hombres pueden coordinar sus fuerzas y realizar una labor común. Es necesario que vean las gentes cómo la solidaridad puede ser un hecho, con las limitaciones naturales del estado social presente, sin esas monstruosas ordenanzas que van señalando paso a paso y minuto a minuto el modo y la forma de que el individuo traduzca aquello mismo que lleva en su constitución y en su sangre, y, por añadidura, en su entendimiento. El anarquismo, como cualquiera otra doctrina, ha de llegar a la universalidad de las gentes por la mediación de la experiencia. Es indispensable que se le lea en este gran libro, ya que, por otra parte, no todos pueden ir a buscarlo en los tratados de filosofía o de ciencia.

Larga, muy larga, será quizá esta obra. Tan larga como se quiera, demanda toda nuestra paciencia, y toda nuestra perseverancia. Es así como se afirma un método y es así como quisiéramos ver a cada momento traducido el ideal.

Bajo ningún pretexto es disculpable que llevemos en los labios la palabra libertad sin que los hechos respondan de que son sinceros. No hay motivo de táctica, ni excusa de gastada habilidad que impida a un anarquista, cuando realiza una obra de asociación, de propaganda o de lo que fuera, realizarla conforme al método que ensalza y encomia.

Somos ricos en palabras y en ideas. Seamos ricos en hechos, que es así como mejor se afirma el ideal.

#### CAPÍTULO IV

En tiempos, no muy lejanos, era uso y costumbre entre los militantes del socialismo, del anarquismo y del sindicalismo apelar a la revolución social para todos los menesteres de la propaganda, de la oratoria y hasta de la correspondencia privada. El abuso llegó a tal extremo, que la locución pasó a mejor vida completamente desgastada y sin provocar la más ligera protesta.

Este cambio en las costumbres no fue meramente de fórmula, como pudieran imaginarse los pocos versados en el movimiento social contemporáneo.

Más o menos, todos creíamos, a puño cerrado, que lo social estaba a la vuelta de cualquier esquina y que el día menos pensado íbamos a encontrarnos en pleno reinado de la anhelada igualdad. Andando el tiempo, la imaginación hizo plaza a la reflexión, el corazón cedió la preeminencia al entendimiento y nos fuimos dando cuenta de que por delante de nosotros había un largo camino que recorrer, camino de cultura y de experimentación, camino de lucha y de resistencia, camino indispensable de preparación para el porvenir. Y todos nos pusimos a

---

<sup>96</sup> Jordán: río de Palestina, tributario del mar Muerto, en el que, según la Biblia fue bautizado Jesús.

estudiar y todos, estudiando, aprendimos a luchar, a propagar, hasta a hablar con maneras nuevas que correspondían a maduras reflexiones. El cambio en el uso de las locuciones que parecían insustituibles, respondió al camino de las ideas y los sentimientos que, al precisarse, se hicieron más exactos y más conformes a la realidad.

Tal novedad, no lo es si se tiene en cuenta la exhuberancia de la vida en los primeros años. No hay juventud sin bellos ensueños, sin arrebatos de pasión, sin irreprimibles entusiasmos.

Es claro que, no por esto, los que hemos sido revolucionarios hemos dejado de serlo. Más en los hechos que en las palabras, la táctica revolucionaria persiste y gana aún a los que andan reacios en poner de acuerdo la conducta con las ideas.

Nadie cree que la revolución sea cosa de inmediata factura, pero se labora cada vez más conscientemente por acelerar todo lo posible el advenimiento de la sociedad nueva. Y en este derrotero, las palabras son lo de menos; a veces son un estorbo, o una necesidad, o una preocupación.

Hacer conciencias; dar luz, mucha luz a los cerebros; poner a compás hechos y principios; realizar, cuanto más mejor, aquella parte esencial de las ideas que nos distingue de los acaparadores de la vida; combatir sin tregua y firmemente todas las fuerzas retardatorias del progreso humano, es tráfago revolucionario de los tiempos modernos, bien saturados de ideales y de aspiraciones novísimos.

En nuestros días, las multitudes proletarias actúan precisamente en este sentido. Aún cuando no estén unánimemente penetradas del ideal, como el ideal está en el ambiente y el espíritu revolucionario las ha penetrado por completo, ellas obran conscientes de su misión renovadora y van en derechura a emanciparse de todos los ataderos que las sujetan a inicua servidumbre.

¿Qué importa que la palabra revolución no esté en sus labios, si la revolución está en sus pensamientos y en sus hechos?

La certidumbre del revolucionarismo proletario, bien nos compensa de aquel extinguido uso de palabras altisonantes que no dejaban tras sí rastro de provecho.

Mas como en achaques sociales se dan las mismas leyes que en toda suerte de mudanzas humanas, no se extinguió la ingenuidad revolucionaria de los primeros tiempos sin dejar, como recuerdo, la mueca de la juventud pasada. Nos quedan los voceros de la revolución, los anacrónicos gritadores de oficio, los que se entusiasman y embelesan con lo grotesco, con lo vulgar y necio de las palabras y están ayunos del contenido ideal de las expresiones. Es fruto natural de la incultura sociológica o del incompleto conocimiento de los principios revolucionarios. Con el mejor deseo, con la mayor naturalidad, sanos de corazón y de pensamiento, algunos, no sabemos si pocos o muchos, no tienen de la revolución y del futuro otra idea que la violencia, las palabras fuertes, los gritos selváticos, los gestos brutales. Se les antoja que el resto es cosa de burgueses, de afeminados, o cuanto más de revolucionarios tibios, prontos a pasarse al enemigo. Para merecer el título de revolucionario es menester gritar mucho, bullir mucho, manotear y gesticular como poseídos. No discutan un hecho por bestial que sea, por cruel, por antihumano que les parezca. Al punto los tacharán de reaccionarios.

Hay en las filas revolucionarias, con distintas etiquetas, bastantes cultivadores de la barbarie. No se es revolucionario si no se es bárbaro. Todavía hay muchos que piensan que el problema de la emancipación se resuelve muy sencillamente a tiros, o con la poda y corta de las ramas podridas del árbol social.

No decimos nosotros que no sea necesaria la fuerza, que no sea *fatalmente* necesario podar y cortar y sajar; no decimos nosotros que el revolucionarismo consista en abrir las ostras por la persuasión; pero de esto a resumir en una feroz expresión de brutalidad humana la lucha por un ideal de justicia para todos, de libertad y de igualdad para todos, hay un abismo en el que no queremos caer.

No voceros de la revolución, sino conscientes de la obra revolucionaria, tan larga o corta como haya de ser, necesita la humana empresa de emancipación total en que andamos metidos los militantes por los ideales del porvenir.

Sin importarnos un ardite de los gritadores profesionales, apesumbrados con los inconscientes gritadores que lealmente, sinceramente, creen servir a la revolución a voces y manotazos, nosotros nos afirmamos en nuestras convicciones de siempre, diciendo a todos:

«Revolucionarios, sí; voceros de la revolución, no».

Ricardo Mella, Agosto, 1922.<sup>97</sup>

## CAPÍTULO VIII

### MELLA, HISTORIADOR

#### 8 DE ENERO 1892 – 10 DE FEBRERO 1893. LOS SUCESOS DE JEREZ<sup>98</sup>

##### Antecedentes

La tierra andaluza es la tierra de la libertad. Desde el año 12<sup>99</sup>, fecha de la proclamación en Cádiz de la primera Constitución española, hasta el día, el pueblo andaluz, el pueblo que trabaja y paga, no se ha negado ni una sola vez su sangre y su vida a todo movimiento a favor del progreso de las ideas y de las instituciones.

Pero la tierra andaluza es también la tierra del despotismo gubernamental y capitalista, es la tierra de la mayor riqueza y de la mayor miseria, y pobres y ricos viven en una tensión nerviosa que los conduce frecuentemente a la más brutal tiranía de un lado y a la sedición constante del otro. Acaparado por unos pocos, muy pocos privilegiados, su feracísimo suelo, la inmensa mayoría del pueblo se halla despojada de todo medio de vida y condena a las torturas del

---

<sup>97</sup> Este parece haber sido el último folleto de Ricardo Mella, fechado exactamente tres años antes de su muerte, ocurrida en Vigo, el mismo mes de agosto de 1925. No podemos precisar si fue su último escrito enviado a una editorial libertaria para su publicación. Sin embargo, es el último conocido por nosotros.

<sup>98</sup> *8 de enero 1892 – 10 febrero 1893. Los sucesos de Jerez*, por autores anónimos (Ricardo Mella); se publicó por primera vez en «El Corsario», de la Coruña, a partir del 25 de diciembre de 1892. Como folleto, se editó en Barcelona, en 1893. El historiador Max Nettlau, los discípulos de Mella, el catalán José Prat y el asturiano Pedro Sierra indicaron que Ricardo Mella fue el autor de este trabajo. El propio autor lo ratifica en su escrito histórico (traducido al francés y nunca publicado en español) *El socialismo en España*, publicado en las páginas 521-535 de la revista internacional «L'Humanité Nouvelle» («La Nueva Humanidad»), de París-Bruselas, en 1898; en la página 523 hay una nota que dice: «Ver el folleto *Los sucesos de Jerez*, por Ricardo Mella».

<sup>99</sup> Mil ochocientos doce.

hambre. Allí donde se producen los mejores frutos; allí, donde abunda de todo y de nada falta y para todos debiera haber lo suficiente, millares y millares de criaturas pasan sin comer muchos días del año y comen muy mal cuando comen. Bajo la acción abrasadora de un sol ecuatorial, rostros tostados, casi negros, coronando un esqueleto humano disecado por la fatiga y el sudor, doblan la frente penosamente, y con el arado, la hoz o la azada arrancan a la tierra deliciosos productos, de cuyo goce están para siempre desheredados. Lo que todo el mundo sabe y muchos aparentan olvidar u olvidan de hecho es que un trabajo tan dura apenas es recompensado con dos, tres, o a lo sumo, cuatro reales diarios, jornal que no sólo ha de bastar al sostenimiento de la familia durante el período de las faenas agrícolas, sino también cuando las lluvias y la invernada vienen a condenarlos a forzosa holganza. En tanto, en las mesas de los reyes, los emperadores y los papas, en las mesas de los grandes capitalistas, propietarios de tierras, de minas o de fábricas, el dorado de Jerez, la dolorosa manzanilla o el incomparable Málaga, hacen las delicias de cuantos no han sabido en su vida lo que es derramar una gota de sudor en un trabajo reproductivo. Y cuando el esqueleto, rechinando los descarnados huesos, agita un momento la segadora hoz en el espacio con el aire amenazador, entonces aquellos que se deleitan con el rico producto de su trabajo prorrumpen en exclamaciones de todo género y, no bastándoles el soez insulto y la infame calumnia, lanzan contra el desdichado y eterno esclavo los ejércitos, de esclavos formados también, y el fusil y la horca ponen término a la contienda, término siempre fatal para los que trabajan, siempre feliz para los que huelgan.

Así ocurre que, a pesar de la gran parte que Andalucía ha tomado en todos nuestros movimientos revolucionarios, a impulsos de los cuales las demás comarcas de España han ido progresando, el pueblo trabajador en Andalucía vive aún como vivía en la Edad Media, y el señor de la tierra andaluza es señor de horca y cuchillo, a quien auxilian eficazmente alcaldes, jueces, polizontes y guardia civiles en la tarea brutal de apretar más y más la argolla de la esclavitud y avivar más y más las ansias del hambre. Las leyes democráticas que en más o en menos permiten al resto de España cierta amplitud en la vida pública, son allí nulas. Ni derecho de asociación, ni derecho de reunión, ni las libres manifestaciones del pensamiento, son allí permitidas. Como en ninguna parte, el garrote y la cuerda son los encargados de administrar pronta y rápida justicia, los presidios y las cárceles están llenos de trabajadores por el pretendido delito de ilegal asociación o reunión clandestina. Las declaraciones arrancadas a palos en los cuarteles de la guardia civil han llevado a unos al patíbulo, a otros al presidio, a muchos a la emigración. Y después de todo esto, el inquisitorial tormento aplicado con una regularidad que espanta, la persecución con un ensañamiento que al más tranquilo encoleriza. No parece sino que la guardia civil ha sido creada con el propósito deliberado de cometer toda clase de brutalidades en las personas de los trabajadores andaluces.

Cuando el 73<sup>100</sup> corrían aires impetuosos de revolución, cuantos se significaron por sus ideas, y muy especialmente los afiliados a la Internacional, sufrieron toda clase de abusos y atropellos. Las prisiones de Cádiz y la Carraca podrían revelar escenas espantosas de bárbaro salvajismo. Las deportaciones en masa nadie las habrá olvidado. Y lo que en la sombra de la noche ocurría cuando a los presos se les sacaba fuera de sus prisiones y metidos de medio cuerpo abajo en sacos se les lanzaba al mar, no será de muchos conocido, pero no pocos podrían atestiguarlo y denunciar los atentados inhumanos en aquella época cometidos. Mucho se ha hablado y se habla de los excesos del pueblo andaluz, pero un día vendrá en que se haga historia de los asesinatos legales, de los atroces bandolerismos del poder público y entonces se verá que, como siempre, el terror blanco ha sido mil veces más sanguinario que el terror rojo.

---

<sup>100</sup> Mil ochocientos setenta y tres. En el artículo *La muerte de Pi y Margall*, por Ricardo Mella, publicado en «La Revista Blanca», de Madrid, el 15 de diciembre de 1901, el autor escribía: «Fui su discípulo. En el agitado período del 73 mi buen padre, federal *enragé*, me daba a leer todos los periódicos, revistas y libros que entonces prodigaba el federalismo triunfante». *Enragé* es una voz francesa que significa «rabioso»; pero, que aquí debe entenderse como «consecuente», «entusiasta», «tenaz», etc.

¡Cuántas desdichadas familias lloran todavía la misteriosa desaparición del padre, del hijo o del hermano!

Más tarde, sofocaba la sedición popular que puso espanto en el ánimo de los revolucionarios republicanos, cuando Andalucía, como toda España, volvió al régimen de la mordaza y del método preventivo, desilusionado el pueblo por el fracaso de la República<sup>101</sup>, teniendo al propio tiempo la conciencia de sus sacrificios y la de las miserables ambiciones, concupiscencias y falsedades de los llamados jefes del republicanismo, dirigió su conducta en un sentido verdaderamente revolucionario; y a pesar de la Restauración y del despotismo canovista, surgió por todas partes, con fuerza inusitada, el retorno de la aparente disuelta Asociación Internacional de Trabajadores. Prestó Andalucía a la Federación Regional Española, compuesta en su mayor parte por elementos anarquistas, todo su apoyo, constituyendo un núcleo tal y tan poderoso, que la avisada burguesía encontró un Oliver y unos cuantos reptiles asquerosos que inventaran una Mano Negra<sup>102</sup> e iniciaran y prosiguieran una tan bestial persecución, que hasta cierta parte de la prensa política llegó a protestar vivamente de que en pleno siglo XIX retrogradáramos a los procedimientos inquisitoriales. Pero todo fue en vano. Cárceles y presidios, como siempre repletos de trabajadores; el patíbulo funcionando como en otros tiempos y los tormentos más atroces, el palo, las ligaduras, en fin, se puso en práctica para arrancar por la fuerza declaraciones de imaginarios delitos, denuncias de supuestas tramas revolucionarias, delaciones de pretendidas sociedades secretas, allí donde no había más que obreros organizados para la defensa de sus intereses, como organizados estaban en el resto de España y como organizados estaban también en todas partes diversos partidos políticos, cuya legalidad precisamente entonces se tenía por dudosa.

En esta labor inicua lo mismo han obrado Cánovas y Sagasta<sup>103</sup>, conservadores y liberales, liberales y republicanos, porque estos últimos, olvidando sus primeros tiempos, aquellos en que la reacción los perseguía, encarcelaba y acuchillaba, han perdido todas sus energías revolucionarias y no han tenido ni tienen una palabra de protesta para los atropellos inauditos de que son víctimas los trabajadores andaluces: porque, en fin, todos a una no sirven ni quieren servir más intereses que los intereses de los ricos, por muy defensores que se digan de los derechos y de los intereses de los pobres.

¿Y qué se quiere entonces de un pueblo que permanece alejado de los pobres progresos políticos realizados en España, que continua siendo el siervo de la Edad Media, que trabaja mucho y come poco, que sufre siempre y no goza nunca? ¿Qué se quiere de un pueblo que ha derramado constantemente su sangre por la libertad, cuando ve que esta libertad es una mentira? ¿Qué se quiere de un pueblo que se ve apaleado, encarcelado, perseguido y ahorcado por orden de aquellos que en otros tiempos le llevaron a las barricadas? ¿Qué se quiere de un pueblo que ha visto sucesivamente el engaño de la libertad, de la república y de la federación? ¿Qué renuncie a la revolución porque ya no la quieren los que le hicieron batirse por escalar el poder? ¿Qué se dé por satisfecho porque sus antiguos jefes lo están? ¿Qué renuncie a un mejor estado social, que renuncie a convertirse en una masa de hombres libres, a gozar del fruto de sus penosas labores?

---

<sup>101</sup> Puede consultarse el libro *El reinado de Amadeo de Saboya. La República de 1873*, por Francisco Pí y Margall, prólogo y notas de Antoni Jutglar, Madrid, 1970, Seminarios y Ediciones, 274 págs.

<sup>102</sup> El «inventor» de La Mano Negra (que nunca existió), que fue «ideada» para mejor reprimir a los trabajadores andaluces, fue un tal capitán Oliver. Su «engendro» le valió ser ascendido a coronel y posteriormente ser trasladado a la capital. En Madrid se distinguió por su «ferocidad» también, cuando en 1884, durante la apertura de cursos de la Universidad Central, reprimió bárbaramente una asonada estudiantil, invadiendo incluso la Universidad. Noveles historiadores, sin embargo, que se han «nutrido» especialmente en fuentes «oficiales», pregonan hoy la «existencia» de La Mano Negra como, por ejemplo, en el folleto siguiente: *La Mano Negra*, por Clara E. Lida, Algorta, Vizcaya, 1972, Zero Ed., 87 págs.

<sup>103</sup> Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Práxedes Sagasta (1827-1903). Políticos españoles.

Si el espíritu revolucionario no estuviera encarnado en el pueblo andaluz, bastarían estos antecedentes para arraigarlo fuertemente.

Aquellos que no se cuidan nunca de referir los efectos y sus causas y que se espantan del efecto exterior de un hecho determinado, debieran tener a toda hora delante de los ojos una relación de estos sucesos, ya que tienen el corazón seco para guardar el sentimiento de su recuerdo, y entonces comprenderían cómo unos hechos son la generación natural de otros hechos y cómo, aparte de la labor fecunda de las ideas revolucionarias, las brutalidades de arriba engendran la desesperación de abajo, disponiendo al pueblo a la sedición y a la rebeldía, que si como medio para realizar un ideal la propagamos, bien pudiera suceder que a ella se apelara por un muy consecuente espíritu de venganza.

Así, pues, para entrar en el examen de asunto que motiva este folleto, no deben olvidarse estos antecedentes, sino por el contrario, completarlos con el detalle que aquí nosotros no podemos dar por razón de espacio.

### Los sucesos

Bastante antes de los acontecimientos de Jerez se había dado comienzo en la provincia de Cádiz a la persecución de los anarquistas. A partir de la primera manifestación de mayo, no pasó un día sin que fuera encarcelado y procesado alguno. En Cádiz se invocaron varios procesos contra Salvochea<sup>104</sup> y un buen número de compañeros. Se cerraron arbitrariamente los Centros obreros y se imposibilitó la publicación de periódicos anarquistas. De todos estos procesos ni uno sólo prosperó, y la justicia histórica fue derrotada repetidas veces sin que, no obstante, cesara en su empeño. Todos los manejos para complicar a nuestros amigos en el real o supuesto complot de los petardos fueron inútiles. Los delatores pagados y los policías denunciadores se contradijeron a menudo y revelaron claramente que nada sabían en concreto del asunto. No obstante, un cierto número de compañeros, aquellos que la burguesía juzgaba jefes del movimiento anarquista, continuó en la cárcel meses y meses bajo los fútiles pretextos. A Salvochea, principalmente, no se le absolvía en un proceso sin que inmediatamente se le complicara en otro. Esta conducta de los poderes públicos provocó el enardecimiento de los entusiasmos revolucionarios y cada proceso de los incoados en Cádiz fue motivo de manifestaciones entusiásticas en que el pueblo obrero mostraba bien a las claras sus opiniones anarquistas para hacer nuevas prisiones y hasta se dio el caso de detener y procesar a un compañero por negarse, en uso de su derecho, a jurar en nombre de Dios, en nombre de una cosa en que no creía.

Todos estos hechos dicen claramente que lo que se proponía la burguesía andaluza era matar a todo trance la propaganda anarquista, imposibilitando para hacerla a todos aquellos que se le antojaban más peligrosos.

Hay que unir a todo esto el malestar creciente de los trabajadores del campo en Andalucía y muy especialmente en la provincia de Cádiz. La campiña de Jerez atravesaba un período de crisis, terrible por sus consecuencias para los famélicos campesinos. Los que podían trabajar

---

<sup>104</sup> Fermín Salvochea (1842-1907), famoso anarquista español. Puede consultarse el libro *Crónica de un revolucionario. Con trazos de la vida de Fermín Salvochea*, por Pedro Vallina, París, 1958, Solidaridad Obrera Ed., 121 págs. El doctor Pedro Vallina (1879-1970), que se consideraba discípulo de Salvochea, nació en Guadalcanal, provincia de Sevilla, y murió en Veracruz, México, durante el exilio. Puede consultarse su obra *Mis memorias*, por Pedro Vallina, prólogo de Paulino Díaz, México-Caracas, 1968, Tierra y Libertad Ed., t. I, de 351 págs.; prólogo de José Viadiu, México, 1971, Tierra y Libertad Ed., t. II, de 267 páginas. Existe una hermosa «biografía novelada» sobre Salvochea, en la cual aparece como «Salvatierra», y es la siguiente: *La Bodega*, por Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, s./f., F. Sempere Editor, 452 págs.; y ediciones anteriores o posteriores, incluso en otros idiomas.

por aquel entonces ganaban sesenta y dos céntimos de peseta por una peonada, como allí se dice, o sea por una jornada de trabajo, que obliga al obrero a salir de casa cuando todavía brillan las estrellas en el firmamento y a recogerse en el cortijo algo después de ponerse el sol. Todos los que trabajan en estas condiciones han de permanecer lejos de su casa días y más días, durante los cuales se alimentan con un mal pan y un poco de aceite y duermen en una cuadra llamada gañanía, sobre una estera, tendida en el terroso suelo y en medio de toda clase de molestos insectos, cuando no en el propio suelo y sin defensa ni comodidad alguna. Claro está que de los famosos sesenta y dos céntimos han de mantenerse la familia y ha de reponer el obrero sus andrajos durante su permanencia en el cortijo, lo cual le obliga a un sinnúmero de prodigios económicos para poder ir tirando en medio de su desnudez y de su miseria.

Y como el trabajo escaseaba entonces los jornales bajaban, cosa muy frecuente en aquella riquísima campiña, no se necesitaba ciertamente ser anarquista para sentirse empujado a la rebelión.

De este malestar creciente, ayudado por la conciencia de la injusticia que lo ocasionaba, surgió la sublevación de Jerez. Perseguidos, apaleados y encarcelados muchos trabajadores, hambrientos casi todos, ansiosos de reparar de una vez por todas las iniquidades con ellos cometidas, pensaron, y pensaron bien, que era preferible una solución violenta y definitiva a la muerte esperada con estoicismo impasible. De aquí la agitación que por la campiña de Jerez fue extendiéndose. La víspera del 8 de enero de 1892, Ángel Torre Ferreti, un judas del anarquismo, comprado por la burguesía de Jerez, ayudado por agentes provocadores, lanzados en medio de la masa obrera no se sabe por quién, colmo la medida de la irritación de los ánimos, encarcelando a un buen número de compañeros. El día 8 por la noche entraron en Jerez algunos centenares de trabajadores al grito de «¡Viva la revolución social! ¡Viva la ANARQUÍA!», dirigiéndose unos a la cárcel con el propósito de liberar a sus compañeros y a los cuarteles otros, donde invitaron a los soldados a secundar el movimiento. Las armas de que disponían los sublevados eran completamente inofensivas ante los fusiles del ejército. El resultado nadie lo habrá olvidado. Salieron las tropas a la calle, dispersaron a los trabajadores, y a pesar del gran número de descargas que se hicieron, a penas hubo heridos, lo cual prueba que si los soldados no secundaron el movimiento, tampoco tenían ganas de ahogarlo en sangre. De este hecho extraordinario ha hablado no poco la prensa burguesa y nosotros lo señalamos a la consideración de nuestros amigos por la importancia de las deducciones de que de él se pueden sacar para el porvenir.

En la mañana del día 9 no quedaba de aquella sublevación de gentes desarmadas e indefensas más que el espanto producido en los capitalistas.

Dos burgueses aparecieron muertos en la vía pública, y asesinos fue lo menos que se llamó a aquellos que de Jerez podían haber hecho un montón de pavesas, pues a pesar de los odios sembrados por la burguesía, de los patíbulos levantados, de las palizas propinadas a toda hora, de los tormentos aplicados siempre y del hambre cotidiano, fueron los campesinos de Jerez demasiado nobles y generosos para no reparar debidamente los ultrajes recibidos, para no castigar las tropelías y demasías del poder, para no vengar las iniquidades de la gente adinerada. Los burgueses encopetados pusieron el grito en el cielo, a pesar de esto, y una turba de miserables que no tienen dos cuartos, pero que presumen de gente bien educada y pulcra, que gasta guante y se codea con los grandes propietarios, prorrumpió en exclamaciones injuriosas porque temía la hora de las represalias. En cambio, nadie se ocupó de la muerte que un cabo de caballería dio a un trabajador indefenso que llamaba a un compañero para ir al trabajo, nadie se ocupó de saber por qué este otro trabajador no tuvo el mismo fin, gracias a la resistencia que los soldados opusieron a las órdenes de dicho cabo, licenciado inmediatamente, sin duda en premio a su vandálico acto; nadie se preocupó de la inexplicable muerte de Caro, si no fue para injurarlo miserablemente; nadie pensó en poner remedio a la canallesca conducta de los polizontes, a las barbaries cometidas en los cuarteles de la guardia civil y a los



procedimientos inquisitoriales adoptados para mejor llevar a cabo la iniquidad de las iniquidades.

El Lebrijano y Busiqui fueron acusados de asesinato por estas dos muertes. Compañeros de Jerez aseguran que aquéllos no eran anarquistas; pero esto importa poco. Eran dos víctimas de la explotación burguesa, eran dos desheredados lanzados a la lucha violenta de clases y, supuesta la certeza de la acusación, mataron como se mata en todos los movimientos revolucionarios. ¿Qué a quién mataron? Pues al primero de los adversarios que se pudo delante. Y adversario para el obrero que tercia en estas luchas lo es, más que el soldado que dispara su fusil porque se lo ordenan, todo el que vive del sudor del pueblo porque quiere. Cuando las revoluciones tenían carácter político se acechaba a los jefes militares o civiles del bando opuesto y se suprimía el obstáculo sin miramientos. Hoy las cosas han cambiado. El burgués y el obrero están el uno frente del otro y el jefe militar o civil no es más enemigo que el propietario que vive tranquilamente de su renta, apartado de toda contienda social.

Pero sin que entremos a justificar aquel hecho, se explica muy sencillamente. La gente rica y la clase media que no lo es, desprecian al obrero hasta el punto de avergonzarse de hablar en medio de la calle con uno de estos desarraigados, sobre cuyo trabajo vive todo el mundo. Se considera al hombre del pueblo como de una raza aparte, inferior, despreciable. ¿Qué mucho que nazca en el obrero el sentimiento recíproco, el odio a todo lo que no es su clase y la venganza surja cuando de la vida regular se pasa a la lucha violenta? ¿Está tan atrofiado el cerebro de la burguesía que no se dé cuenta de estas cosas?

Por otra parte es injusto inculpar a los sediciosos de Jerez de un acto cuya responsabilidad es puramente individual. Ellos tuvieron a su disposición todas las riquezas de Jerez y no tomaron un alfiler; ellos pudieron penetrar en el casino o en el teatro, donde se acurrucaba cobardemente la burguesía, y nada hicieron cuando tantos motivos tenían para tomarse por su mano la justicia de que andan bien necesitados; ellos pudieron interrumpir las comunicaciones, detener los trenes, y esto que todos los partidos han hecho no tuvieron ellos valor bastante para hacerlo porque se les habló de humanidad y se les hirió su sentimiento, siempre y mil veces más noble que los sus vandálicos explotadores. Ellos pudieron, en fin, disponer de armas terribles y apoderarse a mansalva de Jerez. ¿Y qué hicieron? Realmente, nada. Pero la burguesía ha entrevisto el peligro que se avecina, ha visto, como suele decirse, «los dientes al lobo» y tiembla medrosa ante el ejército proletario que imagina ver levantarse por todas partes amenazador. ¡Por eso se ha lanzado contra los trabajadores de Jerez la acusación de que se proponían saquear y asesinar!

El pánico se apoderó por completo de la sociedad española, y en Jerez ni aun se atrevían a salir a las calles. El terror general hizo pensar en la venganza, y la burguesía se preparó a tomarla terrible. Los poderes públicos comprendieron que no volvería la tranquilidad a los ánimos sin una formidable represión, hábilmente organizada.

Se comenzó, pues, prendiendo trabajadores a diestro y siniestro. El traje habitual del agricultor constituía una denuncia, y en los cortijos, en el campo, en las calles y en las casas de la ciudad fueron detenidos jóvenes, y ancianos sin distinción. El día 9 fue detenido Lamela, estando en su barbería, y el 10, por la mañana, Zarzuela y tres más. El Busiqui y Caro habían sido ya detenidos y encarcelados. Se hicieron varios reconocimientos en rueda de presos por gentes disfrazadas que se cubrían el rostro con antifaz y sólo Caro y Busiqui fueron señalados por dos guardias municipales como autores de una de las muertes ocurridas en la noche del 8.

Cinco o seis días después fue detenido Félix Grávalo, «el Madrileño», y si antes de esta prisión no había sido posible probar nada que constituyera delito a la inmensa mayoría de los presos, desde que este agente provocador, este explotador de los trabajadores, venido no se sabe de dónde, pero que contaba con la recomendación de algunos y sin duda poco avisados

compañeros de Sevilla, este hombre que vivió largo tiempo en la holganza, gracias a la generosidad de los campesinos jerezanos y que rehusaba siempre el trabajo amparándose en fútiles pretextos, desde que este hombre indigno, repetimos, entró en la cárcel todo se volvieron acusaciones, denuncias y estupendos e imaginarios complots. El fue quien acusó a Lamela como jefe del movimiento y a Zarzuela como agitador, que iba a la cabeza de los amotinados a la salida de Caulina; él quien delató a Lamela, Díaz Caballero y Sánchez Rosa como individuos que en comisión habían ido a Cádiz para ponerse de acuerdo con Salvochea; él fue quien complicó al revolucionario gaditano en los sucesos de Jerez y de los cuales sólo sabía lo que nadie ignoraba, pero nada más, porque los compañeros jerezanos desconfiaban de este charlatán de muy buenas palabras y muy malos hechos. Por él, en fin, fueron apaleados y atormentados muchos trabajadores que no declaraban acordes con sus denuncias infundadas, falsas, inicuas. A Lamela, por él, le sacaron al campo y le maltrataron de un modo infame y antihumano. En conclusión, la burguesía paseó por las calles y por los campos «el Madrileño», y cuantos éste quiso señalar y acusar fueron atropellados, encarcelados y procesados. Todo esto fue necesario para que a una multitud de trabajadores se le pudiera tener amontonada en inmundas pocilgas de la cárcel de Jerez, tratándola peor que se trataba en las bodegas de los barcos negros a los desdichados esclavos.

Juez civil, juez militar, consejo de guerra, patrullas de caballería, infantería y guardia civil recorriendo los campos y las calles, todo fue poco para tranquilizar a la cobarde burguesía.

Tal fue el comienzo de esta tragedia que tuvo su desenlace en el tablado del patíbulo.

### **Los sucesos**

Desde el primer momento se comprendió que los poderes públicos trataban de aplicar primero un terrible castigo y reservarse luego la elección de nuevos medios de martirio y de tormento contra los campesinos jerezanos.

Instruido el primer proceso por las autoridades civil y militar, se inhibieron bien pronto las primeras; y a pesar de que en la noche del 8 no se hicieron armas contra la fuerza pública ni fue herido ningún soldado, a pesar de que no llegó a declararse el estado de sitio, se construyó el consabido consejo de guerra para castigar sin duda, con toda la sumaria rapidez que el caso requería, la rebelión de los trabajadores. Si el consejo de guerra hubiera de juzgar a todos los detenidos en un solo y único proceso, no hubiera podido levantarse el patíbulo en la plaza pública con la premura que se quería. Así fue que muy pronto se hizo una separación de piezas y autos, dirigiendo los primeros trabajos procesales contra aquellos individuos más significados que habían sido ya antes objeto de los cariños burgueses, merced a los inquisitoriales procedimientos de la guardia civil y a las viles delaciones de agentes provocadores que ni aun el trabajo de disimular se tomaron.

Llegó el día de la vista, y a pesar de las protestas de los acusados, a pesar de sus negativas, manifestando que las declaraciones que constaban en acta habían sido arrancadas por la fuerza y el tormento, a pesar de hallar algunos dispuestos a que los médicos hicieran en sus personas un reconocimiento para atestiguar la existencia de señales evidentes de las violencias con ellos cometidas, las sabias y honradas autoridades militares hicieron oídos de mercader, y barajando el delito de sedición con el crimen cometido en las personas de manos limpias, condenaron a Lamela y Zarzuela a la última pena, como jefes del movimiento, a Busiqui y el Lebrijano como autores del asesinato referido, a Caro a condena perpetua, como cómplice de estos últimos, y Félix Grávalo Bonilla, José Romero Loma y Antonio Macías a la reclusión perpetua por haber tomado parte en la sedición del día 8 de enero.

El día 9 de febrero por la mañana fueron puestos en capilla Lamela, Zarzuela, Busiqui y el Lebrijano, donde se vieron asediados por una multitud de curas y burgueses que Zarzuela y Lamela rechazaron enérgicamente repetidas veces. Lamela dijo a varios burgueses con voz fuerte: «Si piensan que con matarnos no se hace la revolución, se equivocan, porque los trabajadores están dispuestos a defender sus derechos y la revolución social es segura; así es que me importa poco morir por no vivir en sociedad tan infame».

Tanto Lamela como Zarzuela no confesaron, pues rechazaron siempre la intervención del cura. De Busiqui nada se puede asegurar y el Lebrijano nadie habrá olvidado aquella famosa declaración arrancada, si es real, por los cuervos burgueses que hasta el último momento custodiaron a nuestros compañeros. Nuestros desgraciados amigos se vieron privados de libertad hasta en el momento en que se la concede a los más empedernidos criminales. Nadie de los suyos, amigos o parientes, pudo acercarse a la capilla.

El día 10 de febrero fueron elevados al patíbulo los sentenciados. Zarzuela dirigió al pueblo estas memorables palabras: «Pueblo de Jerez: que no digan que somos cobardes; tomen venganza de esta inquisición que están haciendo con nosotros». Lamela, mostrando gran serenidad, saludó al público con el sombrero. El Busiqui no cesó de protestar de su inocencia hasta el último momento. Instantes después los cuatro reos habían dejado de existir.

A la misma hora que ahorcaban a nuestros compañeros, murió también, no se sabe de qué, nuestro buen compañero Caro. La burguesía arrojó sobre su cadáver un puñado de lodo. Tal vez para ocultar su crimen.

El sacrificio se había consumado. Y como respondiendo al espíritu de venganza en que se inspiraba el poder público, los trabajadores de varias poblaciones abandonaron sus faenas, explotó una bomba de dinamita en Barcelona y otras explosiones ocurrieron en diferentes delegaciones de España en el extranjero. En algunas grandes ciudades de Europa y América se celebraron *meetings*<sup>105</sup> de protesta y la agitación obrera tomó un carácter internacional que asegura para el porvenir el más bello espíritu de solidaridad en la lucha entablada.

Ante estos hechos sólo diremos una cosa: el castigo ha sido terrible, inhumano, bárbaro, contra toda ley y todo derecho. ¿Quién podrá extrañarse que en día no lejano las represalias excedan a su vez toda consideración y todo humano respeto?

-----

El primer paso estaba dado y la burguesía preparaba una segunda hecatombe. Había el propósito de celebrar segundo consejo de guerra el 20 del mismo mes de febrero. Los verdugos permanecieron en la ciudad de Jerez, sin duda, dispuestos para nuevas inmolaciones. Sin embargo, de pronto cesó la actividad de los jueces militares y los verdugos abandonaron la ciudad. ¿Qué había pasado? Nosotros no sabemos, pero vimos con toda claridad que se cambiaba de táctica. Empezaron de nuevo los atropellos y los tormentos. Se complicó a Salvochea en el proceso, acusándole de inductor en los sucesos del 8 de enero y se le trajo a Cádiz para encerrarlo en una pocilga, aislado de toda humana relación. Nadie habrá olvidado la actitud en que se colocó Salvochea y las arbitrariedades con él cometidas hasta el punto de obligarle a solicitar del fiscal militar una entrevista en la que, sin duda, nuestro valeroso compañero protestó enérgicamente de las violencias que con él se hacían. La guardia civil empezó otra vez la noble tarea de arrancar declaraciones a fuerza de palos. El castigo fue más lento, más infame, más inicuo. Se trataba, sin duda, de reprimir sin ruido, de atropellar y atormentar en la sombra, de aniquilar al mayor número posible con el más grande sigilo imaginable. Transcurrieron así meses y meses; pasó un año, Félix Grávalo Bonilla, «el Madrileño», declaró que había acusado falsamente bajo la promesa de obtener la libertad que se le había hecho por escrito cuando estaba en la prisión. En la carta de referencia, que entregó

<sup>105</sup> *Meetings*, voz inglesa: asambleas públicas, concentración callejera multitudinaria, etc.

al tribunal, se le daban imperiosas instrucciones respecto a los individuos a quienes debía acusar, bajo amenaza de los más atroces castigos si no obedecía; y, no obstante, esto que «el Madrileño» reveló cuando perdió las esperanzas que le habían hecho concebir respecto a su libertad, el tribunal militar hizo caso omiso y prosiguió su represiva tarea.

Por fin, fueron citados los procesados para que nombraran defensores, a lo cual casi todos se negaron. Se celebró el consejo y ante él reclamaron algunos de los defensores, nombrados de oficio, la presencia del traidor Ángel Torres Ferreri y del delator «el Madrileño» para que delante de los acusados ratificarán sus acusaciones, a lo que el tribunal se negó en previsión, sin duda, de lo que todo el mundo comprenderá que hubiera ocurrido. Varios procesados protestaron también de la veracidad de sus primeras declaraciones, afirmando que habían sido arrancadas por la fuerza, pero el consejo se negó sistemáticamente a toda clase de pruebas, por lo cual los defensores formularon enérgicas protestas que constan en acta. En fin, que todo el proceso segundo se desarrolló como el primero, siguiendo procedimientos puramente inquisitoriales. Los acusadores no comparecían y las acusaciones caían como llovidas del cielo. La defensa se hizo imposible y sólo quedó el recurso de esperar estoicamente que el capricho del vengador ordenara la venganza.

Celebrado el consejo de guerra, después de once meses de prisión, recayó la siguiente sentencia:

Manuel Díaz Caballero, a reclusión perpetua; José Sánchez Rosa, a reclusión perpetua; José Crespo Sánchez, a reclusión perpetua; José Barrera Moreno, a reclusión perpetua; Andrés Domínguez Garrido, a reclusión perpetua; Juan Borea Marín, a reclusión perpetua; Joaquín Sánchez Santo, a reclusión perpetua; Juan Gómez Correa, a reclusión perpetua, (el Supremo rebajó la pena a veinte años); José Marques, a reclusión perpetua, (el Supremo rebajó la pena a doce años); Juan Lozano Roldán, a quince años; Francisco Maza González, a quince años, (el Supremo aumentó la pena a reclusión perpetua); Manuel González Guillén, a quince años, (el Supremo la aumentó a veinte años); Juan Agis Besada, a quince años, (el Supremo rebajó la pena a doce años); José Reguera Iglesia, a quince años, (el Supremo rebajó la pena a doce años); Fermín Salvochea, a doce años; Gaspar Domínguez López, a quince años, (el Supremo la rebajó a ocho años).

En esta ocasión ocurrió un cambio de política en España. Sagasta, con su ministerio de notables, sustituyó a Cánovas, caído bajo las acusaciones de la inmoralidad que se había apoderado de la máquina administrativa. La aprobación por las autoridades superiores de la sentencia dictada sufrió un aplazamiento, aplazamiento que pudo hacer concebir halagüeñas esperanzas a algunos demasiado bondadosos amigos nuestros y a cuantos sentían simpatía por los desdichados vencidos de Jerez. La sentencia fue ratificada, que como decía «La Anarquía»: «Si el partido conservador, a su subida al poder, perpetró la felonía de ahorcar a los desgraciados compañeros de La Mano Negra, inventada por el agente Oliver, a las órdenes de Sagasta, a Sagasta cumple dar cima a la obra iniciada por algún oculto Oliver de Cánovas».

Así terminó la obra inquisitorial de los poderes públicos. Nuestros amigos están ya en presidio o camino de él. Por donde han pasado y por donde pasan los que van presos y los que quedan libres, aclaman juntos la ANARQUÍA y la revolución social. ¡He aquí la respuesta que a la represión autoritaria dan los que están dispuestos a perder la vida por la libertad!

-----

Digamos ahora algo respecto a los términos de ambos procesos. Las monstruosidades cometidas son tales, que no cabrían en un libro nuestros juicios y nos vemos por ello obligados a concretarlos y reducirlos a los puntos más salientes. Son éstos la calificación de los sucesos, los procedimientos de investigación seguidos, la acusación contra Salvochea y la cuantía de las penas impuestas.

Para nosotros es incuestionable que lo ocurrido en la noche del 8 de enero no pasó de un simple motín sin grandes proporciones. Lo prueba que los amotinados no hicieron armas contra nadie, ni siquiera se defendieron de la fuerza pública. Podían llevar en la intención lo que se quiera, que no se puede juzgar de ellas, pero los hechos no pasaron a la categoría de los que se califican de sedición o rebelión militar, como ha sentado el consejo de guerra. Excepción hecha de las dos muertes ocurridas, que fueron hechos puramente individuales de los que suceden en cualquier fiesta religiosa, en cualquier romería, en cualquiera aglomeración de gentes, y no imputables, por tanto, a la masa general de los reunidos, cualquiera que sea el motivo, nada ocurrió en Jerez que justifique la calificación de los sucesos hecha por el tribunal militar. En cualquiera de los motines que con frecuencia ocurren en Madrid y en otras grandes poblaciones, se hallan caracteres de rebelión más graves que en los sucesos de Jerez, puesto que se hace casi siempre resistencia a la fuerza pública, a la cual se arroja piedras o se dispara tiros. En Jerez todo se redujo a unos cuantos vivos, a una visita a la cárcel con el propósito de que fueran puestos en libertad varios trabajadores, y a individuales invitaciones a varios soldados para que se unieran a la manifestación. ¿Ha ocurrido más sino es el abultamiento que el espanto burgués, el pánico a los que en su conciencia se sienten acusados, dio a los sucesos? La infamia cometida en esta ocasión por las gentes acomodadas no tiene nombre. Bajo la presión de su cobarde terror fue menester fraguar una sedición para que hubiera motivo de asesinar a unos cuantos honradísimos y laboriosos trabajadores, anarquistas, sí, hombres de idea, pero no criminales vulgares como se ha pretendido por los miserables que matan a mansalva y viven del latrocinio.

Y para que esa calificación arbitraria pudiera hacerse, ¿qué medios se siguieron? La presión en masa de los campesinos jerezanos, la delación encubierta y criminal, las declaraciones arrancadas por el tormento en los cuarteles de la guardia civil, que aseguraba estar autorizada para todo, y en las excursiones al campo, donde con toda impunidad se cometieron los mayores excesos. Hombres pagados como el polizonte Torres o ganados con promesas falaces como «el Madrileño», fueron los agentes denunciadores a quienes el tribunal dio entero crédito, sin compulsar sus acusaciones, sin apelar a ninguna clase de pruebas, sin dar medio alguno en defensa a los acusados. Como en tiempos del Santo Oficio,<sup>106</sup> se apeló a la mascarilla, al palo, a la polea, a toda clase de tormentos. Bastaba acusar, no era preciso probar. Y al que no declaraba a gusto de cualquier esbirro con tricornio se le apaleaba o se le colgaba con los brazos vueltos hasta que el sufrimiento le arrancaba una mentira, la mentira que se le demandaba. ¡Pobres agricultores jerezanos!

Dirán que esto son exageraciones nuestras. No; en todo caso serían más que exageraciones. Serían calumnias que la ley castiga y nuestros periódicos están llenos de denuncias de estos hechos vandálicos sin que nadie se haya atrevido a desmentirnos. ¿Por qué, si lo que en «El Productor», en «La Anarquía» y en «El Corsario»<sup>107</sup> se ha dicho por los mismos interesados y bajo su firma es calumnioso, no se les ha procesado y castigado? Sencillamente, porque si se abriera una información judicial se haría el escándalo, y la burguesía todo lo consiente menos esto último. Los poderes públicos han contado con la complicidad de las clases privilegiadas y de los partidos todos y con esto les bastaba. El silencio fue la consigna seguida por todos, hasta por esos vividores que se llaman revolucionarios para mejor explotar al pueblo, por esos que se quejan de que más que a otros les combatamos, cuando debiéramos estrujarlos para que cesaran en su canto de sirena.

---

<sup>106</sup> Santo Oficio: Tribuna de la Inquisición.

<sup>107</sup> «El Productor» fue un periódico libertario de Barcelona y salió del 1 de febrero de 1887 hasta el 21 de septiembre de 1893, totalizando 369 números. «La Anarquía» fue un periódico libertario de Madrid que salió el 16 de agosto de 1890 y cesó en 1893. «El Corsario» fue un periódico libertario de La Coruña que apareció en 1890 y cesó -en su primera época- en 1895, totalizando 211 números; reapareció el 9 de enero de 1896 y cesó el 3 de octubre del mismo año. Datos tomados de *Bibliographie de l'Anarchie* («Bibliografía de la Anarquía»), por Max Nettlau, prólogo de Elisée Reclus, Nueva York, 1968, Buró Franklin Ed., 294 págs. Segunda edición, facsimilar.

¡Pero qué! ¡Si los mismos socialistas, gentes que andan entre los trabajadores pregonando una mentida revolución social, fueron cómplices de esta terrible iniquidad en Jerez cometida!

Si hubiera en estas gentes un átomo de veracidad, de justicia, de honradez, ¡cuán otra hubiera sido su conducta!

Pero no; el zafío trabajador del campo, los manos negras, esos hombres rudos, quemados por el sol, consumidos por la miseria, desnudos y hambrientos, se han atrevido con la gente pulcra de la ciudad, con los señoritos, con los manos blancas, con los sietemesinos de la aristocracia, de la clase media y de la clase obrera, que también los hay, y este enorme delito no podía perdonarse. La terrible hoz del segador debía ser humillada, anulada en afrentoso patíbulo.

Y después de esto era preciso más. Era preciso una *razzia*<sup>108</sup> que acabara con todos los anarquistas de aquella feraz campiña. Era preciso, asimismo, buscar un inductor entre los que esos bestias, que tienen por cerebro un puñado de monedas, llaman jefes anarquistas, y apareció Salvochea, el cristo que los fariseos gaditanos no se atrevieron a crucificar. Bastó la indicación de un miserable, sin pruebas, sin nada que lo acreditara, para que los fariseos de Jerez se apoderaran de Fermín y lo sentenciaran, calumniándolo e insultándolo villanamente.

«Por muchos folios -decía «La Anarquía»- que haya escrito el fiscal (que tiempo y papel ha tenido) no podrá convencer a nadie, ¡quién sabe si el lo estará!, de que allí hubo plan revolucionario, y mucho menos que Salvochea, metido por arte de magia en la segunda parte de ese proceso, fuera el inductor”.

“Se necesita desconocer el talento del caudillo de Cádiz, que también supo poner en estado de defensa la ciudad, que resistió con ventaja los ataques de Caballero de Rodas<sup>109</sup>; el genio guerrillero del que tuvo en jaque gran número de fuerzas monárquicas; y por último, se necesita desconocer la grandeza de alma de ese hidalgo caballero que se llama Fermín Salvochea, que tan hidalgo sería siendo republicano o carlista como lo es siendo anarquista, para suponerle que fuera capaz de inducir una asonada en provecho propio. Si nosotros fuéramos tan mezquinos que supiéramos en él esa ruindad, seríamos los primeros en condenarle. Pero ¿cómo se puede dudar, sin dudar antes de sí mismo, de quien jamás convirtió la política en granjería ni medró cuando tuvo la sartén por el mango, sino que, por el contrario, consagro fortuna, libertad y vida a la defensa de la democracia primero, de la república después y de la ANARQUÍA más tarde?”

“No, señor fiscal; llamar inductor con los planes ulteriores que se le supone a un revolucionario, tan leal como desinteresado, más que acusación es un insulto; Fermín Salvochea no indujo jamás a nadie sin ir él al frente; eso se queda bueno para los generales y oficiales que cubren su cuerpo con el de sus subalternos; Fermín Salvochea fue siempre el primero en avanzar y el último en retroceder: si hubiera estado libre y hubiera inducido a los jerezanos, no hubiera sido seguramente desde Cádiz, sino desde Jerez; no alejado de sus compañeros, sino en medio de ellos. Entonces quizá hubiera cambiado de rumbo la cosa, y no habría pagado tanto infeliz, unos con la vida y otros con largos años de presidio, la inexperiencia de creer que un montón de salvajes puede ser una sociedad de personas”.

-----

“Salvochea no sólo tuvo ocasión de hacerse millonario siendo jefe del cantón de Cádiz y cuando mandaba las partidas republicanas, sino que en estos últimos tiempos pudo ser el jefe de todos los republicanos de Andalucía y salir electo diputado cuantas veces le pluguiera. Salvochea, con sólo renunciar a sus ideales anarquistas, podía disfrutar una regular fortuna (dado que no

---

<sup>108</sup> *Razzia*, voz italiana: pillaje e invasión domiciliarias, detención inesperada y violenta de personas en la calle, etcétera.

<sup>109</sup> Antonio Caballero de Rodas (1816-1876), general español, que fue capitán general en Cuba.

hubiera querido ensuciarse), cuidando de su fábrica de naipes y al propio tiempo de su idolatrada anciana madre -noble y venerable señora de quien esta Redacción saluda con toda la efusión de su alma-. Salvochea pudo ser, pues, un burgués que gozará comodidades con sólo explorar su antigua industria, sin más allá; y en vez de esto, amando la justicia y las reivindicaciones proletarias, ha trocado de buen grado las dulzuras del hogar, las comodidades placenteras, hasta la inefable dicha de ver constantemente y acompañar todas las nobles a la que le dio el ser, por las sombrías paredes de cárceles y calabozos”.

“Un hombre así de generoso donde pulula tanto miserable, un hombre así de tan inquebrantable conciencia donde abunda tanto ruín que se la pisa por la mezquina prebenda, no puede ser inductor de nada que exija sacrificio economizando el propio”.

“Por eso ha sido necesario sacarlo de Cádiz y llevarle a Jerez para condenarle. Estaba probado que cuantas veces lo hubieran juzgado los tribunales gaditanos, otras tantas saldría absuelto. Porque en aquella legendaria ciudad de la libertad, todos, desde el más chico al más grande, desde el más rico al bracero, conocen al honrado Salvochea, a quien saludan respetuosamente al verle cruzar las calles llevando del brazo a su virtuosa madre, y todos saben perfectamente que lo que se ha pretendido por la burguesía con este espinoso calvario que se le hace recorrer sólo obedece al estúpido temor de creer que es el caudillo, el jefe de los anarquistas”.

“A consecuencia de esta profunda convicción, el jurado gaditano no hubiera pronunciado jamás, jamás y jamás veredicto de culpabilidad contra el que sólo puede aparecer reo ante gentes adocenadas, hombres pequeños o espíritus sujetos a deleznable influencias”.

“Ésta nuestra afirmación está comprobada perfectamente por los meses y meses que ha tardado este consejo de guerra, formado por tan despierta y avisada gente, en dar en la cuenta de que el inductor de aquella manifestación que tanto aterró a los vampiros burgueses jerezanos era, no Lamela y Zarzuela, ignominiosamente sacrificados en el patíbulo, sino Fermín Salvochea, el perpetuo recluso de Cádiz”».

Mas ¿qué pruebas había para condenar por inductor a nuestro amigo?

Ninguna, en realidad. Bastó que «el Madrileño» afirmara la existencia de una entrevista entre varios anarquistas de Jerez y Salvochea para que después de no poco tiempo cayeran los señores del tribunal militar en la cuenta de que Fermín, y sólo Fermín, era el promotor verdadero de aquella terrible sedición jerezana, tan caramamente pagada por la multitud de trabajadores. Y hay que advertir que aun a los mismos periodistas de Cádiz era difícil ver y hablar a Salvochea, y cuando esto se lograba era necesario hablar en voz bastante fuerte, pues que el locutorio está dispuesto de modo que entre presos y visitantes media la suficiente distancia para hacer imposible el secreto de la conversación. Sin embargo, tres sencillos campesinos pudieron tramar toda una revolución con el temido anarquista, burlando la previsión burguesa. Tan sólido es el fundamento de esta otra iniquidad que en Jerez se ha cometido.

¿Y qué diremos de la cuantía de las penas? ¿Qué diremos, en un país en que pasado el primer momento de todo motín se sobreesen los procesos a granel y se pone en libertad a los procesados aun cuando hayan hecho resistencia a la fuerza pública?

«Lo de Jerez no fue un motín -se nos dirá-; fue una rebelión que tenía por objeto el saqueo y el asesinato». ¿Y dónde están las pruebas?

Si hubiera sido una sedición, y no negamos que esto estuviera en el pensamiento de los trabajadores de Jerez, ¿cómo se explica que no llevaran armas, propiamente hablando, adecuadas a sus propósitos? ¿Es que pensaban batirse a puñetazos?

Pase, sin embargo, lo de sedición o rebelión militar. ¿De dónde se saca la consecuencia de que ésta tuviera por objeto robar y asesinar? Aun en aquel supuesto, lo sucedido no puede compararse con el asalto del cuartel del Buen Suceso, en Barcelona, ni con el alzamiento republicano el 1 de septiembre, en Madrid. En el primero de los sucesos citados hubo individuos del ejército heridos y en el segundo fue un hecho la insurrección contra la forma de gobierno. Los que iniciaron el alzamiento de Madrid eran militares que volvieron sus armas contra las fuerzas leales. Ocurrieron dos muertes, un brigadier y un coronel, ambos de la aristocracia. Y sin embargo, habiendo figurado como inductor un desgraciado general, todos, general y soldados, fueron condenados a presidio; para nadie se lanzó el vergonzoso patíbulo (cosa que aplaudimos entonces y celebramos aún) como se levantó en Jerez, que ni siquiera estaba en estado de sitio, y donde no sólo no habían muerto ni brigadieres ni coroneles, sino que ni aun el último ranchero había sufrido la más leve contusión.

¿Por qué tan profunda diferencia? ¿Es que hay dos códigos militares distintos? ¿O es más bien que para los anarquistas o simplemente para los pobres y sin valimiento no hay derechos, ni ley, ni justicia que valga?

Por cualquier parte que se examine la cuestión resulta que las sentencias dictadas en Jerez son una monstruosidad inconcebible, una iniquidad fría y calculada y ejecutada. De cuantas rebeliones han ocurrido en España durante los últimos años, no quedan ya más que muy pocos que no gocen de completa libertad. ¿Y cómo no, aquí donde desde el más encopetado general y el más elevado personaje político hasta el último soldado se han sublevado una y otra vez por los más fútiles motivos? ¿Y cómo no, aquí donde se reconocieron grados a los improvisados jefes de aquellas honradas masas que asesinaban cruelmente, arrasaban los pueblos, violaban las mujeres y saqueaban a su paso caseríos y ciudades?

¿Es que se ha perdido la memoria por completo?

No; es que los de Jerez eran desarrapados sin jefes, pobres sin defensores, criminales anarquistas a quienes había que exterminar como a fieras, no como a hombres. Es que los de Jerez no trataban de encumbrar a ningún Sagasta que fusila a sus cofrades en masonería después de haberse pasado la vida conspirando; es que no seguían a ningún Martínez de Campos<sup>110</sup>, cuya cabeza se pregona para compartir más tarde con él las dulzuras del poder; es que no se ocupaban de mojigangas monárquicas o republicanas; es, en fin, que sus tiros iban más lejos y se dirigían contra el fondo mismo de las formas sociales y amenazaban los intereses del privilegio, del robo y del asesinato legal. Por esto se les condenó a infame suplicio, por eso se aumentaron los años de presidio, por eso se les trató como ningún vencedor, leal y noble, trata al vencido. Los burgueses han obrado como cobardes rufianes. Lo más canallesco, lo más repugnante, lo más infame para todo hombre honrado es acometer y maltratar al caído. Esto ha hecho la degradada burguesía española.

Los que en la hermosa Andalucía disponen de extensos dominios, premio unas veces de alguna fechoría, robando otras a la nación al amparo de desamortizaciones provechosas para los buitres que acuden a donde hay carne muerta y para las gateras del timo político y nacional, pueden estar satisfechos. El rebelde esclavo ha sido sometido. La máquina humana obedece de nuevo sumisa y tranquila. ¡Pero ay de ellos si explota la caldera, si el turbión revolucionario se reproduce, si la hoz rasga otra vez el aire con ímpetu inesperado!

---

<sup>110</sup> Arsenio Martínez de Campos (1831-1900), general y político español, fue también y por dos veces capitán general de Cuba; en la última fue derrotado por los cubanos insurrectos, en 1896.



## Los atropellos

En el curso de este folleto hemos hecho referencia varias veces a los atropellos de que fueron objeto los trabajadores andaluces a causa de los sucesos de Jerez. Y para que no se nos tilde de apasionados vamos a relatar algunos hechos concretos de que tenemos noticia, ya por mediación de amigos, ya por la prensa.

A continuación reproducimos la declaración que nuestro infortunado compañero Lamela escribió de su puño y letra pocos días antes de ser sacrificado por los esbirros de la moderna Inquisición. Por ella se ve cuán infame ha sido la burguesía y qué inicuo procedimiento se ha seguido y tolerado en Jerez.

Hela aquí:

«Yo, José Fernández Lamela, de veinticuatro años de edad, oficio barbero, hijo de Alonso Fernández y de María Lamela, natural de Benaocaz, vecino de Jerez, habitante en la calle Arcos, 11, barbería, declaro: que el día 9 de enero, a las cuatro de la tarde, fui detenido en mi establecimiento por una pareja de guardias de campo y fui llevado a presencia del juez, y preguntándome si reconocía un paquete de «El Productor» y otro de un periódico nuevo, creo que el «Boletín Oficial»<sup>111</sup>, que fue recogido del correo por las autoridades y traían ambos mi dirección. Dije que, efectivamente, aunque venían a nombre de M. Ramírez Díaz, eran para mí, y acto continuo fui trasladado a la cárcel y me incomunicaron. Así permanezco hoy día 25”.

“Pasando a mi objeto principal de declaración, sólo diré el hecho de la verdad, y es que el día 22 por la noche me sacaron a las dos y media de la madrugada una pareja de la Guardia Civil, lo propio que al compañero Manuel Díaz, escoltado por otra, y nos llevaron al cuartel donde habitan, y al cuarto de hora, desde la cuadra de los caballos en donde me sentaron con las manos amarradas atrás, tal como me sacaron de la cárcel, oía los lamentos que daba el antedicho compañero, el mismo que después ha dicho que le apalearon para que declarara; y a los diez minutos, próximamente, me llevó la pareja a un cuarto adonde al entrar me soltaron dos vergajazos, dos sujetos que estaban en la sombra, y adentro había un cabo inquisidor, y dijo:”

“– ¡Alto!, ¿quién ha mandado pegar?”

“(¡Tiranos!, gozaban viendo sufrir y son tan hipócritas como criminales)”.

“Dicho cabo me instó a que declarara, y no declarando lo que él quería, entró el comandante y dijo:”

“– Mire usted que nos vamos a ver precisados a tomar otros medios más violentos”.

“Y mandó que me amarraran las manos delante y me llevaran a otro cuarto, y poniéndome en cuclillas me pasaron un palo por las corvas y las sangraderas de los brazos, y me colgaron del techo por espacio de un cuarto de hora, y después de bajarme me tuvieron en cuclillas con el palo en el mismo sitio otro tanto tiempo. Así es que cuando me sacaron el palo estaba mojado (?) todo y no podía ponerme en pie. Volvieron a insistir otra vez a que declarara, y no declarando lo que ellos querían, me dieron de bofetadas. Cosa que cuando he sido llamado a declarar ante el juez lo he hecho constar en la declaración, pidiendo que me reconociera el médico, como así se ha hecho aunque en verdad creo que es como pedir peras al olmo”.

---

<sup>111</sup> «El periódico de referencia era “Boletín Oficial de los trabajadores en Hierro de la Región Española”». (Nota de Ricardo Mella.)

“En este estado cierro mi declaración, hoy, día 25 de enero de 1892. Cárcel de Jerez de la Frontera”».

De mano diferente, y con otra tinta, sigue en el original de Fernández Lamela la firma de Juan Núñez Reyes, refrendándolo de antedicho.

De iguales o parecidos tratos fueron objeto, algunos, no pocos trabajadores. A José Sánchez Rosa lo traslado una noche de Guardia Civil de la cárcel al cuartel, donde fue inicua y bárbaramente apaleado. Y como no declarara, a pesar de esto, a gusto de los apaleados, lo colgaron con los brazos vueltos de una viga y a los desgarradores gritos con que pedía la muerte, le contestaban que no se la darían hasta haberle martirizado bastante. Después le descolgaron, volviéndole a apalear tan inhumanamente, que nuestro compañero quedó sin sentido y completamente destrozado.

Joaquín Sánchez Santo es otro de los apaleados. A este compañero lograron arrancarle algunas acusaciones a fuerza de martirios, acusaciones que más tarde desmintió, declarando que las había hecho por no sufrir tan terribles tormentos.

Un joven de dieciocho años, José Crespo Sánchez, fue también bárbaramente maltratado. De lo ocurrido a Manuel Díaz Caballero juzgarán nuestros compañeros y lectores por la carta siguiente:

«Cárcel de Jerez, 20 diciembre 92”.

“Compañeros de «La Anarquía»:”

“Teniendo en cuenta que ya poseen detalles generales de lo ocurrido en este proceso, me propongo referirnos lo que a mi atañe en particular”.

“El día 15 de enero (siete días después de los sucesos), a las once de la mañana, penetraron en mi casa un sargento de la Guardia Civil, dos cabos del mismo Instituto y uno de orden público, preguntando por mí. Enterados de que era yo, me dijeron que traían órdenes superiores para efectuar un registro. Como no tenía ningún secreto, les dije que podían hacerlo. No dejaron mueble que no dieran mil vueltas, buscando no sé qué, que no encontraron. Después me interrogaron acerca de los periódicos que se leían en mi establecimiento (porque mi profesión es barbero), y les dije que se leían de todas clases; luego me preguntaron si conocía «al Madrileño», si le dábamos posada y de comer, contestándoles afirmativamente. Sin más, se fueron”.

“El 17 leí en un periódico que «el Madrileño» acusaba a varios compañeros, entre otros a José Crespo Sánchez, que ya estaba preso, y a mí. Como yo no tenía delito, no quise huir. Al día siguiente, a las siete de la mañana, se presentó un sargento y un guardia civil, que me condujeron al cuartel. Allí estaba el polizone Ángel Torre Ferreti, que algún tiempo se llamaba anarquista”.

“Desde el cuartel fui conducido a la cárcel, donde me tomó declaración el juez don Manuel Bravo, preguntándome muchas cosas que no sabía, y entre ellas si conocía a Lamela, a lo que respondí que sí, puesto que era de mi oficio. Se me comunicó rigurosamente”.

“El 20, a las dos de la madrugada, me sacaron amarrado con cadenas y fui conducido otra vez al cuartel de la Guardia Civil, donde se encontraba Félix Grávalo (a) «el Madrileño». Al poco tiempo se presentó el teniente de dicho cuerpo diciéndome que le siguiera. Echamos a andar por un pasadizo que da a la izquierda del patio y nos internamos en otro más estrecho, alumbrado por opaca luz. En uno de los extremos había oculto un esbirro, que se precipitó

hacia mí, saliendo al tiempo otros, todos armados de gargajos, que comenzaron a descargar sobre mí tan brutalmente que caí al suelo. Yo pedía que me mataran, pero sin hacer caso de mis lamentos continuaron golpeándome hasta que le pareció al teniente y dijo: «Basta por ahora». Entonces dio más luz al quinqué y me preguntó si yo había ido con Lamela al cortijo de Duche (sitio donde se supone que fue la conferencia); repliqué que no. El teniente entonces se acercó a mí y me dijo que iba a dar fin a mi existencia si no decía que sí había ido. Luego me llevaron a la cuadra, donde estaba Lamela amarrado con una cadena como la mía”.

“A mí me dejaron en la cuadra y se lo llevaron a él, sin duda a que sufriera los mismos tormentos que yo, puesto que hasta donde yo estaba llegaba el triste eco de sus lamentos y quejidos. Cuando quedaron satisfechos lo trajeron a mi lado, y el teniente, acercándose a nosotros, sacó una botella, llenó un vaso y me lo aproximó a mis labios; creyendo sería veneno, y me libertaría de tanto martirio, lo bebí con avidez; pero luego resultó vino”.

“Salimos del cuartel «el Madrileño», Lamela y yo; cada uno levábamos una pareja de la Guardia Civil e íbamos en hilera; como a unos seis pasos de distancia, a retaguardia de nosotros, seguían doce municipales, dos guardias civiles a caballo, el cabo Revilla, que se ha hecho célebre por sus fechorías, y el teniente de que ya hemos hecho mención. Después de algunos rodeos, vimos que nos sacaban al campo (todavía no comenzaba a clarear el día) y nos encaminaron al cortijo Duche y otro llamado de La Sangarriana, distantes de Jerez el primero dos leguas y el segundo dos y media. Dejamos el de Duche atrás y nos dirigimos al otro”.

“Lo primero que hicieron fue obligar a los dueños a desalojar el local. Una vez dentro, el cabo Revilla se dirigió en estos términos al Madrileño:”

“– ¿Fue aquí donde se efectuó la reunión?”

“Madrileño. – Sí”.

“Revilla. – ¿Se leyó aquí «El Combate»<sup>112</sup>?”

“Madrileño. – Sí”.

“Revilla. – ¿Es cierto que Lamela dijo a diecisiete trabajadores que si estaban dispuestos?”

“Madrileño. – Sí”.

“En seguida el cabo Revilla se dirigió a nosotros”.

“– ¿Es cierto todo eso? -nos preguntó-“.

“– No -contestamos-“.

“Entonces se arrojó sobre nosotros dándonos de bofetadas y preguntando sin cesar: «¿Es cierto, es cierto?»”

“Aspeados del camino, sin fuerzas morales por el insomnio, molidos los huesos por los golpes y viendo que aquella odiosa y execrable gente no dejaría de martirizarnos hasta que dijéramos que sí, ya fuera de nosotros, respondimos como quisieron”.

“¡Bien sabían el resultado que iba a tener aquella infernal comedia! Al instante hicieron pasar al alguacil que llevaban preparado y levantó acta de nuestras declaraciones”.

---

<sup>112</sup> «El Combate» era un periódico libertario de Bilbao, que apareció el 11 de noviembre de 1891. (Nettlau, ob. cit.)

“Terminando aquello, volvimos a la cárcel de Jerez, donde nos metieron, medio muertos ya, en oscuros calabozos. En un segundo de descuido, nuestro infortunado compañero Lamela me refirió que en el cuartel le habían colgado con las manos vueltas, levantándole a gran altura del suelo”.

“Pasaron trece o catorce días sin que me interrogaran. Mientras tanto se zanjaba el acto inhumano contra nuestros compañeros Zarzuela y Lamela. El día 5 de febrero me tomaron de nuevo declaración. Me preguntaron si conocía a José Sánchez Rosa; dije que no. Hicieron comparecer «al Madrileño», que me recordó que habíamos ido a Cádiz Lamela, Sánchez y yo a hablar con Salvochea. Entonces dije que sí, pero que a Cádiz sólo habíamos ido a divertirnos, y no a ver a nadie. También me acusó «el Madrileño» de haber estado en Caulina, antes de llegar a Jerez, la noche del 8; respondí que era mentira. Quedó esto así y aquella noche... aquella noche... me condujeron de nuevo al odioso cuartel. No quiero hacerles el relato de la segunda escena: bofetadas, palos, insultos. Ratifiqué mi primera declaración: que había ido a Cádiz, pero a divertirme. Me volvieron a la cárcel”.

“Así las cosas, y después de la ejecución de nuestros compañeros, el juez don Cipriano Alba llamó a mi mujer y le prometió que yo sería puesto en libertad, si ella declaraba que había estado en Caulina, e impedido, revólver en mano, que cortaron los alambres del telégrafo, como asimismo que Salvochea le dio una carta «al Madrileño» para que me la entregaran en mi casa. Confiaba en esa falsa promesa, mi mujer declaró cuanto le dijeron”.

“A los testigos que yo citaba los amenazaban como no declararan lo que ellos querían; dos, sin embargo, despreciaron las amenazas y dijeron la verdad. Cuando me llamaron a ratificar, y dije que no eran ciertas mis anteriores declaraciones, y que si las había prestado había sido por los tormentos sufridos. Pedí que los testigos que habían declarado en contra bajo la presión de las amenazas me fueran presentados, y se negaron a ello por el temor de que se descubriera la trama”.

“En otra declaración que tuve que prestar ante el juez civil señor Bravo me dijo que iban a dar fin de todos los anarquistas de Cádiz, y que los petardos se los..., que éramos... Habría para escribir más folios que tiene este inquisitorial proceso, digno de Torquemada y de los brutales tiempos de la Inquisición”.

“Ya están, pues, enterados de algunas de las tropelías que aquí se han cometido con los trabajadores. A mí me han condenado a reclusión perpetua; esto no me intimida. De todo lo escrito da fe y garantiza con su firma el que les desea salud y pronto revolución social. – *Manuel Díaz Caballero*”.

Otra carta dará también idea exacta de lo que nos proponemos demostrar. Es la siguiente, publicada en el número 293 de «El Productor»:

«“Compañeros de «El Productor»:”

“Dejando aparte lamentaciones que nada resuelven y procurando ahogar en mi pecho la voz de la indignación, que me llevaría muy lejos en mis apreciaciones, les diré algo de lo mucho que nos sucede a los que nos hallamos cogidos entre las garras del autoritarismo”.

“Aguardando el fallo del consejo de guerra que se sirva condenarnos o absolvemos (probablemente lo primero), se nos tiene depositados en un local que carece totalmente de condiciones higiénicas. En él nos hallamos en montón 121 individuos; el aire, enrarecido e impregnado de miasmas a consecuencia del agua encharcada que hay de continuo en el piso del patio; únase a esto el hedor producido por las materiales fecales, pues que nos vemos obligados a hacer nuestras necesidades en un ángulo del mismo local. Por todas estas causas

resulta que el aire, irrespirable, de puro corrompido, exento del vivificador oxígeno, constituye un continuo veneno para nuestros pulmones y es causa perenne de destrucción para el más resistente organismo. Las consecuencias de esto empiezan a ser fatales para muchos de los presos: algunos hay que sufren graves afecciones pulmonares; los hay también medio paralíticos, atacados de dolores nerviosos; al que más y al que menos les afecta alguna dolencia. Con que, amigos, sí esto no es asesinar lentamente al género humano, no sé cómo debe calificarse”.

“Es muy extraño que a estas horas no se haya desarrollado aquí ninguna de estas enfermedades infecciosas de efectos rápidos, el tifus, por ejemplo, pues el terreno, como comprenderán, no puede hallarse mejor abonado. No me explico cómo habiendo por aquí gente que tenga algo que perder, no haya parado mientes en la posibilidad de que se declare una enfermedad epidémica que pudiera alcanzar a alguno de los suyos, y por espíritu de conservación, ya que no por ningún sentimiento humanitario hacia nosotros, haya advertido a la gente adinerada de este peligro. Cuando alguno de nosotros se atreve a formular alguna queja sobre éste u otro particular, le contestan que todo se andará”.

“Pero se hacen los sordos a nuestras quejas y dejan de atender la más natural y sencilla demanda o petición; en cambio, los esbirros se exceden y se muestran muy celosos y activos cuando de aplicarnos algún castigo se trata. No quiere decir esto que entre nosotros se cometan horrendos delitos, si bien que la cosa más natural y lógica se conceptúa grave falta y se produce en consecuencia. Vean de ello una pequeña muestra: a últimos del pasado febrero se verificó un minucioso registro en la persona de nuestro valiente compañero Campanilla, joven de diecisiete años y natural de Cádiz, a quien hallaron una carta y un suelto manuscrito que deseaba remitir a su compañero y maestro Salvochea. Sin embargo, de que en ambos escritos nada se decía en particular, pues sólo en uno de ellos se hacía mención de alguna de las miserias que ocurren en este antro, le fueron secuestrados, y él encerrado en el calabozo e incomunicado por espacio de 30 días. Este modo tan inicuo de castigar la libre emisión del pensamiento contrasta con la tolerancia que se observa con las asquerosidades de los sodomitas”.

“Como si nuestras desventuras no fueran bastante, nos vemos obligados con harta frecuencia a sufrir la visita del cura párroco de ésta. Creyendo, y con razón, que en nuestro departamento es infinitamente mayor el número de ateos que el de creyentes, el otro día nos dio una conferencia encaminada a demostrar que el anarquismo es utópico si no va cogido del brazo con la religión. Díganos si no es amargar nuestra situación el que vengan esos agentes del oscurantismo a hablarnos de caridad cristiana y de la misericordia divina, en circunstancias como éstas en que tanto necesitamos de aire puro que respirar y tanto anhelamos salir de este lúgubre, malsano y hediondo lugar. Si al menos hubiera habido libertad de contestar a aquel padre, o tío, algunas de las sandeces con las cuales intentó inútilmente de convencernos, nos habría servido de algún alivio”.

“Todavía ignoramos cuándo empezará el nuevo juicio, o lo que sea. Parece ser que ahora andan algo despacio. ¡Y tanta prisa que se dieron al levantar el patíbulo! Hemos visto cosas estupendas relativas al proceso incoado con motivo de los acontecimientos de que fue teatro esta ciudad”.

“Preparémonos a ver nuevas monstruosidades. Menos mal si de unas y otras sabemos sacar los trabajadores provechosas enseñanzas”.

“Ante los hechos que hemos sido testigos, después de lo que he dicho y de lo que me callo, creo oportuno observar a cuantos han agotado el vocabulario de calificativos injuriosos y denigrantes, con que se han permitido insultar a los trabajadores del campo de Jerez, meditaran

algo sobre qué es de admirar más en estos trabajadores, su fiereza y crueldad, o su cordura y excesiva sensatez. – *Un trabajador del campo*”.

“Cárcel de Jerez, 28 de mayo 1892”».

Otro atropello más.

Copiamos del número 294 de «El Productor»:

«Jerez de la Frontera. – En esta cárcel se están cometiendo ignominias más propias de salvajes que de hombres que se llaman civilizados. No parece sino que se hayan propuesto asesinar por medio del tormento a nuestros compañeros detenidos”.

“Aquí se violan con la más desvergonzada impunidad todas las leyes naturales y hasta las hechas por la burguesía, sin que nadie ponga coto a tanta demasía”.

“El día 28 de marzo pretendieron que nuestros amigos, que no creen en Dios ni en nada que huelga a religión positiva, cumplieran con el precepto de ir a misa. Ellos, dignos como el que más, se negaron a lo que sus convicciones rechazaban, por cuyo motivo fueron trasladados a un departamento llamado el de los ateos, más propio a ser habitado por gorrinos que para contener a tantos seres humanos”.

“En una sala reducida y reconocidamente incapaz, los tienen amontonados teniendo que hacer todas sus necesidades en un ángulo de la misma”.

“Pero no paró aquí la cosa. Por el solo capricho de atormentarlos les han prohibido el fumar, y el compañero Lanceta, que contestó que el fumar era una cosa natural, fue amenazado por los carceleros de sacarle el hígado por la boca a bofetadas”.

“Casi acompañando la acción a la palabra quisieron encerrarle en un calabozo, a lo que los demás se opusieron, pero entró la fuerza pública y los defensores de la patria, ¡qué sarcasmo!, y amenazándoles de muerte, bayoneta calada unos y revólver en mano otros, lograron restablecer el orden, que sólo ellos habían alterado, metiendo en el calabozo cargados de grillos y cadenas a varios de los compañeros presos”.

“Hidalguía española... ¡Mentira! ¡Los que obran así con los vencidos son unos miserables!”».

He aquí ahora algunos párrafos de varias cartas de los presos de Jerez, publicadas por «El Productor».

Carta fecha 15 de abril de 1892:

«En la carta anterior se denunciaban algunos brutales hechos en demostración de que la falta más leve, y casi siempre sin haber falta alguna, se castiga de modo cruel. Estos hechos se suceden todos los días. Una de las recientes víctimas ha sido Campanilla, que por el único delito de haberle encontrado uno o dos pliegos escritos, en los que había apuntadas algunas de las barbaridades que ocurren con tanta frecuencia, fue encerrado por espacio de treinta días en un calabozo húmedo, estrecho, oscurísimo, del cual ha salido casi completamente baldado y lesionado del pecho. Lo mejor del caso (por no llamarlo lo más vergonzoso e inhumano), es que estando enfermos se les abandona, ya que infinidad de veces nos es negada la asistencia facultativa, y sólo cuando el preso se halla enfermo de mucha gravedad logra ser conducido a la enfermería; como así le ha sucedido al dicho Campanilla, donde se encuentra en estado bastante grave”.

“Ya han tenido ocasión de enterarse por qué cosa más baladí fue maltratado de palabra y de obra y cargado de grillos el compañero Lanceta. Al siguiente día de lo sucedido con este compañero, fueron castigados con calabozo gran número de presos que se negaron a ir a misa; después de la declaración, resultaron procesados ocho de los que más se distinguen en su repugnancia por la farsa religiosa. Así resulta que aquí hay trabajador que se halla envuelto en tres procesos, sin haber hecho mal a nadie”.

“Al corresponsal en ésta de los periódicos anarquistas le han arrebatado por dos veces el envío de “El Productor” y “La Anarquía”. La circunstancia de ser ciego este compañero le favorece en el sentido de poder atreverse a lo que, aun siendo completamente lícito, no le sería permitido a otro. Poco ha, fue llamado a presencia del comandante de la policía, y le dijo éste: “¿Y a usted no le da miedo el vender esos periódicos? Como no deje usted de venderlos le mando ahorcar”. A lo que repuso con entereza nuestro entusiasta compañero: “El tiempo que tarde en salir de aquí es el tiempo que voy a estar sin publicarle a voces”. Y, en efecto, aún no hubo franqueado la puerta de la calle, empezó a vocear con más fuerza que nunca los periódicos defensores de nuestras ideas”».

Carta de 25 de mayo:

«El 10 del actual, en el camino que conduce de Arcos a Jerez, iban conducidos por la benemérita, con destino a esta cárcel, varios paisanos y un soldado de caballería, que ignoro si había hecho algún desaguizado; más si así era, de ello debían entender en su regimiento, a cuyo destino le llevaban. Cuando se hizo cargo de ellos la pareja de civiles de Jerez, lo primero que les ordenó es que bebieran agua hasta reventar, pues no volverían a probarla en todo el camino. Así anduvieron algunas horas bajo los rayos de un sol abrasador, que iba haciéndose tanto más insoportable por cuanto estaban los presos rendidos por el cansancio. El cabo de los civiles, llamado Durán, que montaba un soberbio caballo, iba distraendo su buen humor arreándoles y amenizando la marcha con epítetos como el de criminales, granujas y otros que prodigaba a su sabor. Hasta aquí no hubo otra cosa de particular; pero era imposible para los presos continuar la marcha sin antes saciar la sed devoradora que sentían; no pudiendo resistir más, el soldado se atrevió a pedir agua al referido Durán, que firme en lo que prometió, se negó a ello. Continuaron andando, y ya en la segunda casa de peones, el infeliz soldado se sintió enfermo, le abandonaron las fuerzas y se vio imposibilitado de continuar el camino; así es que fue buen trecho, más bien que andando, arrastrado por los compañeros de conducción. A sus exclamaciones contestaba el cabo diciendo que hacía la comedia y tomándolo a chacota. Poco tardó el soldado en dar con su cuerpo en tierra. Examinado que fue por el otro guardia, y viendo en su rostro señales inequívocas de próxima muerte, le dijo al bueno de Durán que aquello no era comedia, sino que el individuo estaba enfermo de verdad. En vista de su estado, le colocaron sobre una caballería, hasta llegar a la casa más próxima, donde intentaron darle de beber, aunque inútilmente; su palidez, era ya la de un cadáver. Sin tener en cuenta el lastimoso estado en que se hallaba, se le echó nuevamente en la caballería con mayor abandono; pues cuando entró en Jerez la carta le chorreaba sangre; llegado que fue al cuartel dejó de existir”.

“Estos son, a grandes rasgos, los tristes detalles de esta verídica historia. ¡Pobre soldado! ¡Cuán lejos estaría de sospechar, al despedirse de su buena madre para ir a pagar a la patria el odioso tributo de sangre, que había de perecer víctima de tan cruel y horroroso martirio!”»

Carta de Arcos, fecha 19 de junio:

«Seguimos presos, por el capricho del cacique de esta localidad, algunos compañeros, y desde la muy inmundada cárcel de Arcos de la Frontera les escribo. Como somos trabajadores, poco importa a tanto charlatán político (que dice querer redimir al pueblo español) el que si hay quien se ocupa de nosotros sea para burla de la desgracia. Aunque jamás les hemos pedido nada y sólo fiamos en nosotros mismos, es decir, en los trabajadores”.

“No es lo más triste estar encarcelados y privados de la libertad, no; lo peor son los malos tratos e insufribles caprichos que tenemos que aguantar de los señores jefes de esta casa, que, brutos y estúpidos como son, abusan de su poderío sobre los pobres presos, creyéndose, por lo menos, ser emperadores de China”.

“A un infeliz preso que está con nosotros quisieron, no sé si por orden del juez o por quién, que declarara la mentira (pues la verdad la decía) sobre un caso de hurto, y, como no sabía nada de lo que le preguntaban, lo han tenido treinta y tres días en un profundo y asqueroso calabozo, cargado con grillos, completamente incomunicado, y privado, en fin, de todo. De atropellos como éste la mar...”.

“Con los dos reales diarios que nos dan tenemos que alimentarnos, especulando, además, todo el mundo con nosotros. ¿Caben más sufrimientos? Nos encontramos también que tenemos privado el poder leer sus periódicos, y somos muy vigilados en nuestras conversaciones. ¿Por qué?”

“El día 3 de junio hubo visita de cárceles. Se nos preguntó, con todo el aparato que requiere la comedia, si teníamos algunas reclamaciones que hacer sobre el establecimiento. Contestamos que pedíamos sólo dejar llegar hasta nosotros el periódico “El Productor”, lo que, efectivamente, nos fue... denegado, con el pretexto de que estamos privados de los derechos constitucionales; y todo por culpa de un mequetrefe, pues los del juzgado iban a decir que sí, y el tal tipo que les acompañaba se adelantó diciendo eso de los derechos constitucionales”.

“Pero ¿por qué nos dejan leer periódicos burgueses?, ¿por qué tienen tanto afán en llevarnos papeluchos reaccionarios y católicos? ¿Cómo se nos obliga a oír misa los días festivos? ¿Es que, para servir de comparsas forzosos a tanta farsa, somos más ciudadanos que Cánovas del Castillo?”

“¡Cuántas infamias y crueldades!”

“Otra reclamación hicimos: que se nos permitiera tener asiento (silla o banquilla) para no tener que estar siempre de pie, so pena de dejar el petate día y noche echado por el suelo, infestándose de toda clase de insectos que se crían en estos establecimientos. A esto accedió el señor juez, pero de nada nos sirvió, pues el jefe de la casa contestó que por eso teníamos los petates, y valieron las observaciones. Este buen señor se llama Avelino Segura, y es natural de Almería”».

Después de estos hechos y muchos otros que podríamos citar, viene el inaudito abuso de privar a los presos del dinero que sus compañeros les enviaban para aliviar un tanto su desesperada situación.

«El Productor», en su número 295, decía:

«”Todo el mundo sabe y a todo el mundo le consta que “El Productor”, en vista del gran número de compañeros presos en toda la región española, especialmente en Cádiz, Jerez y Barcelona, y en previsión de que la tragicomedia alcanzaría a muchas localidades, como ha alcanzado, abrió una suscripción perpetua y voluntaria a favor de los presos, para aliviar algo las desdichas de las víctimas del furor burgués-gubernamental, y que, a pesar de la profunda crisis de trabajo y de la cruenta miseria que sufrimos, se han recaudado hasta ahora cerca de cuatro mil pesetas, no faltando todas las semanas numerosas listas de donativos”.

“Todo el mundo sabe o puede saber, porque lo hemos publicado en letras de molde, que en el primer reparto se han distribuido 2.244 pesetas, correspondiendo, a prorrata, 1.510 pesetas a los presos de las cárceles de Jerez y 140 a los de Cádiz”.



“Pero lo que no sabe todo el mundo, ni nadie más que nosotros y los sacrificados, es que depositamos en la sucursal del Banco de España, de Barcelona, las cantidades correspondientes a Cádiz y Jerez, para que, por letra que se nos entregó, número 904, fuesen cobraderas en la sucursal del Banco de España en Cádiz, letra consignada a nombre del compañero Emilio Sampayo, de Cádiz, a quien encargamos el cobro de la letra y su reparto a los presos de Cádiz y de Jerez, único modo factible que hallamos para hacer llegar a manos de los infortunados compañeros el producto que les tocaba del primer reparto de la suscripción”.

“Y lo que tampoco sabe todo el mundo es que el compañero Sampayo, humanitario como todo hombre de bien, no tuvo inconveniente en hacer lo que confiamos a su honradez; y, en efecto, cobró la letra, importante 1.639 pesetas, entregó las cantidades que correspondían a los presos de Cádiz y marchó a Jerez con la cantidad de 1.510 pesetas de la suscripción referida, para entregarla a los presos de esta última ciudad”.

“Tampoco sabe todo el mundo, aunque todo puede esperarse de la arbitrariedad, es que el compañero Sampayo, con quien no sabemos tuviera nada que ver lo que se llama la justicia, al cumplir la honrosa misión que nosotros le encargamos, fue interrogado respecto al objeto que le llevaba a la cárcel, contestando la pura verdad, y por ello fue detenido, encerrado en inmundo calabozo y cargado de grilletes, incautándose el jefe de la cárcel del dinero”.

“Tampoco sabe todo el mundo, a pesar de que todo puede presumirse del autoritarismo, es que ha sido detenida la compañera de Sampayo, seguramente por la misma causa que él y por la agravante circunstancia de ser su esposa, siendo conducida presa a Jerez”.

“Y no tenemos más detalles, que ya se nos comunicarán, si es que se nos puede escribir, si no se extravía la carta en correos y hacen el favor de entregárnosla”.

“Ahora bien: como que la detención y prisión de Sampayo fue hecha después del interrogatorio y declaración del objeto que a Jerez, y a su cárcel, le llevaba, como queda expresado, tenemos motivos sobrados para comprender que es por esto que se le hace preso, y no por ninguna otra cosa, y es por esto también que se ha preso a su esposa, y por esto, asimismo, que se han apoderado de nuestro dinero, del dinero de la suscripción, del dinero propiedad de los presos, el jefe de la cárcel de Jerez”».

Por su parte, los compañeros presos se expresaban en los términos siguientes:

«¿Puede darse un hecho más inaudito que el que se refiere al compañero Sampayo, portador de la cantidad que debía repartirse entre los presos? Este compañero residía en Cádiz y de allí vino a Jerez llevando en su poder la suma de 1.500 pesetas. Apenas llegado a ésta ha sido detenido por un cabo de municipales del distrito de la plaza de Sanlúcar, conocido por Acosta, y habiendo sido registrado por éste y hallándose el dinero, fue conducido a disposición del jefe de policía, y éste lo entregó al juzgado. Explicada satisfactoriamente la procedencia de aquella suma, y el objeto a que iba destinada, parece natural que debía ponerse inmediatamente en libertad a dicho compañero; pero el señor juez lo entendió de otro modo y lo que hizo fue incautarse de la referida cantidad, siendo inmediatamente conducido a un lóbrego y húmedo calabozo, cargado de gruesos grilletes e incomunicado. Poco después fue llamado a declarar ante el juez García Vega el compañero con quien debía entenderse Sampayo para hacer el reparto, y éste corroboró lo dicho por el primero, lo cual le valió, igualmente que al otro, ser metido en calabozo y tratado con todo rigor. Además, hemos leído en “El Guadalete” haber sido conducida a esta cárcel una mujer vecina de Cádiz; que por las señas hemos deducido sea la compañera de Sampayo. Delito seguramente no habrá cometido ninguno; pero no importa. Tampoco le ha cometido Sampayo, y no obstante, ya se han enterado de cómo le trataron. Otra víctima por haber realizado una buena acción”.

“El sábado, 21 del presente, se hizo al presidente de la Audiencia la reclamación, en debida forma, de las 1.510 pesetas retenidas al compañero Sampayo. Se nos ha contestado que dicha cantidad quedaba depositada en el Banco hasta tanto no se dé por terminado el proceso con que este motivo se sigue a dicho compañero”.

“Entre los interesados ha producido pésimo efecto esta contestación, pues no se explican, probada ya sobradamente la procedencia de dicha cantidad y a lo que va destinada, que obstáculo puede haber que impida el ser entregada a sus dueños, como no sea el deliberado intento de acibarar todavía más la situación de los presos por los sucesos del 8 de enero”.

“Mas, ¿qué hemos de hacer ante la respetable decisión del presidente de la Audiencia más que acatarla y, humildes y sumisos; bajar la cabeza”.

“Les desea salud y emancipación social. – *Un trabajador del campo*”.

¿Creerá el inocente lector que este dinero fue devuelto inmediatamente y puestos en libertad Sampayo, su esposa y García Vega?

Pues no, que la justicia española sólo se apresura para ahorcar y encarcelar a las gentes. El dinero, reclamado una y otra vez, sistemáticamente, por «El Productor», no fue devuelto en algunos meses, y cuando al fin se le dio el destino que tenía, apareció mermado en una cierta cantidad para atestiguar, sin duda, que la gente de la curia jamás se queda algo entre la uñas.

¿Creerá asimismo el bondadoso lector que la prensa, escandalizada, protestó de este desaguizado judicial?

Ni mucho menos. Para esa prensa que se vende a todas las empresas, importa poco o nada que se despoje a los trabajadores de lo que, céntimo a céntimo, habían reunido unos hambrientos para socorrer a otros hambrientos. Como hemos dicho ya, en la cruzada del silencio entró todo el mundo; y si a los desdichados campesinos andaluces se les hubiera robado hasta la camisa y se les hubiera fusilado en masa, toda la canallota que se llama gente honrada hubiera permanecido impasible y tranquila, como si nada ocurriera.

Y al que crea sencillamente que paró en esto la cosa, le diremos que nuestros amigos de «El Productor» se vieron obligados a dar mil rodeos para hacer llegar el producto de la suscripción abierta a manos de los presos de muchas otras localidades, y que este periódico, «El Corsario» y «La Anarquía» se cansaron de denunciar el hecho de que en los pueblos de Andalucía se secuestraban todos los ejemplares que de dichos semanarios iban por correo con todas las condiciones legales y que, aún más, se prendía y se apelaba a cuantos tenían la mala suerte de recibirlos o de reclamarlos.

¿Se quiere más? Pues que se nos hable de Siberia, del despotismo y de la Inquisición, y todo esto será preferible a lo que en Andalucía se hace. Allí nada está seguro. Honra y vida a merced de cualquier cacique o de cualquier juez, o del primer polizone o guardia civil que se le antoja repartir tajos y mandobles como el ciego reparte palos. Honra y vida siempre pendiente del primer miserable que tiene algo que vengar. Ni ley, ni constitución, ni justicia hay allí que ampare al débil. La justicia, la ley y la constitución no sirven para otra cosa, en último caso, que para justificar estas infamias, propias de bestias carniceras.

Y luego los que roban a toda hora y robando se enriquecen, los que matan lentamente, pero con mano segura, para amasar sus riquezas; los que viven de vigilar, delatar y fraguar fantásticas conspiraciones, los que ponen su conciencia y su pluma a merced del que mejor paga; ponen el grito en el cielo y arremeten contra el campesino andaluz, llenándole de improperios, calumniándole e insultándole vil y cobardemente. ¿Quiénes son los bandidos, los

asesinos, los ladrones, los criminales de peor estofa, sino esos seres degradados que chupan la sangre de gentes pacíficas y laboristas? ¿Quiénes si no los autores de tanto atropello como en Andalucía se comete?

¡Manada de locos!, es lo que menos se ha dicho de los campesinos jerezanos. ¡Manadas de asesinos!, podríamos decir nosotros de los que al campesino jerezano explotan, apalean, encarcelan y matan.

Sí, manada de locos desesperados debieran ser, a juzgar por los sufrimientos, los tormentos, la miseria y la desnudez en que viven. Manada de locos furiosos que dieran buena cuenta de esos cuerdos que tranquilamente, sin inmutarse, aprietan el tornillo de la tortura humana.

Si hubiera siquiera un poco de sentido moral, algo de honrados y humanos sentimientos, no los campesinos de Jerez, la Sociedad en pleno debiera levantarse para aplastar esos reptiles que para vivir cómodamente no sienten escrúpulos de apelar a los medios más depravados, más infames, más inicuos.

Pero aquí no queda ya más que un instinto de ferocidad sin límites por defender el trozo de carne contra los perros vagabundos cansados de roer descarnados huesos. Aquí no queda del hombre más que lo que tiene el bruto, y todo sentimiento humano, todo noble pensamiento o acción, ha sido ahogado por el delirio de las riquezas, por la usura, por la explotación, por el latrocinio organizado en gran escala.

Los resultados inevitables de este estado de cosas podrán ser alejados un tanto, pero, fatalmente, producirán al fin una revolución sangrienta, cuya responsabilidad será toda entera de los satisfechos, de los hartos, de los que no piensan más que con el bolsillo y con el estómago.

Al desdichado hambriento de todos los días no le quedará otra responsabilidad que la de haberse sometido y resignado durante tanto tiempo.

## Conclusión

De estos brutales atropellos, de estas persecuciones sistemáticas, de los encarcelamientos y asesinatos legales, no ha resultado para la burguesía ningún beneficio.

Quería ahogar la propaganda anarquista, y ésta gana cada día más terreno en Andalucía. Intentó acobardar a los trabajadores, y como había temblado el 8 de enero, volvió a temblar el 1 de mayo del 92<sup>113</sup> y el 10 de febrero del 93<sup>114</sup>, cuando tuvo efecto una imponente manifestación de duelo que la prensa asalariada desfiguró a su antojo. Y cuando en Jerez se celebra una fiesta, se abre una feria o se reúne mucha gente por cualquier motivo, la burguesía vuelve a temblar cobardemente y huye en todas direcciones.

---

<sup>113</sup> Mil ochocientos noventa y dos. Cuando Ricardo Mella escribió *Los sucesos de Jerez* residía en la provincia de Córdoba. Puede consultarse el capítulo sexto, «El movimiento obrero cordobés del 1874 al 1900», en el libro *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, por Juan Díaz del Moral (1870-1948), Madrid, 1973, Alianza Ed., «Alianza Universal», número 63, 518 págs. El 1 de mayo de 1891 se celebró un mitin en la plaza de toros de Córdoba, esencialmente anarquista, en el cual hablaron Ricardo Mella, el estudiante y pintor Ramón Montijano y el introductor en España del «comunismo libertario», el sevillano Miguel Rubio. Díaz del Moral asegura que el folleto anónimo *El 1 de Mayo* era también de Ricardo Mella, página 140. Y en la página 139 escribía: «Mella, que permaneció algún tiempo en la provincia prestando servicios como topógrafo, influyó, sin duda, sobre los militantes cordobeses, y tal vez a él se deba el idealismo y rectitud de procedimientos que caracterizó aquel periódico».

<sup>114</sup> Mil ochocientos noventa y tres.

¿Por qué? Porque quien como ella procede ha de sentir a cada instante el aguijón de la acusadora conciencia, ha de sentir a cada paso el acicate del miedo, como que está segura de próxima y terrible represalia.

Al igual que el obrero de la ciudad, el campesino tiene la conciencia de que un tremendo sacudimiento social se aproxima y piensa en él y a él se dispone como una cosa corriente que debe suceder de una manera fatal. Por eso, después de la Mano Negra y del 8 de enero del 91<sup>115</sup>, en que los trabajadores andaluces tan caras pagaron sus ideas emancipadoras, les oirán hablar a diario de la revolución social y del planteamiento inmediato de la ANARQUÍA y los hallarán siempre dispuestos a la lucha como quien está seguro de la victoria o dispuesto al sacrificio.

Al obrero andaluz ya no le acobarda nada. Acostumbrado a la lucha brutal en que se le ha metido más que se ha metido él mismo, no se preocupa del sufrimiento y piensa y sueña a diario con la revolución que le redima, que le emancipe. Si por el momento parece anonadado es porque se agita en la sombra, porque deja pasar el turbión y se repone para más definitivas y serias empresas.

Y con hombres así, y con la solidaridad cada vez más estrecha que se establece entre todos los obreros del mundo, es fatal, es inevitable el derrumbamiento de esta sociedad salvaje, en la que para vivir hay que sacrificar las vidas de millares de seres y fundamentar la propia fortuna en la miseria ajena.

Por eso nosotros, tendiendo una mano a los trabajadores andaluces, les gritamos: ¡Adelante, adelante siempre!

Con ellos están nuestras simpatías y nuestros anhelos, porque con ellos nos disponemos para la revolución social que ha de emanciparnos definitivamente.

Ricardo Mella

## CAPÍTULO IX

### MELLA, PROLOGUISTA

#### «CRÓNICAS DEMOLEDORAS», POR JOSÉ PRAT<sup>116</sup>

#### Prólogo

El prologuista se presenta a sí mismo y presenta al propio tiempo a su amigo querido, casi hermano<sup>117</sup>, el autor de *Crónicas demoledoras*. Sin personalidad literaria ni política, su única

---

<sup>115</sup> Mil ochocientos noventa y uno.

<sup>116</sup> *Crónicas demoledoras*, por José Prat, prólogo de Ricardo Mella, Valencia, s./f., F. Sempere Ed., 217 págs. Del mismo autor: *La burguesía y el proletariado*, por José Prat, prefacio de Anselmo Lorenzo, Valencia, s./f., F. Sempere Ed., 226 páginas. Sobre el autor: *José Prat*, por S. G. (Soledad Gustavo), Barcelona, 1 de agosto de 1932. «La Revista Blanca», no 160.

justificación ante el público es una obra de propaganda a la que ha consagrado tiempo y energías robadas al diario descanso. Laborar sinceramente por un ideal implica sacrificio de las pequeñas o grandes ambiciones, por las que tantos otros ponen a subasta pública honor, conciencia y corazón. El prologuista estima honrado y noble el firme empeño de conservar religiosamente -permítasele el adverbio a un incrédulo- esas que hoy se tienen por despreciables cosas. Y por estimarse así, quiero hoy cooperar a la obra de redención, que a su cuenta suma millares de nombres desconocidos, obra siempre renovada en el seno de las multitudes, pujante siempre merced al esfuerzo constante de cuantos, antes que a la satisfacción de sus individuales anhelos, rinden culto al ideal de justicia, de libertad y de igualdad para todos.

El libro que se ofrece al lector no es, como su título lo indica, un trabajo doctrinal; es más bien una labor crítica, el resultado de la lucha diaria contra los anacronismos y prejuicios de nuestro tiempo. Periodista batallador, ha cultivado Prat con preferencia este género de literatura; y sus artículos, limpios de eufemismos, son verdaderos golpes de piqueta asestados al vetusto edificio de las instituciones históricas. De su mérito o demérito juzgue el lector, que el que esto escribe no viene aquí a hacer el elogio del amigo, ni siquiera la crítica de su obra; viene sencillamente a poner su granito de arena en la ya montaña de las reivindicaciones sociales.

La oportunidad de recopilar los trabajos periodísticos que este libro encierra tiene sobrada justificación. En la decadente nacionalidad española, todo parece extinguirse al presente: flacos de memoria, harto flaco de memoria, continuamos razonando, pensando, obrando y sintiendo como en los tiempos viejos, sin que la dura experiencia de ayer mismo nos mueva a cambiar de postura ni de ritmo. Ha pasado sobre nuestras cabezas un ciclón<sup>118</sup>, y apenas nos hemos percatado de ello. A la hora actual no hay para nosotros problema alguno de trascendencia que logre avivar las dormidas energías, que acelere la circulación de nuestra empobrecida sangre, que despierte del sopor intelectual a este pueblo sacudido por todos los vientos de la desdicha. Por grande que sea nuestro optimismo, no puede de momento sobrepujar las negruras de la realidad. Y cuando voces antes elocuentes, callan ahora; cuando plumas que hacían vibrar enérgicamente los sentimientos populares, se enmohecen arrinconadas; cuando todas las propagandas parecen haber claudicado en el circo de los escamoteadores políticos que emboban al respetable público, ¿no es oportuno renovar los acentos de la lucha, reproducir las voces del combate por un ideal de humana emancipación y de humana justicia? Es preciso, no sólo oportuno, hacer pasar ante el pueblo, como en cinta cinematográfica, nuestras recientes desdichas, nuestros desaciertos, nuestras impotencias, nuestras vergüenzas nacionales y también nuestra cobarde sumisión individual a todas las imposiciones de los que nos guían o mejor nos empujan por el plano inclinado de nuestra total ruina como colectividad.

Menester será emplear el fuego y el hierro para no morir por consunción. Una risible escaramuza político religiosa parece agitar en los momentos presentes la opinión pública. Esa escaramuza es un juego indigno a que se entregan nuestros conspicuos, olvidados de que al hambriento no hay que enseñarle el pan, ni entre guardias civiles, cuando no se le quiere dar. Si aquí quedara un poco de energía vital, un poco de coraje, no sería necesario forzar la máquina amañando actos públicos insinceros, a los que va la gente por rutina, sin calor ni amor. Se habla de radicalismos, y es menester declarar, con el representante de la más arcaica política, que esos radicalismos no parecen por parte de alguna. Se habla de democracia, y hasta los partidos más avanzados han caído en vergonzosa oligarquía. De revolución, ¿quién habla?

---

<sup>117</sup> José Prat en su prólogo a *Ideario*, por Ricardo Mella (Tomo I de sus inconclusas «Obras completas»), concluía que Mella, «continuará perdurando en la memoria de los que, como yo, tuvieron el placer de convivir con él meses y meses bajo su techo».

<sup>118</sup> Seguramente se refiere a Mella a los sucesos de Barcelona historiadados en el libro siguiente: *La revolución de julio*, por José Brissa, Barcelona, 1910, Maucci Ed., 301 págs.

Hasta la misma propaganda social, aquella que agitara los espíritus de modo que permitía entrever una próxima rehabilitación, nuevas costumbres públicas, exaltando las pasiones nobles y moviendo los cerebros y los corazones en el sentido del bien común, parece dormir ahora. No hay lucha, no hay vida. Los logreros de la política, los charlatanes de la sociología, los pedantes de la literatura, todos han conspirado a más y mejor por llevarnos a la ruina de lo poco bueno que en nosotros quedaba.

Así se ha querido y así se tiene. Al fragor del combate por las ideas ha sucedido el ruín hormigueo de las personalidades. Mercachifles, que no propagandistas; arlequines, que no oradores; estetas o eunucos, que no escritores; farsantes, que no políticos; mamarrachos, que no hombres, y detrás el rebaño manso, manso, con algún que otro lobo que a lo mejor se lía a dentelladas con todo bicho viviente. El rebajamiento moral trae la brutalidad actuante. He ahí todo.

¡Felices los que pueden huir a esta pestilencia!

-----

Hay una hermosa tarea para los hombres de corazón. Luchas cuando se es multitud, vale poca cosa; luchar en el aislamiento, aquí y allá, tendiendo la mano al compañero de armas, buscándose y encontrándose en el seno de la gran masa que dormita, eso ya es algo. Luchar y perseverar en la lucha ganando un día y otro terreno, conquistando cerebros y voluntades, levantando a los caídos, reanimando a los vacilantes y formando, al fin, falange de combatientes, eso ya es mucho, es la inmediata victoria. Para regenerar a una colectividad que se disuelve, esa tarea se impone. Pocos o muchos, que todos los que se sientan con ánimo hagan su camino, aunque haya que pisar abrojos y quebrantar huesos.

Frente a todos los pesimismo de la realidad, hay que gritar los optimismos del porvenir. La renovación social es la gran obra que está llamando a los hombres de corazón. Muertos los ideales religiosos y muertos los ideales políticos, nos dejan la triste herencia del mercantilismo y el industrialismo generados en el escepticismo ambiente que se cubre con todas las caretas, toma todos los nombres y viste todas las túnicas. Y así, con la pujanza del santo negocio, pujantes parecen todavía las cosas muertas. Pero todas las farsas tocan a su fin, porque la conciencia pública, penetrada de la verdad, se llama a engaño, y al desaliento momentáneo producido por el espectáculo de la ruina, sucederá necesariamente el despertar de las energías, la exaltación de las nobles pasiones, esperanzados los corazones, iluminados los cerebros.

Todo el contenido social está agotado. Imposible una nueva fe, imposibles nuevos fanatismos. El pensamiento y la voluntad buscan en la razón y en la ciencia su guía y su camino. Las ideas hechas, las fórmulas cerradas, los dogmas imperativos, todos los absolutos han fracasado. Y en el interregno de este cambio formidable, de este salto enorme desde las oscuridades doctrinarias hasta las esplendideces de la luz que inunda los cerebros, andan las voluntades vacilantes y el entendimiento desorientado. Pero por encima de todas las dudas, de todas las vacilaciones, flota una verdad, una gran verdad, que será como el faro que guíe nuestros pasos, y es, a saber: que hemos vivido como enemigos y queremos vivir como hermanos. La resultante será fatalmente la revolución en el sentido de los ideales nuevos, que una vez lanzada la Humanidad por un camino, jamás retrocede.

¿Qué importa que por el momento no se acierte con la táctica necesaria ni se formule la aspiración concreta de la multitud?

De la multiplicidad de opiniones brota una característica común indudable: libertad, toda la libertad posible; igualdad y justicia en el convivir solidario de todos los humanos. El más y el menos, las diversas direcciones de una misma idea, las tendencias distintas derivadas de distintos temperamentos y de puntos de vista varios, son precisamente la condicional obligada del desenvolvimiento de la común aspiración.

Y si cada uno actúa también de diverso modo, ¿qué es ello sino el resultado de la libertad más practicada que pregonada? Por encima de los viejos procedimientos, de los discursos, de las asambleas, de la palabra escrita en libro o periódico, la propaganda por la conducta hace su camino. Son los hechos diseminados aquí y allá, los ejemplos esparcidos a los cuatro vientos, la repetición continua de las prácticas antirreligiosas, contrarias a toda política, negación de todo dogmatismo, de toda regla, de toda imposición, los que van labrando el surco donde la semilla germina y el fruto brotará un día. En esta labor silenciosa, pertinaz, repetida siempre y en todas partes, la evolución en los hechos a cuyo término se hallará fatalmente el camino radical que emancipará conciencias y personas, que renovará el mundo, que realizará, en fin, el ideal humano de todos los tiempos: bienestar y fraternidad.

Que no se engañen los partidos históricos: sus aspiraciones no encajan en el ambiente actual; sus coaliciones no son de ideas, son de intereses; sus luchas no son por el porvenir, son por el pasado. Mientras se divierten jugando al regionalismo, al civilismo, a la democracia, la reacción copa en redondo todo lo que queda aprovechable en el mundo burgués, y queriendo o sin querer, al servicio del capitalismo están desde el anacrónico absolutista hasta el más radical republicano. Enfrente de todo esto hay una fuerza poderosa: el pueblo socialista y revolucionario, más o menos socialista y más o menos revolucionario, pero con una aspiración común y bien definida: la emancipación religiosa, social y económica de todos los hombres.

Al servicio de esta aspiración escribimos estas líneas y al servicio de esta aspiración han sido escritas también *Crónicas demoledoras*, sentidas y pensadas al compás de las vergüenzas e ignominias a que han conducido al país, unos por acción, otros por omisión, los militantes de la política y del capitalismo.

Demoler, eso hace el amigo Prat; demoler, eso es necesario que hagamos muchos. Para construir de nuevo es preciso derribar antes con mano dura el vetusto caserón de las históricas instituciones.

Ricardo Mella

## «LA CIENCIA MODERNA Y EL ANARQUISMO», POR PEDRO KROPOTKIN<sup>119</sup>

### Prólogo

Publicada en alemán la primera edición de *La ciencia moderna y el Anarquismo*, la amplió su autor para darla a luz en lengua inglesa.<sup>120</sup>

Caer en mis manos esta segunda edición, darme cuenta de su real importancia y ponerme a traducirla al castellano todo fue uno. La traducción será mejor o peor, pero tengo la seguridad de haber permanecido fiel al texto constantemente, aun a expensas de la pureza de estilo y del

---

<sup>119</sup> *La ciencia moderna y el Anarquismo*, por Pedro Kropotkin, traducción y prólogo de Ricardo Mella, Valencia, s./f., F. Sempere Ed., 162 págs.; el libro continúa hasta la página 261 conteniendo del mismo autor *El terror en Rusia*, traducción de Eusebio Amo.

<sup>120</sup> Kropotkin corrigió este libro para la edición francesa *La science moderne et l'Anarchie* (La ciencia moderna y la Anarquía), por Pierre Kropotkin, París, 1913, Stock Ed., 391 páginas; pero solamente abarca hasta la página 136, pues a continuación contiene otros escritos del autor. Finalmente la edición definitiva es la rusa, que apareció nueve años después y a la que se deberá acudir para cualquier reedición. Fue corregida por el autor antes de morir y editada por «Golos Truda» («La Voz del Trabajo»), editorial anarquista de Petrogrado, Moscú.

rigor sintáctico. En obras de esta naturaleza es preferible la exactitud a la elegancia de la dicción.

Tratándose de Pedro Kropotkin, cuyos estudios sociológicos circulan profusamente en todos los idiomas<sup>121</sup>, no era dudoso que este su último trabajo, calificado modestamente de ensayo por el autor, tuviera el alcance que todo el mundo ha reconocido en sus precedentes libros.

Pero si hasta ahora se había reconocido principalmente en sus obras un gran valor de propaganda, una fuerza probatoria de razonamiento poco comunes en otros estudios sociales, habrá que reconocer en presencia de este nuevo libro esas mismas cualidades y una más, muy importante: la comprobación de que la idea anarquista no es un sueño de ilusos, sino esencialmente derivación necesaria de las modernas teorías científicas.

La prueba *a posteriori*<sup>122</sup>, estamos por decir experimental; es concluyente. Con rigor inflexible llega el autor a *La conquista del Pan*<sup>123</sup> a las conclusiones finales, en cuya virtud el Anarquismo deja de ser definitivamente credo de partido, aspiración de secta, definición de dogma.

Precisamente cuando la vulgaridad general ha vaciado sobre el Anarquismo todos los lugares comunes y todas las diatribas del repertorio al uso, viene Kropotkin a demostrar, como dos y dos son cuatro, que la ANARQUÍA es la expresión sintética de la filosofía natural fundada en los descubrimientos científicos más recientes y se propone no sólo la reedificación de la sociedad, sino la reconstrucción del conocimiento.

La opinión corriente, que se figura al Anarquismo como un programa más, como un plan ideado en vista de determinados fines, como uno de tantos *proyectos* formulados *a priori* y sin base sólida que lo soporte, ha recibido en esta obra el golpe de gracia.

No es la ANARQUÍA un *forzamiento* de las cosas. Es el desenvolvimiento natural y continuo de todos los elementos de integración vital que están contenidos en la Humanidad, trátese del individuo o de las agrupaciones sociales. No se reduce al mecanismo simplista de la existencia ordinaria, sino que abarca el conjunto de la existencia universal y se propone explicarse, en suprema síntesis, la totalidad de la vida y la totalidad de las relaciones. No es una *invención*, sino una verificación.

En este aspecto, aun las opiniones de muchos anarquistas necesitan ser corregidas.

Hay en la educación popular resabios de jacobinismos, tendencias vivas al forzamiento de las cosas. La multitud dirigida se coloca en el mismo plano de los directores y actúa conforme a las sugerencias del dogma propio.

Muchos anarquistas no son más que impulsivos que piensan y obran en radical, en revolucionario motinesco. Todo su Anarquismo se reduce a la rebeldía instintiva, que no es precisamente la rebeldía consciente, y a la imposición o a la dictadura de la multitud, lo que no sería mejor que otras dictaduras y otras imposiciones.

---

<sup>121</sup> Numerosos folletos y libros de Kropotkin se editaron en España antes de la aparición de su libro *La ciencia moderna y el Anarquismo*.

<sup>122</sup> *A posteriori*, locución latina: con posterioridad, por lo que viene después, etcétera.

<sup>123</sup> Citamos una de las tantas ediciones anteriores a la aparición de *La ciencia moderna y el Anarquismo*. Hela aquí; *La conquista del pan*, por Pedro Kropotkin (galicismo usualmente empleado entonces en España), Valencia, s./f., F. Sempere Ed., 230 págs. Todas las ediciones (conocemos, además de los editores B. Bauzá, Centro Editorial Prensa, Felú y Susanna, Maucci, todos de Barcelona; y Prometeo, de Valencia) emitieron el prólogo de Eliseo Reclús y no mencionaron al traductor, el doctor Gaspar Sentiñón.



Las desviaciones y errores de la opinión acerca del Anarquismo tienen en esas pobres traducciones del ideal un auxiliar poderoso. Parece como si partidarios y adversarios se empeñaran en perpetuar la leyenda de las agitaciones estériles, de las violencias bárbaras, de los inextinguibles odios.

Cierto que en la crudeza de las luchas de nuestros días son fatales las estridencias de concepto y de hecho. Inútil poner diques a la corriente. La lucha es la lucha. Mas si las cosas tienen siempre explicación, no siempre tienen justificación. Y en todo caso, a los hombres que se dicen renovadores no convienen cosas y palabras rancias.

El lenguaje denuncia frecuentemente el atavismo de club<sup>124</sup>. Es preciso ser un poco bárbaros, un poco sectarios, un poco fanáticos. La acción está representada en caricatura por un obrero fornido, provisto de recia estaca. La bomba ya se hizo anacrónica. Teóricamente, muy anarquistas, prácticamente, déspotas. Se levantan altares a la razón y se impone la propia a garrotazos. Ni aún se tolera disentir del novísimo dogma.

La aberración llega al límite cuando se ve a tales hombres en amigable consorcio con todos los radicalismos de escuela y en la grata compañía de caudillos de opereta, conspiradores bufos de peluca rubia y trenza gris.

Afortunadamente, la multitud obrera, y entre ella los anarquistas conscientes, se apartan de aquellos que cifran la emancipación humana en serviles traducciones de la rutina político-jacobina. Pero al propio tiempo el hecho hacia estos ideales y hacia sus propagandistas se extiende y levanta como una recia muralla que impide toda compenetración de pensamiento y de conducta.

Contrayéndonos a España, puede observarse un período de seria propaganda y de estudio que se desenvuelve rápidamente y gana las multitudes, no sólo obreras, sino también mesocráticas; después viene el período llamado heroico, que siembra de espanto con sus formidables aldabonazos: la idolatría por los hombres se revela hasta en las denominaciones de los grupos. Se empieza a olvidar las ideas. Finalmente se inicia el período de decadencia bien patente en la enorme vulgaridad de las locuciones y de los nombres actuales que harían reír si no indignara.

No se juega a los comités ni a los diputados, pero sí a las conspiraciones y a las algarabías infantiles, de una ingenuidad tal, que a veces toca los linderos de la maldad.

Así, en España, el Anarquismo como fuerza anda maltrecho y vacilante.

Si las masas populares obran, no obstante, en anarquista a cada movimiento que se produce, se debe a ese su espíritu, a ese su genio creador de que habla Kropotkin.

Se actúa en anarquista aun sin saberlo, y muchas veces a pesar y en contra de los mismos anarquistas.

-----

Es verdaderamente decisiva la manera como Kropotkin establece el paralelismo entre el progreso de las ciencias, el desarrollo de las ideas y los desenvolvimientos y rebeliones populares.

Las parciales evoluciones en el dominio de la religión, en el de la filosofía, en el de las formas políticas y económicas, en el de las instituciones sociales, se resuelven en una misma evolución de general tendencia hacia la libertad integral, libertad de pensamiento, libertad de acción, libertad de vida.

---

<sup>124</sup> *Club*, voz inglesa: centro de reunión, círculo, tertulia, etcétera.

La enorme diversidad de manifestaciones y modalidades, que parece inducir multitud de resultantes distintas, no es más que la expresión en detalle de un gran síntesis que comprende la vida entera de la Humanidad y de la Naturaleza. La metafísica sucede a la teología; la filosofía especulativa a la metafísica; la filosofía natural, la ciencia propiamente dicha, a la filosofía especulativa. Los esfuerzos de la razón se ven al fin coronados por el éxito en los dominios de las ciencias naturales. Construimos ahora de nuevo el edificio del conocimiento sobre los firmes bloques de la experimentación. ¡Gloria, no obstante, al pensamiento humano, que tantas veces ha sabido adivinar la realidad y adelantarse a la ciencia!

¿Y qué son, en suma, las transformaciones políticas y sociales, las transformaciones económicas, sino gradaciones de esa misma evolución general? La historia entera de la Humanidad se compone de la sucesión ininterrumpida, un poco idealista, un poco materialista, de cambios continuos en el modo de pensar, en el modo de relacionar, en el modo de vivir. La idea y el hecho tienen un mismo desenvolvimiento: se ponen, se compenentran. Aun cuando parezcan a veces divergentes, la resultante y la finalidad son siempre de concurrencia por el mejoramiento de la vida, por la elevación del pensamiento, por el dominio de la existencia entera. Imposible escindir lo ideal y lo material.

Es sorprendente cómo el autor de *La ciencia moderna y el Anarquismo* sigue paso a paso la evolución de las multitudes y la evolución en el orden de los conocimientos. Estas páginas son un canto triunfal al hombre y la ciencia. Y son también el golpe de gracia a las rutinas dialécticas aún de los pseudocientíficos del socialismo. No hay manera de negarse a la evidencia que brota sencilla y naturalmente de este libro.

Todos los *forzamientos* teóricos quedan desvanecidos. La tendencia general en todo el curso de la historia es de independencia tanto como de igualdad, el equivalente de la justicia.

Nace en el seno de las multitudes el Anarquismo. Nace instintivamente, porque el hombre se siente por naturaleza libre. Y este instinto, esta tendencia, labra un día y otro el porvenir que más tarde construyen teóricamente los filósofos, los hombres de ciencia contrarios a la Academia, a la Universidad, a la verdad oficial. Vienen en seguida la falange de inteligencias despiertas, de nobles corazones que difunden las novísimas doctrinas en el seno del proletariado y de la clase media modesta. Idealmente la batalla está ganada.

En nuestros días, cuando mayor parece la preponderancia del Estado, cuando todos los partidos se empeñan en repetir la historia luchando rabiosamente por el poder, por la centralización, por ideales de unificación y de uniformidad fuera de las condiciones reales de la vida, la contienda ha pasado de la esfera de las ideas, al terreno de los hechos.

Las multitudes actúan de manera que da un mentís continuo a la prepotencia de todas las direcciones y jefaturas que las solicitan. Obran por su cuenta, olvidadas de programas, descuidadas de disciplinas y reglamentos que de nada les servirían como no fuera de estorbo en el momento de las airadas rebeldías.

Ciertamente que hay mucho de instinto también en esta conducta, porque frecuentemente el espíritu anarquista no persiste más allá de los días de revuelta y las multitudes apaciguadas no dejan de clamar bien pronto por una nueva disciplina, por una nueva dirección. Se obra en anarquista para destruir; rutinariamente para edificar. Las solicitudes del autoritarismo y del capitalismo hallan un fiel aliado en la inexperiencia popular.

El atraso mental es bastante fuerte para permitir que, en ausencia de una orientación indicada, se alce una dirección impuesta. Y la falta de hábitos de independencia hace todo lo demás.

Período de transición el presente, explica bien por qué las multitudes se detienen a mitad de camino. Y es que en el desarrollo de las aplicaciones prácticas del Anarquismo no son tan indispensables las disertaciones teóricas como las lecciones de cosas. No de otro modo que a costa de grandes esfuerzos, de repetidos ensayos, de sucesivas aproximaciones, llegará el ideal libertario a traducirse en hechos. Es la experiencia la que ha de contrastar, la que ha de *verificar* la exactitud de nuestras conclusiones.

La difusión de las ideas tuvo la falange de inteligencias despiertas y de nobles corazones. La tiene ahora mismo. Pero en los momentos de revolución, la propaganda cede el puesto a los actos y entonces es necesaria la falange de los abnegados y de los prácticos. No queda a tal hora más que el aleccionamiento de los hechos o la dictadura. La dictadura es todo lo contrario del Anarquismo. Es, pues, preciso sugerir la práctica con la práctica; es necesario proceder experimentalmente ante las multitudes para que su gran espíritu de renovación haga libre y espontáneamente todo lo demás.

Y es también necesario que a esta hora suprema nadie se deje arrastrar por la sugestión jacobina, por la obsesión de la violencia que, en el curso de la evolución, no puede ni debe ser más que un episodio. Lo esencial es reconstruir la vida y reconstruirla de tal modo que permita todas las experiencias. El sólo deseo de una organización uniforme lanzará a las masas por el camino de la imposición. La imposición tendrá necesidad de un órgano. El órgano será un gobierno franco o disimulado. El espíritu libertario quedará otra vez vencido. La revolución habrá sido inútil.

En este punto estimamos que Kropotkin exagera la necesidad de aplicaciones comunistas<sup>125</sup>, exclusivamente comunistas, aun cuando en esta obra parece franquear el amurallado recinto de la uniformidad.

Porque en el fondo es un economista al revés, o porque argumenta bajo la influencia del medio ruso o bien porque le obsesiona la cuestión del pan para las multitudes hambrientas. Kropotkin en todas sus obras desenvuelve insistentemente el principio comunista cerrado, uniforme, hasta sus últimas consecuencias, del mismo modo que se esfuerza en la afirmación del municipio libre y apenas concede atención a las formas subsiguientes del organismo social, tan complejas como complejas son las necesidades de la vida moderna.<sup>126</sup>

La práctica del comunismo anarquista la reduce el autor de *Campos, fábricas y talleres*<sup>127</sup> a su más sencilla expresión. Si no temiéramos excedernos, diríamos que plantea y resuelve la cuestión en forma harto simplista para que concuerde con la extrema complicación de la vida social. Ello podría parecer bien a las multitudes; podrá satisfacer necesidades de fácil comprensión; podrá llenar cumplidamente el objeto primordial de hacer asequible la idea a todas las inteligencias. Pero de ningún modo está de acuerdo con la evolución social.

Véase como quiera, no hay en toda la historia de los pueblos un solo caso de realización integral de una idea. Todo lo más hay una tendencia, una finalidad, un camino, cuya meta se aleja delante del caminante. El individualismo, el industrialismo, el capitalismo, no son realizaciones totales, totalmente idénticas al principio que las informa. No son siquiera idénticos

---

<sup>125</sup> Comunistas libertarias, naturalmente. Nótese que aún no había aparecido el fenómeno del «comunismo ruso» (1917).

<sup>126</sup> Mella crítica aquí el «comunismo» kropotkiniano. Un afín a las ideas «comunistas libertarias» de Kropotkin, como lo fue el italiano Enrico Malatesta, crítica otro aspecto del ideal kropotkiniano en el apéndice IV, «Pedro Kropotkin. Recuerdos y críticas de un viejo amigo», incluido en el libro *Malatesta, vida e ideas*, por Vernon Richards, Barcelona, 1975, Tusquets Ed., 438 págs.

<sup>127</sup> Puede consultarse el libro *Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin, Barcelona, 1938, Tierra y Libertad Ed., 311 págs.; y ediciones anteriores o posteriores. Fue traducido por Fermín Salvochea.

a sí mismos en todos los puntos de la Tierra. Son una tendencia hacia la realización de una idea. Y las prácticas de esta tendencia difieren de tal modo, que no cabe posibilidad de encerrarlas en un enunciado común. Ciertamente tienen el mismo punto de partida y la misma finalidad. Ciertamente que disponen de un mismo instrumento de realización, pero los hechos que traducen la idea en la marcha ordinaria de la vida no sólo no concurren siempre en una expresión uniforme, sino que frecuentemente difieren y se oponen los unos a los otros.

«Dondequiera que un sistema ha predominado -he dicho en otra parte- o predomina, los hechos están lejos de seguir reglas invariables. El principio es generalmente uno; las experiencias prácticas varían notablemente, desviándose del punto de partida. Del comunismo de algunos pueblos sólo puede obtenerse una característica ideal. En los hechos no hay comunismo igual a otro comunismo. En todas partes se hacen concesiones al individualismo en diverso grado. La reglamentación de la vida oscila desde el libre acuerdo hasta el despotismo más duro. De los esquimales que viven en comunidades libres al comunismo autoritario del antiguo imperio peruano, la distancia es enorme. Y, sin embargo, las prácticas del comunismo se derivan de un solo principio: el derecho eminente de la colectividad que, en los países gubernamentales, se trueca en el derecho eminente del príncipe que asume la representación y los derechos de los súbditos. Este principio no subsiste, empero, sin limitaciones esenciales. En todas partes las reservas en beneficio de la individualidad son numerosas. En unos casos en la propiedad privada de la casa y el jardín. En otros la comunidad no alcanza sino una porción de la tierra, reservándose las otras el Estado, los sacerdotes, los guerreros. Finalmente, los esquimales, en sus libres comunidades, reconocen en el individuo el derecho a separarse de la comunidad para establecerse en otra parte, cazando y pescando a su solo riesgo...».

“Del mismo modo el régimen individualista se halla en ciertas regiones más cerca del comunismo que del individualismo propiamente dicho. La propiedad en muchos casos se reduce a la posesión o al usufructo que el Estado, a voluntad, concede o retira. En otros el uso de la tierra se da por repartos periódicos, porque teóricamente se considera el suelo propiedad de todos”.

“Si analizamos la experiencia actual del individualismo en la industria y en la agricultura, veremos que el principio o regla es uno: el derecho a la propiedad exclusiva y absoluta de las cosas, pero que los métodos de aplicación varían de país en país y de pueblo en pueblo. No obstante, el empeño de unificación de los legisladores y el poder absorbente del Estado, las leyes son un verdadero *mare magnum*<sup>128</sup>, y los usos y costumbres en la industria, en la agricultura y en el comercio tan opuestos entre sí, que lo que es equitativo en un lugar se tiene frecuentemente por injusto en otro”.

“Hay naciones o comarcas donde la asociación obra milagros y otras donde cada cual prefiere luchar solo en su propio beneficio. Regiones enteras pertenecen en una misma nación a una docena de individuos, mientras otras están divididas y subdivididas hasta lo inverosímil. Aquí prevalece la gran industria. Allá perdura el antiguo artesano trabajando en su pequeña taller. La transmisión de la propiedad afecta las más variadas formas. En unos lugares han sido suprimidas las rentas, en otros persisten invariables”».

En ningún punto del globo subsiste el individualismo sin algo de comunismo y mucho de cooperación y de asociación. No se puede prescindir del hospital, del asilo, de la oficina pública, del público paseo; no se puede prescindir del comunismo en los servicios de comunicaciones, de transporte, de alumbrado; no se puede prescindir de crear fuertes asociaciones, grandes empresas, de sumar capitales y hombres con fines de cooperación. No importa por qué ni para qué. Importa saber que el individualismo no tiene ni puede tener realización totalitaria, pura, como el ideal de que se deriva.

---

<sup>128</sup> *Mare magnum*, locución latina: abundancia, gran mar, etcétera.

Otro tanto ocurre con las instituciones políticas. Es tan grande la diversidad de códigos, que no tendremos que insistir. El constitucionalismo, sea monárquico, sea republicano, ya unitario, ya federalista, varía radicalmente de pueblo a pueblo. No hay una constitución-tipo después de un largo siglo de experiencias. La tendencia es siempre la misma; la práctica, distinta en todas partes.

Toda la ciencia del mundo no sería bastante para ofrecernos un esquema ideal, así del individualismo como del constitucionalismo, de acuerdo con la realidad.

Así nosotros, anarquistas como Kropotkin, no podemos comprender una sociedad que produce, cambia o distribuye y consume casi mecánicamente, automáticamente, de un mismo modo en todos los puntos del globo. El estudio de la evolución nos dice lo contrario, nos habla de la inmensa variabilidad de las aplicaciones. Y como es el lenguaje de la realidad y observamos también que todos los intentos de unificación han fracasado y que están en la misma condición de los hombres la tendencia a la diferenciación, no nos conformamos con la concepción del comunismo uniforme.

Hay una cuestión previa, que es la igualdad de medios para la vida. Esta afirmación constituye todo el socialismo, o todo el comunismo, o todo el colectivismo práctico. El hombre importa poco. Más allá de esta afirmación no puede haber más que agrupaciones formadas para cooperar, *como quiera que sea*, a fines determinados. Los métodos de cooperación pueden ser tan variados como las opiniones, los gustos, las necesidades, etcétera. Todavía más, es preciso que lo sean, porque sin diversidad de experiencias no puede haber elección de lo mejor. El progreso del mundo consiste precisamente en esta selección experimental.

Cualquier intento de método uniforme, cualquier propósito de unificación, sería un nuevo forzamiento de las cosas, y el Anarquismo no trata de forzar, sino de favorecer y fomentar el desarrollo de todas las condiciones que están dadas en la Naturaleza para la vida individual y para la vida social.

¿Quién es capaz de predecir las maravillas de los desenvolvimientos futuros en función de un régimen de libertad y de cooperación voluntaria fundado en la igualdad de condiciones?

El error del comunismo anarquista es del mismo género que el error del anarquismo individualista. Así como este vuelve fatalmente al Estado, así aquél volvería necesariamente a la autoridad y al oficialismo. Toda tenencia de unificación requiere un factor, un elemento que ejecute, que arregle, que coordine. El principio de autoridad, la idea de gobierno está siempre en acecho.

La unidad no puede ser más que una resultante. La vida en variación continua. A partir de ésta, es como únicamente podemos aspirar al desenvolvimiento creciente de todas nuestras facultades.

No se nos oculta que la manera más sencilla, demasiado sencilla, de satisfacer las necesidades elementales de la existencia es el método comunista íntegro. La multitud proletaria hallaría de pronto la solución del apremiante problema del pan. La multitud proletaria se rendiría cuenta en seguida de la manera como tendría que conducirse para no padecer hambre ni frío, para no andar cubierta de andrajos, comida por la miseria. Comprenderíamos que todos los obreros fueran comunistas *a outrance*<sup>129</sup>.

Pero, ¿y después? Sería menester rebasar los muros de la pequeña villa, los cercados de la gran ciudad; transponer los límites de la comarca, de la nación. Habría algo más que hacer que

<sup>129</sup> *A outrance*, locución francesa: hasta el extremo, hasta el último trance, etc.

comer y vestirse. Cada uno, individuo o grupo, querría desenvolver su actividad en distinto sentido, de modo diferente. La vida recuperaría toda su gran complejidad y las complicaciones de organización nos saldrían al paso por todas partes.

El comunismo puede dar y da respuesta a todo esto; señala un camino, marca un rumbo. Pero la Humanidad, entonces como ahora, hará poco o ningún caso de orientaciones y de caminos y de rumbos. Empezará de nuevo la ruta como sepa y como quiera. Cada uno elegirá un sendero. No sería ningún bien que todo el mundo marchara por la misma carretera. No habría variedad, no habría selección, no habría progreso.

Si en el seno del Anarquismo prevalece la idea comunista actualmente, no es sin que provoque divergencias, entre ellas la necesaria reacción individualista. Son extremos que están pidiendo a gritos una solución. Estaremos en camino de alcanzarla si atendemos a las realidades del desenvolvimiento social más que a nuestros resabios dialécticos.

El colectivismo, con su principio de alternativa respecto a los medios de distribución<sup>130</sup>, ha pasado a la historia. Igual suerte correrá el comunismo actual. Si el Anarquismo es la expresión sintética de toda la evolución social en el pasado, en el presente y en el futuro, no puede encerrarse en la monomanía de un procedimiento único. Por el contrario, supone la más grande variedad de procedimientos, la más grande variedad de aplicaciones, la más grande variedad de resultados.

Basta al principio de justicia la realización de la igualdad, porque ésta es el equivalente de aquélla, según prueba cumplidamente Kropotkin. Mas la igualdad queda realizada tan pronto como los hombres todos entran en posesión de la riqueza natural y social; y así, entonces, las formas del mejor empleo de los medios puestos a disposición de todos y cada uno no pueden ser sino objeto de libres conciertos, de contratos libres, que es lo que constituye el sistema de cooperación voluntaria, o en otros términos, el método anarquista.

En este mismo sentido hace Kropotkin las salvedades necesarias, admitiendo la posibilidad de diversas aplicaciones, y lo que es mejor, considerando el anarquismo individualista como un freno a las probables exageraciones comunistas, pero insiste siempre en el punto de vista del comunismo libre como verdadera expresión del Anarquismo. El objetivo *libre* no altera los términos de la cuestión, pues o el comunismo es la cooperación voluntaria con toda su segura multiplicidad de métodos o es uniformidad y unificación, forzamiento, en fin, del desenvolvimiento social.

-----

Tampoco es posible concebir cómo las transformaciones del futuro han de reducirse a la idea elemental del municipio libre. Este es ciertamente el punto de partida, pero no hay ninguna razón para detenerse en él.

Habla Kropotkin de federaciones profesionales, de organizaciones políticas, de asociaciones mil de libre iniciativa, y ello supone una concepción vastísima de la organización social entera. En realidad, la insistencia acerca del municipio libre tiene fácil explicación en el hecho de que las asociaciones de más compleja forma tienen siempre la tendencia absorbente, y contra la preponderancia centralizadora de toda asociación de asociaciones no existe otro freno que la independencia de sus elementos componentes.

---

<sup>130</sup> «Era ya tiempo de que alguno de los grandes escritores anarquistas interpretara rectamente esta idea propagada en (¿otros?) tiempos por todos los anarquistas de raza latina. Kropotkin lo hace con gran acierto, y de ello nos felicitamos». (Nota de Ricardo Mella).

Pero el municipio independiente no tiene más realidad que el individuo independiente. El hecho de la mayor proximidad entre los individuos dentro de un municipio no es bastante para establecer la independencia del primero y la no independencia de los segundos.

Las necesidades de la misma vida social implican el acuerdo no sólo de los individuos dentro del municipio, sino también de los municipios entre sí. Las necesidades de la producción, del cambio y del consumo, suponen el acuerdo por industrias, así dentro del municipio como de industria a industria en un territorio dado. Aun cuando cada municipio pudiera bastarse a sí mismo económicamente, lo que es problemático en sumo grado, no podría encerrarse en murallas chinescas. Se vive con todo lo que está próximo o lejano en mayor o menor grado, pero no se vive en el aislamiento.

Y si tenemos en cuenta la gran población diseminada en los campos, sin más que pequeñísimas agrupaciones de viviendas, y la naturaleza misma de los trabajos agrícolas, se comprenderá en seguida cómo la vida de relación ha de rebasar necesariamente los linderos del municipio ciudadano.

Tan variable e inestable como se quiera, surgirán federaciones locales y extralocales, federaciones de campesinos y federaciones de industrias, federaciones de deporte, de arte, de ciencia. El porvenir pertenece por entero a esta forma de organización libre, de abajo a arriba, de lo más sencillo a lo más complicado.

Por eso decimos que el municipio libre no es todo el Anarquismo como no lo es tampoco exclusivamente el comunismo, aunque se le adjetive como se quiera.

-----

No hay en lo apuntado grandes divergencias con lo dicho por Kropotkin. Pero aunque las hubiera, conviene no olvidar que nuestro buen camarada admite de grado todas las posibilidades y se coloca en la posición del nombre de ciencia que no da opiniones, sino principios demostrados.

Y como él, hasta donde él va, vamos nosotros corroborando y suscribiendo la afirmación de que verificar nuestras respectivas conclusiones solamente es posible *por medio del método científico inductivo-deductivo*, sobre el cual se han constituido todas las ciencias y por cuyo medio se han desenvuelto todas las concepciones científicas del Universo.

-----

Una palabra todavía. Prevenimos contra las reacciones posibles en los dominios de las propias ciencias, es menester guardarse de las seducciones de la novedad. No todo lo que aparece vestido con ropaje científico es verdadera ciencia. La loca de la casa hace prodigios; el entusiasmo se complace en aceptarlos sin discusión.

Las demostraciones verbales suelen ser fáciles; la comprobación y la verificación de la verdad, trabajosas. No admitamos sin análisis y sin prueba bastante.

Ya por razones de especialización, que es a un mismo tiempo una necesidad y un peligro; ya por la intervención de prejuicios inveterados, ocurre que circulan muchas verdades a medias y muchos errores ocultos como hechos de evidencia científica.

Hombres de talento colosal que afirman resueltamente el ateísmo -y damos este hecho como ejemplo- sostienen al mismo tiempo la imposibilidad de una sociedad de ateos. Se lanzan a los mayores atrevimientos científicos y tienen por inmutable el mundo social en que viven. Encerrados en su torre de marfil, no ven más allá de sus narices en cuanto toca a la realidad ambiente, y perdónesenos esta rudeza de lenguaje.

Para mayor comodidad han inventado una lógica especial, seca, dura, mecánica, que los hace tan peligrosos como los mismos metafísicos. Repudian lo que llaman lógica de sentimientos, como si el mecanismo mental fuera un simple aritmómetro, una máquina de cálculo, sin advertir que no hay, que no puede haber otra lógica que la intervenida por el completo de nuestro organismo con sus afectos, sus pasiones y sus nervios. Estamos en presencia de los hombres, de nosotros mismos, que no somos simples mecanismos silogísticos o sencillos aparatos de registro, sino trabazón de ideas y sentimientos, de funciones y órganos, de nervios y arterias y huesos, carne, sangre, etcétera. La lógica nuestra, y no podemos conocer otra, será necesariamente la resultante de todo lo que en nosotros está dado de antemano.

Como este sencillo ejemplo podríamos citar bastantes. Los libros científicos, o que parecen científicos, andan repletos de prejuicios y de errores. En cuanto se toca a los problemas sociales, reviven todos los atavismos de casta y el conocimiento científico suele hacer quiebra.

Vayamos con tino en la investigación de la verdad y exijamos siempre a la ciencia la *verificación* de sus principios.

Procediendo de esta manera llegaremos antes o después -¿quién lo sabe?-, pero llegaremos en firme a las conclusiones necesarias que expresen las formas precisas de la existencia social.

Ricardo Mella

## CAPÍTULO X

### MELLA, UTOPISTA

#### LA «NUEVA UTOPIA»<sup>131</sup>

#### CUATRO PALABRAS

Permítaseme ante todo presentar mis excusas al *Ateneo Obrero* de Tarrasa, por sustituir el título que había imaginado para el tema a que concurre con otro de mi cosecha.

Soy de aquellos emborronadores de cuartillas para quienes el título es la verdadera clave de sus obras.

Así he dado a este modesto diseño el título de la «Nueva Utopía», porque representa para mí la idea misma que he concebido.

Utopía, del griego, *ontopos*, no hay lugar, lo que no existe en realidad, es un término que se emplea no sólo en su sentido literal, sino también para indicar lo imposible en el presente y en

---

<sup>131</sup> *La Nueva Utopía*, por Ricardo Mella, fue escrita para el II Certamen Socialista, ya mencionado en notas anteriores. Para el tema V, propuesto por el Ateneo Obrero de Tarrasa, Cataluña, que era el siguiente: «*El Siglo de Oro*. Novelita filosófica o cuadro imaginativo y descriptivo de costumbres en plena Anarquía o de la sociedad del porvenir». Mella obtuvo el primer premio, consistente en cien pesetas.



lo futuro. Pero como esto último es completamente arbitrario, yo no he vacilado en adoptar, quizá por esta misma razón, aquel término gráfico con que comúnmente se nos designa.

Su la preocupación social prevaleciera, todavía pasarían por utopías la teoría de Copérnico<sup>132</sup> respecto al movimiento de la Tierra y el enérgico ¡*eppur si mouve!*<sup>133</sup> de Galileo<sup>134</sup>, la gravitación universal de Newton<sup>135</sup> y el Nuevo Mundo descubierto por Colón<sup>136</sup>; si las ideas de las mayorías hubieran de ser invulnerables, todavía se reputarían como utopías el cristianismo, la emancipación del tercer estado, el gobierno representativo, la democracia, la república y el federalismo. Hoy, que todo estos ha sido evidenciado o solamente aceptado por la sociedad o una parte de ella, aún queda utopía por descartar, la utopía aterradora del socialismo, y más que ésta, la de las aspiraciones del cuarto estado por la libertad y la igualdad económica.

Y como el proceso de la historia se ha evidenciado, según la expresión de Pí<sup>137</sup>, que la utopía de hoy es la verdad de mañana, creo firmemente que ésta que yo califico de *nueva utopía* es la verdad inmediata de un tiempo relativamente próximo.

Por eso, y a pesar de la sonrisa incrédula del indiferente y de la burla necia del preocupado, tomo por lema una palabra que ha servido para tachar de ensueños tantas maravillas de la ciencia y tan grandes verdades negadas sistemáticamente por el error.

Sólo siento que mi insuficiencia literaria no me haya permitido dar a este bosquejo todo el colorido de que es susceptible.

Bien hubiera intentado revestirlo, por lo menos, de formas más amenas, pero confieso mi impotencia. Escrito, además, al correr de la pluma, adolecerá, seguramente de graves defectos, entre ellos la monotonía de la descripción. No he sabido ni he podido hacer más.

Vive en mí el convencimiento por la idea y vivirá hasta la anulación de mi organismo. Presto, pues, mi concurso, sin reparar si vale más o vale menos.

Y termino contestando anticipadamente a los que puedan tacharme de soñador que prefiero soñar siempre a la realidad abrumadora que me rodea.

Ricardo Mella<sup>138</sup>

## CAPÍTULO I

A orillas del mar, en el Cantábrico, se levanta sobre una ligera colina una soberbia ciudad, emporio de riqueza y bienestar. Los habitantes de aquella mansión feliz gozan todas las comodidades apetecibles y viven en completa armonía, nunca turbada por las agitaciones comunes a otros tiempos y a otras costumbres. La «Nueva Utopía», creación grandiosa de una raza libre, es el producto de una profunda conmoción social que transformó, en tiempos no

---

<sup>132</sup> Nicolás Copernicus (1473-1543), nació en Thorthen, Polonia; fundador de la astronomía moderna.

<sup>133</sup> *Eppur si mouve!*, locución italiana: ¡Y por lo tanto se mueve! A pesar de que las escrituras religiosas negaban la rotación y traslación de la Tierra, el italiano Galileo exclamó que, sin embargo, se movía.

<sup>134</sup> Galileo Galilei (1564-1642), astrónomo italiano.

<sup>135</sup> Isaac Newton (1642-1726), científico inglés.

<sup>136</sup> Cristóbal Colón, en italiano «Cristoforo Colombo» (1451-1506); nació en Génova y murió en Valladolid. El descubridor «oficial» del Nuevo Mundo, es decir, de América.

<sup>137</sup> Francisco Pí y Margall.

<sup>138</sup> R. M.: Iniciales de Ricardo Mella.

lejanos y de un modo radical, el mundo viejo, echando las raíces firmísimas del soñado ideal de cerebros de locos reputados y por visionarios tenidos.

Cuentan las crónicas que la «Nueva Utopía» era un pequeño villorrio de pescadores, privados de todo bienestar y de toda ilustración. Gente nacida a la intemperie, criada entre andrajos, educada en las rudezas del tráfago de las embravecidas olas, aterrorizada por la preocupación del miedo a lo desconocido, imbuida de todos los antiguos errores y fanatismos, debilitada por el exceso de trabajo y la casi carencia absoluta de alimentos, así en el orden físico como en el intelectual, vivían aquellos miserables como verdaderos parias, apartados del concierto de los pueblos semicivilizados, olvidados de los filántropos a la moda de aquellos tiempos, unos hombres que predicaban la caridad y la pobreza sin perjuicio de enriquecerse a más y mejor y dejar en la miseria a la inmensa mayoría de los miembros verdaderamente activos de la sociedad.

El villorrio perdía de tiempo en tiempo un cierto número de sus habitantes que, por regla general, gente joven y fornida, la más útil para el trabajo, que era llevada a otros pueblos por unos hombres armados, vestidos de colorines y encargados, al parecer, de la defensa de los intereses comunes y de las vidas y haciendas de los ciudadanos. Aquellos hombres rudos groseros no se condolían de las lágrimas maternas ni de los dolorosos gemidos del padre y del hermano. Su corazón era de acero tan duro como el de sus armas. Además, recorrían anualmente los pueblos y, por tanto, el villorrio en cuestión, otros hombres con encargo especial de cobrar un tributo que llamaban contribución territorial e industrial, y que obtenían por el procedimiento llamado del embargo o expropiación de los irrisorios bienes del menguado que no pagaba la odiosa gabela. Aunque la propiedad estaba suficientemente garantizada y castigado el robo, nada de esto rezaba con el llamado Estado, cuyos representantes se encargaban de atropellar todas las leyes por él dictadas. Nada más sabían los pobres pescadores de lo que ocurría en el resto del mundo, pues el cura, una especie de holgazán que vivía a expensas de la ignorancia de sus fieles, ninguna ilustración les aportaba y sólo les sugería ideas encaminadas a sumirlos más y más en las sombras que oscurecían sus vírgenes inteligencias.

Así vivían y así hubieran vivido eternamente los infortunados antecesores de la «Nueva Utopía» si un gran sacudimiento universal, iniciado en remotas tierras, no hubiera llegado hasta aquel rincón del mundo para transformarlo por completo. Ruido de armas, estruendo de cañones, el fragor imponente del combate, raudales de sangre derramada necesariamente, habían sido el prólogo fatal de aquella inmensa transformación.

Al despertar de un largo sueño, los pueblos sacudieron con horror todas sus preocupaciones y se lanzaron como una avalancha a la conquista de su dignidad. Apartaron un momento la vista del sacrificio inmenso que a la Humanidad costaba su despertar, y entraron llenos de entusiasmo y de vigor en la nueva vida.

Un núcleo numeroso de trabajadores se unió a los habitantes del mísero villorrio y fundó la «Nueva Utopía». Al principio lucharon los innovadores con grandes escollos, tuvieron que vencer formidables resistencias y no sin grandes y titánicos esfuerzos llegaron a realizar su bello ideal. La preocupación y la ignorancia, aún no desterradas en el orden moral, hicieron necesaria una obra portentosa de regeneración. Los elementos viejos pugnaban constantemente contra toda innovación, y no sin nuevos combates parciales se pudo llegar, después de largo tiempo, a su definitiva conquista.

Lentamente fue formándose, a la vez que un orden moral completamente nuevo, una idea social nueva también por completo. Los vicios del pasado, los hábitos de servidumbre determinaron en el presente abusos del ideal no comprendido o erróneamente interpretado,

siendo notable el hecho de que estos abusos provenían en general de aquellos que resistían más tenazmente a la invasión bienhechora de las nuevas ideas.

Inmenso sacrificio costó hacer entender a los más reacios que la familia no se constituía por la mediación de una mojianga ridícula, que los ciudadanos podían pasarse perfectamente sin la reglamentación de sus actos por otros ciudadanos impuesta, que el productor tenía perfectamente derecho a todos los medios de producción y podía usar directa y libremente de todos ellos, que no necesitaba, en fin, la sociedad, ni de padres espirituales, ni de amos privilegiados, ni de defensores armados, ni de jueces invulnerables, ni de administradores convertidos en verdaderos señores y dueños absolutos del bien común, ni de otra infinidad de zarandajas que pasaron, a la postre, como pasa todo lo corrompido, con la maldición de la Humanidad entera, al montón de los errores estigmatizados por la historia.

Transcurrieron algunos siglos, y nuevas generaciones renovaron y vigorizaron el nuevo orden social, afianzándolo por la ciencia, por la libertad y por la justicia conquistadas heroicamente, no concebidas con apariencia de generosidad por quien no podía concederlas.

La «Nueva Utopía» es en el orden material el producto de este lento trabajo, de esta penosa labor de varias generaciones mil veces bendita.

Los caracteres distintos de la gran ciudad son el hierro y la fuerza eléctrica aplicada prodigiosamente a todas las combinaciones maravillosas de la mecánica. El amontonamiento de las viviendas, la lobreguez de las habitaciones, el reducido espacio y el acotamiento de las alcobas, el inmundo contubernio del basurero y la cocina, el dormitorio y el comedor, la caprichosa pavimentación de las calles, todos los restos del sistema antiguo han desaparecido en absoluto de la «Nueva Utopía». En su lugar se han levantado grandes edificios perfectamente alineados, separados por pequeños jardines, donde juegan alegremente los niños de la vecindad. Una parte de la ciudad está dedicada exclusivamente a las viviendas, y al otro lado se ven tan sólo inmensas fábricas, talleres, granjas de labor en las afueras, grandiosos mercados, conjunto hermoso y grandilocuente de todas las manifestaciones de la actividad humana, del trabajo. Los edificios dedicados a viviendas satisfacen a todas las prescripciones de la higiene y de la ciencia: espacio suficiente, aire y luz abundante, agua por doquier, surtidores eléctricos para los servicios mecánicos, ingeniosísimos aparatos de calefacción, limpieza y seguridad. Las escaleras han desaparecido, y en su lugar sencillos y magníficos ascensores prestan automáticamente sus servicios a todos los vecinos. La piedra o el ladrillo o el hierro han desterrado a la madera. La máquina ha suprimido el servicio doméstico: cada uno puede servirse a sí mismo sin molestia. La separación de los edificios por medio de jardines ha anulado los efectos insanos de la aglomeración de las grandes ciudades. Todo es nuevo, bello, magnífico. Las diferencias no existen; el palacio y la cabaña se han fundido en el edificio moderno prescrito por la ciencia.

Al otro lado una gran extensión superficial ofrece un horizonte mágico. Centenares de chimeneas lanzan al aire penachos interminables de humo. La industria en todo su apogeo, la maquinaria con toda su grandiosidad combinatoria utilizan para transformarlo en trabajo, ya el vapor, ya el salto de agua, o ya bien el poderoso motor eléctrico que va venciendo al carbón y desterrándolo de las fábricas. Inmensos edificios cobijan máquinas gigantescas que funcionan sin cesar, y aquí y allá el obrero apenas tiene otro trabajo que el de dirigir y observar la marcha ordenada de los diversos mecanismos sometidos a su dominio. Los trenes circulan por todas partes transportando los productos de aquella colosal industria. La fuerza animal, el motor de sangre, apenas se utiliza en las labores agrícolas. Las locomotoras marchan a impulsos de poderosas tracciones eléctricas o de perfectísimas aplicaciones del vapor.

Los mercados se extienden a una y otra parte de una superficie vastísima. Grandes bazares alternan con los mercados y unos y otros sirven de centros al cambio de variados productos

mediante sencillísimas combinaciones. Los concurrentes se mueven libremente, sin estorbarse en lo más mínimo, merced a la capacidad de aquellos inmensos almacenes.

Por las calles anchurosas de la «Nueva Utopía» circulan numerosos tranvías eléctricos que pueden detenerse instantáneamente, luminosísimos focos irradian durante la noche torrentes de luz, haces de rayos intensos que compiten con la intensidad solar. Se pasa del día a la noche sin variaciones perceptibles, gracias a la sustitución de un gran foco por innumerables focos de menor potencia que, reunidos, bastan a suministrar la claridad diáfana del día a toda la población.

Entre los edificios notables de la ciudad descuellan las escuelas públicas, el centro local de relaciones y negocios, la casa de corrección médica, las bibliotecas y museos, los centros de recreo y otros.

Las escuelas públicas, fomentadas por la iniciativa de asociaciones consagradas a la enseñanza son un verdadero resultado enciclopédico de todos los conocimientos humanos. Los elementos necesarios a la enseñanza primaria allí reunidos permiten a los niños adquirir los conocimientos consiguientes en medio de sus juegos y sin coartar su libertad ni torcer las inclinaciones ni movimientos espontáneos de su naturaleza. Los profesores aprovechan las aficiones infantiles, y sutilmente van introduciendo entre sus juguetes las letras del alfabeto, figuras geométricas, láminas demostrativas de los primeros elementos de geografía, historia natural, fisiología, aritmética y otras ramas de la ciencia universal. Los jardines donde juegan los alumnos son centros verdaderos de experimentación. El aro con que juegan es un elemento geométrico para conocer las primeras nociones sobre la circunferencia y sus líneas. La pelota, un medio físico para conocer las leyes de la gravedad, la composición y descomposición de los colores, y otro medio geométrico para conocer diversas clases de líneas.

Para esto la pelota está cubierta de estambre de los colores del arco iris y pendiente de un cordel que en diversas posiciones determina la línea recta, la quebrada, la horizontal, la vertical, etc. Las láminas, divididas convenientemente en trozos, los entretienen en la combinación, ya de cartas geográficas, ya de otras figuras necesarias. Otros juguetes elegidos sabiamente les enseñan la diversidad de movimientos y sus leyes. Con pedacitos de cartón recortados a propósito combinan las letras y los números; y los arbustos y plantas del jardín sirven de unidades para adquirir los primeros elementos del cálculo aritmético. La curiosidad natural de los niños es el más poderoso auxiliar del profesor. La actividad que en ellos se manifiesta tan potente tiene su aplicación en los gimnasios donde desarrollan sus fuerzas y su agilidad sin cansancio ni fatiga y como un pasatiempo agradabilísimo. El niño pasa de uno a otro ejercicio siempre contento y siempre aprendiendo.

Más tarde, cuando su desarrollo físico e intelectual lo permite, van ampliando sus conocimientos con nociones generales de todas las ciencias. Las principales teorías les son enseñadas por métodos teórico-prácticos que hacen facilísimo el conocimiento de su naturaleza y desarrollo. Varias combinaciones de esferas con movimientos propios y adecuados enseñan los principios de la astronomía, y una multitud de sencillos aparatos de experimentación ofrecen al alumno los principales fundamentos de la física y de la química. Los movimientos y propiedades de los astros, las atracciones y repulsiones moleculares, la circulación y la difusión de la luz, la propagación del sonido, la composición y descomposición de las materias de los cuerpos, el estudio, en fin, de todos los elementos naturales en sus diversos estados, forman el conjunto de una sabia enseñanza integral. Allí se encuentran miniaturas de todas las máquinas más importantes, instrumentos de trabajo de diferentes clases, aperos de labranza, instrumentos científicos de maravillosos resultados, todo cuanto puede interesar a la instrucción del hombre, desde lo más rudimentario hasta las más complicadas combinaciones de las leyes naturales aplicadas hábilmente al trabajo.

No es objeto de estos centros la formación de sabios enciclopédicos, cosa, por otra parte, imposible, dado el gran desarrollo alcanzado por las ciencias. El plan de enseñanza no tiene otro objeto que dar a conocer a todos los hombres los principios generales de las artes, las industrias y las ciencias para que de este modo, puedan manifestarse las inclinaciones de cada uno libremente y consagrarse en la especialidad más en armonía con su temperamento, su carácter y sus aficiones. El alumno no ignora nada de cuanto pueda interesarle, todos los órdenes de conocimientos le son comunes, y así puede elegir a conciencia su profesión, a fin de entrar en el concierto social como miembro útil a sí mismo y a sus semejantes. La desigualdad intelectual ha recibido así un rudo golpe. La ciencia presta sus auxilios a la enseñanza y hace desaparecer muchas imperfecciones patológicas y fisiológicas que abrían en otros tiempos verdaderos abismos entre los hombres. Hay pequeñas desigualdades de aptitudes producidas por la misma Naturaleza, que se manifiesta siempre en diferentes grados de diversa perfección, pero no desigualdades incomprensibles de los conocimientos adquiridos. Las manifestaciones pueden ser desiguales pero la causa originaria idéntica. En calidad de inteligencia todos los hombres son esencialmente iguales, se dijeron los soñadores de la «Nueva Utopía», y no cejaron en su empeño hasta ver confirmado por la experiencia este bello ideal.

El centro local de relaciones y negocios es lo que pudiera llamarse una inmensa *casa de todos*. Lo forman extensos salones para reuniones públicas, un gran patio para avisos y noticias de interés general o particular y varias habitaciones para oficinas. En estas últimas la asociación de estadística presta sus servicios a la colectividad por iniciativa propia y acuerdo espontáneo. Al patio acuden cuantos necesitan de la publicidad y allí fijan libremente, sin traba de ninguna especie, edictos, convocatorias, noticias, avisos o anuncios importantes para una o más agrupaciones, ya en el orden de la producción, ya en el consumo, ya en el de cambio, o bien en el del arte, en el de las ciencias, etc. En los salones celebran sus asambleas las agrupaciones, formulan sus contratos, establecen o modifican sus relaciones y ventilan, en fin, cuantos asuntos interesan a la cooperación de dos o más individuos, de dos o más colectividades. Este centro es, en resumen, el medio adecuado para que la comunidad, el pueblo, pueda reunirse, concertarse y comunicarse con facilidad, sin esperar previas disposiciones ajenas ni temer ingerencias extrañas. Los ciudadanos de la «Nueva Utopía» quisieron vivir la vida de libertad y, para ello, fue suficiente la anulación de todos los poderes a cambio de la manifestación espontánea de todas las iniciativas, así individuales como de grupo.

La casa de corrección médica es de creación completamente moderna, sin antecedentes en el sistema del mundo antiguo. En la «Nueva Utopía» no hay prisiones, porque al desaparecer la causa del delito ha desaparecido el delincuente. Esos antros de corrupción que los antepasados llamaban neciamente correccionales pertenecen a la historia. El contagio de las enfermedades morales e intelectuales ha desaparecido al mismo tiempo que las prisiones. Con éstas han sido también suprimidos los hospitales, creación de una mentida filantropía, de una falsa caridad fuera de moda. Esos centros epidémicos, esas prisiones de los delincuentes físicos, los enfermos por la miseria no tienen lugar donde la miseria es un mito, y la «Nueva Utopía» los ha destruido garantizando a todo el mundo la existencia y el trabajo. ¡Ni hospitales ni cárceles! El hombre libre, responsable de sus actos, no necesita de otras garantías que las del mutualismo y la solidaridad, y para una y otra acude al hogar del amigo, del hermano, antes que el mal ocurra, y lo previene y lo evita si es posible. ¿Por qué matar donde la muerte del semejante no tiene objeto ni por robo, ni por los celos, ni por la ambición, ni por la envidia? ¿Por qué ponerse en abierta lucha con la sociedad constituida, cuando ella nos garantiza la satisfacción de todos nuestros deseos dentro del orden natural de la vida?

La «Nueva Utopía» vive sin cuidado, descansa en la virtud misma del principio de la informa: la libertad.

Todos los organismos obedecen a leyes naturales. El Universo gira en lo infinito del tiempo conforme a leyes inmutables. La materia se transforma por composición y descomposición en lo infinito del espacio, según leyes permanentes. La Humanidad vive en lo eterno del pensamiento con arreglo a las leyes inmanentes e indestructibles. Pero no hay ley sin fenómeno, y un día parece perturbarse el orden universal por un cuerpo que desobedece las leyes de la gravitación o de la atracción, y así la Humanidad parece perder también el orden establecido, por la presentación de un fenómeno patológico, fisiológico o moral. El fenómeno surge, pero ni el orden universal ni el humano se perturban por eso. Las leyes generales de la existencia del todo permanecen sometiéndola y subordinándole.

Así la sociedad no cuenta nunca el fenómeno como factor general en su constitución. Se organiza conforme a la ley, no conforme al fenómeno.

La «Nueva Utopía», pues, criminales; hay contados fenómenos, raras excepciones de la regla general, y estos fenómenos, estas excepciones no pueden provenir más que de un desequilibrio físico, intelectual o moral. La Naturaleza rompe a veces la regularidad de sus leyes, o más bien produce la perturbación por la intervención de un agente extraño a su funcionamiento, y así el individuo, por la intervención de un agente cualquiera, quebranta el equilibrio de su propio organismo y lo perturba. Descubrir este agente para destruirlo y restablecer el equilibrio es la única misión que la sociedad puede y debe atribuirse. Este agente lleva el nombre genérico de *enfermedad*. Los fenómenos sociales son, pues, enfermos, y todo enfermo necesita ser curado; todo organismo descompuesto, corregido.

El principio de la solidaridad social obliga, por otra parte, a la curación del enfermo, y por eso la «Nueva Utopía» ha creado su «Casa de Corrección Médica». Los profesores de esta ciencia, los especialistas en diversas dolencias, no bien definidas, que en otros tiempos se reputaban como delitos o crímenes, constituyen una asociación en alto grado beneficiosa que es la encargada, no por ajena delegación, sino por voluntad propia, de precaver a la sociedad contra los raros ataques de ciertos enfermos, para reintegrárselos luego como miembros útiles arrancados por la ciencia a un principio interno de destrucción individual.

La «Casa de la Corrección Médica», es un pequeño compendio de cuento en la vida social necesita el hombre. Allí se estudia al enfermo en medio de sus habituales faenas, la inteligente mirada del hombre de ciencia le sigue a todas partes, y su elocuente palabra le solicita con cariño a fin de obtener exteriorizaciones adecuadas al objeto perseguido. El desdichado enfermo goza de relativa libertad, según lo pernicioso de su mal, y no se ve privado de cuantas ventajas pudiera ofrecerle la sociedad. Se le traslada de un mundo grande a un mundo pequeño: he ahí todo. Trabaja, estudia, pasea, goza, disfruta, en fin, de la vida. Cuando se le declara curado vuelve a la sociedad emocionado, agradecido a los cuidados de aquellos sacerdotes de la ciencia; de aquellos sabios que le devuelven a la libertad física y social de que su propio organismo enfermo le había privado. Es un miembro de la Humanidad regenerado que retorna a ella dispuesto a la lucha por la existencia en fraternal cooperación con sus semejantes. Lo que no había podido realizar la sensiblería de la prehistórica caridad cristiana lo realiza el propio sublime de la solidaridad universal establecido por el núcleo de soñadores en la «Nueva Utopía».

Los centros de recreo, las bibliotecas y los museos, verdaderas escuelas de gimnasia moral e intelectual, completan aquel cuadro grandioso del más alto grado de perfección humana. Faltan palabras para cantar las excelencias de tanta belleza, de tanta sabiduría, de tanta bondad y de tan inmenso trabajo. El placer del estudio, del arte y de la ciencia, el agradable entretenimiento de ejercicios higiénicos, de ingeniosos juegos de paciencia y de inteligencia, ha sustituido al vicio que envilecía al esclavo, a la pasión que degradaba, a la bestialidad que le sumía en el idiotismo. ¡Notable diferencia entre el hombre esclavo y el hombre libre!

La magnificencia de la «Nueva Utopía», su engrandecimiento material, respondía a una elevación proporcionada del nivel moral. Todo allí es grande, colosal, sublime como producto de una más grande de transformación del mundo, realizada a impulsos del huracán revolucionario.

Los sueños más temerarios se han realizado. Navegación aérea, navegación submarina, potencia eléctrica aplicada al movimiento, a la luz y al trabajo, la palabra transmitida inalterable a través del tiempo y del espacio, maravillas de la fotografía jamás previstas, progresos de la mecánica nunca imaginados, todo se ha transformado en realidad para esta feliz generación.

A orillas de aquella playa cubierta de *docks*<sup>139</sup> innumerables, surcada por ferrocarriles de inmensa potencia, no se ve ya el artilloso coloso de los mares que lleva la destrucción a todas partes. Desde el más pequeño barquichuelo hasta el más formidable y férreo transporte, todos son vehículos de paz y bienandanzas que cruzan los mares del uno al otro confín con rapidez vertiginosa. La vela legendaria ya no existe, el naufragio aterrador casi se ha anulado. El océano parece admirarse de la obra portentosa del hombre. Son dos colosos que se respetan. Pero no se temen. Los elementos son impotentes contra el poder inconmensurado del ser humano.

¡Cuánto fárrago inútil, cuánta preocupación perniciosa, cuántas instituciones, cuántos poderes, cuántas fuerzas ficticias, cuántas ciencias han sido destruidas, aniquiladas! ¡Ni el polvo infeccioso del pasado ha prevalecido!

Todo es nuevo, como nueva es la idea, como nuevo es el principio, como nueva es la vida. Todo es puro, como puro es el ideal, el ambiente, los pensamientos, los sentimientos, las obras, resumen imperecedero de un concepto superior de la Justicia que ha acabado para siempre con la mentira religiosa, con la mentira política, con la mentira económica, con todas las mentiras de que se alimentaba el hombre en tiempos lejanos.

La «Nueva Utopía» es el mundo mejor de los sueños humanos. ¡Gloria eterna a la criatura!

## CAPÍTULO II

Si le fuera preguntado a cualquier habitante de la «Nueva Utopía» cuál era el régimen social que había hecho tales maravillas, contestaría sin vacilar: la libertad.

«Vivimos -diría- en medio de tal equidad y de justicia, que cuanto mayor es el grado de libertad que alcanzamos, más sólido y más firme es el orden resultante. Las preocupaciones y los errores del pasado nos son poco menos que incomprensibles. Así no acertamos a explicarnos la necesidad que nuestros antecesores tenían de tantas reglas escritas a que llamaban leyes, cuando les hacían verdaderos esclavos, cuando les reducían a simples instrumentos de sus propios extravíos. No comprendemos la utilidad de aquellas reuniones de representantes populares o privilegiados, y mucho menos la conservación de las instituciones denominadas poderes públicos. No podemos figurarnos cómo con tantas trabas y tantos y tan múltiples obstáculos resultaba siquiera viable la vida social para el ciudadano. Todas estas cosas se han conservado por nosotros en curiosidades raras, y nos parece que los sabios gobernantes, los poderosos legisladores de aquellos tiempos tenían mucho de embaucadores, y los que les seguían y apoyaban mucho de esclavos voluntarios; que los llamados guardadores del orden eran verdaderos tiranos, déspotas infames, obedecidos por cobardes sin sentimiento a la propia dignidad; que los padres espirituales eran unos forjadores de mentiras fantásticas para adormecer a los pueblos; que los llamados propietarios eran en puridad unos señores ladrones amparados por las leyes; que los jueces y magistrados, atribuyéndose el poder de la justicia,

---

<sup>139</sup> *Docks*, voz inglesa: muelles.

eran el amparo de los gobernantes, los guardianes del orden, los propietarios y los curas, diferentes engranajes de una máquina dispuesta para anular en los demás hombres todas sus cualidades más apreciables, la dignidad, la soberanía, la razón, el sentimiento, la justicia. Aquí vivimos como deben vivir los hombres. La función de gobierno es propia de cada uno, y todos somos completamente libres. No discutimos el ejercicio de tal o cual derecho, ni disputamos a nadie lo que antes se llamaban derechos políticos o sociales. Todos gozamos la plenitud de los derechos, y cada uno los ejercita como mejor le place. Nuestro único cuidado consiste en respetar a nuestros semejantes, y cooperar con ellos al bien común, al mismo tiempo que trabajamos y producimos para nosotros mismos. Si intentáramos dar reglas para el ejercicio del derecho, inmediatamente quedaría perturbado el orden social. No comprendemos el orden ni creemos que pueda existir sino como resultado de la más amplia libertad. Mediante ésta, nuestro camino es fácil y despejado. No tenemos por qué ni contra quién rebelarnos; no necesitamos luchar contra nadie ni batallar inútilmente. Las contradicciones todas de la vida están así resueltas, porque la armonía es el fruto natural de la conservación y mutuo respeto de todas las iniciativas, de todas las actividades. En resumen, todo nuestro problema se reduce a esto: satisfacer las necesidades sociales lo mejor posible con el menor gasto de fuerza necesario, desenvolver cuanto más nos sea dable la esfera de nuestros conocimientos y nuestros placeres, y contribuir a la conservación de los múltiples elementos de la sociedad por la solidaridad de los intereses».

El sistema social de la «Nueva Utopía» es de una sencillez admirable. Sus dos principios fundamentales, son la libertad y la igualdad. Por la primera el hombre usa de sus naturales disposiciones, emplea sus actividades, aplica sus fuerzas sin estorbos, sin razonamientos perniciosos. La Naturaleza es su único límite. Por la segunda dispone de cuantos medios necesita para la traducción real de la primera, medios de producción, de estudio y de recreo que le colocan en identidad de condiciones con sus conciudadanos. El contrato o pacto es el único medio de relación, de transacciones, de acuerdo entre los diversos medios de la sociedad. No hay pacto único, general y terminante. Hay diversidad de contratos más o menos generales y variables, rescindibles y anulables.

Todos los elementos naturales, más los producidos por la labor continua de las generaciones, pertenecen al patrimonio universal. La propiedad privada de estos elementos ha sido desterrada de la «Nueva Utopía». El productor aislado o asociado cuenta siempre con la posesión usufructuaria de estos medios generales de trabajo.

La organización del trabajo es sumamente sencilla. En la agricultura se aplican diversos procedimientos de explotación. Según la calidad y circunstancias del terreno y sus labores consiguientes. Diferentes asociaciones se dedican al cultivo, auxiliadas por los modernos aparatos adecuados al objeto. Tal o cual faena la realizan los trabajadores aislados que prefieren los placeres del pequeño cultivo en la huerta y el jardín. Tal o cual otra, agrupaciones, cooperativas de organización más en armonía con la necesaria división de los trabajos. Esta o la otra labor, pequeñas o grandes comunidades que la naturaleza misma de un trabajo uniforme reclama y necesita. Esta diversidad de procedimientos orgánicos hace más fructífera la producción y más fáciles las tareas del campo. Los extensos terrenos dedicados a cereales, las grandes huertas, los inmensos bosques, se ven asiduamente cuidados por estos ciudadanos laboriosos e inteligentes, que a su práctica reúnen conocimientos científicos suficientes para mejor realizar sus diferentes operaciones. Estas agrupaciones forman parte, por lo general, de grandes núcleos federativos, cuyo objeto es conservar y fomentar la solidaridad de los elementos componentes, asegurar el bien de la comunidad y prevenir los males imprevistos a la vez que conocer y establecer o fijar las necesidades de la producción, el cambio y el consumo en sus relaciones con las demás corporaciones económicas.

En la industria la diversidad es aún más notable. La variedad infinita de productos reclama una variación semejante de aplicaciones y procedimientos. El industrial aislado no es común en la



«Nueva Utopía», porque las ventajas de la producción colectiva resultan de tal evidencia, que determina una mayor atracción entre los trabajadores. Por otra parte el gran desarrollo de todas las industrias ha hecho, como en la ciencia, necesarias las especialidades, y una meditada división del trabajo aumenta la producción y la perfecciona a cambio de pequeño gasto de fuerza. Ha desaparecido, sí, el obrero de minuciosidades, la especialidad exagerada, extremada por la ambición de los explotadores, porque esta ambición se ha trocado en loable estímulo de hombres libres por el bien general, y una más perfecta instrucción le permite ensanchar, a la vez que la esfera de sus conocimientos científicos, la de sus aplicaciones necesarias. Las asociaciones se fundan, generalmente, en la cooperación libre, como más apropiada a la naturaleza humana y a los fines sociales. La comunidad, como la explotación individual, constituye la excepción. Por aquel otro sistema o procedimiento, nadie se obliga a más de lo que puede o quiere, y sin mermar la fuerza colectiva, se encuentra siempre dueño de sí mismo y en actitud de modificar las condiciones del contrato o de romperlo para reconstruirlo con otro u otros. En las grandes fábricas estas agrupaciones se subdividen en sectores, según la naturaleza de los trabajos, y cada uno se asigna su faena y se organiza conforme a los fines de la misma. El ingeniero, el fundidor, el ajustador, todos concurren y cooperan a un mismo fin en la esfera de su especialidad, y se completan sin necesidad del *amo*, del señor feudal de la industria de otros tiempos. Y lo que ocurre en la fábrica citada sucede en la de paños, en la de telares, en cuantas aportan su trabajo a las necesidades comunes de la sociedad. Sus federaciones son inmensas y se extienden por todo el territorio en perfecta armonía, con las federaciones agrícolas, científicas y artísticas. Los conflictos están siempre resueltos por la libertad y para la libertad, y sólo así pueden subsistir tan vastísimos organismos. Estas relaciones federativas no se concretan a una localidad, no se encierran en el exclusivismo de un pueblo, sino que se mantienen con otros pueblos en correspondencia necesaria de reciprocidad, mutualismo y solidaridad de intereses y fines. Las agrupaciones agrícolas, las agrícolas-industriales y las industriales propiamente dichas, se relacionan frecuentemente y pactan sobre objetos determinados del momento o para el porvenir, y así la cooperación voluntaria libérrima de tan variadas entidades, se convierte en realidad aquel sueño de los guerreros y tiranos de otras épocas, que pretendían reunir a todos los pueblos del mundo en una poderosa unidad de hecho y de derecho. El trabajo fundado en la libertad y en la igualdad de condiciones, es la aplicación sencilla de este suceso grandioso.

Al igual que la agricultura y la industria, las ciencias y las artes han formado nuevos vuelos merced a este procedimiento de asociación. El carácter distintivo de estas agrupaciones es el de un individualismo originario más marcado. Se agrupan para sus estudios y cooperan en sus obras los hombres de ciencia y los artistas, se prestan mutuo auxilio, pero la producción es más personal, más individualista. Aquí el productor, por la índole misma del trabajo, se reserva una cierta independencia en sus faenas, un cierto aislamiento propio en quien necesita tanto de la soledad como de la cooperación, del trabajo subjetivo como del asociativo. El artista no vive sin los misterios de su estudio reservado; el hombre de ciencia y estos artistas no son, comúnmente, seres privilegiados ajenos a toda producción directamente útil. El trabajo mecánico les es necesario para el equilibrio de su organismo, y trabajan con ardor en diversas industrias o faenas agrícolas, según sus inclinaciones. El productor de la «Nueva Utopía» tiene tiempo para consagrarse a la ciencia y al arte. Si es naturalista, las faenas del campo son para él al mismo tiempo medio de estudio provechoso y ejercicio necesario para su cuerpo; el químico, las grandes fábricas de productos correspondientes, campos de experimentación extensísimos; si matemático, los inmensos talleres de la mecánica, centros de observación y aplicación inapreciables; si pintor, la producción de los colores le ofrece nuevos horizontes a estudiar. No todos, sin embargo, pueden dedicarse a este noble trabajo. El médico tiene sobradas penalidades con el cuidado y la curación de sus semejantes; es necesario en la escuela, en el taller, en el campo y en el hogar. Si es músico o profesor de enseñanza, su misión bien definida le reclama al lado de la juventud. La ciencia y el arte no son, en fin, un misterio para nadie, están al alcance de todos.

Los tres órdenes de producción, agrícola, industrial e intelectual, forman un todo armónico en mutua correspondencia de relaciones y solidaridad. Se necesitan recíprocamente y se completan entre sí agrupándose por el haz federativo en varias asociaciones locales, regionales, continentales y universales. Este inmenso todo no obedece a reglas determinadas, ni subsiste por fuerza alguna extraña. Las fuerzas cohesivas de subsistencia son fuerzas propias, naturales, que a ejemplo de la ley de gravitación en el mundo sideral, mantienen en equilibrio permanente las diversas agrupaciones elementales o simples y compuestas. Las reglas, las leyes, porque se rigen y desenvuelven estos organismos, son las inmutables de la sociología, deducidas de la Naturaleza y libre y espontáneamente observadas por todos y cada uno.

Rotas todas las trabas, todos los diques que en la antigüedad vaciaban el medio social de desarrollo biológico y torcían la evolución del progreso humano, esclavizando al hombre y fomentando el antagonismo y la guerra de los intereses, restituía la naturaleza humana a su estado de libre manifestación y de desenvolvimiento, surge brillante y poderosa la armonía y la fraternidad de los hombres y los intereses, y se realiza sin violencia el perfeccionamiento evolutivo de la sociedad y el individuo por la doble compensación de la lucha por la existencia y la cooperación para la lucha. Por la primera el estímulo necesario a la multiplicación de los productos entre en noble lid y le da a la sociedad medios abundantes para satisfacer ampliamente sus necesidades morales, intelectuales y materiales. Por la segunda, se asocian las fuerzas y se conserva la energía y se encamina al bien común, evitando la perversión de la lucha y haciendo converger los opuestos estímulos a un mismo fin, el de mayor bienestar posible mediante el menor esfuerzo necesario. ¡Fruto magnífico de la libertad y de la asociación, verdaderas manifestaciones de las fuerzas centrífuga y centrípeta del organismo social!

A semejanza de la producción, el cambio y el consumo en sus diferentes aspectos material, moral e intelectual, responden necesariamente al nuevo medio ambiente en que se verifican.

Conseguido ya el proceso de adaptación, consecuencia inmediata del cambio realizado en las instituciones humanas, nada hay con bastante poder para perturbar el magnífico orden establecido, nada hay con fuerza suficiente para anular los efectos de la libertad a tanto coste conquistada. Evolución, Revolución, Adaptación, tres períodos sucesivos y complementarios que han dado todo el vigor indispensable a la nueva idea realizada: he ahí la clave del problema.

La forma antigua del cambio, el comercio, el sistema de holganza y latrocinio; las mentiras del crédito y de la circulación monetaria, organización de usura y bandolerismo, han sido destruidas, aniquiladas hasta en sus fundamentos. El verdadero cambio de los productos y su circulación regular implantada por la Revolución, ha ido perfeccionándose por la evolución al mismo tiempo que la sociedad se perfeccionaba en sus hábitos, usos y costumbres. El crédito universal y gratuito, libre de todas las preocupaciones viejas, ha entrado como factor principal en este nuevo orden de cosas, y crédito y cambio juntamente resuelven el problema de la distribución de las riquezas, del consumo en todas sus variantes en armonía con el novísimo modo de producir.

El bazar y el mercado son grandes exposiciones de toda clase de productos, más que suficientes a satisfacer las necesidades locales. Cada productor, cada agrupación de productores lleva al mercado o al bazar, si lo cree conveniente, el resultado de su trabajo, y lo llevan así a la circulación general. Cada productor o cada agrupación de productores hace sus emisiones personales o colectivas de valores representativos de trabajo realizado o a realizar, simples signos de cambio sin más valor que el trabajo y el crédito personal del trabajador. Cada productor o grupo de productores organiza, conforme a sus necesidades en el orden mismo de la producción y el consumo, el cambio y el crédito en sus relaciones con los demás productores

o agrupaciones, y así por medios tan expeditos, sin instituciones bancarias o comerciales de gusto anticuado, cada uno facilita cuanto puede o quiere a los demás, y en tanto quiere o puede se utiliza asimismo de los otros. El interés, esa plaga social de los antepasados, no existe aquí, y por esto precisamente ese sistema de confianza universal en el crédito y en el cambio puede realizarse libremente y en bien general del cuerpo social. El gasto de administración se reduce en el mercado y en el bazar a ínfimas proporciones que no alteran en nada el valor de los productos, y suprimida naturalmente la ganancia, una vez suprimido el comerciante, se verifica el ideal del cambio a precio de coste, el ideal del cambio entre trabajos equivalentes o iguales.

El obrero, el productor que realiza una obra a largo plazo, no tiene que pasar por las privaciones que parece indicar la falta de productos propios entregados a la circulación. Su cuenta corriente en el mercado o en el bazar le permite tomar, a cuenta de trabajo prometido, cuanto necesita, y sus valores representativos y personales tienen el mismo valor que un producto realizado y cambiado. La teneduría social y privada resuelve todos los conflictos, todas las dificultades. El trabajador que inventa, que estudia, que pinta, todos tienen, a falta de productos cambiables en el momento, crédito personal equivalente para cubrir todas sus necesidades.

Así el consumo no es un problema para nadie, no es un abismo de miserias para el trabajador. Aquí la comunidad facilita a todos lo necesario a cambio del esfuerzo posible; allí la cooperación establece la distribución por medio del cambio, de la reciprocidad de los servicios; allá el esfuerzo individual encuentra su correspondencia equitativa en las transacciones con los otros trabajadores de la comunidad y de la asociación cooperativa. La solidaridad, la confianza social, mediante la libertad completa de las relaciones humanas, resume en un solo interés común la infinita variedad de los intereses sociales, corporativos e individuales. Esta magnífica variedad, coronada por la unidad federativa de tantos y tan múltiples elementos, que no excluye ningún sistema, que los consagra todos, es el resultado inmediato de la producción colectiva, de la asociación de los esfuerzos y la consagración tácita de la libertad individual.

El hombre siente, piensa y obra. Es un hecho de evidencia incuestionable. Todo obstáculo interpuesto en la libre manifestación de sus sentimientos y en la realización o disposición de sus obras en un atentado contra la Naturaleza, que ha querido garantizar al ser humano aquellos tres modos de producirse personal y colectivamente. Es, pues, por la libertad inherente a su personalidad que dirige sus sentimientos, publica y propaga sus pensamientos, concluye y distribuye sus obras. Es también por esta misma libertad que elige el modo y el medio de producir, cambiar y consumir, socialmente considerado. Dispone cómo y cuándo le place de sus sentimientos, de sus pensamientos y de sus obras, de todas sus exteriorizaciones individuales. Si quiere reservarse el derecho de cambiar sus productos, nadie se lo impide; si quiere concederlos a la comunidad, nadie se lo impide; si quiere entregarlos a la cooperación, nadie se le opone. En el primer caso conserva la propiedad del producto, determinada personalmente, si es individual, o por medio de contrato, si es colectiva, hasta el instante mismo que lo entrega a la circulación. En el segundo, renuncia a esta propiedad a trueque del derecho de apropiarse cuanto sea indispensable a sus necesidades. En el tercero, participa de estos dos extremos y se asegura del mismo modo la propiedad del producto y el derecho de apropiación de lo necesario a la vida por medio del cambio y del crédito. En todos los casos la propiedad, garantía de su libertad personal, existe de hecho y de derecho. Ya durante el momento preciso que media entre la producción y la circulación; ya el que existe entre el instante de circulación y el consumo, ya, en fin, a un mismo tiempo; estos dos momentos necesarios de la vida social. ¡Prodigio sólo dable a la libertad sin límites ni barreras!

Y este magnífico sistema comprende lo mismo al agricultor, al industrial, al artista, al hombre de ciencia, porque el ser humano no tiene solamente necesidades materiales, sino también morales e intelectuales; no vive por y para el estómago con exclusión de todo otro término, sino que es a la vez sensible, pensante y productor, y como tal sus necesidades son al propio tiempo físicas, psíquicas e intelectuales o ideales. Y así como se manifiesta en estas tres formas, se

gasta y se repone y consume del mismo modo y ha de mantener activa la energía de su organismo.

Ya no hay, pues, castas entre los hombres. Todos gozan de las comodidades materiales, de los placeres artísticos, de los goces del estudio y de la ciencia. Todos son esencialmente iguales.

La «Nueva Utopía», realización de un sueño de muchos siglos, conquistado al fin a pesar de todas las resistencias del pasado, ha llegado a ser la verdad del presente. ¡Verdad magnífica que ha unido a los hombres en la más noble de las aspiraciones, en el más alto concepto de la vida, la felicidad prometida en imaginarios mundos por los mercaderes de religiones y metafísicas venenosas y corruptoras! ¡Verdad sublime que ha establecido para siempre el reinado de la fraternidad universal! ¡Verdad grandiosa que ha desterrado del mundo las infamias de tiempos remotos! ¡Verdad imperecedera que asegura a la Humanidad la posesión y el goce de la Ciencia, la Libertad y la Justicia!

¡Nueva Utopía realizada, sueño de tantos héroes y tantos mártires, aspiración constante del ser humano, tus hijos te bendicen y arrojan el manto de sus olvidos sobre todas las preocupaciones y errores del tiempo pasado! ¡El presente y el provenir son tuyos: que nuestros sucesores te perfeccionen y te reverencien como nosotros te perfeccionamos y reverenciamos! ¡Que el progreso sea tu única ley, tu único fin, porque progresar es perfeccionarse en gozar, es vivir!

### CAPÍTULO III

En el orden de las funciones públicas se ha llegado en la «Nueva Utopía» al grado máximo de simplicidad. Todo aquel fárrago de complicados mecanismos administrativos y gubernamentales, propios de un estado social desviado de toda lógica y de toda naturaleza, ha desaparecido al par que el sistema mismo que lo haría necesario. Los servicios comunales se han reducido, cuando no se han anulado por innecesarios. Las relaciones generales se concretan a las puramente económicas y de seguridad y garantía mutua.

La asistencia, la seguridad, la estadística, las comunicaciones y transportes, la enseñanza, son las principales funciones públicas. La limpieza se ha eliminado de los servicios comunales, porque es función privada de cada productor, que la hace mecánicamente mediante un aparato adosado a las viviendas y dispuesto de forma que arroja a los sumideros de absorción automática los sedimentos producidos por la circulación. Además, cada casa tiene su servicio especial de aguas, no sólo para el consumo, sino también para el riego como complemento de la limpieza, y, finalmente, la disposición de las construcciones habituales y destinadas al desagüe y desinfección evitan al ciudadano toda otra molestia en este sentido.

La asistencia y la seguridad no están representadas por el hospital y la fuerza, por la limosna y el sable como en otros tiempos. Las asociaciones de medicina y farmacia tienen organizado el primero de estos servicios, de modo que en ninguna ocasión ni lugar pueda<sup>140</sup> el ciudadano desamparado contra las incorrecciones necesarias de la Naturaleza, las enfermedades. Las instalaciones médicas son tan numerosas como demandan las necesidades públicas, y los profesores de esta ciencia se reparten por toda la comunidad, prestando generosa y sabiamente su poderosa ayuda al desgraciado. Este servicio se completa con su correlativo, la seguridad. Para organizarla existen agrupaciones dedicadas exclusivamente a la propagación del seguro, y los organizan en su propio seno. Cada productor se asegura a sí mismo para lo porvenir por la cooperación mutua, y asociándose, ya tan sólo para este fin, ya para los demás fines de la vida. De esta manera el servicio de seguridad ha dejado de existir por innecesario en el orden social y se ha transformado en el económico, dejando de ser una escandalosa

---

<sup>140</sup> Probablemente errata: *pueda* por *queda*.

explotación de las necesidades humanas. La previsión se ha desarrollado de tal modo en los ciudadanos, que su culto por este sistema de seguros les fortalece contra todas las irreflexiones y ligerezas del presente, contra toda excitación de las pasiones que pueda perjudicarles.

Constituye la asistencia y la seguridad los dos términos de un principio superior; la solidaridad, que garantiza a todos el tranquilo goce del bien presente y el posible remedio del mal futuro. Cada productor, con un empleo regular de su fuerza, produce, además de lo necesario, un sobrante que, por medio de este principio saludable de la seguridad, le asegura una vejez descansada y placentera. Más aun; supuesta una imperfección física, una inutilidad inesperada, algún mal presente o imprevisto, aquel mismo principio obliga a todos los asociados por igual a garantizar la existencia en identidad de condiciones al desdichado que se encuentra en situación desventajosa para sostener la lucha por la vida. El pacto tácito que constituye a toda agrupación incluye necesariamente esta eventualidad o la refiere a las agrupaciones especiales consagradas a este fin de la seguridad. Lo que cada uno es así de su propiedad, de su derecho, y la limosna, la caridad humillante queda desterrada totalmente.

La seguridad social contra el ataque de un semejante es innecesaria y sobra, asimismo, la consiguiente organización de la justicia. El ataque personal, o se reduce a una simple diferencia de apreciación, o proviene forzosamente de un miembro enfermo. En este último caso, la justicia ha sido reemplazada por la medicina, y la venganza individual no tiene razón de ser, del mismo modo que la llamada vindicta pública ha dejado de existir. En el primer caso, los ciudadanos ventilan libremente sus cuestiones. Las entregan generalmente, si hay lugar a ello, a sus amigos y conciudadanos y se resuelven sin violencias ni mutilaciones de derecho. Cada parte ofendida y lastimada elige sus representantes que, en unión de su representación social que, por lo común, determina voluntariamente la agrupación o agrupaciones de que son parte los contendientes, forman lo que se llama el jurado de honor. Y así, sin leyes escritas, sin prejuicios inmorales, sin jueces de derecho, sin jurisprudencias absurdas, cada diferencia queda zanjada de momento, según las circunstancias especiales que en ella concurren, mediante la previa e indispensable conformidad de las partes contendientes, y, al propio tiempo, se resuelve el problema de que cada uno se haga justicia a sí mismo y por sí mismo se constituya un una seguridad para la comunión de todos los miembros sociales. Tales son los sencillos términos de la distribución de la justicia.

La organización de la enseñanza ha perdido también su carácter oficial y su uniformidad forzosa. El ideal del preceptor único, del productor universal, de la garantía del Estado, son conceptos desterrados de todas las inteligencias. En la «Nueva Utopía» menosprecian esas instituciones que suponen incapacidad e insuficiencia de las iniciativas privadas, y así no necesitan del Estado como curandero único, como maestro exclusivo, como productor indispensable, como protector irremplazable. Para la enseñanza, como para las demás manifestaciones de la actividad, bastan las iniciativas particulares asociadas. Los hombres consagrados a la instrucción de la niñez forman poderosas agrupaciones, y, asimismo, no les falta la cooperación de la mujer, cuya vocación las arrastra a compartir con ellos las penalidades y los grandes placeres de su sacerdocio. Las agrupaciones son tan diversas como son las necesidades de su ministerio y sus diferentes métodos aplicados. La enseñanza común para los sexos, pues seres vividos para vivir constantemente en mancomunidad de relaciones y de sociedad deben ser educados también fuera de toda separación irracional. La mujer adquiere así cuantos conocimientos puede adquirir el hombre y se sustrae a esa inferioridad que por tanto tiempo, la ha reducido a la esclavitud y a la servidumbre. Cada familia instruye a sus hijos, según lo cree conveniente, y no viene obligada a aceptar una reglamentación común imposible. La difusión de la ciencia ha alcanzado de este modo el más alto grado de extensión posible, hallándose todos iniciados en ella, y teniendo todos, por consiguiente, la aptitud necesaria para su aplicación a las necesidades de la vida, sin que sean ya necesarios aquellos títulos académicos que en la antigüedad constituían un privilegio y que hacía la Universidad un centro odioso donde, más bien que difundir la ciencia, se daba a los privilegiados la instrucción

necesaria para oprimir y explotar a los desheredados. Sólo así ha podido llegarse a los maravillosos resultados de que en otro lugar dejamos hecha mención.

Otros de los más importantes servicios públicos, la organización de las comunicaciones y de los transportes, está encomendado a las asociaciones correspondientes de ferrocarriles, tranvías, vapores y demás medios de locomoción. Ellas dirigen los servicios de telégrafos y postal a la vez que desempeñan la misión de regular los transportes. Una bien estudiada división de los trabajos, correlativa a la división semejante de agrupaciones, ha hecho excesivamente económicos los gastos de locomoción y comunicación. Ingenieros, maquinistas, electricistas, mecánicos, forjadores, carpinteros, todos los diversos elementos que concurren a esta empresa colosal, forman una inmensa federación, digna competidora de las demás federaciones de la producción y el cambio, la enseñanza y la seguridad, la ciencia y el arte. Mediante este trabajo asociativo se ha conseguido una rapidez y una seguridad en los servicios de locomoción nunca vista. La inviolabilidad y regularidad en las comunicaciones han alcanzado un alto grado de perfección jamás imaginado. La digna emulación que preside a todas las funciones, así sociales como privadas, ha dado a este servicio tantos y tan múltiples medios de progreso que no hay quien no tenga asegurada la circulación y la comunicación gratuita de sus semejantes, porque gratuito es todo servicio que sólo cuesta la parte alícuota de gastos ocasionados por el mismo.

Y, como complemento de este armónico conjunto, las asociaciones de estadística coronan la obra grandiosa de todos los esfuerzos humanos. Estadística de la producción, estadística del consumo, estadística de la circulación, de la asistencia, de las enfermedades, de la enseñanza; estudio detenido de cada una de estas estadísticas especiales y de las correspondientes manifestaciones del trabajo indican al productor el camino que debe recorrer con paso firme y le orientan en el inmenso campo de sus operaciones. El «Centro de Relaciones y Negocios Públicos» es el gran foco de este ímprobo trabajo. Cuantas agrupaciones productoras, que no llevan por sí mismas el estudio de lo que les atañe particularmente, allí entregan sus datos a la publicidad. Las agrupaciones especiales de estadística recogen estos datos voluntariamente suministrados y los datos a la luz por los boletines de las demás asociaciones, y van formando lentamente el estudio comparativo y general de los maravillosos resultados obtenidos por el trabajo, la enseñanza, la medicina, etc. Estas mismas agrupaciones de estadística publican al día sus trabajos y resumen mensualmente, metodizados y ordenados con arreglo a un amplio criterio científico, los resultados de sus importantes tareas. Hombres eminentes en la ciencia económica ilustran con sus estudios y sus deducciones la obra acabada de esta relación general de la vida llamada estadística.

Las verdaderas leyes de la economía y la sociología son así reconocidas sin gran esfuerzo, y este conocimiento permite a todo el mundo eliminar el error sin violencia.

El inútil mecanismo de los servicios públicos bajo la dirección del Estado ha sido, como se ve, radicalmente transformado. Aquel laberinto de confusiones, elevadas oficialmente a dogmas, a verdades axiomáticas, que imbuían en el error aun a los hombres más eminentes por su ciencia, que extraviaban a la sociedad en un caos de injusticias e iniquidades, aquel laberinto ha desaparecido para dar lugar a la grandiosa obra de la libertad, del trabajo y la iniciativa particular por tanto tiempo atrofiada, por tanto tiempo desconocida en sus virtudes, por tanto tiempo viciada y corrompida por un infeccioso medio social por la fuerza impuesto y por la fuerza mantenido.

¿De qué serviría en la «Nueva Utopía» un ejército armado? ¿De qué una organización de espionaje de la policía? ¿De qué una organización de justicia, armada del espíritu de venganza? ¿De qué las instituciones para fomentar las obras públicas, para gobernar la hacienda, para regular los cultos, para mantener las relaciones exteriores? ¿De qué servirían los hospitales, las cárceles, las casas de caridad, de lactancia o de socorro? ¿De qué los institutos y universidades? ¿De qué la farsa ridícula de la diplomacia?

Los ciudadanos tienen en la «Nueva Utopía» un más justo y racional concepto de sí mismos. La fuerza y el espionaje es propio para guardarse de las fieras, no de los hombres. La venganza es cualidad de los dioses, como decían en la antigüedad, y el ser humano está al presente muy lejos de considerarse a la altura de esas representaciones de la pasión desencadenada. El fenómeno de las obras públicas y el gobierno de la hacienda son funciones para las cuales se basta el ciudadano, sin necesidad de poderes que le suplanten. La regularidad de los cultos es cosa reservada al sentimiento personal, desligado de toda aberración antinatural. Las relaciones del exterior corresponden directamente a los pueblos, pues que la sinceridad ha sustituido la diplomacia. Hospitales, cárceles, hospicios, casas de lactancia o de socorro, todo esto pertenece a la categoría de las instituciones creadas por el poder para remediar, en parte, la anulación de la fuerza individual y colectiva. Máscara de la hipocresía gubernamental, ha sido arrancada al destruir el principio mismo de gobierno, de absorción centralizadora. Los institutos y universidades oficiales, creados para fomentar una enseñanza errónea y convencional, dentro de límites estrechos y coercitivos, sobran donde la libertad lo ha invadido todo. La enseñanza no puede ni debe organizarse como un cuartel o un convento.

Busquen la relación entre el presente y el pasado, y apenas percibirán el rastro de lo que fue. Una inmensa solución de continuidad media entre el ayer y el hoy. Esta solución de continuidad tiene un nombre: Revolución.

Y es por esta Revolución que se ha verificado tan inmenso cambio, no sólo en el orden de la vida pública sí que también en el de la vida privada. Todo se ha modificado: principios de sociabilidad, de economía, de justicia; producción, cambio y consumo; ciencia, arte y trabajo; enseñanza, asistencia, solidaridad. Las costumbres de los pueblos en el orden moral han sufrido una profunda perturbación. Ya no intervienen en la constitución de las familias ni el cura, ni el juez, ni la ambición, ni el engaño. El amor preside todas las reuniones, la libertad las realiza. El hombre libre, la mujer libre, se aman y se unen. Fórmulas de ritual: cada uno adopta las que quiere. La intervención del padre y del amigo, del ciudadano, más que impuesta, solicitada, suelen acompañar a estas solemnidades de la vida. Es, si se me permite la palabra, y aunque suponga retroceso, una costumbre patriarcal. La mutualidad de afectos basta a resolver todas estas cuestiones. Las costumbres sociales determinan, mejor que las leyes y sin imposiciones, los modos y formas de consagrar lo que por el amor está previamente consagrado. Las necesidades de la estadística pueden quedar satisfechas sin la intervención de un registro oficialmente impuesto. Nacimientos y defunciones son, como la constitución de la familia, datos que todo el mundo suministra de buen grado.

Que hay razonamientos, disgustos diferencias, indudablemente. La «Nueva Utopía» no es una ciudad de ángeles, sino de hombres. ¿Pero acaso faltaban aquéllos en el sistema anulado por la revolución? ¿Acaso no eran más en número y más profundas las diferencias, los disonamientos? No es dado al hombre suprimirlas, sino evitarlas y remediarlas. La libertad bien puede reemplazar a este organismo inútil y, más que inútil, perjudicial. Están de su parte todas las ventajas. ¿Qué importa si no puede evitar o eliminar algunos de los inconvenientes sugeridos<sup>141</sup> por la Naturaleza misma?

La «Nueva Utopía» es un pequeño bosquejo de la sociedad humana. Sin límites, sin fronteras, se ha extendido por todo el mundo la buena nueva. Quedan algunos rincones sin conquistar, rezagados en el movimiento progresivo de la sociedad en general. Son cristalizaciones que atestiguan una edad pasada. De Norte a Sur, de Oriente a Occidente el mundo se ha regenerado. Razas y pueblos se han fundido en una confederación universal, ligados por la identidad de sentimientos, de aspiraciones y de intereses.

---

<sup>141</sup> Probablemente errata: debe leerse *surgidos*.

Acaso esto no es más que el período constituyente de la revolución; acaso los elementos sociales tienden a constituirse definitivamente y de modo permanente en virtud de los nuevos principios practicados. Las sociedades son como las reacciones isotérmicas de la química, que por sí misma se verifican y forman cuerpos complejos, permanentes, en tanto una nueva fuerza, en factor nuevo no viene a provocar reacciones necesarias a estados más complejos de la materia.

Pero, sea de esto lo que quiera, la «Nueva Utopía» se encuentra de lleno en el principio de la Justicia, y por este principio subsiste y progresa. Allí donde las fuerzas concurren al fin común de la felicidad humana. Las luchas de la religión y de la política no empeñan ya a los hombres en guerras fratricidas. La plenitud de los derechos, consagrada por la libertad, hace imposible todo choque violento de afecciones e intereses.

¿Qué puede inquietar a los moradores de la «Nueva Utopía»?

La revolución en su origen, la Justicia su fin. Pueblo regenerado, emancipado por tan potente esfuerzo, no se dejará arrebatarse su preciosa conquista. ¿Quién puede, por otra parte, tener interés en ello? Cantemos, pues, nuestra victoria; cantemos la gloriosa transformación que nos ha legado una generación de héroes; cantemos la posesión indestructible de la nueva idea. Los principios eternos de la renovación, de la revolución, nos aseguran el presente y el porvenir.

Trabajar, cambiar, consumir, estudiar, gozar, vivir, en fin, en la más lata expresión de la palabra, es nuestra aspiración común. Progresar, perfeccionarse, nuestro constante anhelo.

¡Vengan, negras sombras del pasado a arrebatarnos ésta nuestra conquista! ¡Vengan a sumirnos de nuevo en los horrores de la preocupación y el fanatismo! ¡Vengan a destruir esta obra grandiosa de la más imperecedera de todas las revoluciones!

Aquel mundo, prometido en regiones etéreas por los interesados en mantener el cautiverio de aquí abajo, ya no nos seduce. ¡Su mundo mejor, embaucadores de la Humanidad, nos le ha dado la misma revolución que les ha destruido!

¡Cómo nos reímos de sus paparruchas teológicas; cómo nos deleitan sus pasatiempos espirituales; cómo gozamos con sus cabriolas políticas!

Nuestro presente ha roto por completo con su pasado. No intenten invertir la dirección del mundo. Todo marcha hacia adelante, sin mirar hacia atrás, sin cuidarse del que parece aplastado por el gigante de la Revolución. Pequeña piedra colocada sobre el raíl, será aplastada por la potente locomotora en su veloz carrera.

¡Mártires de la revolución, héroes del ideal que se atrevieron a luchar con el coloso de la tiranía, levántense y admiren su obra! ¡Seres generosos que supieron sacrificar sus vidas por la libertad de sus hijos gozaron en su intento! ¡Utopistas de ayer, que esforzados perecieron por su idea, vengan y contemplen sus sueños realizados!

El ímpetu ciclónico de la revolución ha barrido las miasmas del pasado y el sol esplendente de la libertad alumbra al mundo.

La Humanidad, alborozada, grita del uno al otro confín: ¡Eureka, eureka!, y prorrumpe en exclamaciones de alegría y canta unida himnos de gloria a la revolución grandiosa que ha roto todas las cadenas y ha derribado a todos los tiranos.

«Nueva Utopía» feliz, el mundo te saluda y reverencia al fin; porque eres la verdad realizada, eres el sueño ideal conquistado. En ti convergen todas las virtudes desconocidas de la



naturaleza humana; en ti se compendian el supremo bien, la suprema dicha; en ti viven en armonía bienandanza todas las potencias, un tiempo adormecidas, de la justicia, de la bondad, de la felicidad humana. Tú eres principio, medio y fin de todas las cosas; tú eres la expresión acabada de la nueva vida; tú eres la luz, la razón, la ciencia, la Naturaleza, la justicia; tú eres la verdad universal por todos acatada.

¡Gloria a la Humanidad que te da vida! ¡Gloria al hombre que te realiza! ¡Gloria a la libertad que en ti alienta!

¡Gloria inmortal al mundo nuevo!

Ricardo Mella

## CAPÍTULO XI

### APÉNDICE BIO-BIBLIOGRÁFICO

#### CRONOLOGÍA

- 1861. Ricardo Mella nace el 23 de abril en Vigo, hijo de José Mella Buján (de oficio sombrerero y de ideas republicanas y federales) y de Dolores Cea Fernández. Primogénito, tendrá un hermano y dos hermanas.
- 1867. Mella empieza la escuela primara en Vigo.
- 1873. Termina la escuela primaria.
- 1875. Mella empieza a trabajar en una escuela marítima de Vigo.
- 1881. Mella colabora en «La Verdad», bisemanario republicano federal de Vigo. Al transcribir Mella un suelto sobre el canovista José Elduayen, es denunciado ante los tribunales, conjuntamente con sus amigos los periodistas Indalecio Armesto y Eudoro Fernández. Mella se hace anarquista leyendo el periódico *Revista Social*, que en Madrid dirige Juan Serrano y Oteiza, su futuro suegro. Mella dunda en Vigo el periódico anarquista *La Propaganda*. (Colección parcial en IISG, Instituto Internacional de Historia Social, Ámsterdam, Holanda).
- 1882. Mella asiste al II Congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Española, como delegado de la Federación Local libertaria de Vigo; allí conoce a Juan Serrano y Oteiza.
- 1883. Un juzgado de La Coruña condena a Mella (por lo de Elduayen), a tres años y siete meses de extrañamiento y doscientas pesetas de multa. Parte hacia Madrid, donde estudia la profesión de topógrafo y se enamora de Esperanza Serrano Rivero.
- 1885. Mella colabora en el Primer Certamen Socialista que los libertarios celebran en Reus, provincia de Tarragona.

1886. Fallece Juan Serrano y Oteiza en Madrid. (En la capital había nacido en 1837).
1887. Mella une su vida a la de Esperanza Serrano Rivero.
1888. Mella reside en Sevilla, con su compañera. Allí funda el periódico anarquista *La Solidaridad*. (Colección en IISG).
1889. *La Solidaridad* se transforma en *La Alarma* (Colección parcial IISG). Mella colabora en el II Certamen Socialista que los libertarios celebran en Barcelona. El 11 de noviembre nace su hijo Ricardo Mella Serrano, en Sevilla.
1892. Mella regresa brevemente a Vigo, donde pronuncia una conferencia. El 24 de junio nace su hija Alianza Mella Serrano, en Priego, provincia de Córdoba.
1894. El 17 de febrero nace su hijo Alberto Mella Serrano, en Málaga.
1895. Mella con su compañera e hijos reside nuevamente en Vigo, donde el 4 de febrero nace su hijo Raúl Mella Serrano. También en Vigo, y en diciembre, nace su hija Esperanza Mella Serrano.
1897. Mella y su familia fijan residencia en Pontevedra.
1899. De nuevo residiendo en Vigo, donde el 15 de noviembre nace su hija Urania.
1900. Mella, como delegado libertario español, asiste al Congreso Anarquista Internacional de París (que no puede tener lugar por prohibirlo las autoridades). Los delegados se reúnen privadamente y Mella presenta su memoria «La Cooperación libre y los sistemas de comunidad».
1901. Mella fija residencia en Asturias y trabaja como topógrafo en un ferrocarril en construcción. El 3 de diciembre nace su hija Flora Mella Serrano, en Sariego.
1902. Mella colabora en la revista libertaria *Natura*, que su amigo José Prat funda en Barcelona. (Colección completa en IISG, Biblioteca Nacional de Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid y reedición facsimilar).
1903. El 9 de mayo nace su hija Alba Mella Serrano, en Sariego. Mella conoce a Eleuterio Quintanilla, en Gijón.
1905. El 29 de abril nace su hija Luz Mella Serrano, en Sotrondio.
1906. El 11 de noviembre nace su hija Alicia Mella Serrano en Sotrondio.
1910. Mella fina de nuevo su residencia en Vigo, donde el 10 de abril nace su hijo Mario Mella Serrano. Regresa a su ciudad natal llamado por Ramiro Pascual para que ayude en la finalización del plano urbano y suburbano de Vigo; y por Martín Echegaray para que tenga a su cargo la construcción de la red tranviaria de Vigo. Mella y sus discípulos asturianos Eleuterio Quintanilla y Pedro Sierra, funda en Gijón el periódico anarquista *Acción Libertaria*, que en varias épocas y lugares (Gijón, Vigo y Madrid) durará hasta 1914. (Colección completa en Hemeroteca Municipal de Madrid).
1912. Mella y sus hijos Ricardo y Alberto empiezan la construcción de la red tranviaria de Vigo. Mella y sus discípulos asturianos fundan el periódico anarquista *El Libertario*. (Colección completa en Hemeroteca Municipal de Madrid).

1913. El 2 de junio nace su hijo Jorge Mella Serrano, en Vigo.
1914. Circulan los primeros tranvías de Vigo y Mella es director gerente de la Compañía de Tranvías de Vigo (cargo que ocupará hasta su muerte).
1925. Mella muere el 7 de agosto en Vigo (su tumba se conserva siempre en el cementerio civil de Pereiró).
1944. El 7 de noviembre muere Esperanza Serrano Rivero, en Vigo.
1958. Muere exiliado en Caracas su hijo Ricardo Mella Serrano.
1966. Muere exiliado en Burdeos su discípulo asturiano Eleuterio Quintanilla.
1969. Muere exiliado en México su discípulo asturiano Pedro Sierra. Circulan los últimos tranvías en Vigo y son reemplazados por autobuses.

## BIBLIOGRAFÍA\*

### Folletos

- Ricardo Mella: *El problema de la emigración en Galicia*, P. Ortega Ed., 10 págs., Barcelona, 1885.
- Ricardo Mella: *Sinopsis social. La Anarquía, La Federación y el Colectivismo*, La Solidaridad Ed., 17 págs., Sevilla, 1891 (ejemplar en IISG).
- Ricardo Mella: *Evolución y revolución*, 24 págs., Sabadell, 1892. Contiene además «El Gobierno revolucionario», por Pedro Kropotkin (ejemplares en Biblioteca Arus de Barcelona y en IISG).
- Ricardo Mella: *El 1º de Mayo*, 16 págs., Córdoba, 1893.
- Ricardo Mella: *8 de enero 1892 – 10 febrero 1903. Los sucesos de Jerez*, 60 págs., Barcelona, 1893 (ejemplar en «Centre International de Recherches sur l’Anarchisme», CIRA, Ginebra).
- Ricardo Mella: *La ley del número*, Cerdeira y Fariña Ed., 60 págs., Vigo, 1899 (ejemplares en Biblioteca Nacional de Madrid y en IISG).
- Ricardo Mella: *Táctica socialista*, El Progreso Ed., 54 págs., Madrid (ejemplares en IISG).
- Ricardo Mella: *Del amor. Modo de acción y finalidad social*, Geopolítica Ed., 60 págs., Buenos Aires, 1900 (ejemplares en Biblioteca Nacional de Madrid y en IISG).
- Ricardo Mella: *La coacción moral*, Madrid, 1901 (ejemplares en Biblioteca Nacional de Madrid y en IISG).

---

\* Debido a las condiciones físicas del libro no pudimos rescatar la bibliografía completa, nos faltaron dos temas *Libros y Libros en colaboración*, además *Folletos* no está completo. (KCL)

- Ricardo Mella: *Organización, agitación, revolución*, El Obrero Ed., 32 págs., Montevideo, 1903. Contiene además «El amor libre», por Soledad Gustavo.
- Ricardo Mella: *La bancarrota de las creencias. El anarquismo naciente*, El Corsario Ed., 24 págs., Valencia, 1903.
- Ricardo Mella: *A los campesinos*, Archivo Social Ed., 16 págs., Barcelona, 1906.
- Ricardo Mella: *Plumazos*, La Internacional Ed., 48 págs., La Coruña, 1912 (ejemplar en IISG).
- Ricardo Mella: *Cuestiones de enseñanza*, Acción Libertaria Ed., 48 págs., Madrid, 1913 (ejemplar en IISG).
- Ricardo Mella: *Las grandes obras de la civilización*, Cultura Obrera Ed., 32 págs., Jerez, 1915 (ejemplar en Biblioteca Nacional de París).